EMILY ST. JOHN MANDEL
EL
HOTEL
DE
CRISTAL
De la autora de *Estación Once*,
best seller del *New York Times*
y el *Boston Globe*

Vincent es camarera en el hotel Caiette, un palacio de cristal y madera de cinco estrellas en la isla de Vancouver, donde su madre desapareció cuando ella era una niña. El dueño del hotel, Jonathan Alkaitis, le da una propina a Vincent y eso marca el inicio de una vida juntos. Sin embargo, la aparición de un inquietante mensaje en el ventanal del hotel pondrá en peligro la felicidad de la nueva pareja.

Trece años después, la misteriosa desaparición de una mujer en alta mar se entrelaza con el descubrimiento de una estafa piramidal y arrastra las vidas de Vincent y Alkaitis a un remolino que ninguno de los dos podrá controlar y donde nada es lo que parece.

Entre barcos, rascacielos de Manhattan y la naturaleza salvaje de la isla de Vancouver, los personajes se mueven como fantasmas en este deslumbrante retrato de la codicia, la reconciliación con el pasado y la búsqueda del sentido de la vida en un mundo caótico.

Emily St. John Mandel

El hotel de cristal

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Título original: *The Glass Hotel*
Emily St. John Mandel, 2020
Traducción: Claudia Casanova

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X ANIVERSARIO

Para Cassia y Kevin

Primera parte

1. Vincent en el océano

Diciembre de 2018

1

Empezar por el final: desplomarse por el lado del barco en la salvaje oscuridad de la tormenta, sin aliento por el golpe de la caída, mi cámara salta por los aires y a través de la lluvia…

2

«Bórrame». Palabras garabateadas en una ventana cuando tenía trece años. Di un paso atrás y dejé caer el rotulador de la mano, y aún recuerdo la exuberancia de aquel momento, la sensación en mi pecho como un relámpago que desciende sobre cristales rotos…

3

¿He llegado ya a la superficie? El frío es aniquilador, el frío es lo único que existe…

4

Un extraño recuerdo: de pie al lado de la orilla en Caiette cuando tenía trece años, con mi cámara de vídeo nueva, excitante y extraña en mis manos, grababa las olas en intervalos de cinco minutos y, mientras grababa, oí mi propia voz susurrar: «Quiero ir a casa, quiero ir a casa, quiero ir a casa», aunque ¿dónde está mi casa si no

está allí?

5

¿Dónde estoy? Ni dentro ni fuera del océano, ya no siento el frío ni nada más, soy consciente de la frontera, pero no sé de qué lado estoy y parece que puedo moverme por entre los recuerdos como si pasara de una habitación a otra…

6

«Bienvenida a bordo», dijo el tercer oficial la primera vez que me subí al *Neptune Cumberland*. Cuando lo miré, algo me llamó la atención, y pensé: «Tú…».

7

Se me acaba el tiempo…

8

Quiero ver a mi hermano. Lo oigo hablarme, y mis recuerdos de él se agitan. Me concentro mucho y, de repente, estoy de pie en una calle estrecha, en la oscuridad y bajo la lluvia, en una ciudad extranjera. Un hombre está inclinado en el umbral de una puerta frente a mí, y llevo diez años sin ver a mi hermano, pero sé que es él. Paul levanta la mirada y tengo tiempo de fijarme en que su aspecto es horrible, raquítico y desmañado, y él me ve, pero entonces la calle parpadea y se apaga…

2. Siempre voy hacia ti

1994 y 1999

1

A finales de 1999, Paul estudiaba finanzas en la Universidad de Toronto, y eso debería haberle parecido un triunfo, pero todo estaba mal. Cuando era más joven había supuesto que se licenciaría en composición musical, pero durante un bache hacía un par de años habían vendido su teclado y su madre no quería ni pensar en unos estudios que no fueran prácticos, y tras varias rondas de rehabilitación bastante costosa tampoco podía echarle la culpa, así que se había apuntado a clases de finanzas con la teoría de que se trataba de una orientación práctica y de una adultez impresionante («¡Mírame, estudiando mercados y movimientos financieros!»), pero el único fallo de su brillante plan era que el tema le parecía terriblemente aburrido. El siglo se acababa y tenía algunas quejas.

Como mínimo, esperaba acceder a una escena social más o menos decente, pero el problema de desaparecer es que el mundo sigue adelante sin uno, y entre el tiempo que había dedicado a una sustancia que lo consume todo, el que había pasado trabajando en empleos que aplastan el alma mientras trataba de no pensar en la susodicha sustancia y el que había pasado en los hospitales y los centros de rehabilitación, Paul tenía veintitrés años y parecía mayor. Durante las primeras semanas de universidad salió de fiesta, pero jamás se le había dado bien conversar con extraños y todo el mundo le parecía muy joven. Los exámenes de mitad de semestre no le fueron bien, así que para finales de octubre se pasaba todo el tiempo en la biblioteca (donde leía, pugnaba por sentir interés por las finanzas e intentaba darle la vuelta) o en su habitación mientras

la ciudad se volvía más fría a su alrededor. La habitación era individual porque una de las pocas cosas que él y su madre habían acordado era que sería desastroso que Paul tuviera un compañero de habitación y que el susodicho fuera adicto a los opioides, así que casi siempre estaba solo. La habitación era tan pequeña que sentía claustrofobia a menos que se sentara directamente frente a la ventana. Sus interacciones con los demás eran escasas y superficiales. Había una nube oscura de exámenes en el horizonte cercano, pero estudiar no tenía sentido. Intentaba concentrarse en la teoría de la probabilidad y en las martingalas a tiempo discreto, pero sus pensamientos se deslizaban hacia una composición de piano que sabía que jamás terminaría, una situación de do mayor bastante sencilla, excepto con pequeños tramos de claves menores desestabilizadoras.

A principios de diciembre salió de la biblioteca al mismo tiempo que Tim, que estaba en dos de sus asignaturas y también prefería la última fila de la clase.

—¿Haces algo esta noche?

Era la primera vez que alguien le preguntaba algo en bastante tiempo.

—Tenía la esperanza de encontrar música en vivo en alguna parte.

Paul no había pensado en eso antes de contestar, pero parecía la dirección correcta para la velada. Tim se animó un poco. Su única conversación previa había sido sobre música.

—Quería ver a un grupo que se llama Baltica —comentó Tim—, pero tengo que estudiar para los finales. ¿Los conoces?

—¿Los finales? Sí, voy a pringar seguro.

—No, Baltica. —Tim parpadeó, confuso.

Paul recordó algo en que se había fijado antes, y era que Tim carecía de sentido del humor. Era como si hablase con un antropólogo de otro planeta. Paul pensó que eso debería haber creado algún tipo de apertura para su amistad, pero no se imaginaba cómo empezaría esa conversación («No puedo evitar fijarme en que pareces tan alienado como yo, ¿quieres que charlemos de ello?»), y, de todos modos, Tim ya se alejaba en el oscuro anochecer de otoño. Paul tomó unas copias de los semanarios alternativos de las cajas de periódicos que había en la

cafetería y volvió a su habitación, donde puso la *Quinta* de Beethoven para tener compañía y luego buscó en los listados hasta encontrar Baltica, que tenía previsto un concierto a última hora en una sala de la que jamás había oído hablar, en Queen con Spadina. ¿Cuándo había sido la última vez que había salido a ver un concierto? Paul se puso el pelo de punta, luego se lo aplanó, cambió de idea y volvió a ponérselo de punta, se probó tres camisas y dejó la habitación antes de hacer más cambios, disgustado por su propia indecisión. La temperatura estaba bajando, pero el aire frío tenía algo clarificador, y hacer ejercicio era una recomendación médica que había ignorado, así que decidió pasear.

El club estaba en un sótano bajo una tienda de ropa gótica, al final de unas empinadas escaleras. Esperó en la acera durante unos minutos cuando lo vio, preocupado por si resultaba que era un club gótico donde todo el mundo se reiría de sus tejanos y de su polo, pero el segurata apenas se fijó en él y solo había un cincuenta por ciento de vampiros entre la gente. Baltica era un trío: un tío que tocaba el bajo eléctrico, otro que se volcaba sobre un montón de componentes electrónicos inescrutables conectados a un teclado y una chica con un violín eléctrico. Lo que hacían en el escenario no parecía música, más bien una radio que no funcionase bien, con estallidos extraños de notas estáticas y desconectadas, el tipo de electrónica de ambiente que Paul, que era un fanático de Beethoven desde siempre, no entendía en absoluto. Pero la chica era guapa, así que no le importó, y, aunque no disfrutaba de la música, al menos podía disfrutar mientras la miraba a ella. La chica se inclinó hacia el micro y cantó: «Siempre voy hacia ti», pero había un eco (el tío del teclado había apretado un pedal), así que se oía:

«Siempre voy hacia ti, voy hacia ti, voy hacia ti».

Y era discordante de una manera fascinante, la voz con las notas del teclado y los estallidos de estática, pero luego la chica levantó su violín y resultó que era el elemento que faltaba. Cuando movió el arco, la nota fue como un puente entre las islas de estática y Paul se dio cuenta de que todo encajaba: el violín y la estática y el tono oscuro y subyacente del bajo eléctrico; fue emocionante durante un instante, entonces la chica bajó su violín, la música volvió a deshacerse entre sus distintos elementos y Paul se maravilló de nuevo ante el hecho de que alguien escuchara esa música.

Más tarde, mientras la banda bebía en la barra, Paul esperó a un momento en que la violinista no hablara con nadie y se lanzó.

—Disculpa —dijo—, eh, quería decirte que me encanta tu música.

—Gracias —repuso la violinista. Sonrió, pero a la manera cautelosa de las chicas muy guapas que saben lo que viene después.

—Ha sido realmente fantástico —comentó Paul al bajista para confundir las expectativas de la chica y despistarla.

—Gracias, tío. —El bajista resplandeció tanto que Paul pensó que tal vez iba fumado.

—Me llamo Paul, por cierto.

—Theo —apuntó el bajista—. Estos son Charlie y Annika.

Charlie, el teclista, asintió y levantó su cerveza, mientras que Annika observó a Paul por encima del borde de su vaso.

—¿Puedo haceros una pregunta un poco rara? —Paul se moría de ganas de ver a Annika de nuevo—. Soy nuevo en la ciudad y no conozco ningún sitio para salir a bailar.

—Ve a Richmond Street y gira hacia la izquierda —indicó Charlie.

—No, quiero decir que he estado en algunos sitios por ahí abajo y resulta difícil encontrar un sitio donde la música no sea una mierda, y me preguntaba si podríais recomendarme…

—Oh, sí. —Theo se tragó el resto de su cerveza—. Sí, prueba con System Sound.

—Pero es un agujero infernal los fines de semana —añadió Charlie.

—Sí, tío, no vayas los fines de semana. Los martes por la noche son bastante buenos.

—Los martes por la noche son los mejores —confirmó Charlie—. ¿De dónde eres?

—De lo más profundo de los suburbios —respondió Paul—. Los martes por la noche en System, vale, gracias, lo comprobaré. —Y añadió dirigiéndose a Annika—: Quizá nos veamos por allí alguna vez. —Y se giró a medias para no ver su desinterés, que sintió como un frío viento en la espalda en su camino hasta la puerta.

El martes después de los exámenes (tres aprobados, un aprobado bajo, libertad condicional académica) Paul se acercó al System Soundbar y bailó solo. En realidad, no le gustaba la música, pero se

lo pasó bien entre la multitud. Los ritmos eran complicados y no estaba muy seguro de cómo bailar, así que se limitó a avanzar y recular con una cerveza en la mano y trató de no pensar en nada. ¿Las discotecas no servían para eso? ¿Para aniquilar tus pensamientos con alcohol y música? Había esperado que Annika estuviera allí, pero no la vio, ni tampoco a ninguno de los otros componentes de Baltica, entre el gentío. Siguió buscándolos y ellos siguieron sin aparecer, hasta que al final le compró una bolsita de pastillas azules brillantes a una chica con el pelo rosa, porque el éxtasis no era heroína y no contaba, pero las pastillas no funcionaban o a Paul le pasaba algo: mordió la mitad de una, solo la mitad, y se la tragó, pero no sintió nada, así que se tragó la otra mitad con su cerveza, y entonces la sala empezó a balancearse, él empezó a sudar, su corazón se detuvo un instante y durante ese segundo pensó que iba a morir. La chica con el pelo rosa había desaparecido. Paul encontró un banco contra la pared.

—Eh, tío, ¿estás bien? ¿Estás bien?

Alguien estaba arrodillado frente a él. Había pasado una cantidad de tiempo significativa. Ya no había tanta gente. Habían encendido las luces y el resplandor era terrible, había transformado el System en una habitación pequeña y sucia con charquitos de líquido sin identificar en la pista de baile. Un tipo más mayor de ojos muertos con múltiples *piercings* se paseaba con una bolsa de basura y recogía botellas y vasos, y, después de toda la intensidad de la música, el silencio era un rugido, un vacío. El hombre arrodillado frente a Paul pertenecía a la dirección del club; vestía ese conjunto de tejanos, camiseta de Radiohead y americana que la dirección de las discotecas siempre llevaba.

—Sí, estoy bien —contestó Paul—. Lo siento, creo que he bebido demasiado.

—No sé qué te has tomado, tío, pero no te ha sentado bien —dijo el tipo del club—. Vamos a cerrar, sal de aquí.

Paul se levantó con paso vacilante y se fue; cuando estaba en la calle recordó que había dejado su chaqueta en el guardarropa, pero ya habían cerrado la puerta detrás de él. Se sintió como si lo hubieran envenenado. Pasaron de largo cinco taxis vacíos antes de que el sexto se detuviera a recogerlo. El conductor era un abstemio proselitista que sermoneó a Paul acerca de los peligros del alcohol

durante todo el trayecto de vuelta al campus. Paul quería desesperadamente llegar a la cama, así que apretó los puños y no dijo nada hasta que el taxi se paró frente a su calle, y cuando pagó, sin propina, le soltó al conductor que dejara de joderle con sermones y que se fuera a tomar por culo de vuelta a la India.

> «Quiero que quede claro que ya no soy esa persona —le dijo Paul al terapeuta del centro de rehabilitación de Utah, veinte años después—. Solo trato de ser honesto acerca de quién era entonces».

—Soy de Bangladés, gilipollas racista —le espetó el conductor, y dejó a Paul en la acera, donde este se arrodilló con cuidado y vomitó. Después se tambaleó hacia el edificio de la residencia universitaria, asombrado ante la escala del desastre. Contra todo pronóstico, se había abierto camino a dentelladas hasta una universidad excelente y era el mes de diciembre de su primer curso y la suerte estaba echada. Ya estaba suspendiendo, con apenas un semestre a cuestas. «Tienes que prepararte para soportar la decepción», le había dicho una vez un terapeuta, pero era incapaz de resistirse a nada, ese había sido siempre su problema.

Un salto en el tiempo de dos semanas, después del fiasco de las vacaciones de invierno (el psicólogo de su madre le había aconsejado que se distanciara de su hijo, que se tomara un tiempo para ella y le diera una oportunidad a Paul de ser adulto, etcétera, así que se había ido a Winnipeg para estar con su hermana en Navidad, sin invitar a Paul; él se había pasado el día de Navidad solo en su habitación y llamó a su padre, con quien mantuvo una conversación incómoda durante la que mintió sobre casi todo, como en los viejos tiempos), hasta el 28 de diciembre, el nadir de esa semana muerta entre Navidad y Año Nuevo, cuando se vistió para ir al System Soundbar otro martes por la noche, con el pelo peinado hacia atrás y una camisa abotonada que había comprado especialmente para la ocasión. Llevaba los mismos tejanos que la última vez y hasta que llegó a la discoteca no recordó que la bolsita de pastillas azules seguía en el bolsillo delantero.

Entró en el System y allí estaba el grupo de Baltica, Annika, Charlie y Theo, de pie en la barra. Habrían terminado un concierto cerca de allí. Era como una señal. ¿Estaba Annika más guapa aún

que la última vez que la había visto? Parecía posible. Su vida universitaria estaba casi a punto de terminar, pero, cuando la miró, vio una nueva versión de la realidad, otro tipo de vida que podría llevar. Sintió que no era, objetivamente hablando, un individuo poco agraciado. Tenía algo de talento musical. Quizá su pasado lo hacía interesante. Había una versión del mundo en la que salía con Annika y en muchos sentidos era una persona de éxito, aun si la universidad no era el lugar para él. Podía dedicarse a las ventas de nuevo, tomárselo más en serio que la otra vez, ganarse la vida de un modo decente.

> «Mire —le explicó al psicólogo de Utah, veinte años más adelante—, es obvio que he tenido tiempo para reflexionar, y por supuesto que me doy cuenta de que pensar así era una locura y muy egoísta, pero ella era tan guapa que pensé: "Es mi salvación", quiero decir mi salvación ante la idea de sentirme un fracasado…».

«Es ahora o nunca», pensó Paul, y se acercó a la barra envuelto en una armadura de valor.

—Eh —lo saludó Theo—. Tú. Eres ese tío.

—¡Seguí tu consejo! —dijo Paul.

—¿Qué consejo? —preguntó Charlie.

—El System, los martes.

—Ah, sí —aseguró Charlie—. Sí, claro.

—Qué bueno verte, tío —añadió Theo, y Paul se sintió bien. Les sonrió a todos y se concentró especialmente en Annika.

—Hola —saludó ella, y no fue descortés, pero, aun así, lo dijo con irritante cautela, como si esperara que todos los que la miraban le pidieran para salir, aunque, por supuesto, era lo que Paul pensaba hacer.

Charlie le estaba contando algo a Theo, que se inclinaba para escucharlo mejor. (Breve retrato de Charlie Wu: un tipo bajito con gafas y un corte de pelo genérico, apropiado para la oficina, vestido con una camisa blanca y tejanos, de pie con las manos en los bolsillos y la luz reflejándose en sus lentes, de modo que Paul no le veía los ojos).

—Oye —le dijo Paul a Annika. Esta lo miró—. Sé que no me conoces, pero creo que eres realmente guapa y me preguntaba si me

permitirías que te invitase a cenar alguna vez.

—No, gracias —respondió ella.

La atención de Theo pasó de Charlie a Paul, a quien observaba de cerca, como si estuviera preocupado ante la necesidad de intervenir, y Paul comprendió: la velada había ido bien hasta que él había llegado. Paul era el problema. Charlie se limpiaba las gafas, aparentemente ajeno a todo, y movía la cabeza al ritmo de la música mientras pulía sus lentes.

Paul se obligó a sonreír y se encogió de hombros.

—Vale —aseguró—, no hay problema, no pasa nada, pensé que no había ningún mal en preguntar.

—Claro, siempre se puede preguntar —corroboró Annika.

—¿Os va el éxtasis? —preguntó Paul.

> «No lo sé —le aseguró al psicólogo veinte años después—, a decir verdad, no sé en qué pensaba, en mi memoria tengo un terrible vacío mental, no sabía lo que iba a decir antes de abrir la boca…».

—No es que me vaya a mí —añadió Paul, porque en ese momento todos lo miraban—. Quiero decir que me parece todo bien, es solo que no me va del todo, pero mi hermana me ha dado esto. —Y enseñó la bolsita en la palma de su mano—. No quiero venderlas, eso tampoco me va, pero me parece un desperdicio tirarlas por el lavabo, por eso preguntaba.

Annika sonrió.

—Creo que probé esas la semana pasada —aseguró—. Tenían el mismo color.

> «Queda claro por qué nunca he contado esto —le dijo Paul al psicólogo veinte años después del System Soundbar—. Pero no sabía que las pastillas eran malas. Pensé que simplemente había reaccionado mal, ya sabe, como si mi organismo ya estuviera mal porque había dejado los opioides, no que cada persona que se las tomara fuera a enfermar de forma automática, y mucho menos…».

—Pues nada, si las queréis, son vuestras —dijo a esa banda que,

como todos los demás grupos que había conocido en su vida, iba a rechazarlo, y Annika sonrió y aceptó la bolsita—. Nos vemos —añadió Paul, que se dirigió a todos, pero a ella en especial, porque a veces «no, gracias» quiere decir «no ahora mismo, pero quizá después», aunque las pastillas, las pastillas, las pastillas…

—Gracias —respondió ella.

> «Bueno, la manera en que reaccionó… —le contó Paul al psicólogo—. Ya veo cómo me está mirando usted, pero de verdad pensé que habría probado las mismas pastillas la semana anterior, como aseguró, y la manera en la que sonrió me hizo pensar que el viaje había sido bueno, que obviamente le habían gustado, así que lo que me había pasado a mí cuando las probé parecía una reacción rara, como dije, no algo que necesariamente… Mire, sé que me estoy repitiendo, pero necesito que comprenda que no podía preverlo, sé cómo suena, pero no tenía ni idea de…».

Después de que Paul se fuera, Annika se tomó una pastilla y le dio las otras dos a Charlie, cuyo corazón se detuvo media hora después en la pista de baile.

2

Es fácil, en retrospectiva, burlarse de la histeria del año 2000. ¿Quién se acuerda de eso ahora? Pero en ese entonces el riesgo de colapso parecía real. A medianoche del 1 de enero de 2000, decían los expertos, las centrales nucleares podían sumirse en el desastre, mientras que los ordenadores, afectados por el efecto 2000, desatarían oleadas de misiles sobre los océanos. La red colapsaría, los aviones se caerían del cielo. Pero para Paul, el mundo ya se había venido abajo, así que tres días después de la muerte de Charlie Wu estaba de pie al lado de una cabina telefónica en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto de Vancouver y trataba de conectar con su media hermana, Vincent. Tenía suficiente dinero para volar hasta Toronto, pero nada más, así que todo su plan consistía en ponerse en manos de su tía Shauna y suplicar su ayuda;

en sus difusos recuerdos de infancia, la tía Shauna poseía una casa enorme con numerosas habitaciones de invitados. Aunque no había visto a Vincent en cinco años, desde que ella tenía trece y él dieciocho, y la madre de Vincent acababa de morir; y no había visto a Shauna desde que tenía, ¿qué?, ¿once años? Pensaba en todo eso mientras el teléfono sonaba sin parar en la casa de su tía. Una pareja pasó a su lado con camisetas conjuntadas que decían «SAL DE FIESTA COMO SI FUERA 1999» y solo entonces recordó que era Nochevieja. Las últimas setenta y dos horas habían sido casi alucinatorias. No había dormido demasiado. No parecía que su tía tuviera contestador automático. Había un directorio telefónico en la estantería bajo el teléfono público, y allí encontró el bufete de abogados donde trabajaba.

—Paul —dijo ella cuando hubo pasado a través del filtro de su secretaria—. Qué sorpresa más agradable. —Su tono era amable y cauteloso. ¿Cuánto sabía? Supuso que lo habrían mencionado en las conversaciones a lo largo de los años. «¿Paul? Bueno, vuelve a estar en rehabilitación. Sí, es la sexta vez».

—Siento molestarte en el trabajo. —Paul sintió un hormigueo detrás de los ojos. Estaba extremadamente, infinitamente arrepentido por todo. (Y trataba de no pensar en Charlie Wu sobre una camilla de urgencias en el System Soundbar, con un brazo colgando inerte a un lado).

—No es ningún problema. ¿Llamabas para saludar o…?

—Trato de localizar a Vincent —respondió Paul—, y por algún motivo no me coge el teléfono que tengo de tu casa, así que me preguntaba si tiene una línea propia o…

—Se mudó hará cosa de un año. —La estudiada neutralidad en la voz de su tía sugería que la separación no había sido amigable.

—¿Hace un año? ¿A los dieciséis?

—Diecisiete —precisó su tía, como si eso fuera distinto—. Se fue a vivir con una amiga suya de Caiette, una chica que acababa de llegar a la ciudad. Estaba más cerca de su trabajo.

—¿Tienes su número?

Sí, lo tenía.

—Si la ves, salúdala de mi parte —dijo.

—¿No estás en contacto con ella?

—Me temo que cuando nos despedimos la relación era un poco

tensa.

—Pensaba que estaba a tu cargo —afirmó él—. ¿No eres su tutora legal?

—Paul, ya no tiene trece años. No le gustaba vivir en mi casa, no le gustaba ir al instituto y, si hubieras pasado más tiempo con ella, sabrías que no sirve de nada intentar que Vincent haga algo que no le gusta. Es como darse con una pared de ladrillos. Disculpa, tengo que salir corriendo hacia una reunión. Cuídate.

Paul escuchó el tono del dial agarrado a una tarjeta de embarque con el número de Vincent garabateado en la parte de atrás. Había alimentado fantasías de que lo acogieran en una habitación de invitados, pero el suelo empezaba a moverse rápidamente bajo sus pies. Sus auriculares colgaban del cuello, así que se los puso con manos temblorosas; apretó el botón de *play* en el CD de su *discman* y dejó que los *Conciertos de Brandeburgo* lo calmaran. Solo escuchaba a Bach cuando necesitaba orden desesperadamente. «Esta es la música que me llevará a Vincent», pensó, y se dispuso a encontrar un autobús que lo llevara al centro. ¿En qué tipo de apartamento viviría Vincent, y con quién? La única amiga de su hermana que recordaba era Melissa, y solo porque estaba allí cuando Vincent hizo el grafiti por culpa del cual la expulsaron de forma temporal de la escuela.

«Bórrame». Palabras garabateadas con pasta ácida en una de las ventanas norte de la escuela mientras el rotulador temblaba un poco en la mano enguantada de Vincent. Tenía trece años y estaban en Port Hardy, en la Columbia Británica, un pueblo en el extremo más al norte de la isla de Vancouver que era en cierto modo menos remoto que el lugar donde vivía Vincent en ese momento. Paul llegó a la esquina del instituto demasiado tarde para detenerla, pero a tiempo de ver cómo lo hacía, y entonces los tres (Vincent, Paul y Melissa) guardaron silencio un instante y observaron los delgados rastros de ácido que goteaban por el vidrio desde varias letras. A través de las palabras, el aula oscura era una masa de sombras, hileras vacías de pupitres y sillas. Vincent llevaba un guante de cuero de hombre que había encontrado Dios sabía dónde. En ese momento se lo quitó y lo dejó caer en la pisoteada hierba invernal, donde yació como una rata muerta mientras Paul se quedaba en pie, boquiabierto e inútil. Melissa se reía, nerviosa.

—¿Qué crees que haces? —Paul quería sonar severo, pero incluso a él le parecía que sonaba dubitativo y con la voz atiplada.

—Solo es una frase que me gusta —afirmó Vincent. Miraba a la ventana de una manera que incomodaba a Paul. Al otro lado de la escuela, el conductor de autobús hizo sonar la bocina.

—Podemos hablar de esto en el bus —dijo Paul, aunque ambos sabían que no hablarían de ello en absoluto, porque no era especialmente convincente como figura de autoridad.

Ella no se movió.

—Debería irme —comentó Melissa.

—Vincent —señaló Paul—, si perdemos ese autobús, tendremos que hacer autoestop de vuelta a Grace Harbour y pagar el transbordador.

—Ya, bueno —soltó Vincent, pero siguió a su hermano hasta el bus escolar, que los esperaba.

Melissa ya estaba sentada delante con el conductor, aparentemente dedicada a sus deberes, pero los miró de un modo furtivo cuando pasaron a su lado. Guardaron silencio durante el trayecto de vuelta a Grace Harbour, donde el barco del correo esperaba para llevarlos a Caiette. El barco se precipitó alrededor de la península y Paul observó las enormes obras donde iban a erigir el nuevo hotel, las nubes, la nuca de Melissa, los árboles en la orilla, cualquier cosa para evitar mirar en las profundidades del agua; no quería pensar en nada de lo que habría allí abajo. Cuando le echó un vistazo a Vincent se sintió aliviado al ver que ella tampoco miraba el agua, sino al cielo que se oscurecía. En el extremo más lejano de la península estaba Caiette, el lugar que hacía que Port Hardy pareciera, en comparación, una metrópolis: veintiuna casas atrapadas entre el agua y el bosque, la infraestructura local reducida a una carretera con dos callejones sin salida, una pequeña iglesia de la década de 1850, una oficina de Correos de una sala, una escuela de primaria destrozada (porque no tenían suficientes niños para mantenerla abierta desde mediados de los ochenta) y un solo muelle. Cuando el barco atracó en Caiette, subieron por la colina hacia la casa y encontraron a papá y a la abuela esperando en la mesa de la cocina. Normalmente la abuela vivía en Victoria y Paul en Toronto, pero los tiempos no eran normales. La madre de Vincent había desaparecido hacía dos semanas. Alguien había

encontrado su canoa a la deriva, vacía en el agua.

—Los padres de Melissa han llamado a la escuela —dijo papá—, y la escuela me ha llamado a mí.

Vincent, hay que decir que con valentía, ni siquiera se inmutó. Se sentó a la mesa, se cruzó de brazos y esperó mientras Paul se inclinaba con torpeza contra los fogones y los observaba. ¿Debía acercarse a la mesa también? ¿Dado que era el hermano mayor y responsable, etcétera? Como siempre, no sabía qué se suponía que debía hacer. Por la manera en que papá y la abuela miraban fijamente a Vincent, Paul oyó todo lo que se abstenían de mencionar: el pelo azul recién teñido de Vincent, sus notas, que habían empeorado, el lápiz de ojos negro, su terrible pérdida.

—¿Por qué escribiste eso en la ventana? —preguntó papá.

—No lo sé —respondió ella en voz baja.

—¿Fue idea de Melissa?

—No.

—¿Qué te pasaba por la cabeza?

—No lo sé. Solo son unas palabras que me gustaban. —El viento cambió de dirección y la lluvia tamborileó contra la ventana de la cocina—. Lo siento —añadió—. Sé que fue una estupidez.

Papá le explicó a Vincent que la escuela la había expulsado durante una semana; que querían expulsarla durante más tiempo, pero que se habían mostrado comprensivos. Ella aceptó esas palabras sin comentarios, luego se levantó y se fue a su habitación. En la cocina se quedaron callados, Paul, papá y la abuela, mientras escuchaban sus pasos en las escaleras y luego la puerta de su habitación, que se cerró silenciosamente tras ella, antes de que Paul se sentara con los otros dos a la mesa, la mesa de los adultos, no pudo evitar pensarlo, y nadie señaló lo obvio, que era que había vuelto de Toronto para cuidarla y que se suponía que eso implicaba no permitir que escribiera grafitis que no se podían borrar en las ventanas del instituto. Pero ¿cuándo había estado Paul en posición de cuidar de nadie? ¿Por qué se había imaginado que podría ayudar? Nadie sacó tampoco el tema a colación, solo se quedaron sentados en silencio mientras oían la lluvia caer en un cubo que papá había colocado en un rincón de la habitación, Vincent representada por un respiradero en el techo que papá y la abuela no parecían comprender que daba a su habitación.

—Bueno —dijo Paul finalmente, desesperado por cambiar de escenario—. Quizá debería ir a hacer los deberes.

—¿Qué tal te va? —preguntó la abuela.

—¿La escuela? Bien —respondió Paul—, va bien.

Pensaban que había hecho un noble sacrificio al dejar atrás a todos sus amigos en Toronto para ir allí a terminar el instituto, para «estar ahí para su hermana», pero, si hubieran prestado más atención o si hablaran con su madre, habrían sabido que, de todos modos, no habría podido regresar a su antigua escuela, y también que su madre lo había echado de casa. Pero ¿acaso una persona tiene que ser *o bien* admirable *o bien* terrible? ¿Tiene la vida que ser tan binaria? «Dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo —se dijo—. Solo porque utilizaste la presunta muerte de tu madrastra para volver a empezar no significa que no hagas también algo bueno, estar ahí para tu hermana o lo que sea». La abuela lo miraba sin mover un músculo, ¿era posible que hubiera hablado con su madre antes de…? Pero papá se disponía a decir algo, y era un proceso gradual que comportaba removerse en la silla, aclararse la garganta, levantar la taza de té a media altura hasta la boca, pero dejarla de nuevo en la mesa, así que Paul y la abuela dejaron su duelo de miradas y esperaron a que hablara. El dolor lo había dotado de una cierta dignidad.

—Tengo que volver pronto al trabajo —comentó papá—. No puedo llevármela al campamento.

—¿Qué sugieres? —preguntó la abuela.

—Pensaba en enviarla a vivir con mi hermana.

—Jamás te has llevado bien con tu hermana. Te juro que tú y Shauna empezasteis a discutir cuando tenías dos años y ella era un bebé.

—A veces me vuelve loco, pero es buena persona.

—Trabaja cien horas a la semana —aseguró la abuela—. ¿No sería mejor para Vincent si consiguieras un trabajo cerca de aquí?

—No hay trabajo cerca de aquí —la contradijo él—. Nada con lo que pueda ganarme la vida, en cualquier caso.

—¿Y el nuevo hotel?

—El nuevo hotel estará en obras durante al menos otro año, y no sé nada de construcción. Pero, mira, no es solo… —Se quedó callado un momento con los ojos fijos en su té—. Aparte de las

consideraciones financieras, no estoy seguro de que vivir aquí sea lo mejor para Vincent. Cada vez que mira el agua…

Dejó la frase ahí. Y Paul pensó, cuando papá dijo eso, que iba en la columna de lo bueno que pensara primero en Vincent, que su primer pensamiento no fuera para el maldito brazo de tierra lleno de fantasmas que intentaba no mirar a través de la ventana de la cocina, sino para la chica que escuchaba por el respiradero, en el piso de arriba.

—Voy a comprobar cómo está Vincent —dijo Paul.

Le gustaba la manera en que lo miraban, «¡mira cómo ha madurado Paul!», y sentía disgusto hacia sí mismo por fijarse en eso. En lo alto de la escalera, casi le falló el valor, pero al final lo hizo, llamó suavemente a la puerta del dormitorio de Vincent y entró cuando nadie le contestó. No había entrado en esa habitación en mucho tiempo y le llamó la atención lo desvencijada que estaba; se sintió avergonzado por notarlo y también por Vincent, aunque ¿quizá ella no se fijaba en eso? No estaba claro. Su cama era más vieja que ella y la pintura se desconchaba del cabezal, para abrir el cajón superior de la cómoda tenía que tirar de una cuerda, las cortinas habían sido sábanas antes. Quizá nada de eso la preocupaba. Estaba sentada con las piernas cruzadas cerca del respiradero, como era de esperar.

—¿Te importa si me siento aquí contigo? —preguntó. Ella asintió. «Esto podría funcionar —pensó Paul—. Podría ser un buen hermano para ella».

—No deberías estar en el onceavo curso —dijo ella—. Lo he calculado.

Dios. Hubo un relámpago de dolor que debía reconocer, porque su hermana de trece años se había fijado en algo que le había pasado por alto a su propio padre.

—Estoy repitiendo curso.

—¿Repites onceavo?

—Casi no fui a clase la primera vez. Pasé un tiempo en rehabilitación el año pasado.

—¿Por qué?

—Tenía un problema con las drogas.

Le gustó ser honesto al respecto.

—¿Tienes un problema con las drogas porque tus padres se

separaron? —preguntó, en un tono de auténtica curiosidad, y, llegado a este punto, quiso alejarse desesperadamente de ella, así que se levantó y se quitó el polvo de los tejanos. Su habitación estaba sucia.

—No tengo un problema con las drogas. Lo *tenía*. Ahora todo eso quedó atrás.

—Pero fumas maría en tu habitación —apuntó ella.

—La maría no es heroína. Son completamente diferentes.

—¿*Heroína*? —Abrió mucho los ojos.

—Bueno, tengo muchos deberes.

«No odio a Vincent —se dijo—, Vincent jamás ha sido el problema, jamás he odiado a Vincent, solo he odiado la *idea* de Vincent». Una especie de mantra que sentía la necesidad de repetirse a intervalos, porque, cuando Paul era muy joven y sus padres aún estaban casados, papá se enamoró de la joven poeta *hippie* que vivía en la misma calle, que rápidamente se quedó embarazada de Vincent, y, al cabo de un mes, Paul y la madre de Paul se habían ido de Caiette, «abandonaron esa sórdida telenovela», como ella había dicho, y Paul se pasó el resto de su niñez en los suburbios de Toronto, viajando a la Columbia Británica los veranos y cada dos Navidades, una infancia de volar solo por encima de la pradera y las montañas con un cartel de MENOR NO ACOMPAÑADO que colgaba de su cuello, mientras Vincent vivía todo el tiempo con sus dos progenitores, hasta hacía dos semanas.

La dejó en su habitación y volvió a la estancia donde dormía (la misma donde se alojaba de niño, pero que en su ausencia habían convertido en trastero y ya no le parecía su habitación), sus manos temblaban, le acuciaba la infelicidad, y se preparó un porro y lo fumó con cuidado por la ventana, pero el viento empujaba el humo hacia dentro, hasta que al final alguien llamó a su puerta. Cuando Paul abrió, papá estaba ahí y lo miraba con una expresión de insoportable decepción y, al final de la semana, Paul volvió a Toronto.

La siguiente vez que vio a Vincent fue el último día de 1999, cuando cogió el autobús hacia el centro desde el aeropuerto acompañado de los *Conciertos de Brandeburgo*, que escuchó en su *discman*. Encontró la dirección de Vincent en el peor barrio que había visto en su vida, un edificio hecho polvo situado frente a un

pequeño parque donde los drogadictos se paseaban tropezando como extras en una película de zombis. Mientras Paul esperaba a que Vincent abriese la puerta, trató de no mirarlos y de no pensar en la preferencia general de consumir heroína; no el sórdido negocio de intentar conseguir más y enfermar, sino la sustancia en sí, el estado en que el mundo está perfectamente bien. Melissa abrió la puerta.

—Oh —exclamó—. ¡Eh! Tienes el mismo aspecto. Entra.

Eso, en cierto modo, lo tranquilizó. Se sintió marcado, como si los detalles de la muerte de Charlie Wu estuvieran tatuados en su piel. Melissa no tenía el mismo aspecto exactamente. Estaba claro que se había metido a fondo en el mundo de las *raves*. Llevaba pantalones azules de piel sintética y una sudadera estampada con los colores del arcoíris, y su pelo, teñido de color rosa, estaba recogido en el mismo tipo de coletas que recordaba que Vincent llevaba cuando tenía cinco o seis años. Melissa lo acompañó escaleras abajo hasta uno de los peores apartamentos en los que había entrado jamás, un sótano semiacabado con manchas de humedad en las paredes de cemento. Vincent estaba preparando café en una diminuta cocina.

—Eh —saludó—. Qué bueno verte.

—Lo mismo digo —respondió.

La última vez que había visto a Vincent tenía el pelo azul y hacía un grafiti en una ventana de la escuela, pero parecía haberse retirado de ese precipicio en particular. No tenía aspecto de ser una fiestera o, si lo era, se vestía para la ocasión solo cuando había *raves*. Llevaba tejanos y un jersey gris, y el pelo largo y oscuro a la altura de los hombros. Melissa hablaba demasiado rápido, pero siempre lo había hecho, ¿verdad? La recordaba más nerviosa de pequeña. Observó a Vincent con atención, en busca de señales, pero parecía una persona reservada, centrada, alguien que se comportaba con cuidado y evitaba el campo de minas. ¿Cómo había llegado a ser de *esa manera* y Paul *así*? Esa pregunta tenía todas las características del tipo de pensamiento circular que se suponía que debía evitar (¿por qué tú eres *tú*?), pero no podía detener la espiral. «Jamás has odiado a Vincent, recuérdalo. No es culpa suya que no tenga los mismos problemas que tú». Se sentaron en un salón con motas de polvo del tamaño de un puño, Paul y Vincent instalados

en un sofá que aparentaba tener más de treinta años y Melissa en una tumbona de plástico de jardín mugrienta, y trataron de sacar temas de conversación, pero se producían pausas silenciosas, así que se limitaron a beber café soluble y evitaron mirarse a los ojos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Vincent—. No tenemos gran cosa, pero puedo prepararte una tostada o un sándwich de atún.

—Nah, no tengo apetito. Gracias.

—Gracias a Dios —repuso Melissa—. Son los últimos cuatro días antes de cobrar y mañana toca pagar el alquiler, así que probablemente las opciones son pan o atún en lata.

—Si te hace falta ir a comprar tan desesperadamente, ¿por qué no echas mano del dinero para cervezas? —inquirió Vincent.

—Voy a fingir que no te he oído.

—Cuando llegue el siguiente cheque, tengo que recordar que necesitamos bombillas —añadió Vincent—. Se me olvida continuamente cuando tengo dinero.

El salón solo estaba iluminado por tres lámparas de pie que no hacían juego, y la de la esquina más alejada parpadeaba. Vincent se levantó, la apagó y volvió al sofá. Ahora la habitación estaba en la penumbra y las sombras se agolpaban en la periferia.

—La tía Shauna te manda recuerdos —soltó Paul al cabo de un rato.

—Ella está bien —dijo Vincent, en respuesta a una pregunta que Paul no había formulado—, pero probablemente no estaba capacitada para acoger a una adolescente traumatizada de trece años.

—Por lo que me dijo, parecía que habías dejado la escuela.

—Sí, el instituto era tedioso.

—¿Por eso te fuiste?

—Más o menos —admitió—. Parece que sacar solo buenas notas no es lo mismo que estar lo bastante motivado para arrastrarte a la escuela cada mañana.

No supo qué responder a eso. Como siempre, no estaba seguro de cuál debía ser su papel. ¿Se suponía que debía aconsejarle que regresara al instituto? No estaba en posición de decirle a nadie qué debía hacer. El funeral de Charlie Wu era hoy. Era del todo imposible que Charlie Wu estuviera de pie en el rincón más oscuro de la habitación, pero no sentía la necesidad de mirar en esa

dirección.

—¿Vas al instituto? —le preguntó a Melissa.

—Voy a ir a la Universidad de Columbia en otoño.

—Genial, felicidades. Es una buena universidad.

Melissa levantó su taza de café.

—Brindo por una vida de deuda estudiantil —aseguró.

—Viva. —Paul levantó su taza también y no la miró a los ojos. La madre de Paul había costeado sus gastos universitarios.

—Tenemos que salir a bailar esta noche —dijo Melissa finalmente—. He pensado en un par de sitios.

—Sé de gente que se ha encerrado en cabañas remotas con víveres por si nuestra civilización se desmorona —apuntó Vincent.

—Eso parece mucha molestia —opinó Paul.

—¿Esperas en secreto que la civilización colapse —preguntó Melissa—, solo para que pase algo?

Más tarde esa noche se metieron en el coche desvencijado de Melissa y condujeron hasta un club. Vincent no tenía edad legal, pero el portero optó por no fijarse, porque, cuando tienes dieciocho años y eres guapa, todas las puertas se abren para ti, o al menos eso le pareció a Paul mientras la veía revolotear frente a él. El portero escudriñó la identificación de Paul y lo miró con atención, y a Paul le dieron ganas de hacer una observación tajante, pero optó por no hacerlo. El nuevo siglo era una nueva oportunidad, eso había decidido. Si sobrevivían al efecto 2000, si el mundo no se acababa, estaba decidido a ser mejor. Y, si sobrevivían al efecto 2000, esperaba no volver a oír jamás la expresión «efecto 2000». En el guardarropa, Paul vio que Vincent llevaba una prenda brillante que en realidad solo era la mitad de una camiseta, la parte delantera era normal, pero no tenía espalda, solo dos tiras que se anudaban en un lazo por debajo de sus omoplatos desnudos, lo que hacía que su espalda pareciera vulnerable.

—Necesito una bebida —soltó Melissa, así que Paul la acompañó hasta el bar, donde pidieron cerveza en lugar de licor fuerte y se la tomaron con calma (porque eran adultos responsables) y, cuando volvió a mirar hacia la pista, Vincent ya estaba bailando sola, con los ojos cerrados, o quizá miraba al suelo, sola en un sentido muy fundamental: «perdida en su pequeño mundo» era la frase que la madre de Vincent utilizaba siempre que alguien trataba de captar su

atención mientras leía un libro o se quedaba mirando al infinito.

—Está en Babia —dijo Melissa, en realidad casi lo gritó, porque la música era más tranquila cerca de la barra, pero no estaba lo bastante baja para hablar.

—Siempre ha sido así —gritó Paul como respuesta.

—Bueno, lo que le pasó a su madre habría vuelto loco a cualquiera —gritó Melissa, que posiblemente no lo había oído bien —. Fue tan trágico que…

Paul no oyó la última palabra, pero no le hacía falta. Se quedaron callados un instante, reflexionando sobre Vincent y también sobre su tragedia, que era una entidad distinta. Pero Vincent no le parecía una figura trágica, sino una persona que quería una vida más o menos normal, una persona centrada con un trabajo a tiempo completo de camarera en el hotel Vancouver, y, por lo tanto, se sentía un poco incómodo a su alrededor.

Después de tomarse dos cervezas se unió a ella en la pista y le sonrió. Quería decirle: «Estoy intentándolo, de verdad. Todo está saliendo mal, pero el nuevo siglo va a ser distinto». No bebió ni comió nada excepto la cerveza y bailó mucho durante un rato sin estar bajo la influencia de nada, bueno, de *casi* nada, porque la cerveza no cuenta, hasta que levantó la vista y vio a Charlie Wu entre el gentío y la noche dejó de latir por un instante. Paul se quedó helado. Por supuesto que no era Charlie Wu, por supuesto que solo era un chico cualquiera que se parecía un poco a él, un chico con un corte de pelo similar y gafas que reflejaban las luces, pero la estampa era tan asombrosa que no pudo quedarse ni un segundo más allí, ni siquiera para decirles a Vincent y Melissa que se iba, así que salió a trompicones a la calle y ahí lo encontraron media hora más tarde, temblando bajo una farola. Nada, les dijo, es solo que no le gustaba la música y de repente necesitaba aire fresco, ¿no les había dicho que a veces le daba un poco de claustrofobia cuando estaba con mucha gente?, y, además, también tenía mucha hambre. Veinte minutos más tarde estaban mirando los menús en una cafetería veinticuatro horas donde todos los demás clientes estaban bebidos. La luz era tan fuerte que era posible asegurarse de que no había visto un fantasma. Todos los demás se parecían bajo la luz estroboscópica. Hay *doppelgängers* en todas partes.

—¿Por qué has venido para el Año Nuevo? —preguntó Melissa.

No había sido muy preciso acerca de cuánto tiempo pensaba quedarse—. ¿No son mejores las discotecas de Toronto?

—De hecho, voy a mudarme aquí —explicó Paul.

Vincent levantó la mirada del menú.

—¿Por qué? —preguntó.

—Simplemente necesitaba un cambio de escenario.

—¿Tienes problemas de algún tipo? —preguntó Melissa.

—Sí —respondió él—, algunos.

—Bueno, venga —dijo Melissa—, ahora tienes que contárnoslo.

—Había una partida de éxtasis en mal estado. Parecía que iban a echarme la culpa.

> «Bueno, porque no había motivo para no ser en cierto modo honesto —le explicó al psicólogo en Utah, en 2019—. Por supuesto que no les dije nada más, pero ya sabía que podría escapar. Estaba en un periodo de prueba académica, así que no era raro que desapareciese de la escuela. Paul debe ser uno de los nombres más comunes en todo el mundo, y era el único que la gente de Baltica conocía…».

—Guau —exclamó Melissa—. Eso es horrible.

Y él pensó: «No tienes ni idea de cuánto». No pudo evitar fijarse en que Vincent no parecía estar interesada en el tema. Había vuelto a concentrarse en su menú sin hacer ningún comentario. Ninguna de las posibilidades era buena: o Paul no le importaba en absoluto, o que estuviera en un aprieto era algo que esperaba de él, o bien estaba acostumbrada a tener problemas ella también. «No odio a Vincent —se repitió en silencio—, solo odio la increíble buena suerte de Vincent por ser Vincent en lugar de ser yo, solo odio que Vincent pueda dejar la escuela e instalarse en un barrio terrible y, aun así, que milagrosamente esté bien, como si las leyes de la gravedad y de la desgracia no la afectasen». Cuando terminaron de comer sus hamburguesas, Melissa miró el reloj de muñeca, una cosa de plástico enorme y digital que parecía más apropiada para un crío.

—Las once y catorce —dijo Melissa—. Aún tenemos cuarenta y cuatro minutos que matar antes de que se acabe el mundo.

—Cuarenta y seis minutos —matizó Paul.

—No creo que vaya a terminar —opinó Vincent.

—Sería emocionante que así fuera —declaró Melissa—. Todas las luces se apagan de repente, puf. —Extendió los dedos como un mago que está haciendo un truco.

—Uf —dijo Vincent—. ¿Una ciudad sin luces? No, gracias.

—Sería un poco extraño —comentó Paul.

—Tío, *tú* sí que eres extraño —repuso Melissa. Él le arrojó una patata frita y entonces los echaron a todos. Se quedaron temblando y deshidratados de pie en la calle durante unos minutos, mientras debatían adónde ir, y luego Melissa recordó otra discoteca donde pensaba que quizá a Vincent no le impedirían entrar, otra en un sótano, no muy lejos de ahí, así que salieron a buscarla, se perdieron dos veces y finalmente se encontraron frente a una puerta sin cartel a través de la cual un bajo latía levemente desde abajo. De algún modo, aún era 1999. Bajaron otras escaleras hacia otra noche permanente y Paul escuchó la letra cuando abrieron la puerta:

> «Siempre vengo hacia ti, vengo hacia ti, vengo hacia ti…».

Y por un segundo no pudo respirar. La canción estaba remezclada en una melodía *dance*, la voz de Annika por encima de un profundo *beat* de música *house*, pero la reconoció de inmediato, porque la habría reconocido en cualquier lugar.

—¿Estás bien? —gritó Melissa en la oreja de Paul.

—¡Sí! —respondió a gritos él—. ¡Estoy bien!

Se quitaron los abrigos y la pista de baile los absorbió mientras la canción de Baltica se metamorfoseaba en otra, una acerca de estar triste que se oía en todas las pistas de baile de 1999, del cual solo quedaban unos minutos. «La última canción del siglo XX», pensó Paul, que trataba de bailar, pero algo lo preocupaba, una sensación de que algo se movía en su visión periférica, como si alguien lo observara. Miró a su alrededor como un animal salvaje, pero solo vio un mar de rostros anónimos, y ninguno lo miraba a él.

—¿Seguro que estás bien? —gritó Melissa.

Las luces empezaron a parpadear, y solo durante un instante Charlie Wu estaba ahí, en medio del gentío, con las manos en los bolsillos, observando a Paul, y luego ya no estaba.

—¡Estupendo! —gritó Paul—. ¡Estoy bien!

Porque en realidad era la única opción, estar bien a pesar de la horrible certeza de que Charlie Wu se encontraba ahí en cierto modo. Paul cerró los ojos durante un instante y luego se obligó a bailar de nuevo, a fingir desesperadamente. Las luces no se apagaron cuando 1999 se transformó en 2000, las horas siguieron avanzando hacia el amanecer cuando emergieron a la fría calle y al nuevo siglo y se amontonaron en el coche destrozado de Melissa, helados y sudados, Paul en el asiento del pasajero y Vincent acurrucada como un gato en el de atrás.

—Superamos el fin del mundo —dijo ella, pero, cuando Paul miró por encima del hombro, ya estaba dormida, y se preguntó si lo había imaginado. Melissa tenía los ojos rojos y muy abiertos, estaba acelerada, conducía demasiado deprisa, hablaba de su nuevo trabajo como dependienta de ropa en Le Château mientras Paul la escuchaba, pero solo a medias, y en algún punto del trayecto de regreso al apartamento se apoderó de él una oleada extraña y maníaca de esperanza. Era un nuevo siglo. Si podía sobrevivir al fantasma de Charlie Wu, podía superarlo todo. Había llovido durante la noche en algún momento y las aceras resplandecían. El agua reflejaba la primera luz del amanecer.

> «No —le dijo Paul al psicólogo—. Esa solo fue la primera vez que lo vi».

3. El hotel

Primavera de 2005

1

«Por qué no tragáis cristales rotos». Las palabras estaban garabateadas en pasta ácida sobre la pared oriental de vidrio del hotel Caiette y goteaban rastros blancos de varias letras.

—¿Quién escribiría algo así?

El único cliente que había visto el acto de vandalismo, un insomne ejecutivo de una empresa de envíos que había llegado el día antes, estaba sentado en uno de los sillones de cuero con un *whisky* que el encargado nocturno le había traído. Eran un poco pasadas las dos y media de la madrugada.

—No será un adulto, seguro —respondió el encargado nocturno. Su nombre era Walter, y era el primer grafiti que había visto en los tres años que llevaba en el hotel. El mensaje estaba escrito en la parte exterior del cristal. Walter había pegado con celo varias hojas de papel por encima de la frase y ahora se disponía a mover una maceta con un rododendro para cubrir los papeles con la ayuda de Larry, el portero de noche. La camarera que estaba de servicio, Vincent, limpiaba las copas de vino mientras observaba lo que hacían desde detrás de la barra, en el otro extremo del vestíbulo. Walter se había planteado reclutarla para que los ayudase a mover la maceta, porque siempre iban bien otro par de manos y era la hora de cenar del encargado de mantenimiento, pero no le pareció una persona especialmente robusta.

—Es algo inquietante, ¿no? —comentó el cliente.

—No le digo que no. Pero creo —dijo Walter, que exhibía más confianza de la que sentía en realidad— que esto solo puede haber

sido obra de un adolescente aburrido.

La verdad era que estaba profundamente perturbado por el incidente y que se refugiaba en la eficiencia. Dio un paso atrás para ver cómo quedaba el rododendro. Las hojas lograban cubrir, aunque no por entero, el papel pegado al cristal. Miró a Larry, que le devolvió la mirada con una expresión de «esto es lo mejor que podemos hacer», se encogió de hombros y salió fuera con una bolsa de basura y un poco de celo para tapar el mensaje por el otro lado.

—Es la especificidad de la frase —repuso el cliente—. Desconcertante, ¿verdad?

—Siento mucho que tuviera que verlo, señor Prevant.

—Nadie debería ver un mensaje como ese.

Hubo un temblor de angustia en la voz de Leon Prevant, que disimuló con un rápido sorbo de *whisky*. Al otro lado del cristal, Larry había doblado la bolsa de basura en una tira recta y la pegaba por encima del mensaje.

—Estoy completamente de acuerdo. —Walter lanzó una mirada a su reloj. Las tres de la mañana, tres horas más en su turno. Larry volvía a estar apostado en su lugar en la puerta. Vincent seguía limpiando las copas. Fue a hablar con ella y, cuando lo hizo, vio que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—Es tan horrible… —dijo ella sin levantar la mirada—. No imagino qué tipo de persona escribiría algo así.

—Lo sé —asintió él—. Pero sigo pensando que mi teoría del adolescente aburrido es la correcta.

—¿De verdad lo crees?

—No me costaría nada estar convencido de eso —aseguró.

Walter fue a ver si el señor Prevant necesitaba algo, pero no era así, y luego volvió a inspeccionar la pared de cristal. Solo esperaban a otro cliente esa noche, un vip, cuyo vuelo se había retrasado. Walter se quedó frente al cristal durante unos minutos más y miró el reflejo del vestíbulo superpuesto en la oscuridad antes de regresar a su escritorio para redactar un informe del incidente.

2

—El hotel está en medio de la nada —le había explicado el gerente

a Walter en su primer encuentro en Toronto hacía tres años—, pero precisamente de eso se trata.

La primera reunión fue en una cafetería cerca del lago; de hecho, estaba construida en el muelle y los barcos se balanceaban a los lados. Raphael, el gerente, vivía en el mismo hotel, junto con casi todos los demás que trabajaban en el Caiette, pero había ido a Toronto para asistir a una conferencia sobre el sector de la hostelería y también para fichar a los empleados que le interesaban de los hoteles de la competencia. El hotel Caiette llevaba abierto desde mediados de los años noventa, pero lo habían reformado recientemente en lo que Raphael llamaba el estilo Gran Costa Oeste, que incluía vigas de cedro a la vista y enormes paneles de cristal. Walter estudiaba las fotos de la campaña de anuncios que Raphael le había deslizado a través de la mesa. El hotel era un palacio de cedro y de cristal en el crepúsculo, las luces se reflejaban en el agua y las sombras del bosque se cernían sobre él.

—Lo que mencionó antes —dijo Walter—, eso de que no se puede llegar en coche…

Pensó que tal vez no lo había entendido bien cuando Raphael había hecho la presentación inicial.

—Quiero decir exactamente eso. El acceso al hotel es mediante un bote. No hay carreteras de entrada ni de salida. ¿Conoce la geografía de la región?

—Un poco —mintió Walter.

Jamás había estado tan al oeste. Su impresión de la Columbia Británica era de postal: ballenas que emergían de aguas azules, orillas verdes, barcos.

—Aquí —dijo Raphael mientras removía algunos papeles—. Echa un vistazo a este mapa.

El hotel se representaba como una estrella blanca en una ensenada en el extremo norte de la isla de Vancouver. El brazo de tierra casi partía la isla en dos.

—Es todo salvaje ahí arriba —explicó Raphael—, pero déjame que te cuente un secreto acerca de la naturaleza salvaje.

—Adelante.

—Muy poca gente que viaja hasta la naturaleza salvaje quiere experimentarla. Casi nadie, de hecho. —Raphael se echó hacia atrás en la silla con una pequeña sonrisa, a la espera de que Walter le

preguntara qué quería decir, pero Walter se limitó a esperar—. Al menos, no el tipo de personas que se alojan en un hotel de cinco estrellas —prosiguió Raphael—. Nuestros clientes en Caiette quieren ver naturaleza salvaje, pero no quieren vivir *en* ella. Solo desean *mirarla*, idealmente a través de la ventana de un hotel de lujo. Quieren estar cerca de lo salvaje. Aquí ofrecemos… —tocó la estrella blanca con un dedo, y Walter admiró su manicura— un nivel de lujo extraordinario en un entorno inesperado. Hay un elemento de surrealismo en ello, con franqueza. Es una experiencia de cinco estrellas en un lugar donde el móvil no tiene cobertura.

—¿Cómo llevan a los clientes y las provisiones? —A Walter le costaba entender cuál era el atractivo de un lugar así. Era sin duda hermoso, pero muy inconveniente a nivel geográfico, y no estaba seguro de por qué el ejecutivo medio querría irse de vacaciones a un lugar sin cobertura.

—En un *ferry* rápido. Se tardan quince minutos desde el pueblo de Grace Harbour.

—Entiendo. Aparte de su obvia belleza natural —dijo Walter, que trataba de enfocarlo por otro lado—, ¿diría que existe un factor que diferencia este hotel del resto de sus competidores similares?

—Esperaba que me preguntaras eso. La respuesta es sí. Uno se siente fuera del tiempo y del espacio.

—¿Fuera del…?

—Es una metáfora, pero no muy desencaminada. —A Raphael le encantaba el hotel, saltaba a la vista—. La verdad es que hay una franja demográfica dispuesta a pagar mucho dinero para escapar durante un tiempo del mundo.

Más tarde, mientras caminaba de regreso a casa en la noche otoñal, escapar temporalmente del mundo era una idea en la que Walter no podía dejar de pensar. En ese entonces alquilaba un pequeño apartamento de una habitación en una calle que parecía quedar entre dos barrios. Era el apartamento más deprimente que había visto jamás y, por razones que se negaba a formular, por eso lo había escogido. En algún lugar de la ciudad, la bailarina de *ballet* con la que Walter había estado prometido hasta hacía dos meses se había ido a vivir con un abogado.

Walter hizo su habitual parada en la tienda de comestibles de camino a casa esa tarde, y la idea de volver a parar en el mismo

sitio al día siguiente, y el día después, y el otro, lentos paseos por la zona de comida congelada intercalados con los turnos en el hotel donde llevaba trabajando una década, cada día un día más viejo mientras la ciudad se cernía sobre él, bueno, era insoportable, la verdad. Colocó un paquete de maíz congelado en su carrito. ¿Y si esa era la última vez que realizaba esa acción, allí, en esa tienda en concreto? Era un pensamiento atractivo.

Había estado con la bailarina de *ballet* durante doce años. No había adivinado que iban a romper. Había acordado con sus amigos que no debía realizar ningún movimiento precipitado. Pero en ese momento lo que quería era desaparecer y, para cuando llegó a la caja, se dio cuenta de que ya había tomado una decisión. Aceptó el puesto y se organizó; el día fijado, un mes más tarde, volaba a Vancouver y luego se subía en un vuelo hacia Nanaimo, en una avioneta de veinticuatro asientos que apenas alcanzó las nubes antes de volver a descender; se pasó la noche en un hotel y al día siguiente partió hacia el hotel Caiette. Podría haber ahorrado una cantidad de tiempo considerable si hubiera volado hacia uno de los pequeños aeropuertos más al norte, pero quería conocer un poco mejor la isla de Vancouver.

Era un frío día de noviembre y las nubes estaban bajas en el cielo. Condujo hacia el norte en un coche de alquiler gris a través de una serie de pueblos grises con un mar gris visible de forma intermitente a su derecha, un paisaje de árboles oscuros, de McDonald's y almacenes de carretera bajo un cielo de plomo. Llegó por fin al pueblo de Port Hardy, donde las calles estaban apagadas bajo la lluvia, y se perdió un rato antes de encontrar el lugar donde debía depositar el coche de alquiler. Llamó al único servicio de taxis del pueblo y esperó media hora hasta que llegó un anciano con una camioneta destartalada que apestaba a cigarrillos.

—¿Va al hotel? —preguntó el conductor cuando Walter le pidió que lo llevara a Grace Harbour.

—Sí —respondió Walter, pero descubrió que no le apetecía especialmente conversar después de tantas horas de viaje en solitario. Condujeron en silencio a través del bosque hasta que llegaron al pueblo de Grace Harbour, tal como era: unas casas aquí y allá a lo largo de la carretera y la costa, barcos de pesca en el

puerto, una tienda cerca de los muelles y un aparcamiento con algunos coches viejos. Vio a una mujer a través de los escaparates de la tienda, pero no había nadie más.

Las instrucciones de Walter eran que llamara al hotel para que mandaran la lancha. Su móvil no funcionaba allí, tal como le habían asegurado, pero había una cabina telefónica cerca del muelle. El hotel prometió enviar a alguien en una media hora. Walter colgó y salió al aire frío. Anochecía y el mundo se volvía monocromático, el agua pálida y vidriosa bajo el cielo oscurecido, las sombras que se acumulaban en el bosque. Ese lugar era completamente opuesto a Toronto, ¿y no era eso lo que quería? ¿Exactamente lo opuesto a su vida anterior? En algún lugar de la ciudad, al este, la bailarina y el abogado estarían en un restaurante, o caminando por la calle agarrados de la mano, o en la cama. «No pienses en eso. No pienses en eso». Walter esperó, atento, y durante un rato solo se oyó el suave lamer del agua contra el muelle y alguna que otra gaviota, hasta que en la distancia llegó la vibración de un motor fueraborda. Unos minutos más tarde vio la lancha, una mota blanca entre las oscuras lenguas del bosque, un juguete que se hizo poco a poco más grande hasta que llegó al muelle; el motor era obscenamente ruidoso en medio de tanto silencio, su estela salpicaba los pilones. La mujer que la conducía parecía tener unos veintitantos años y llevaba un uniforme parecido al de un marinero.

—Debes ser Walter. —Desembarcó en un único movimiento fluido y amarró la lancha al muelle—. Soy Melissa, del hotel. ¿Puedo ayudarte con tus maletas?

—Gracias —dijo.

Había algo llamativo en ella, un aire como de aparición. Se dio cuenta de que casi era feliz a medida que la lancha se alejaba del muelle. El viento frío acariciaba su rostro y sabía que era un viaje que no duraría más de quince minutos, pero tenía la absurda sensación de embarcarse en una aventura. Se movían muy rápido mientras la noche caía. Quería preguntarle a Melissa por el hotel, cuánto tiempo llevaba allí, pero el motor hacía muchísimo ruido. Cuando miró por encima de su hombro, la estela era un rastro de plata que llevaba hasta las luces desperdigadas de Grace Harbour.

Melissa los condujo alrededor de la península y el hotel apareció ante ellos, un palacio improbable encendido contra la oscuridad del

bosque, y por primera vez Walter comprendió lo que Raphael quería decir cuando hablaba de un elemento de surrealismo. El edificio habría sido hermoso en cualquier parte, pero su situación allí lo convertía en algo incongruente, y esa incongruencia desempeñaba su papel en el embrujo. El vestíbulo estaba a la vista, expuesto como un acuario detrás de una pared de cristal, y se veían los pilares de madera de cedro y los suelos de pizarra. Una doble hilera de luces iluminaba el camino hacia el muelle, donde un portero (Larry) los recibió con un carrito. Walter estrechó la mano de Larry y siguió a su equipaje por el camino hacia la impresionante entrada del hotel, el vestíbulo y la recepción, donde Raphael esperaba con una sonrisa de conserje. Después de las presentaciones, de la cena y del papeleo, Walter por fin se encontró en una *suite* en la última planta del edificio destinado al personal, cuyas ventanas y terraza daban a las copas de los árboles. Cerró las cortinas contra la oscuridad y pensó en lo que había dicho Raphael acerca de que el hotel existía fuera del tiempo y del espacio. Hay tanta felicidad en una huida con éxito…

Hacia el final de su primer año en Caiette, Walter se dio cuenta de que allí era más feliz de lo que había sido jamás, pero en las horas posteriores a la aparición del grafiti, el bosque exterior parecía oscuro de nuevo y las sombras, densas y palpitantes de amenazas. ¿Quién había salido del bosque para escribir ese mensaje en la ventana? «El mensaje estaba escrito en el vidrio al revés —anotó Walter en el informe sobre el incidente—, lo que sugiere que se hizo así para que se leyera desde el vestíbulo».

—Me gusta lo claro que es el informe —lo felicitó Raphael cuando Walter entró en su despacho la tarde siguiente. Raphael había vivido veinte años en el Canadá inglés, pero conservaba un fuerte acento de Quebec—. Cuando les pido un informe, algunos de sus colegas me entregan un desastre lleno de erratas y de especulaciones descabelladas.

—Gracias. —Walter valoraba ese trabajo más de lo que jamás había valorado nada y siempre se sentía muy aliviado cuando Raphael alababa su rendimiento—. El grafiti es inquietante, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo. Está a un paso de ser amenazador.

—¿Se ve algo en las cámaras de vigilancia?

—Nada demasiado útil. Se lo puedo enseñar, si quiere. Raphael giró la pantalla hacia Walter y pulsó el *play* en un vídeo en blanco y negro. La grabación de seguridad de la terraza delantera de noche, con el resplandor fantasmal de la cámara en modo visión nocturna: una figura aparece desde las sombras al borde de la terraza, con pantalones oscuros y una sudadera demasiado grande, con capucha. Mantiene la cabeza baja (¿es una mujer? Imposible de distinguir) y lleva algo en la mano enguantada: el rotulador de pasta de ácido con el que pintarrajea el cristal. El fantasma se sube grácilmente a un banco, escribe su mensaje y se disuelve en las sombras, sin levantar la vista ni un instante. Toda la escena transcurre en menos de diez segundos.

—Es como si hubiera practicado —opinó Walter.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo escribe muy rápido. Y lo hace al revés. Él o ella, no sabría decir.

Raphael asintió.

—¿Hay algo más que pueda contarme de ayer por la noche que no salga en el informe?

—¿A qué se refiere?

—Cualquier cosa fuera de lo corriente en el vestíbulo. Un detalle extraño. Algo que quizá crea que no es relevante.

Walter vaciló.

—Dígame.

—Bueno, no me gusta hablar mal de mis compañeros —se justificó Walter—, pero me pareció que esa noche el encargado de mantenimiento nocturno se comportaba de manera extraña.

El encargado de mantenimiento nocturno, Paul, era el hermano de Vincent (bueno, Vincent había dicho que era su medio hermano, pero Walter no estaba seguro de qué progenitor compartían) y llevaba tres meses en el hotel. Hacía cinco o seis años que vivía en Vancouver, pero había crecido en Toronto, según le había dicho a Walter. Eso debería haber creado un vínculo entre ambos, pero no fue así, en parte porque él y Paul venían de Torontos distintos. Trataron de comparar sus restaurantes y clubes nocturnos favoritos de la ciudad, pero Walter jamás había oído hablar de System Soundbar y Paul no sabía nada de

Zelda's.

El Toronto de Paul era más joven, más anárquico, un Toronto que bailaba al ritmo de una música que a Walter jamás le había gustado y que tampoco comprendía, un Toronto que llevaba una moda peculiar y se metía drogas de las que Walter jamás había oído hablar. («Bueno, pero ya sabes por qué los chavales de las raves llevan bufandas en el cuello —le explicó Paul—, no es solo porque tengan un deficiente sentido de la moda, es que la ketamina te hace apretar los dientes» y Walter asintió como si lo entendiera, sin tener la menor idea de qué era la ketamina). Paul nunca sonreía. Hacía su trabajo bastante bien, pero tenía una forma de dejarse llevar por pequeñas ensoñaciones mientras limpiaba el vestíbulo por la noche, se quedaba mirando al infinito al pasar la mopa por el suelo o al limpiar las mesas. A veces era necesario repetir su nombre dos o tres veces, pero, si se hacía en un tono demasiado cortante la segunda o tercera vez, él respondía con una mirada de reproche, herida. A Walter le parecía una presencia irritante y en cierto modo deprimente.

La noche de la aparición del grafiti, Paul volvió de su pausa para cenar a las tres y media de la madrugada. Llegó por la puerta lateral, y Walter levantó la mirada a tiempo de ver la de Paul posándose de inmediato en el filodendro situado en ese lugar tan extraño y luego en Leon Prevant, el ejecutivo de la empresa de transporte, que para ese entonces iba por su segundo *whisky* y leía un ejemplar de hacía dos días del *Vancouver Sun*.

—¿Le ha pasado algo a la ventana? —preguntó Paul mientras dejaba atrás el mostrador de recepción. A oídos de Walter, había algo falso en su tono.

—Me temo que sí —respondió Walter—. Un grafiti de lo más desagradable.

Los ojos de Paul se abrieron mucho.

—¿Lo ha visto el señor Alkaitis?

—¿Quién?

—Ya sabe —dijo Paul mientras señalaba con la cabeza a Leon Prevant.

—Ese no es Alkaitis. —Walter observó a Paul con atención. Estaba acalorado y parecía aún más triste que de costumbre.

—Pensaba que se llamaba así.

—El vuelo del señor Alkaitis se demoró. No has visto a nadie

merodeando ahí fuera, ¿verdad?

—¿Merodeando?

—Algo sospechoso. Esto ha pasado hace apenas una hora.

—Oh. No. —Paul ya no lo miraba (otro rasgo que lo irritaba; ¿por qué siempre desviaba la mirada cuando Walter hablaba?), sino que tenía los ojos clavados en Leon, que a su vez miraba por la ventana—. Voy a ver si Vincent necesita que cambie los barriles de cerveza —añadió.

—¿A qué se refiere con extraño? —preguntó Raphael.

—Que preguntara así por los clientes. ¿Cómo iba a saber quién tenía reservas para esa noche?

—Que el encargado de mantenimiento nocturno le eche un vistazo a la lista de reservas para familiarizarse con los clientes que han de llegar no sería lo peor. Solo hago de abogado del diablo, que conste.

—Sí, de acuerdo. Pero luego está la manera en que miró directamente hacia ese punto del cristal, hacia la planta. No creo que el filodendro fuera tan llamativo —opinó Walter.

—Salta a la vista que no es su lugar habitual, al menos a mí me lo parece.

—Pero ¿es lo primero que miraría? Sobre todo de noche. Entra al vestíbulo desde la puerta lateral, está oscuro, mira hacia la doble hilera de columnas, más allá de los sillones y las mesitas, hacia la mitad de la pared de cristal…

—Es responsable de la limpieza del vestíbulo, después de todo —observó Raphael—. Sabe mejor que nadie dónde van las macetas.

—No lo estoy acusando de nada, que quede claro. Solo es algo que me llamó la atención.

—Lo entiendo. Hablaré con él. ¿Algo más?

—Nada. El resto del turno fue completamente normal.

El resto del turno:

Hacia las cuatro de la madrugada, Leon Prevant empezó a bostezar. Paul estaba en algún lugar del centro de la residencia y pasaba la mopa por el suelo de los pasillos del personal. Walter había terminado su informe y había repasado el listado de puntos que quería incluir. Miraba hacia el vestíbulo y trataba de no pensar demasiado en el grafiti. (¿Qué otro significado puede tener «Por qué no tragáis cristales rotos»? excepto «¿Ojalá os muráis?»). Larry

estaba de pie al lado de la puerta con los ojos entreabiertos. Walter quería acercarse y hablar con él, pero sabía que Larry destinaba las horas más tranquilas a la meditación y que, cuando tenía los ojos entreabiertos, eso quería decir que estaba contando su respiración. Walter pensó en ir a hablar con Vincent, pero no sería procedente que el encargado de noche estuviera en el bar con un cliente presente, así que se limitó a inspeccionar sin prisa el vestíbulo. Enderezó una fotografía enmarcada que había en la chimenea, pasó el dedo índice por las estanterías para comprobar si había polvo y recolocó las hojas del filodendro para que cubrieran mejor el papel pegado al cristal. Salió fuera un momento a respirar el frío aire de la noche y aguzó el oído para detectar un barco que sabía que aún no había empezado su recorrido.

A las cuatro y media Leon Prevant se levantó y se dirigió hacia el ascensor entre bostezos. Veinte minutos más tarde llegó Jonathan Alkaitis. Walter oyó el ruido del barco mucho antes de que apareciera, como siempre, porque el motor emitía un ruido violento en el silencio de la noche, y luego las luces de popa se balancearon sobre el agua cuando el barco rodeó la península. Larry se encaminó hacia el muelle con el carrito para transportar maletas. Vincent guardó el periódico que había estado leyendo, se arregló el pelo y el pintalabios y se tomó dos sorbos rápidos de café solo. Walter exhibió su sonrisa profesional más cálida justo cuando Jonathan Alkaitis apareció caminando detrás de sus maletas.

Años más tarde entrevistaron a Walter tres o cuatro veces a propósito de Jonathan Alkaitis, pero los periodistas siempre se iban decepcionados. En tanto que gerente del hotel, les decía, había jurado ser discreto, pero es que, además, no había demasiado que contar. Alkaitis solo era interesante en retrospectiva. Había ido al hotel Caiette con su esposa, ahora ya fallecida. Se habían enamorado de ese lugar, así que, cuando salió a la venta, compró la propiedad y se la alquiló a la empresa de gestión hotelera que lo llevaba. Vivía en Nueva York e iba al hotel unas tres o cuatro veces al año. Se comportaba con la tediosa confianza de toda la gente que tiene dinero, esa despreocupada suposición de que no le sucedería nada malo. Se vestía genéricamente bien y estaba moreno como la gente que pasa tiempo en lugares tropicales durante el invierno; estaba en forma de manera razonable, aunque nada espectacular,

ordinario en todos los sentidos. En otras palabras, nada en él indicaba que moriría en prisión.

Como siempre, le habían reservado la mejor *suite*. Le dijo a Walter que tenía un *jet lag* absurdo y también que tenía hambre. ¿Podrían prepararle un desayuno temprano? (Por supuesto. Para Alkaitis se podía preparar cualquier cosa). Aún estaba oscuro en el exterior, pero el día empezaba en la cocina mucho antes del amanecer. El turno de la mañana ya estaba a punto de llegar.

—Me sentaré en el bar —dijo Alkaitis, y al cabo de unos minutos ya estaba enzarzado en una profunda conversación con Vincent en la que, según le parecía a Walter, esta se mostraba de lo más animada y brillante, aunque no acabó de entender de qué hablaban.

3

Leon Prevant se fue del vestíbulo a las cuatro y media de la madrugada, subió las escaleras hasta su habitación y se deslizó en la cama, donde su esposa estaba ya durmiendo. Marie no se despertó. Leon se había tomado un *whisky* de más a propósito, pues pensaba que así podría conciliar el sueño, pero fue como si el grafiti hubiera abierto una grieta en la noche a través de la cual reptaban todos sus miedos. Si lo hubieran presionado, le habría confesado a Marie que le preocupaba el dinero, pero la palabra *preocupado* no era lo bastante fuerte. Leon tenía miedo.

Un colega le había dicho que ese lugar era extraordinario, así que había reservado una habitación muy cara como sorpresa de aniversario para su esposa. Había decidido de inmediato que su colega tenía razón. Había expediciones de pesca y de kayak, excursiones guiadas hacia las zonas boscosas, música en vivo en el vestíbulo, comida espectacular, un sendero de madera que daba a un claro en el bosque con un bar exterior y linternas que colgaban de los árboles y una piscina climatizada que daba a las tranquilas aguas de la península.

—Esto es el cielo —comentó Marie la primera noche.

—Estoy de acuerdo.

Había elegido una habitación con *jacuzzi* en la terraza, y la primera noche se pasaron ahí fuera casi una hora, sorbieron

champán con la fría brisa en la cara y una puesta de sol sobre el agua de postal. La besó y trató de convencerse de que debía relajarse. Pero era difícil hacerlo, porque una semana después de haber reservado la carísima habitación y de decírselo a su mujer había empezado a oír rumores de una fusión en el horizonte.

Leon había sobrevivido a dos fusiones y a una reorganización, pero, cuando le llegaron las primeras noticias de esa última reestructuración, lo golpeó una certeza tan fuerte que prácticamente era como si ya lo supiera: iba a perder su trabajo. Tenía cincuenta y ocho años. Era lo bastante mayor para resultar costoso y estaba lo bastante cerca de la jubilación para que lo echaran sin que eso pesara demasiado en la conciencia de nadie. No había ninguna parte de su trabajo que no pudieran llevar a cabo ejecutivos más jóvenes, con salarios más bajos que el suyo. Desde que se había enterado de lo de la fusión había vivido horas enteras sin pensar en ello, pero las noches eran más difíciles que los días. Él y Marie acababan de comprar una casa en el sur de Florida, que planeaban alquilar hasta que se jubilase, con la idea de huir a la larga del invierno y de los impuestos de Nueva York. Le parecía que era un nuevo comienzo, pero se habían gastado más dinero en la casa de lo que pretendían y jamás se le había dado muy bien ahorrar. Era consciente de que tenía mucho menos dinero en sus planes de pensiones de lo que debería. Eran las seis y media de la mañana cuando por fin cayó rendido en un sueño intermitente.

4

Cuando Walter volvió al vestíbulo la noche siguiente, Leon Prevant cenaba en el bar con Jonathan Alkaitis. Se habían conocido un poco antes, en lo que en ese momento pareció una coincidencia y más tarde una trampa. Leon estaba en el bar y se comía una hamburguesa de salmón a solas porque Marie estaba echada en la habitación, con dolor de cabeza. Alkaitis, que bebía una pinta de Guiness a dos taburetes de distancia, trabó conversación con la camarera y luego incluyó a Leon. Hablaban de Caiette, de la cual resultó que Jonathan Alkaitis sabía algunas cosas.

—De hecho, soy el dueño del hotel —le contó a Leon casi en una disculpa—. Es difícil llegar hasta aquí, pero es lo que me gusta de

este sitio.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —aseguró Leon. Siempre buscaba entablar conversación, y era un placer pensar por un momento en algo más, ¡en cualquier cosa!, aparte de en su falta de solvencia financiera y en sus magras perspectivas laborales—. ¿Tiene usted más hoteles?

—Solo este. Mi campo es más bien las finanzas. Alkaitis tenía un par de negocios más en Nueva York, le explicó, los dos relacionados con el dinero de los demás, que invertía en el mercado de valores para sus clientes. En realidad, ya no aceptaba clientes nuevos, aunque de vez en cuando hacía alguna excepción.

«El poder de Alkaitis —escribió una mujer de Filadelfia unos años más tarde, en una declaración sobre el impacto en las víctimas que leyó en voz alta durante el veredicto del juicio de Alkaitis— es que te hacía sentir como si entraras en un club secreto». Había algo de verdad en eso, Leon tuvo que admitirlo cuando leyó la transcripción, pero la otra parte de la ecuación era el hombre en persona. Alkaitis tenía presencia. Poseía una voz hecha para la radio nocturna, cálida y tranquilizadora. Irradiaba calma. Era un hombre desprovisto de todo artificio, que exudaba confianza, pero no arrogancia, y de sonrisa fácil ante las bromas. Una persona inteligente, discreta y de confianza, más interesado en escuchar que en hablar de sí mismo. Dominaba el truco (y era un truco, como Leon comprendió más tarde) de parecer completamente indiferente a lo que alguien pensase de él y, al hacerlo, desencadenaba la reacción opuesta en los demás: «¿Qué piensa Alkaitis de mí?». Más tarde, durante los años en que se pasó revisando en su cabeza esa noche en particular, Leon recordó un cierto deseo de impresionarlo.

—Esto es un poco embarazoso —reconoció Alkaitis esa noche cuando se fueron del bar y se retiraron a un rincón más tranquilo del vestíbulo para hablar de inversiones—, pero comentó que está en el sector del transporte marítimo, y acabo de darme cuenta de que en realidad apenas tengo una vaga idea de lo que eso quiere decir.

Leon sonrió.

—No es el único. Es una industria en gran medida invisible, pero casi todo lo que ha comprado usted ha viajado por transporte marítimo.

—Mis auriculares fabricados en China, y seguro que muchas cosas más.

—Sí, claro, esos son los ejemplos más obvios, pero me refiero a casi todo. Lo que está a nuestro alrededor o lo que llevamos puesto. Sus calcetines, los zapatos. Mi loción para después del afeitado. El vaso que tengo en la mano. Podría seguir, pero le ahorro la lista.

—Me avergüenza confesar que jamás he pensado en eso —admitió Jonathan.

—Nadie lo hace. Uno va a una tienda, compra un plátano y no piensa en los hombres que llevaron el plátano a través del canal de Panamá. ¿Por qué iba a hacerlo? —«Calma», se dijo. Era consciente de su debilidad: caía en la rapsodia de su sector y se alargaba demasiado—. Tengo colegas a los que la ignorancia del público general los irrita, pero creo que el hecho de que usted no tenga que pensar en ello demuestra que el sistema funciona.

—El plátano llega a tiempo. —Jonathan sorbió su bebida—. Debe haber desarrollado una especie de sexto sentido. Ahora está aquí, rodeado de todos estos objetos que han llegado por barco. ¿No se distrae al pensar en todas esas rutas mercantiles, en todos los puntos de origen?

—Es solo la segunda persona que he conocido jamás que ha adivinado eso —confesó Leon.

La otra persona era vidente, una amistad de instituto de Marie que había llegado a Toronto desde Santa Fe cuando Leon aún vivía en esa ciudad, y los tres habían cenado en el centro, en el Saint Tropez, el restaurante favorito de Marie durante el tiempo que pasaron en Toronto. La vidente (Clarissa, ahora se acordaba) era cálida y amistosa. Le cayó bien de inmediato. Tuvo la impresión de que a un vidente a menudo lo explotaban sus amigos y conocidos, una impresión que los recuerdos de Marie no disiparon, a tenor de todas las veces que le había pedido consejo gratis a Clarissa, así que durante el resto de la velada Leon hizo todo lo posible para evitar preguntarle nada, hasta que finalmente, durante el postre, la curiosidad pudo con él. Le preguntó si estar en una habitación llena de gente no era ensordecedor. ¿Era como estar en una sala llena de radios encendidas, sintonizadas en distintas frecuencias, un clamor de voces que emitían los detalles mundanos u horrendos de docenas de vidas? Clarissa sonrió.

—Es como esto —dijo mientras señalaba la sala—, como estar en un restaurante lleno. Uno puede prestar atención a la conversación de la mesa de al lado o puede dejar que sea un ruido de fondo. Igual que la manera en que usted ve el transporte marítimo —añadió.

Leon recordaba esa conversación como una de las más deliciosas que había mantenido jamás, porque nunca había hablado con nadie de la manera en que podía conectar y desconectar de su sector, como girar el dial de una radio. Cuando miraba al otro lado de la mesa, hacia Marie, por ejemplo: veía a la mujer que amaba, o podía cambiar de frecuencia y ver el vestido hecho en Inglaterra, los zapatos fabricados en China, el bolso de piel italiana, o conectar más allá incluso y ver las rutas comerciales

marcadas en el mapa: el vestido llegaba por la vía occidental transatlántica, la ruta 3; los zapatos o bien por la transpacífica oriental 7 o por el exprés

Ángeles, etcétera. O, aún más, conectaba con el tipo de idioma que jamás utilizaba en voz alta, ni siquiera con Marie: había decenas de miles de barcos en alta mar en un momento determinado, y le gustaba imaginar cada uno de ellos como un punto de luz que convergía en ríos de brillo eléctrico sobre los océanos nocturnos, que fluía a través de los estrechos canales de Panamá y de Suez, del estrecho de Gibraltar y alrededor de los bordes de los continentes y hacia los océanos, un movimiento incesante que era el motor de los países, un mundo secreto que tanto amaba.

Cuando Walter se acercó a Leon Prevant y a Jonathan Alkaitis lo bastante para escucharlos, algo más tarde, la conversación había virado del trabajo de Leon al de Alkaitis, del transporte marítimo al de las estrategias de inversión. Walter no entendía nada de nada. Las finanzas no eran su mundo, no hablaba ese idioma. Alguien del turno de día había tapado el grafiti con cinta reflectante, una extraña raya plateada de espejo en la ventana oscura. Dos actores norteamericanos cenaban en el bar.

—Dejó a su primera mujer por ella —explicó Larry mientras los señalaba con la cabeza.

—Ah, ¿sí? —contestó Walter, a quien le importaba un comino. Veinte años trabajando en hoteles de primera categoría le habían

enseñado a no sentir el menor interés en los famosos.

—Quería preguntarte —dijo—, entre nosotros dos, ¿no te parece que el tipo nuevo es un poco raro?

Larry miró por encima del hombro y alrededor del vestíbulo en un gesto teatral, pero Paul estaba en otro sitio, pasando la mopa por el pasillo detrás de la recepción, en el centro neurálgico de la residencia.

—Quizá un poco deprimido, nada más —admitió Larry—. No es la personalidad más chispeante que he conocido, eso seguro.

—¿Te preguntó por los clientes que llegaban anoche?

—¿Cómo lo sabes? Sí, me preguntó cuándo llegaría Jonathan Alkaitis.

—¿Y se lo dijiste…?

—Bueno, ya sabes que no estoy muy bien de la vista, y acababa de empezar mi turno. Así que le respondí que no estaba muy seguro, pero que pensaba que el tipo que estaba en el vestíbulo bebiendo *whisky* era Alkaitis. No me di cuenta de mi error hasta más tarde. ¿Por qué? —Larry era un hombre bastante discreto, pero, por otro lado, el personal vivía junto en el mismo edificio en el bosque y los chismes eran una especie de divisa del mercado negro.

—Por nada.

—Vamos.

—Te lo contaré después.

Mientras avanzaba hacia la recepción, Walter aún no sabía la razón, pero no albergaba la menor duda acerca de que Paul era el responsable de lo sucedido. Miró alrededor del vestíbulo, pero nadie parecía necesitar su atención en ese momento, así que se deslizó por la puerta reservada al personal que había detrás del mostrador de recepción. Paul limpiaba la ventana oscura que había al final del vestíbulo.

—Paul.

El encargado de mantenimiento nocturno dejó lo que estaba haciendo y, por su expresión, Walter supo que sus sospechas eran acertadas. La expresión de Paul era la de un animal perseguido.

—¿Dónde conseguiste el marcador de ácido? —preguntó Walter —. ¿Se compra en una ferretería o tuviste que hacerlo tú mismo?

—¿De qué hablas?

Pero Paul era un mentiroso terrible. Su voz se había disparado casi media octava.

—¿Por qué querías que Jonathan Alkaitis viera ese desagradable mensaje?

—No sé a qué se refiere.

—Este sitio significa algo para mí —dijo Walter—. Verlo degradado así… —Era el «así» lo que más lo preocupaba, la absoluta vileza del mensaje en el cristal, pero no sabía cómo explicárselo a Paul sin abrir una puerta a su vida personal, y la idea de revelar algo remotamente personal a ese desvergonzado asqueroso se le hacía insoportable. No pudo ni acabar la frase. Se aclaró la garganta—. Me gustaría darte una oportunidad —prosiguió—. Prepara tu maleta, vete en el primer barco y no llamaremos a la policía.

—Lo siento. —La voz de Paul era un susurro—. Yo solo…

—Tú solo pensaste que ensuciarías el ventanal del hotel para dejar grabada la frase más malvada, más vil y perturbada… —Walter estaba sudando—. ¿Por qué lo hiciste? —Pero Paul tenía la mirada furtiva de un chico en busca de una historia verosímil y Walter no soportaba escuchar ni una mentira más esa noche—. Mira, vete de aquí. No me importa por qué lo hiciste. No quiero verte más. Guarda los productos de limpieza, vuelve a tu habitación, recoge tus cosas y dile a Melissa que necesitas un transporte a Grace Harbour lo más rápido posible. Si aún sigues aquí a las nueve de la mañana, iré a hablar con Raphael.

—No lo entiende —balbució Paul—. Tengo muchas deudas y…

—Si necesitabas tanto el trabajo —repuso Walter—, probablemente no deberías haber garabateado ese ventanal.

—Ni siquiera es posible tragarse vidrios rotos.

—¿Cómo?

—Quiero decir que es físicamente imposible.

—¿En serio? ¿Esa es tu defensa?

Paul se ruborizó y apartó la mirada.

—¿Se te ha ocurrido pensar en tu hermana? —preguntó Walter —. Fue ella quien te consiguió la entrevista de trabajo, ¿verdad?

—Vincent no tuvo nada que ver con esto.

—¿Vas a irte, sí o no? Me siento generoso y no quiero avergonzar a tu hermana, así que te estoy dando una oportunidad

de marcharte y nada más, pero, si prefieres tener antecedentes penales, por mí no hay ningún problema.

—No, me iré. —Paul miró los productos de limpieza que tenía en la mano, como si no supiera cómo habían llegado allí—. Lo siento.

—Mejor vete a hacer la maleta antes de que me arrepienta.

—Gracias —respondió Paul.

5

Pero el horror de la cosa en sí. «Por qué no tragáis cristales rotos. Por qué no os morís. Por qué no empujáis a todos los que amáis a la perdición». Pensaba de nuevo en su amigo Rob, con dieciséis años para siempre, y en el rostro de la madre de Rob durante el funeral. Walter caminó como un sonámbulo durante el resto de su turno y se quedó hasta tarde para reunirse con Raphael por la mañana. Mientras pasaba por el vestíbulo a las ocho de la mañana, cuando ya hacía mucho que tendría que haber ido a dormir y estaba exhausto, vio a Paul bajando hacia el muelle y cargando sus bolsas en la lancha.

—Buenos días —saludó Raphael cuando Walter sacó la cabeza por su despacho. Tenía los ojos rojos y estaba recién afeitado. Él y Walter vivían en el mismo edificio, pero en zonas temporales opuestas.

—Acabo de ver a Paul subirse a la lancha con todas sus pertenencias —dijo Walter.

Raphael suspiró.

—No sé qué ha pasado. Esta mañana ha venido a verme balbuceando una historia incoherente sobre lo mucho que echa de menos Vancouver. Pero hace tres meses el muchacho prácticamente me suplicó para que lo contratara porque decía que necesitaba cambiar de escenario.

—¿No ha dado ninguna razón?

—No. Tendremos que buscar a alguien para su puesto. ¿Algo más? —preguntó Raphael, y Walter, con sus defensas bajo mínimos a causa del cansancio, comprendió por primera vez que no le gustaba demasiado a Raphael. La comprensión aterrizó con un triste ruidito en su mente.

—No —respondió—. Gracias, lo dejo tranquilo.

En el camino hacia la residencia del personal, deseó no haberse enfadado tanto cuando habló con Paul. Tras las horas transcurridas, se preguntó si se había equivocado: cuando Paul dijo que tenía deudas, ¿se refería a que necesitaba el empleo en el hotel o a que alguien le había pagado para que escribiera el mensaje en el cristal? Porque nada tenía sentido, la verdad. Parecía obvio que el mensaje de Paul iba dirigido a Alkaitis, pero ¿qué significaba Alkaitis para Paul?

Leon Prevant y su mujer se fueron esa mañana, seguidos dos días después de Jonathan Alkaitis. Cuando Walter empezó su turno nocturno la noche en que Alkaitis se iba, Khalil estaba al frente del bar, aunque no era su noche habitual; Vincent, contó, se había tomado unas repentinas vacaciones. Un día más tarde llamó a Raphael desde Vancouver y le dijo que había decidido no volver al hotel, así que alguien de limpieza de habitaciones guardó sus cosas en una caja y las puso al fondo de la lavandería.

El panel de cristal se cambió a un precio muy alto, pero el grafiti quedó borrado, también del recuerdo de los empleados. La primavera se transformó en verano y luego llegó el hermoso caos de la temporada alta, con el vestíbulo lleno de gente cada noche y un cuarteto de *jazz* temperamental que causaba estragos en la residencia del personal cuando no entretenía a los clientes; el cuarteto se alternaba con un pianista al que toleraban su dependencia a la marihuana porque era capaz de tocar cualquier canción bajo el sol; el hotel estaba lleno hasta los topes y había el doble de personal. Melissa pilotaba la lancha todo el día yendo y viniendo de Grace Harbour hasta bien entrada la noche.

El verano se trocó en otoño, y luego llegó la calma y la oscuridad de los meses de invierno, las tormentas cada vez más frecuentes y el hotel medio vacío, la residencia del personal más silenciosa con la marcha de los trabajadores de temporada. Walter dormía durante el día y llegaba a su turno a primera hora de la tarde (el placer de las largas noches en el vestíbulo, Larry frente a la puerta, Khalil en la barra del bar, las tempestades que nacían y estallaban durante la noche) y a veces se unía a sus colegas para una comida que era la cena para la gente del turno nocturno y el desayuno para los diurnos, compartía a veces algunas copas con el

personal de cocina, escuchaba *jazz* a solas en su apartamento, daba paseos alrededor de Caiette y pedía libros por correo que leía cuando se despertaba a última hora de la tarde.

En una noche tormentosa de primavera, Ella Kaspersky llegó al hotel. Era una clienta habitual, una empresaria de Chicago a quien le gustaba ir allí para escapar «de todo el ruido», como decía ella, una clienta que se distinguía sobre todo porque Jonathan Alkaitis había dejado claro que no quería verla. Walter no tenía ni idea de por qué Alkaitis evitaba a Kasperksy y, francamente, no quería saberlo, pero, cuando ella llegó, comprobó como siempre que Alkaitis no hubiera hecho una reserva de última hora. Se dio cuenta entonces de que hacía tiempo que Alkaitis no aparecía por el hotel, más tiempo del intervalo habitual que separaba sus visitas. Cuando el vestíbulo se quedó en calma, hacia las dos de la mañana, hizo una búsqueda en Google de Alkaitis y encontró fotografías de una reciente gala benéfica, con Alkaitis resplandeciente en un esmoquin con una mujer joven del brazo. Le resultó muy familiar.

Walter amplió la fotografía. La mujer era Vincent. Una versión más brillante, con un corte de pelo caro y maquillaje profesional, pero era sin lugar a duda ella. Llevaba un traje de noche metálico que debía costar lo que ganaba en un mes de camarera en el hotel. La leyenda decía: «Jonathan Alkaitis con su esposa, Vincent».

Walter levantó la vista de la pantalla hacia el vestíbulo silencioso. Nada había cambiado en su vida desde que Vincent se había ido, pero era porque así lo había decidido y deseado. Khalil, que ahora era el camarero del turno de noche a tiempo completo, charlaba con una pareja recién llegada. Larry estaba al lado de la puerta, con las manos a la espalda y los ojos entrecerrados. Walter abandonó su puesto y salió fuera, a la noche de abril. Esperaba que Vincent fuera feliz en ese país extranjero, en la extraña y nueva vida que había encontrado para sí misma. Trató de imaginar cómo sería adentrarse en la vida de Jonathan Alkaitis: el dinero, las casas, el *jet* privado, pero todo era incomprensible para él. La noche estaba despejada y era fría, sin luna, pero el brillo de las estrellas era abrumador. Walter nunca habría imaginado, en su vida anterior en el centro de Toronto, que se enamoraría de un lugar donde las estrellas eran tan brillantes que podía ver su sombra en una noche sin luna. No quería nada excepto lo que ya tenía.

Pero, cuando regresó al hotel, el recuerdo de las palabras escritas en el cristal hacía un año lo golpeó de nuevo. «Por qué no tragáis cristales rotos», el misterio absoluto y perturbador del incidente. El bosque era una masa de sombras informes. Se cruzó de brazos contra el frío y volvió a la calidez y a la luz del vestíbulo del hotel.

4. Un cuento de hadas

2005-2008

Caída en picado

La cordura depende del orden. Al cabo de un mes de abandonar el hotel Caiette y de llegar a la absurdamente enorme casa de Jonathan Alkaitis en la zona residencial de Connecticut, Vincent ya había fijado una rutina que rara vez alteraba. Se levantaba a las cinco de la mañana, una media hora antes que Jonathan, y se iba a correr. Para cuando volvía a la casa, él ya se había ido a Manhattan. Se duchaba, se vestía y estaba lista a las ocho en punto, cuando el conductor de Jonathan ya estaba disponible para dejarla en la estación de tren (él se ofrecía una y otra vez a llevarla al centro de la ciudad, pero ella prefería el movimiento del tren frente a los atascos del tráfico), y, cuando emergía de la estación de Grand Central, le gustaba pasear un rato por la sala central, contemplar las constelaciones de estrellas del techo verde, el reloj *art nouveau* encima de la taquilla de información y el gentío. Siempre desayunaba en un bar cerca de la estación y luego se dirigía hacia el sur, hacia el bajo Manhattan, y a una cafetería en concreto donde le gustaba beber café solo y leer los periódicos. Después de eso se iba de compras o a la peluquería o recorría las calles con su cámara de vídeo o alguna combinación de esas actividades y, si tenía tiempo, visitaba el MOMA durante un rato antes de regresar a Grand Central y tomar un tren en dirección norte a tiempo de llegar a casa y ponerse un vestido precioso para estar lista a las seis de la tarde, que era lo más pronto que Jonathan llegaría a casa desde la oficina.

Luego pasaba la velada con Jonathan, pero siempre encontraba media hora para ir a nadar en algún momento antes de irse a la

cama. En el reino del dinero, como ella lo llamaba, había enormes franjas de tiempo que llenar, y percibía el peligro de dejarse llevar, de permitir que pasara un día sin un horario de actividades o un plan concreto.

—La gente se muere por mudarse a Manhattan —le dijo Jonathan cuando ella le preguntó por qué no podían vivir en su apartamento en Columbus Circle, donde a veces pasaban la noche cuando iban al teatro—, pero a mí me gusta estar un poco alejado de todo.

Había crecido en un barrio residencial de los suburbios y siempre le había gustado la tranquilidad y el espacio.

—Lo entiendo —aseguraba Vincent, pero la ciudad la atraía, en la ciudad estaba el antídoto al verde rebelde de sus recuerdos de infancia. Quería cemento, líneas rectas y ángulos afilados, el cielo visible solo entre dos torres, luces duras.

—De todas formas, no serías feliz viviendo en Manhattan —concluyó Jonathan—. Piensa en cuánto echarías de menos la piscina.

¿Echaría de menos la piscina? Reflexionó sobre eso mientras nadaba. Su relación con la piscina era conflictiva. Vincent nadaba cada noche para fortalecer su voluntad porque tenía un miedo abrumador ante la idea de ahogarse.

Sumergirse en la piscina de noche: en verano Vincent nadaba a través de las luces de la casa, reflejadas en la superficie; cuando hacía frío, la piscina estaba climatizada, así que se zambullía en el vapor. Permanecía bajo el agua tanto tiempo como le resultaba posible para poner a prueba su resistencia. Cuando emergía de nuevo, le gustaba fingir que el anillo en su dedo era real y que todo lo que veía era suyo: la casa, el jardín, el césped, la piscina en la que se mantenía a flote. Era una piscina infinita, lo que daba la desconcertante impresión de que el agua desaparecía en el césped o que el césped desaparecía en el agua. Odiaba mirar ese borde.

Muchedumbres

Su contrato con Jonathan, tal como ella lo entendía, era que debía estar disponible siempre que él quisiera, dentro y fuera del dormitorio, elegante e impecable en todo momento («Insuflas tanta gracia en la estancia…», le decía) y, a cambio, ella tenía una tarjeta

de crédito que nunca pagaba, una vida de casas y viajes hermosos, en otras palabras, la vida opuesta a la que había llevado hasta entonces. Nadie utilizaba la expresión «mujer florero» en una conversación seria, pero Jonathan tenía treinta y cuatro años más que Vincent. Ella sabía lo que era.

Hubo que hacer cambios. Al principio, vivir en la casa de Jonathan Alkaitis era como esos sueños en los que hay una puerta en tu cocina en la que nunca habías reparado, esa puerta lleva a un pasillo trasero que da a la habitación de la criada, que jamás se ha utilizado, y luego esa da a una guardería infantil vacía que está al final del pasillo desde el dormitorio principal, que es más grande que toda la casa donde creciste, y más tarde te das cuenta de que puedes llegar a la cocina desde la habitación sin tener que pasar por ninguno de los dos salones ni por el pasillo del piso inferior.

En su etapa en el hotel, Vincent siempre había relacionado el dinero con la privacidad: los clientes más ricos siempre tienen más espacio, *suites* en lugar de habitaciones, terrazas privadas, acceso a salas vip en los aeropuertos, pero en realidad, cuanto más se adentraba uno en el reino del dinero, más gente había: a tu alrededor y en tu casa, todo el tiempo, y por eso Vincent solo nadaba por la noche. Durante el día estaba el encargado, Gil, que vivía con su esposa, Anya, en una casita cerca del camino de entrada; Anya, que también cocinaba, supervisaba a tres chicas de los alrededores que se ocupaban de mantener la casa limpia, hacían la colada y aceptaban los envíos de comida y de otros productos; también había un conductor, que se alojaba en un apartamento encima del garaje, y un jardinero silencioso que cuidaba de todo lo que rodeaba la casa. Cada vez que Vincent levantaba la vista, alguien estaba cerca, barriendo o quitando el polvo o hablando por teléfono con el lampista o recortando un seto. Había mucha gente con la que lidiar, pero por la noche el personal se retiraba a sus vidas privadas y Vincent podía nadar en paz sin sentirse observada desde cada ventana.

—Me alegro de que disfrute de la piscina —dijo Gil—. El consultor que la diseñó se pasó un montón de tiempo con esto y le juro que nadie la usaba hasta que llegó usted.

Estaba en la piscina cuando conoció a la hija de Jonathan, Claire. Era una tarde tranquila de abril y el vapor ascendía desde el agua.

Sabía que Claire iba a venir esa noche, pero no había esperado emerger del agua y encontrar a una mujer trajeada que la miraba a través de las volutas de vapor, como una maldita aparición, inmóvil con las manos a la espalda. Vincent jadeó en voz alta, lo que en retrospectiva no fue un gesto muy cálido. Claire, que obviamente acababa de llegar de la oficina, era una mujer de aspecto directivo que tendría casi unos treinta años.

—Debes ser Vincent. —Tomó la toalla doblada que Vincent había dejado en una tumbona en el césped y la extendió para invitarla a salir de la piscina, así que Vincent pensó que no le quedaba más remedio que ascender por la escalerita y aceptar la toalla, lo cual la irritó porque habría querido nadar durante algo más de tiempo.

—Tú debes ser Claire.

Esta no se dignó a responder. Vincent llevaba un bañador bastante modesto de una sola pieza, pero se sintió desnuda mientras se secaba.

—Vincent no es un nombre muy habitual para una chica —comentó Claire con un ligero énfasis en la palabra «chica» que a Vincent le pareció fuera de lugar. «No soy tan joven», quería rebatirle Vincent, porque a los veinticuatro no se sentía nada joven, pero quizá Claire fuera peligrosa y Vincent esperaba paz, así que contestó de la manera más tranquila que pudo.

—Mis padres me lo pusieron por una poeta. Edna St. Vincent Millay.

La mirada de Claire se posó en el anillo que llevaba Vincent.

—Bueno —suspiró—, supongo que no podemos escoger a nuestros padres. ¿A qué se dedican?

—¿Mis padres?

—Sí.

—Están muertos.

La expresión de Claire se suavizó un poco.

—Lo siento.

Se miraron en silencio durante un par de segundos, luego Vincent estiró la mano para coger el albornoz que había dejado en la tumbona, y Claire soltó, en un tono más resignado que enfadado:

—¿Sabes que eres cinco años más joven que yo?

—Tampoco podemos escoger nuestra edad —respondió Vincent.

—Ja. —No fue una risa, solo la palabra en voz alta, «ja»—. Bueno, todos somos adultos. Solo para que lo sepas, esta situación me parece absurda, pero no hay motivo para que no nos comportemos con cordialidad.

Se dio la vuelta y regresó a la casa.

Fantasmas

La madre de Vincent había sido una gran lectora de poesía porque también ella había sido poeta. Cuando Edna St. Vincent Millay tenía diecinueve años, en 1912, empezó a escribir un poema llamado «Renacer» que Vincent debía haber leído unas mil veces cuando era pequeña y también adolescente. Millay escribió el poema para un concurso. No ganó, pero, aun así, la carga eléctrica del poema la llevó desde el aburrimiento de la pobreza de Nueva Inglaterra a Vassar, y desde ahí al tipo de bohemia con el que había soñado toda su vida: una pobreza distinta, la de Greenwich Village, donde había variedad, pobreza, pero con recitales de poesía a última hora de la noche y amigos deslumbrantes.

—La cuestión es que se labró una nueva vida solo a base de su fuerza de voluntad —había dicho la madre de Vincent, e incluso entonces Vincent se preguntó (tendría unos once años) qué indicaba esa frase sobre lo feliz que era la madre de Vincent con respecto a su propia vida, esa mujer que se había imaginado escribiendo poesía en plena naturaleza salvaje, pero que, de algún modo, había terminado sumida en las dificultades mundanas de criar a una niña y de llevar una casa en mitad de un lugar salvaje. Está la *idea* de lo salvaje y luego la parte dura y menos glamurosa de vivir en un lugar salvaje: la ardua e interminable tarea de obtener leña, de traer la compra desde distancias absurdas, de cuidar un jardín de verduras y mantener las vallas en buen estado para evitar que los ciervos se coman las verduras, de reparar el generador eléctrico, de acordarse de comprar gas para el generador, de usar abono, de quedarse sin agua en verano, de no tener nunca suficiente dinero porque las oportunidades laborales en los sitios salvajes son limitadas, de aguantar el creciente resentimiento de tu única hija, que no entiende que tú ames la naturaleza salvaje y cada semana te pregunta por qué no podemos vivir en un lugar normal que no esté

en plena naturaleza, etcétera.

Lo que la madre de Vincent probablemente jamás habría imaginado: una vida (un *acuerdo*) en la que Vincent llevaba un anillo de matrimonio, pero en la que en realidad no estaba casada.

—Te quiero cerca de mí —le dijo Jonathan al principio—, pero no quiero volver a casarme ahora mismo.

Su esposa, Suzanne, había muerto hacía apenas tres años. Jamás pronunciaban su nombre. Y, aunque no quería casarse con Vincent, sentía que la presencia del anillo de casados daba la impresión de estabilidad.

—En mi profesión —decía—, en la que gestionas el dinero de los demás, la estabilidad lo es todo. Si te llevo a cenar con clientes, es mejor que seas mi bonita y joven esposa que una bonita y joven novia.

—¿Claire sabe que no estamos casados? —preguntó Vincent la noche en que Claire apareció en la piscina. Para cuando Vincent regresó después de ducharse, Claire ya se había ido. Encontró a Jonathan solo en el salón del ala sur, con una copa de vino tinto y el *Financial Times*.

—Solo hay dos personas en el mundo que sepan eso —respondió —. Tú y yo. Ven aquí.

Vincent avanzó hasta quedar de pie frente a él a la luz de la lámpara. Jonathan deslizó la yema de sus dedos por su brazo y luego le dio la vuelta y, lentamente, bajó la cremallera de su vestido.

Pero ¿qué clase de hombre le miente a su hija sobre estar casado? Había aspectos del cuento de hadas en los que Vincent trataba de no pensar demasiado en ese momento, y más tarde sus recuerdos de esos años tuvieron una cualidad abstracta, como si temporalmente hubiera salido de su propio cuerpo.

Cómplices

Bebieron cócteles en un bar en el centro de la ciudad con una pareja que había invertido millones en el fondo de Jonathan, Marc y Louise de Colorado. En ese momento, Vincent solo llevaba tres semanas en el reino del dinero y aún sentía una gran extrañeza ante

su nueva vida.

—Os presento a Vincent —dijo Jonathan mientras posaba la mano en la parte baja de su espalda.

—Es un placer conoceros —aseveró Vincent.

Marc y Louise tendrían entre cuarenta y cincuenta años y, tras unos pocos meses más con Alkaitis, los reconocería como típicos de una subespecie concreta de gente adinerada del oeste: tan ricos como sus homólogos de otras regiones, pero avejentados de forma prematura por su obsesión con el esquí.

—Qué alegría conocerte —exclamaron, y Louise se fijó en los anillos en las manos de Vincent y Jonathan mientras se saludaban —. Oh, Dios mío, Jonathan, tenemos que felicitaros, ¿no?

—Gracias —respondió con un tono tan convincente de felicidad púdica que, por un instante de desorientación, Vincent albergó la salvaje idea de que de algún modo se habían casado de verdad.

—Bueno, pues felicidades —añadió Marc, y levantó su copa—. Felicidades a los dos. Fantásticas noticias, simplemente fantásticas.

—¿Puedo preguntar…? —aventuró Louise—. ¿Fue una boda grande, íntima…?

—Si hubiéramos organizado algo —respondió Jonathan—, habríais sido los primeros invitados.

—¿Os creeríais —confesó Vincent— que nos casamos en el ayuntamiento, los dos solos?

—Dios mío —dijo Marc, y Louise añadió:

—Me gusta vuestro estilo. Donna se va a casar, ya sabes, nuestra hija, y, por el amor de Dios, la logística, las complicaciones, todo el drama, los dolores de cabeza… Estoy tentada de sugerirle que siga vuestro ejemplo y se fugue.

—Desde luego es una opción eficiente —convino Jonathan—. Las bodas son asuntos muy elaborados. Sencillamente no queríamos todo el espectáculo que conllevan.

—Tuve que convencerlo para que se tomara el día libre —añadió Vincent—. Quería celebrar la ceremonia durante su pausa para comer.

Se rieron y Jonathan rodeó sus hombros con un brazo. Vincent se dio cuenta de que le gustaba la improvisación.

—¿Os fuisteis de luna de miel? —quiso saber Marc.

—Voy a llevarla a Niza la semana que viene, y luego a Dubái

para pasar el fin de semana —respondió Jonathan.

—Ah, sí —afirmó Marc—. Recuerdo que me dijiste que te encantaba ese sitio. Vincent, ¿has ido alguna vez?

—¿A Dubái? No, aún no. Tengo muchas ganas.

Y así durante un buen rato.

Vincent no tenía intención de mentir, pero las expectativas de Jonathan estaban claras. En tanto que antigua camarera, estaba acostumbrada a interpretar. Las mentiras le salían con una facilidad preocupante. La noche en que Jonathan había entrado en el bar del hotel Caiette, alguien había escrito un terrible grafiti en la ventana, y ella estaba allí de pie limpiando vasos, contando los minutos hasta el final de su turno, preguntándose por qué en algún momento había pensado que era una buena idea volver ahí; trataba de imaginar el resto de su vida y no llegaba a ninguna parte, porque por supuesto que podía irse y trabajar en otro bar, y luego en otro, y en otro más, pero irse de Caiette no cambiaba la ecuación subyacente. Los problemas de la vida de Vincent eran los mismos un año tras otro: sabía que era una persona razonablemente inteligente, pero hay una diferencia entre ser inteligente y saber qué hacer con tu vida, y hay una diferencia entre saber que un grado universitario puede cambiarte la vida y estar dispuesto de verdad a comprometerte con el terrible peso de los préstamos universitarios, sobre todo porque, desde que había trabajado de camarera junto a camareros con estudios universitarios, sabía que un grado quizá no significaba nada en absoluto, etcétera, y estaba entrando en la espiral conocida, harta de sus pensamientos y harta de sí misma, cuando Jonathan llegó al bar. Por la manera en que se dirigió a ella, por su obvia riqueza y por el obvio interés que mostraba por ella, vio una salida hacia una vida mucho más fácil, o al menos una vida *distinta*, una oportunidad de vivir en un país extranjero, una vida de algo más que ser camarera en otro lugar, y la oportunidad fue irresistible.

La mentira sobre su matrimonio pesaba en su conciencia, pero no lo bastante para empujarla a huir. «Estoy pagando un precio por esta vida —se dijo—, pero es un precio razonable».

Variaciones

Jonathan jamás hablaba de Suzanne, su verdadera mujer, pero el pasado no era un territorio completamente tabú. A veces, cuando estaba de humor, le gustaba oír las historias de la vida anterior de Vincent. Ella se las entregaba con prudencia:

—Cuando tenía trece años —le contó una vez, tumbada en la cama un domingo por la mañana—, me teñí el pelo de azul y me expulsaron de la escuela por escribir un grafiti en una ventana.

—¿De verdad? ¿Qué escribiste?

—Pues las últimas palabras de un filósofo, ¿a que no lo habrías dicho nunca? Me las encontré en un libro una vez y me encantaban.

—Precoz pero morbosa —comentó—. Me da miedo preguntar…

—«Bórrame». Tiene una cierta belleza, ¿no crees?

—Quizá si eres una chica de trece años temperamental —dijo, así que Vincent le arrojó una almohada. No le confesó que su madre había muerto dos semanas antes, ni que su hermano estaba merodeando cuando escribió el grafiti, ni siquiera le contó que tenía un hermano. Es posible dejar muchos detalles fuera de cualquier historia.

Además, no era *morbosidad*, se descubrió pensando en el tren hacia la ciudad la tarde siguiente. Era casi lo opuesto. Jamás había tenido una visión clara de a qué quería que su vida se pareciera, siempre había ido sin dirección, pero sabía que quería que la borrasen, que la extrajesen de la muchedumbre, y así, cuando sucedió, cuando Jonathan extendió una mano y ella la aceptó, cuando en el espacio de una semana pasó de la residencia para el personal llena de moho del hotel Caiette a una enorme casa en un país extranjero, le sorprendió lo desorientada que estaba, y luego se sorprendió ante su sorpresa. Bajó del tren en la estación Grand Central y se dejó llevar por la riada del tráfico peatonal hacia la avenida Lexington. «¿Cómo he llegado a este planeta extraño, tan lejos de casa?». Pero no era solo el lugar, ni siquiera era sobre todo el lugar, era más que nada el dinero lo que hacía que fuera extraño y ajeno. Paseó hasta la Quinta Avenida sin ningún destino en mente y caminó hasta que un par de guantes de piel de color amarillo mantequilla le llamaron la atención desde un escaparate. Todo lo que había en la tienda era precioso, pero los guantes amarillos brillaban con luz propia. Se los probó y los compró sin mirar siquiera cuánto costaban, porque en la era del dinero su tarjeta de

crédito era algo mágico y ligero.

Se fue de la tienda con los guantes en el bolso y, mientras caminaba, sus pensamientos flotaron a la deriva. Su vida en ese momento la desorientaba tanto que a menudo se descubría pensando en variaciones sobre la realidad, permutaciones distintas de los acontecimientos: una realidad alternativa en la que abandonaba su trabajo en el hotel Caiette y volvía a su antiguo trabajo en el hotel Vancouver antes de que llegara Jonathan, por ejemplo, o en la que Jonathan decidía pedir que le sirvieran la comida en la habitación en lugar de sentarse en el bar y pedir el desayuno, o en la que se sentaba en el bar y pedía el desayuno, pero no le gustaba Vincent; una realidad alternativa en la que ella aún vivía en la residencia para el personal del hotel Caiette y servía bebidas a los turistas ricos toda la noche mientras pasaban los años. Ninguno de esos mundos alternativos le parecía menos real que la vida que llevaba, y tanto era así que a veces se apoderaba de ella la perturbadora sensación de que había otras versiones de su vida, de que alguien las estaba viviendo, otras Vincent relacionadas con acontecimientos vitales distintos.

Había leído periódicos durante toda su vida porque pensaba que tenía un bajísimo nivel de formación y quería ser una persona informada y documentada, pero en la era del dinero a menudo leía un reportaje y se distraía con facilidad con otro. Por ejemplo, imaginaba una realidad alternativa donde no había existido la guerra de Irak, o donde la terrorífica nueva gripe de la República de Georgia no se había contenido rápidamente; un mundo alternativo en donde la gripe georgiana florecía hasta convertirse en una pandemia incontrolable y toda la civilización colapsaba. Una variación de la realidad donde Corea del Norte no disparaba misiles de prueba, donde los atentados terroristas con bombas en Londres no habían tenido lugar, donde el primer ministro israelí no había sufrido un ataque. O, aún más atrás: una versión de la historia donde la península coreana jamás había quedado dividida, donde la URSS no había invadido Afganistán y nunca se había fundado Al Qaeda, donde Ariel Sharon había muerto en combate de joven. Solo era capaz de jugar a ese juego durante un breve rato, antes de que una especie de vértigo la dominara y se viera obligada a dejarlo.

Escudo

Una de las primeras cosas que compró fue una cámara de vídeo muy cara, una Canon HV10. Desde que tenía trece años había grabado vídeos; empezó unos días después de la desaparición de su madre, cuando su abuela Caroline llegó de Victoria para ayudar. Esa primera noche de la visita de su abuela, cuando Vincent estaba sentada en la mesa del comedor, después de cenar, bebiendo té, que era una costumbre que había copiado de su madre, y mientras miraba colina abajo, hacia el agua, porque sin duda en cualquier momento su madre subiría los peldaños de la casa, su abuela sacó una caja y la puso encima de la mesa.

—Tengo algo para ti —dijo.

Vincent abrió la caja y encontró una cámara de vídeo, una Panasonic. La reconoció como una de las nuevas, de las que grababan cintas DV, pero, aun así, pesaba bastante. No estaba segura de qué debía hacer con ella.

—Cuando era joven —le contó Caroline—, a eso de los veintiún o veintidós años, pasé por una época complicada.

—¿Qué tipo de época complicada?

Era la primera frase que Vincent había pronunciado en varias horas, quizá en todo el día. Las palabras se pegaron a su garganta.

—Los detalles no importan. Una amiga mía, fotógrafa, me regaló una cámara que ya no utilizaba. Me dijo: «Saca algunas fotos, sácalas cada día, a ver si eso te hace sentir mejor». Parecía una idea estúpida, para ser sinceros, pero lo intenté y sí que me hizo sentir mejor.

—No creo… —contradijo Vincent, pero no terminó la frase.

«No creo que una cámara me devuelva a mi madre».

—A lo que me refiero —continuó Caroline con suavidad— es que la lente puede ejercer de escudo entre tú y el mundo cuando te resulte difícil soportarlo. Si no puedes mirar al mundo directamente, quizá puedas hacerlo a través del enfoque. Creo que tu hermano se reiría de mí si le dijera algo así, pero quizá puedas intentar hacerte con esa idea.

Vincent se quedó callada y reflexionó acerca de la sugerencia.

—Iba a comprarte una cámara de treinta y cinco milímetros —dijo Caroline con una risita cohibida—, pero luego pensé que

estamos en 1994, ¿los chavales aún sacan fotos? Seguramente lo que está de moda ahora es el vídeo.

Vincent se acomodó con rapidez en una forma que le gustaba. Grababa segmentos de exactamente cinco minutos cada uno, como pequeños retratos: cinco minutos de playa y cielo en el muelle de Caiette, y luego clips de cinco minutos de la tranquila calle donde vivía con su tía en los interminables suburbios de Vancouver, cinco minutos desde la ventana en el tren rápido de regreso al centro de la ciudad, cinco minutos del fascinante y abrumador barrio donde vivía con Melissa cuando tenía diecisiete años (pero no salía en la grabación la manera en la que tuvo que salir corriendo porque un adicto quería quitarle la cámara), clips de cinco minutos de la pila de platos del hotel Vancouver ese mismo año, la cámara envuelta en una bolsa de plástico encima de una estantería con un temporizador mientras Vincent aclaraba los platos con agua caliente y los metía en el lavavajillas industrial. Cinco minutos más de Caiette, y luego, después de que conociera a Jonathan, cinco minutos de la piscina infinita de la casa de Greenwich, la manera en que el agua desbordaba sobre el césped, precisamente porque odiaba mirar ese punto en el horizonte y trataba de ser fuerte; cinco minutos desde la ventanilla del avión privado de Jonathan la primera vez que cruzaron el Atlántico, unos pocos barcos que surcaban el agua de color gris acero, sin tierra a la vista.

—¿Qué haces? —le había preguntado Jonathan, lo que la había sobresaltado. Estaba sentado en la parte posterior del avión con Yvette Bertolli, una socia de Jonathan de elegancia formidable que viajaba a Francia con ellos; vivía en París, así que le ofreció llevarla hasta Niza, que era donde él tenía la villa. Vincent, hundida en un enorme sillón cerca de la ventanilla, había creído por un momento que estaba sola.

—Bastante hermoso, ¿no crees? —comentó Vincent.

Jonathan se inclinó sobre ella para mirar hacia las lejanas olas.

—¿Estás grabando un vídeo del océano?

—Todo el mundo necesita un *hobby*.

—Cuando crees que conoces a una mujer… —respondió él, y le besó la cabeza.

Sombras

Alguien estaba siguiendo a Jonathan. Sacó el tema unas horas después de llegar a la villa de Niza, cuando estaban sentados en la terraza a última hora de la tarde. Apenas había empezado la primavera, pero allí ya hacía calor y corría una brisa marina muy agradable. Vincent estaba deslumbrada y también cansada a causa del *jet lag*, y trataba de disimularlo con café y gotas oculares que se había aplicado en el baño un poco antes. Yvette, la socia de Jonathan, se había retirado discretamente a una habitación de invitados, así que Vincent y Jonathan estaban solos. Las vistas eran de palmeras y del azul casi extraterrestre del mar, extrañamente familiar después de todas las películas que había visto que transcurrían en el Mediterráneo, la mayoría de las cuales incluían coches veloces, jugadores o a James Bond. Jonathan estaba de un humor contemplativo.

—Esto sonará a frase obvia —dijo—, pero el éxito atrae un tipo de atención determinada.

—¿Positiva o negativa?

—Bueno, de las dos —respondió—, pero ahora pensaba en la negativa.

—¿Pensabas en una persona en concreto?

Se abrió una puerta tras ellos y Anya apareció en la terraza con dos tazas de café en una bandeja de plata. Vincent se sobresaltó al verla, porque no sabía que Anya iba a ir a Francia también, aunque cayó en que no la había visto en la casa de Greenwich en un par de días.

—Gracias —le dijo Vincent—. Lo necesitaba desesperadamente.

Anya asintió. Jonathan tomó su taza de la bandeja sin decir nada, porque para él era tan habitual que el café apareciera de la nada que no merecía ningún reconocimiento especial.

—Sí —confirmó—. Hay una persona en concreto. Especialmente obsesiva.

Había conocido a Ella Kaspersky en 1999, en el hotel Caiette precisamente. Habían hablado de la posibilidad de que Kaspersky invirtiera en su fondo, pero la mujer llegó a la conclusión, sin ninguna base, por supuesto, de que la mera consistencia del retorno financiero de Jonathan demostraba que se trataba de un perverso

fraude de algún tipo. Era completamente ilógico e injusto, y hasta rozaba el delirio, pero ¿qué podía hacer él? La gente llega a las conclusiones que le da la gana.

—Uno pensaría que un buen rendimiento de la inversión indica que eres bueno en tu trabajo —observó Vincent.

—Exacto. Jamás he dicho que fuera un genio, pero sé lo que hago.

—Eso está claro —convino Vincent con un gesto que tenía la intención de abarcar no solo la terraza, sino también la villa y su cercanía al Mediterráneo, el avión privado que los había traído hasta ahí y la totalidad de esa vida especial.

—No me ha ido mal —aseguró él—. Bueno, pues Kaspersky fue a denunciarme a la CBV. Lo siento, es de mala educación hablar con acrónimos incomprensibles. Es la Comisión de la Bolsa de Valores. Son los encargados de vigilar mi sector. —Vincent sabía qué era la CBV porque había hecho un esfuerzo por estar al día de las noticias financieras, pero se limitó a asentir—. Me investigaron a fondo. Naturalmente, no encontraron nada. No había nada que descubrir.

—¿Volvió esa mujer a ponerse en contacto contigo? ¿Después de la investigación?

—No de forma directa. Pero me han llegado rumores de otras personas con las que ha hablado.

—Si difunde rumores falsos sobre ti —dijo Vincent—, ¿no puedes demandarla por difamación?

—Lo que tienes que comprender —le explicó él— es que en mi sector la credibilidad lo es todo. No puedo arriesgarme a que todo termine en los titulares de los periódicos.

—Estás diciendo que la apariencia de un escándalo sería casi igual de mala que un escándalo de verdad.

—Eres una chica lista. Pero pensé en ello después, cuando pasó la locura de la investigación de la comisión, y comprendí cuál era el verdadero problema. Ese dinero que quería invertir era la fortuna de su padre, que había muerto hacía poco. Así que, bueno, a veces hay muchas emociones en juego, además de dinero. —Anya se movía en la periferia de la terraza para colocar discretamente las velas para la noche. ¿Cuánto escuchaba de la conversación? ¿Importaba? ¿Le importaba a Anya?—. La carta que Ella Kaspersky me mandó…, estaba desequilibrada —prosiguió Jonathan—.

Divagaba sobre el legado de su padre, y cosas así. Pero, para ser justos, cuando reflexiono acerca de eso, me doy cuenta de que estaba pasando su duelo, y el dolor de haber perdido a un familiar puede hacer que cualquiera se vuelva un poco irracional. —El tema innombrable, la esposa muerta de Jonathan, flotó entre ellos como un fantasma; se miraron un momento, pero no pronunciaron su nombre. Jonathan se aclaró la garganta—. En fin, la única razón por la que te cuento esto es que no quiero que te extrañes si alguna vez ves algo de ella por Internet, o si nos la encontramos en la vida real. Tú nunca la viste en Caiette, ¿verdad?

—¿En el hotel? La verdad es que no recuerdo demasiado a ningún otro cliente. Solo estuve allí seis o siete meses.

—Hasta que llegué yo y te conquisté —dijo, y la besó. Sus labios estaban fríos y sabían a café rancio, pero Vincent sonrió de todos modos.

—Creo que la envidia es comprensible —comentó ella—. No todo el mundo tiene éxito.

(¿Vincent había tenido éxito? Sintió que cualquier estándar racional decretaría que vivía una vida extraordinaria, pero, por otro lado, no estaba segura de cuál había sido su objetivo. Más tarde se quedó de pie a solas en la terraza mientras grababa el Mediterráneo, y pensó: «Quizá esto podría ser suficiente. Quizá no todo el mundo necesita una ambición en concreto. Podría ser el tipo de persona que se limita a ir a sitios bonitos y es dueña de objetos bonitos. Quizá podría filmar vídeos de cinco minutos de cada mar y de cada océano y quizá ese proyecto tendría algún sentido, algún tipo de sensación de completitud»).

El astronauta

Conoció a los empleados de Jonathan ese verano, en su fiesta anual del Cuatro de Julio, que duró hasta bien entrada la madrugada y en la que participó una flota de autobuses expresamente alquilada para el evento. Había un ejército de camareros del *catering* y una banda de *swing* trajeada de blanco en el césped. Todos los invitados eran empleados de Jonathan. Había poco más de un centenar, cinco del grupo de gestión de activos y el resto de la empresa de inversiones.

—Los de gestión de activos son un poco esnobs, ¿no? —preguntó Vincent.

El equipo estaba reunido en un pequeño grupo compacto en un extremo de la fiesta. Uno de ellos, Oskar, trataba de hacer malabares con vasos de plástico mientras los demás miraban.

—No, espera —decía Oskar—, te juro que sabía hacerlo…

—Siempre han sido como una isla —le explicó Jonathan—. Trabajan en una planta distinta.

Cuando todo el mundo se hubo ido, el césped parecía enorme, un paisaje crepuscular de mesas redondas con velas temblorosas encima de manteles manchados de vino y vasos de plástico que brillaban en la hierba pisoteada.

—Eres tan serena… —observó Jonathan.

Estaban sentados en la piscina con los pies en remojo mientras el personal del *catering* apagaba las velas y recogía las mesas y los vasos de plástico en contenedores. «Es mi trabajo», no dijo Vincent por respuesta. Calificarlo de trabajo no parecía muy compasivo, porque la verdad era que él le gustaba. No era el romance del siglo, pero no tenía por qué serlo; si uno disfruta de verdad de la compañía de otro, había pensado últimamente, si disfruta de la vida que se comparte juntos y no le importa acostarse con esa persona, ¿no es eso suficiente? ¿Realmente hay que estar enamorado para que una relación sea verdadera, signifique eso lo que signifique, mientras haya respeto y algo parecido a la amistad? Se pasaba más tiempo pensando en eso de lo que le gustaría, lo cual indicaba que era una cuestión sin resolver, pero estaba segura de que podría seguir así mucho tiempo, años, tal vez. El Cuatro de Julio era una noche enfebrecida en el punto álgido de una ola de calor.

—Bueno, muchas gracias. Lo intento. —El sudor se deslizaba por su espalda.

—Lo intentas, pero no *parece* que lo hagas —dijo él—. No tienes ni idea de lo extraordinaria que es esa cualidad.

Vincent contemplaba el centelleo de las luces sobre la superficie de la piscina. Cuando levantó la mirada, una de las camareras la estaba mirando, una de las jóvenes que organizaba las sillas. Vincent apartó la mirada con rapidez. Había estudiado los hábitos de la gente rica con diligencia. Copiaba su manera de vestir y de hablar, y cultivaba un aire de despreocupación. Pero estaba

incómoda con el personal de la casa y con los del *catering*, porque temía que, si alguien de su planeta la observaba con detenimiento, verían a través del disfraz.

Mirella

Durante su primer invierno juntos, volaron al sur, a una fiesta en un club privado en Miami Beach. Jonathan parecía pertenecer a una cantidad de clubes extraordinaria.

—Es un *hobby* caro —le dijo a Vincent—, pero siempre he sentido debilidad por los lugares donde el tiempo parece ralentizarse. —Otra pista que Vincent pensaba que debería haber detectado: ¿por qué querría que el tiempo se ralentizase? ¿Había algo más en esa frase, aparte de una conciencia genérica de la mortalidad, alguna otra inevitabilidad que Jonathan sentía que lo perseguía?—. Algunos de los clubes tienen otros placeres —añadió —, campos de golf y pistas de tenis y qué sé yo, pero hay un cierto placer en limitarse a beber café o vino en un salón privado. El tiempo se mueve a un ritmo distinto en esos lugares.

La fiesta Winter Formal en Miami Beach era una velada mortalmente aburrida de trajes de etiqueta y vestidos iridiscentes. Las mujeres, en general, eran mayores que Vincent. Los hombres se habrían parecido entre sí aun si no se hubieran vestido todos como pingüinos (esa curiosa igualdad de la gente que es cara de mantener y tiene hábitos similares) y era obvio que la mayoría siempre había pertenecido a ese mundo, que había vivido su vida con una red de seguridad y, por lo tanto, era de una especie distinta a Vincent. Ella se deslizaba por la sala con un vestido plateado, sonreía y decía a la gente que estaba encantada de conocerlos, se reía de forma convincente con sus bromas poco divertidas, escuchaba con atención anécdotas aburridas con la misma sonrisa que había empleado para los que dejaban buenas propinas cuando trabajaba de camarera. Jonathan conocía a la gente de Miami Beach desde hacía una década o más. Muchas de las otras mujeres habían sido amigas de la esposa de Jonathan, Suzanne, y tenían hijos de la edad de Vincent o mayores. Varias de ellas se habían sometido a operaciones quirúrgicas con resultados desiguales (caras hinchadas,

frentes inmóviles, labios de plástico abultados) que hacían que sus ojos se abrieran de forma involuntaria cuando se las presentaban. Vincent se quedó al lado de Jonathan hasta que él se excusó durante un rato para mantener una discreta conversación con un posible inversor, y en ese momento ella se fue al bar, donde una mujer alta enfundada en un vestido fucsia deslumbrante pedía un *gin-tonic*.

Vincent se había fijado en ella antes porque era una de las pocas mujeres de la sala que tenía su misma edad. Dos camareros les tendieron sus bebidas a la vez y casi chocaron al alejarse de la barra al mismo tiempo.

—Oh, no —se disculpó Vincent—. Espero no haber derramado vino sobre tu vestido.

—Ni una gota —respondió la mujer—. Me llamo Mirella.

—Soy Vincent. Hola.

—Iba a la terraza, ¿te apetece venir?

Salieron a la terraza, que tenía pretensiones italianas. Había algunas mujeres de su edad y más jóvenes, pero parecía que se conocían entre ellas y estaban enzarzadas en una conversación o absortas en sus teléfonos. A Vincent le gustaba que se viera el océano desde allí, del mismo azul del Mediterráneo.

—¿Alguna vez has estado en una fiesta más tediosa? —Normalmente Vincent era más prudente, pero Mirella tenía aire de estar aburrida, algo que la tranquilizaba.

—Sí. La misma fiesta del año pasado.

Un hombre con traje oscuro las había seguido. Se quedó a una cierta distancia y observó la terraza.

—¿Está contigo? —preguntó Vincent.

—Siempre —respondió Mirella, y Vincent comprendió que se trataba de un guardaespaldas. Mirella vivía en las alturas.

—¿Es agobiante? ¿Tener a alguien que te sigue todo el día?

Estaban inclinadas sobre la balaustrada y contemplaban la terraza. Las demás mujeres parecían una banda de aves tropicales. Era la primera vez que Vincent estaba en Florida, y se había fijado que ahí la gente se vestía con ropas más coloridas y brillantes que en Nueva York o Connecticut.

—Es curioso que lo preguntes —dijo Mirella—. Precisamente pensaba en eso antes. Y me di cuenta de algo ligeramente

perturbador.

—Cuéntame.

—A veces ni siquiera lo veo. No quiero pensar en mí como el tipo de persona para quien los demás son invisibles, pero es lo que hay.

—¿Ha…? —Vincent no sabía cómo preguntárselo, pero sentía curiosidad por saber cuánto tiempo le llevaba a alguien convertirse en un ente invisible para otro. Aún era consciente de la presencia de los criados de la casa de Jonathan Alkaitis, a todas horas, y había algo espantoso y también seductor en el hecho de no ser capaz de verlos más—. ¿Lleva contigo mucho tiempo?

—Seis años —respondió Mirella—. No él personalmente, hombres distintos con el mismo encargo. Solo se me hizo extraño durante los primeros meses. —Miraba la mano izquierda de Vincent —. ¿Quién es tu marido?

—No sé si lo conocerás, no suele venir al club muy a menudo. Se llama Jonathan Alkaitis.

Mirella sonrió.

—Conozco a Jonathan —aseguró—. Mi novio invierte en su fondo.

A Mirella siempre la seguía un guardaespaldas porque su novio, Faisal, era un príncipe saudí. Hacía una década habían secuestrado a la novia de un primo suyo y pedido un rescate, y el episodio le había causado una ligera paranoia.

—¿Es el príncipe heredero? ¿Será rey? —preguntó Vincent cuando se reunieron en Manhattan una semana después de la fiesta. Mirella y Faisal pasaban la mayor parte del año en un *loft* en el Soho.

Mirella sonrió.

—Ni por asomo —respondió—. Hay algo así como unos seis mil príncipes saudíes.

—¿Y cuántas princesas?

—Nadie cuenta a las princesas.

Quedaron para cenar varias veces después de eso, Faisal y Mirella y Jonathan y Vincent. Faisal era un hombre tremendamente elegante, de unos cuarenta años, que llevaba trajes hechos a medida y camisas blancas con los dos primeros botones desabrochados, y nunca corbata. No trabajaba. Él y Mirella se habían instalado en

Nueva York porque allí, decía, se sentía libre. No es que no le gustase Riad, su ciudad de origen, solo que era francamente agradable vivir en un lugar donde no había hordas de parientes. Sentía que allí podía respirar mejor. Dicho esto, los inviernos en Nueva York le parecían difíciles, así que una vez se había pasado todo el mes de febrero jugando al golf en el club de Miami Beach, y allí había conocido a Jonathan.

Faisal siempre había sido una decepción para su familia. Era el hijo que solo quería ir a los clubes de *jazz*, pasar veladas en la ópera y leer dietarios literarios y desconocidos en inglés y francés, el único que había puesto medio mundo de distancia entre él y su familia y que no mostraba el menor interés en el matrimonio, por no hablar de dar nietos a la estirpe. Pero entonces invirtió en el fondo de Alkaitis y lo presentó a varios miembros de la familia, cuyas inversiones fueron tan bien que el estatus de Faisal como la oveja negra de la familia quedó parcialmente revertido, y era obvio que esto le importaba mucho.

Mirella y Faisal habían vivido en Londres durante un par de años, y luego brevemente en Singapur, antes de instalarse en Nueva York.

—Mi vida no era realmente distinta en esos lugares —contó Mirella cuando Vincent le preguntó.

Fue un mes o dos después de conocerse. Vincent había llevado a Mirella a su galería favorita en el MOMA. Vincent no tenía ninguna educación artística formal, pero los retratos la conmovían, en especial aquellos cuyos sujetos parecían gente normal, como la que uno vería en el metro, excepto porque vestían ropa de otras épocas.

—No me parece que sean ciudades parecidas —dijo Vincent.

—No lo son, pero mi vida sí que era la misma. Solo era un cambio de escenario. —Miró de reojo a Vincent—. Tu familia no tenía mucho dinero, ¿verdad?

—No.

—La mía tampoco. ¿Sabes qué he aprendido sobre el dinero? Trataba de descubrir por qué mi vida me parecía igual en Singapur que en Londres, y entonces comprendí que el dinero es un país en sí mismo.

Una de las cosas en las que Vincent trataba de no pensar demasiado: que la diferencia entre Mirella y Vincent era que la primera estaba en el país del dinero con un hombre al que quería de

verdad. Saltaba a la vista por la manera en que miraba a Faisal y por cómo se animaba cuando este entraba en la sala.

El inversor

Si el dinero era un país, había otros ciudadanos que le caían mucho peor a Vincent. Ella y Jonathan cenaron un día con Lenny Xavier, un productor musical de Los Ángeles. De camino al restaurante, Jonathan estaba callado y distraído.

—Es mi inversor más importante —murmuró cuando entraron, y luego vio a Lenny y a su mujer en el otro extremo de la sala y esbozó una sonrisa. Lenny llevaba un traje de aspecto caro con zapatillas deportivas y el cabello despeinado aposta. Su esposa, Tiffany, era muy guapa, pero no tenía mucho que decir.

—De hecho, nos conocimos en un *casting* —explicó cuando Vincent trató de trabar conversación con ella, y luego casi no le dijo nada más. Había sido cantante, pero ya no cantaba. Hacia el final de la velada, Jonathan logró que Tiffany hablara un poco más, y Lenny, que había bebido demasiado, se volvió hacia Vincent y se lanzó a un monólogo sobre una chica con la que había trabajado hacía años, otra chica que también quería ser cantante.

—El problema —le dijo— es que hay gente que es incapaz de reconocer una oportunidad.

—Eso es una gran verdad —opinó Vincent, pero la frase de Lenny la había incomodado. Disfrutaba de la compañía de Jonathan, pero era innegable que, cuando este había entrado en el bar del hotel Caiette, ella había reconocido su oportunidad.

—Tenía potencial, de verdad. Pero fue incapaz de reconocer la oportunidad que se le presentó. Eso fue un error monumental.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Vincent. Lenny hablaba de la chica en pasado, y a Vincent eso le parecía algo alarmante.

—¿Annika? A quién le importa. No la he visto desde el 2000, o el 2001 quizá. —Lenny se sirvió otra copa de vino tinto—. ¿Quieres saberlo de verdad? Se volvió a Canadá para seguir tocando música electrónica rara con sus amigos.

—El problema es que —le decía Tiffany a Jonathan, al otro lado de la mesa—, cuando compras joyas por Internet, es muy difícil saber cuánto abulta.

—¿Ya no trabajas con ella?

—No, porque es una idiota. Vale, pues esta chica, Annika, cuando la conocí era muy joven. De una belleza asombrosa, ¿vale? Era sorprendente lo guapa que era. No tenía mucho talento, lo justo. Un cuerpo espectacular. La voz era normalita, pero ¿sabes qué? Con eso ya se puede trabajar. Escribía poesía, así que las letras de sus canciones eran buenas. Toca el violín, un instrumento jodidamente inútil para la música pop, pero, bueno, al menos tiene formación musical. Así que empezamos a trabajar con ella, vamos hacia un álbum, planeamos cómo lanzarla, cómo hacer de ella una estrella. Y, como te he dicho, es guapísima y tiene un lado oscuro, una cualidad original, es realmente *sexy*, pero no es algo *obvio*, ¿vale? Quiero decir que no es lo primero que ves, hay algo misterioso en ella.

—¿Misterioso?

—Lejano, pero no como una reina de hielo, más bien como si fuera… Como inteligente, ¿sabes? Eso puede ser atractivo en algunas chicas. —Sus ojos se posaron un momento en el pecho de Vincent—. Bueno, pues ya estábamos trabajando desde hacía algún tiempo, contratamos a una banda y buscamos a un coreógrafo y luego viene y nos dice que «quiere salir». Le dijimos: «¿Perdón? ¿Cómo?». Estábamos en *shock*, mis socios y yo. La habíamos colocado en un programa, ¿vale? Le pagábamos las lecciones de canto, de guitarra, a los letristas, a un entrenador personal. Cualquier músico, cualquier artista que quiera grabar un disco mataría por una oportunidad como la que tiene entre manos. Se lo decimos y ella responde que sí, que vale, que muchas gracias por el esfuerzo, pero que estamos violando su integridad artística. —Hizo una pausa y sorbió el vino—. Jodidamente divertido, ¿no crees?

Vincent sonrió, insegura de lo que se suponía que era divertido.

—Oh, ¿esto? Creo que es topacio —le decía Tiffany a Jonathan —. Rodeado de diamantes pequeños.

—Así que le dijimos: «¿Cómo? ¿Tu integridad? Tienes veintiún años. No tienes derecho a tener integridad». A ver, vale, sí, quizá tiene integridad, pero como ser humano, personalmente, pero ¿integridad artística? No me toques las narices, joder. Es una cría.

—¿Y qué pasó?

—Como te dije, se volvió a Canadá. La busqué por Google el

otro día y ¿sabes qué está haciendo? Viaja por Canadá en una jodida camioneta, da conciertos en clubes diminutos y en festivales musicales en pueblos de los que nunca has oído hablar. ¿Ves qué quiero decir? No fue capaz de reconocer su oportunidad. En cambio, yo, cuando conocí a tu marido, en cuanto comprendí cómo funcionaba lo del fondo de inversión, vi que era una oportunidad y la aproveché.

—Lenny —dijo Jonathan, que interrumpió a Tiffany en mitad de una frase—, no vayamos a aburrir a las señoras hablándoles de inversiones.

—Solo digo que mi inversión ha rendido más de lo que podría haber imaginado —aseguró Lenny mientras levantaba la copa—. Bueno, Annika, todo está bien, ¿sabes? Porque soy capaz de predecir el futuro. —Se dio un golpecito en la frente con un dedo—. Volverá a mí.

—No lo dudo —respondió Vincent.

Lo más raro de todo era que estaba segura de que Jonathan no se perdía ni una palabra de su conversación con Lenny, aunque miraba a Tiffany y asentía mientras esta hablaba. Le parecía que había algo que Jonathan no quería que Lenny revelara.

—En cualquier momento del año, un día de estos, volveré a saber de ella, me apuesto dinero a que sí.

—Seguro que sí. —Ojalá la noche terminase pronto. El rostro de Vincent se estaba cansando.

—Y vendrá y dirá: «Eh, ¿te acuerdas de mí?, íbamos a hacer algo juntos» y yo le diré: «Sí, exacto, íbamos a hacer algo juntos, pasado pretérito. Eso fue hace cinco, seis años, porque ya no tienes veintiún años».

En la piscina

—Cuéntame de dónde eres —le pidió Mirella hacia el final. La era del dinero duró un poco menos de tres años. Durante el último verano, seis meses antes de que todo acabara, Faisal se fue a su casa de Riad para pasar unas semanas con su padre, al cual acababan de diagnosticar un cáncer, y durante ese periodo Mirella se acostumbró a conducir en coche hasta Greenwich casi cada tarde. Vincent y Mirella se pasaban lánguidas horas nadando o estiradas a la sombra

al lado de la piscina, atontadas por el calor, mientras el guardaespaldas de Mirella leía el periódico o miraba su teléfono en una tumbona, lo suficiente lejos para no oír sus conversaciones.

—Crecí en una calle con dos callejones sin salida —dijo Vincent —. Eso lo resume un poco todo.

—Deja la cámara, ¿quieres? Me estás poniendo nerviosa.

—No te estoy grabando, solo estoy enfocando esos árboles de allí.

—Ya, pero son aburridos. No hacen nada.

—Eso es cierto —convino Vincent, que sonrió y soltó la cámara, aunque le dolió dejar de filmar a los tres minutos y veintisiete segundos. Era consciente de que la necesidad de filmar en clips de cinco minutos probablemente constituía un caso de trastorno obsesivo-compulsivo no diagnosticado, pero eso jamás le había parecido un problema grave.

—¿Cómo es posible que una calle tenga dos callejones sin salida?

—Solo si se accede a ella únicamente en barco o hidroavión. Imagina una hilera de casas en una ensenada. Rodeada de bosque, agua y nada más.

—¿Tenías un barco?

—Había gente que sí. Nosotros no. Solía subir al barco de correos para ir a la escuela por la mañana y luego un autobús nos recogía en el muelle al otro lado y nos llevaba al pueblo más cercano. Sin televisión hasta los trece años.

—¿Qué quieres decir, sin televisión? —Mirella la miraba como si acabara de decirle que venía de Marte.

—Que la señal no llegaba.

—Entonces, si encendías la tele, ¿no aparecía nada en la pantalla?

—Bueno, solo estática —aclaró Vincent.

—¿En todos los canales?

Un recuerdo: con trece años, expulsada de la escuela por el incidente del grafiti, sentada al lado de la ventana de la cocina con un libro, levantó la vista y vio a su padre caminando colina arriba desde el taxi náutico con una caja poco manejable en sus brazos, sonriendo.

—¡Mira lo que nos ha comprado mi madre! —exclamó—. Me han llamado para que fuera a buscarlo a la tienda de electrónica de Port Hardy.

La abuela Caroline se había ido esa mañana para regresar a su vida durante unos días, pero, al parecer, había dejado un regalo de despedida.

¡Una televisión! Habían erigido una torre de telecomunicaciones unos meses antes en Grace Harbour, algo más arriba de la ensenada, y eso quería decir que por primera vez en la historia había señal en Caiette, y mamá jamás lo habría permitido, pero ella ya no podía decidir porque hacía tres semanas que no estaba. Papá y Vincent probaron distintas variaciones de estática hasta encontrar un canal en el que dos mujeres con acentos norteamericanos hablaban, una con una melena marrón y gafas y la otra con una nube de pelo platino y ropa ajustada.

—«WKRP en Cincinnati» —dijo papá—. Solía verlo en los años ochenta.

Una de las mujeres respondió algo gracioso y papá se rio por primera vez en tres semanas. ¿Dónde estaba Cincinnati? En la televisión la ciudad tenía un resplandor suave, como el pelo rubio de la actriz. Más tarde, Vincent sacó el atlas de la estantería alta y lo encontró, un punto en mitad del país más cercano al sur. Buscó en la página del suroeste de la Columbia Británica, pero, por supuesto, Caiette era demasiado pequeño para aparecer en el mapa.

Mirella se había criado en un dúplex en una urbanización de edificios idénticos, en los suburbios más alejados de Cleveland, con campos de maíz a un lado y una autopista al otro. Su madre tenía dos trabajos y su padre estaba en prisión. Mirella y su hermana estaban en casa solas durante horas cada día, mirando la tele; iban a pie desde la parada de autobús a casa y cerraban la puerta tras de sí, y luego ya no podían volver a salir. Se calentaban fajitas congeladas para cenar y a veces hacían los deberes y otras, no.

—La verdad es que no estaba tan mal —dijo—. Tuve suerte. No me pasó nada terrible. Solo era aburrido. ¿Tú creciste con tu padre y con tu madre?

—Mi madre se ahogó cuando tenía trece años. —A Vincent le gustó la manera en que Mirella se limitó a asentir al escuchar eso. Quizá de ahora en adelante solo se haría amiga de la gente que era

huérfana de al menos un progenitor—. Mi padre era plantador de árboles, así que se iba a campos muy lejanos durante semanas, en pleno año escolar, y por eso me fui a vivir con mi tía en Vancouver.
La conversación se alejó de los lugares de origen y a Vincent le pareció bien. Todo lo que tenía que ver con Caiette era o bien imposible de describir o bien demasiado difícil de abordar y todo lo que vino después de Caiette era aburrido o embarazoso. Mirella hablaba de cómo Faisal y ella se habían conocido. Había intentado hacer carrera de modelo, pero no había llegado demasiado lejos. El problema, tal como le había explicado una agente, era que Mirella era guapa, pero era un tipo de belleza normal y corriente. No había nada excepcional en el rostro de Mirella, excepto que era bonita, y el mundo de la moda estaba en un momento en que eso no era suficiente, según le dijo la agente. También había que ser distinta, especial. Las modelos de éxito tenían una distancia muy grande entre los ojos, o rostros que en realidad eran bastante vulgares, pero que poseían una cualidad indefinible y llamativa, u orejas que destacaban como las asas de un jarrón. Cuando conoció a Faisal, Mirella trataba de ser actriz porque su carrera de modelo no iba a ninguna parte, pero la interpretación tampoco le daba ninguna alegría. Tenía algo de talento, pero no lo bastante para destacar entre el mar de otras candidatas de talento moderado, guapas y jóvenes. La noche en que lo conoció estaba en una fiesta y llevaba un vestido caro que le había pedido prestado a su compañera de piso, horas después de una llamada con la asistente de su agente (porque la agente ya no le respondía a las llamadas) en la cual la asistente, que también había querido ser actriz una vez, le dio la noticia, con amabilidad, de que habían vuelto a rechazar a Mirella para un papel al que se había presentado. El rechazo es algo agotador. Mirella estaba de pie al lado de la ventana, mirando hacia el centro de Los Ángeles, y comprendió que se estaba cansando de esa vida. Pensaba que tal vez debería matricularse en la universidad, estudiar algo que le permitiera encontrar un buen trabajo, pero su hermana había hecho lo mismo y en ese momento estaba endeudada hasta las cejas debido a los préstamos estudiantiles, así que Mirella no estaba segura de que valiera la pena. Y ahí estaba, de pie, mientras trataba de imaginar cuál sería su futuro, cuando Faisal apareció a su lado, iba vestido de forma

impecable y sostenía dos copas de vino, y ella pensó: «¿Por qué no tú?».

—Nosotros también nos conocimos mientras tomábamos una copa —le contó Vincent—, pero yo era la camarera.

Mirella sonrió.

—No me sorprendes. Preparas unos cócteles excelentes.

—Gracias. Fue un momento extraño en mi vida. Mi padre acababa de morir. —Mirella abrió mucho los ojos. No era nada fuera de lo común que faltara un progenitor, pero perder a los dos era una cuestión distinta—. Tuve que volver a mi pueblo para lidiar con todo, ocuparme de sus cosas, y ofrecían un puesto de trabajo en el hotel, así que decidí quedarme allí un tiempo.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un ataque al corazón.

—Lo siento.

—Gracias. —A Vincent no le gustaba pensar en sus padres.

—¿Es el mismo hotel que tiene Jonathan? Recuerdo que habló de un hotel.

—Sí, exacto. Pensé que vivir ahí sería algo más sencillo, pero supe que me había equivocado apenas un mes después. Mi mejor amiga de infancia trabajaba allí y, al cabo de unos meses, mi hermano también empezó a trabajar en el hotel y, no lo sé, todo se me hizo un poco claustrofóbico, vivir en el mismo sitio con dos personas que conocía desde que había nacido.

—No sabía que tenías un hermano.

—En realidad nunca ha formado parte de mi vida —aclaró Vincent—. Llevo años sin verlo.

—¿Así que te fuiste a un lugar en mitad de ninguna parte y te marchaste porque tu hermano también estaba ahí?

—No, yo… Hubo un incidente un poco raro —explicó ella—. Vale: en el vestíbulo había una pared de cristal que daba al agua. Una noche estaba trabajando y había un cliente en el vestíbulo, un hombre que tenía insomnio y estaba sentado en un sillón leyendo o trabajando o cualquier otra cosa, y entonces soltó una exclamación y se levantó de golpe. Así que miré y vi que alguien había escrito algo horrendo en el exterior del cristal.

—¿Qué era?

—¿El mensaje? «Por qué no tragáis cristales rotos».

—Qué locura —dijo Mirella.

—Lo sé. Y un minuto después llegó mi hermano Paul de su pausa para la cena, y era tan obvio que lo había hecho él, estaba nervioso y tenía la mirada huidiza…

—Pero ¿por qué iba él a…?

—No lo sé. Estuve a punto de preguntárselo, pero comprendí que no importaba. No hay ningún escenario en el que escribir algo así no sea horrible, ¿verdad?

—No se me ocurre ninguno, no. —Mirella guardó silencio un instante—. Es un mensaje horrible, pero no estoy segura de comprender por qué te preocupó tanto.

—El caso es —confesó Vincent— que sé que mi madre se ahogó, pero no sé *por qué*. Era muy buena nadadora y todo el tiempo se iba a practicar con la canoa.

—Crees que quizá no fue un accidente.

—Creo que jamás lo sabré, pasara lo que pasara. —Se quedaron calladas un rato, y el zumbido de las cigarras en los árboles al final de la propiedad se oía con fuerza—. De todos modos, no fue solo por eso. Pasaba por uno de esos momentos en que miras tu vida y piensas: «¿Es esto? Pensaba que habría algo más».

—He pasado por momentos así —dijo Mirella—. Así que pensabas irte de todos modos, y entonces Jonathan entró en el bar.

—Fue un par de horas después, más o menos. Eran las cinco de la madrugada. Tuve que ponerme dos cafés solos para mantenerme despierta.

—Que viva el café —exclamó Mirella mientras levantaba su copa.

—Cuando dije que no sabía dónde estaría sin café, era literal —aseguró Vincent.

Un hombre solitario entra en un bar y ve una oportunidad. Una oportunidad entra en un bar y conoce a una camarera. Una camarera solitaria levanta la vista y el mensaje que lee en el cristal le da ganas de huir, porque la madre de la camarera desapareció mientras practicaba piragüismo y durante toda su vida le ha dicho a todo el mundo que fue un accidente, pero no tiene ninguna manera de saber si es verdad, y cómo podría alguien que supiera de esa incertidumbre, como Paul sin duda sabe, escribir una frase que invita al suicidio al lado del agua, de *esa agua* que resplandece al

otro lado, pero lo que empuja a la camarera a la desesperanza no es el grafiti, sino el hecho de que, cuando se vaya de ahí, solo será para ir a otro bar, y a otro después de ese, y a otro, y a otro, y, de todos modos, en ese momento el hombre, la oportunidad, le tiende la mano.

—¿Puedes creer que crecí aquí? —le confesó a Jonathan cuando, durante esa primera charla, le preguntó de dónde era. Le había servido la comida y habían trabado conversación con una facilidad sorprendente.

—¿Aquí?, ¿quieres decir en Caiette?

—Bueno, aquí y luego en Vancouver.

—Una gran ciudad —respondió él—. Tengo ganas de pasar más tiempo ahí.

Al irse le deslizó un billete doblado (que ella agradeció sin mirar) que resultó ser de cien dólares y que envolvía una tarjeta en la que había apuntado un número de móvil. ¿Un billete de cien dólares? En retrospectiva, le resultaba humillante, pero Vincent siempre había apreciado lo claras que eran sus intenciones. Siempre se trataría de un acuerdo y de una transacción. Cuando él se lo pidiera, ella acudiría. Y siempre la compensaría bien.

¿Por qué no tú?

Soho

Ese último verano en el reino del dinero, una tarde subtropical, Vincent y Mirella quedaron en el Soho, estuvieron un rato en el *loft* de Faisal y Mirella y luego fueron de compras, no tanto por necesidad, sino por aburrimiento. Nubes oscuras copaban el cielo. A última hora de la tarde pasearon por la calle Spring sin destino en mente después de gastar varios miles de dólares cada una en ropa y conjuntos de lencería, y, mientras Vincent admiraba un Lamborghini amarillo aparcado al otro lado de la calle, Mirella dijo:

—Creo que está a punto de llover.

Así que apretaron el paso, pero era demasiado tarde porque el primer relámpago sonó y empezó a llover torrencialmente, Mirella tomó a Vincent de la mano y echaron a correr. Vincent se reía a carcajadas, porque le encantaba que la lluvia la atrapara, y, aunque a Mirella no le gustaba lo que la lluvia le hacía a su pelo, para

cuando llegaron a la esquina también sonreía, pero metió a Vincent en una cafetería y allí se quedaron un momento, y disfrutaron del agradable aire acondicionado, se apartaron el pelo mojado de los ojos y contemplaron el desastre causado por el agua en sus bolsas de la compra. El guardaespaldas de Mirella apareció un instante después mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—Bueno —propuso Mirella—, ¿paramos para tomarnos un café?

—De acuerdo.

Vincent llevaba dos años y medio en la Costa Este del continente americano y aún no se acostumbraba a la violencia de las tormentas de verano, a la manera en que el cielo se teñía de color verde. Encontraron una mesa minúscula cerca del ventanal y se sentaron allí con sus cafés cortos y con las bolsas mojadas amontonadas alrededor de las piernas. Cayeron en un cómodo silencio y, mientras observaban el chaparrón, Vincent comprendió que se sentía a gusto por primera vez en los últimos tiempos. La verdad era que en el reino del dinero, antes de conocer a Mirella, se había sentido terriblemente sola.

—¿No te parece que comprar es en realidad muy aburrido? —preguntó Vincent, que se sintió culpable por decirlo en voz alta. Solo era posible confesárselo a Mirella porque ella tampoco había nacido en una familia adinerada. Los fantasmas de las anteriores personalidades de Vincent se arremolinaron alrededor de la mesa y observaron las hermosas prendas que vestía.

—Sé que es de mal gusto admitirlo —coincidió Mirella—, pero es increíble lo rápido que desaparece la sensación de novedad. Hubo algo en la manera en que levantó la mirada en ese momento, en la manera en que la luz cayó sobre su cara, que hizo pensar a Vincent en una nana de su infancia, en el verso favorito del libro de la Mamá Oca de la biblioteca de la escuela, que había leído tantas veces que se lo había aprendido de memoria cuando tenía cinco o seis años: «Es guapa, es bonita, es la niña de la ciudad dorada…».

—Al principio era como una especie de compensación —dijo Vincent—. Te acuerdas de todas las veces que tuviste que elegir entre pagar el alquiler y comer y piensas: «Ahora puedo permitirme este vestido, así que el mundo vuelve a estar bien», pero al cabo de un tiempo…

—Al cabo de un tiempo te das cuenta de que ya tienes

suficientes vestidos —concluyó Mirella—. Si Faisal supiera hasta dónde llega mi capacidad de compra, seguramente organizaría una intervención.

Aunque, por supuesto, el problema no era la ropa, pensó Vincent después, en el tren de vuelta a Greenwich. No eran las cosas lo que la mantenía en esa nueva y extraña vida, en el reino del dinero; no eran la ropa ni los objetos ni los bolsos ni los zapatos. No eran la hermosa residencia ni los viajes, tampoco la compañía de Jonathan, aunque le caía muy bien, ni siquiera era la inercia. Lo que hacía que permaneciese en el reino era el hecho, antes inimaginable, de no tener que pensar en el dinero, porque eso es lo que el dinero te concede: la libertad de dejar de pensar en él. Si nunca te ha faltado, entonces no es posible comprender la profundidad de eso, la manera tan absoluta en que te cambia la vida.

Cuando llegó a casa, Jonathan la esperaba en el salón. Trabajaba, pero cerró su portátil cuando ella entró.

—Pobrecita —se lamentó—. Estaba pensando en ti, perdida en medio del diluvio.

Temblaba un poco porque su ropa mojada no se había acabado de secar con el aire acondicionado de la cafetería. Había una manta de cachemira en el respaldo del sofá, al alcance de la mano de Jonathan. Puso su portátil en la mesita del café y abrió la manta para abrazarla con ella.

—Ven aquí —le pidió—. Vamos a hacer que entres en calor.

5. Olivia

Una oscura tarde de agosto, una pintora estaba de pie bajo una marquesina del Soho cuando Vincent y Mirella pasaron por allí. Al otro lado de la calle, un Lamborghini amarillo resplandecía a la luz del atardecer. El coche tenía una presencia tan fuerte que casi parecía estar vivo, como si vibrara con las posibilidades y fuera un objeto llegado del futuro. Olivia había ido a esa calle porque detrás del Lamborghini había una puerta que había cruzado una vez a finales de los años cincuenta, cuando el hermano de Jonathan Alkaitis buscaba modelos. En el verano de 2008, Olivia esperaba bajo una marquesina roja al otro lado de la calle, porque estaba claro que iba a llover, mientras se comía una galleta con pepitas de chocolate, aunque sabía que el azúcar le daría ganas de dormir más tarde (en un banco, en el metro, en un teatro, dondequiera que lograra encontrar un lugar), y se permitió sumergirse en los recuerdos. En 1958 caminaba animada hacia la puerta enfundada en su gabardina nueva, que estaba convencida de que le confería el aspecto de la estrella de su película francesa favorita, porque a los veinticuatro años es posible convencerse de cosas así. Cuando una voz chisporroteó, incoherente, desde el interfono, ella dijo: «Soy yo», porque había descubierto que funcionaba en todos los edificios, sin importar el número al que llamara, y subió los cuatro pisos de escaleras hasta llegar al estudio de Lucas.

Lucas Alkaitis huía de los suburbios igual que todos los demás, huía de la mediocridad, de la gomina para el pelo y de los trajes de franela gris, y Olivia había conocido a suficientes falsos pintores para saber si tenía delante a un artista de verdad. En 1958, Lucas trabajaba en una serie de desnudos: mujeres y hombres, aunque en su mayoría mujeres, sentados en un sofá del color del Lamborghini que medio siglo más tarde estaría aparcado frente a su puerta. El sofá estaba mucho más sucio en la vida real que en las pinturas.

Y las pinturas eran deslumbrantes. Pero el propio Lucas, para diversión y decepción de Olivia, era todos los clichés combinados: una melena de pelo demasiado largo y cuidadamente desarreglado; una camiseta de tirantes blancos manchada de pintura; botas de trabajo, que también había permitido que se manchasen de pintura, con la intención de anunciar su estilo artístico al sexo opuesto. La miró de pies a cabeza y se pasó la mano por el pelo con un gesto que hizo pensar a Olivia que practicaba frente al espejo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó él.

—He oído que está buscando una modelo.

—Esperaba que dijeses eso. —Le lanzó una sonrisa lenta y perezosa mientras la observaba. Era un hombre profundamente satisfecho consigo mismo—. No puedo pagar mucho.

—De hecho, tengo una proposición al respecto.

—Ah, ¿sí?

Lo que Olivia a veces se preguntaba (incluso en el presente, al otro lado de la pantalla partida de 2008, donde aún permanecía de pie bajo la marquesina, mordisqueaba la segunda galleta de chocolate y empezaba a sentirse a la deriva, mientras el nivel de azúcar en su sangre subía de esa manera parecida a un balón de gas maldito, un movimiento inestable y atolondrado antes de la caída precipitada) era si se podría enviar un memorando a toda la población menor de treinta años, no, mejor de cuarenta, hombres y mujeres, un memorando para que supieran que no hay que enarcar la ceja cada vez que la palabra «proposición» hace acto de presencia en una conversación.

—Estaría muy agradecida —murmuró en voz alta, en 2008— si la gente dejara de hacerlo.

Al otro lado de la tela, en 1958, esperó a que Lucas bajara la ceja antes de seguir:

—No es ese tipo de proposición, por el amor de Dios. Pago en especie.

Él parecía confuso.

—Me llamo Olivia Collins. —Lo observó mientras su nombre se abría paso en el cerebro de él. Había tenido algo de éxito, nada arrollador, pero lo bastante para que un determinado segmento de la población pintora al sur de la calle 14 conociera su nombre. Tenía una galería y un representante, que era más de lo que podían

decir algunos de los cachorros de melena al viento—. Soy pintora —añadió, innecesariamente—, y busco modelos.

—Vale, sí, lo que quieres decir es…

—Tú me pintas a mí y yo te pinto a ti —le propuso—. Estoy trabajando en una nueva serie de retratos.

Lucas cruzó la sala hasta un alféizar abarrotado, extrajo una cajetilla de cigarrillos de entre dos latas de pintura que ahora ejercían de jarrones para margaritas agónicas, golpeó la cajita, sacó un cigarrillo, lo encendió e inhaló y exhaló mientras sostenía la mirada de Olivia: todos los movimientos de postergación que los fumadores realizan cuando no están seguros de qué decir y han visto demasiadas películas. Si hubiera sido posible enviar otro memorando, específico para fumadores, diría: «No podéis ser a la vez un bohemio desastrado y Cary Grant. Vuestros elegantes movimientos con el cigarrillo quedan ridiculizados por vuestra camiseta de algodón blanco y vuestro pelo sucio. La combinación de ambos no es particularmente interesante».

—Es una proposición que me intriga —aseguró—, pero yo no soy modelo.

—Bueno, hace falta valor —repuso Olivia, que se encogió de hombros.

En 1958, entre sus valores se incluía la determinación de que nadie fuera capaz de saber si le importaba algo o no.

—No todo el mundo puede hacerlo. —Saltaba a la vista que eso había resultado ofensivo, como era su intención—. Bueno, por si cambias de opinión… —Apuntó su número en un pedazo de papel, lo dejó encima de su mesa de trabajo, inclinó la cabeza para despedirse y se giró—. Tus obras son buenas, por cierto —añadió desde la puerta, el disparo final.

En 2008, un par de chicas se acercaban. Compradoras, cargadas con bolsas, de veintitantos años, las dos guapas con un estilo caro, el tipo de chica a quien cincuenta años atrás Olivia habría pintado y seducido. Hablaban de nada en particular, una conversación sobre los tejanos que querían comprar, pero una de ellas miró hacia lo lejos y Olivia vio que contemplaba el Lamborghini amarillo, brillante bajo la apagada luz previa a la tormenta.

—Yo también lo veo —murmuró Olivia, pero tan bajito que ninguna de las dos la miró cuando pasaron delante de ella. Quizá ni

siquiera lo dijo en voz alta. El cielo estalló en un relámpago y las dos muchachas echaron a correr bajo la lluvia.

Cuando Lucas fue a verla, no estaba sola. Hacía días que pintaba a su amiga Renata desde varios ángulos. El problema eran los ojos de Renata, que tenían una expresión preocupada, como de paloma, cuando Renata la miraba directamente, pero, en cuanto apartaba la vista, se calmaban y se llenaban de confianza. El efecto daba lugar a dos personas distintas. ¿Cuál debía mostrar?

—Bueno, tengo una idea para una historia de fantasmas —soltó Renata. Era un juego al que a veces jugaban, cuando Renata posaba y empezaba a aburrirse, porque a las dos les gustaban las historias de fantasmas desde la infancia—. A un tipo lo atropella un coche y muere y después el lugar del accidente queda encantado, pero el fantasma no es el tipo atropellado, es el coche.

Olivia dio un paso atrás mientras reflexionaba sobre el problema de la mirada.

—¿Así que es una historia sobre un coche fantasma?

—El conductor se siente tan culpable por el accidente que su culpa se manifiesta en un coche fantasma.

—Me gusta.

Hacía frío en el estudio ese día y Olivia estaba concentrada en pintar el rostro y los hombros de Renata, así que esta llevaba una bata que no se había preocupado de cerrar. Olivia oyó la voz de su amigo y vecino Diego en el pasillo, su llamada rápida y su entrada, y se giró a tiempo de ver a Lucas mirando los pechos de Renata y parpadeando sorprendido, cosa que trató de disimular con un ataque de tos fingida.

—¿Te afecta el humo?

—Eso siempre acaba por subir a la cabeza —comentó Renata con esa voz lánguida suya que daba la sensación de que siempre estaba fumada, lo cual, a menudo, era cierto, pero en esa ocasión en concreto no lo estaba.

—Me alegra que estés aquí —le dijo Olivia a Lucas, frase que por esas fechas era muy habitual en ella. (Una revelación que solo se descubre después: la belleza puede tener un efecto corrosivo en el carácter. Es posible sobrevivir durante algunos años con poco más que algunas frases educadas y una sonrisa deslumbrante, y esos son años de formación)—. Acabaremos en unos minutos.

Lucas se quedó de pie cerca de la puerta, incómodo. Ella notó que observaba su trabajo. Para adelantarse a su llegada, Olivia había colocado siete de sus mejores retratos por toda la sala. Había experimentado con fondos surrealistas: el sujeto estaba pintado con una fidelidad a la realidad dieciochesca, o tan cerca como se puede llegar a la fidelidad a la realidad dieciochesca, pues era consciente en todo momento de los límites de sus habilidades técnicas, pero los fondos se disolvían en un sueño enfebrecido de rojos, púrpuras y azules, y los interiores se deshacían en masas informes, paisajes donde la luz no era la correcta. En su pintura acabada más reciente, Diego estaba sentado en un sillón rojo, relajado, con el brazo por encima del respaldo, pero el sillón perdía forma en sus extremidades y se fundía con la pared y bajo una de las patas del sillón se había formado un lago rojo, como si la pintura se hubiera corrido.

—¿Ese sillón está sangrando? —preguntó Lucas mientras señalaba la pintura de Diego con la barbilla.

—Quítate la bata —le pidió Olivia a Renata, que entornó los ojos, pero no objetó. Su carne desnuda tuvo el efecto deseado: hacer callar a Lucas. Se olvidó del sillón sangrante. (Algo que la preocupaba incluso años después, décadas más tarde, hasta 2008: ¿había sido una buena idea lo del sillón sangrante? Sus dudas interiores habían sido una de las pocas constantes en su vida durante el pasado medio siglo). Se dirigió a Lucas y dijo—: Si quieres quedarte, terminaremos en una media hora.

—Veinte minutos —la corrigió Renata—. Tengo que recoger a mi hijo.

Cuando se fue, Lucas se colocó en el sillón, en su lugar. No había abierto la boca desde el comentario sobre el sillón sangrante.

—Te has vestido demasiado para la ocasión —dijo Olivia, y sonó más suave de lo que era su intención, nada mordaz. Quizá podría ser una persona más amable, pensó. Su caparazón era tan duro por aquel entonces…—. ¿Puedes quitarte la camisa?

Lucas se encogió de hombros y se quitó la chaqueta tejana y también la camiseta. Era delgado y tenía la tez de una palidez desagradable, una criatura solo de interiores. La observó cuando empezó a pintarlo. Pensaba en la obra de él, las líneas limpias y la contención de sus retratos. En varios sentidos era ridículo, pero

debajo de todo aquello era una persona seria, ella entendía eso, una persona seria que trabajaba mucho. Olivia pintaba con rapidez, en absoluto como solía, con pinceladas rápidas y breves. Había esperado que, si rozaba la superficie del retrato, quizá lo vería mejor, algo emergería que pudiera utilizar como punto de partida para una obra más profunda, más seria, y así fue: cuando dio un paso atrás para mirar la tela, vio las sombras de su rostro, la mirada que había visto antes en los otros, la manera torpe en que colocaba sus brazos.

—Gira tu brazo izquierdo hacia mí —le pidió, y le demostró cómo lo quería.

Él sonrió y no se movió. Pero ella captó un destello cuando fue a por su camiseta, y lo añadió después: pintó por encima de su brazo izquierdo para que en la versión final tuviera la palma abierta, las sombras tiñeran el interior de su codo, las venas amoratadas.

En la inauguración, cinco meses después, él la arrinconó cerca de la puerta.

—Podría matarte —dijo de una forma agradable y sonriendo, de modo que quienes los mirasen pensarían que estaba alabando su obra. Dos o tres personas que sí que oían su conversación se acercaron, curiosas—. Y no lo digo como si estuviéramos en una comedia de los años treinta, por cierto, como si nos acabáramos de conocer y nos cayéramos mal, pero ahora nos fuéramos a enamorar. Quiero decir que, si tuviera la oportunidad, literalmente te mataría.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —contestó Olivia mientras levantaba su copa.

—Te crees tan divertida… Todas esas frases hechas, y ni siquiera son correctas —soltó, y su voz empezó a sonar a quejido—, eres una maldita mentirosa.

Pero diez meses más tarde moriría por sobredosis detrás de un restaurante en la calle Delancey. Ella fue a ver una exposición suya poco antes del fin, una exposición grupal en un almacén de Chelsea. Fue una velada decepcionante. La noche era helada y la sala demasiado fría, todo el mundo temblaba aferrado a sus copas de vino barato. Algunas personas reconocieron a Olivia y se dio cuenta de que debajo de sus sonrisas anidaba la envidia, y eso la hizo sentir pequeña y hueca, con ganas de irse a su casa. Eso era lo que sucedía en su vida durante aquella época: algunas noches era hermoso, pero

otras había mucho dolor que palpitaba bajo la superficie de la noche sin ninguna razón, y en noches como esa comprendía por qué Lucas y Renata hacían lo que hacían, el truco adormecedor con la aguja. Encontró a Lucas en un rincón con tres de sus pinturas. Había trabajado en una serie nueva, sin gente, solo calles vacías. Calles generales, no concretas. Sospechaba que no pertenecían a ninguna ciudad en particular.

—Me gustan estas —comentó Olivia en señal de paz.

Lucas estaba con un muchacho, un chico que llevaba zapatillas deportivas, tejanos y una camisa por fuera. Eso fue lo que años después recordaría de la primera vez que vio a Jonathan Alkaitis: que el hecho de que llevara la camisa por fuera del pantalón era en cierto modo conmovedor. El chaval llevaba «suburbios residenciales» escrito en la cara, pero se había dejado la camisa por fuera para dar la sensación de ser más informal, más oriundo del centro, porque aún no tenía ni catorce años y estaba desesperado por encajar, pero la camisa estaba arrugada por la parte de la cintura, donde la había llevado metida por dentro antes de salir de casa hacia la exposición.

—Muchas gracias —respondió Lucas sin emoción en la voz.

—¿Quién es tu amigo?

—Mi hermano Jonathan. Te presento a Olivia. Olivia, Jonathan.

—Un placer conocerla —la saludó Jonathan Alkaitis. Tenía los ojos muy abiertos, estaba fuera de su elemento—. ¿No le gustan las pinturas de mi hermano?

—Acabo de decir lo contrario.

—Pero eres una actriz horrible —aseguró Lucas—. Hasta el chico se ha dado cuenta de que no te gustan.

De hecho, era cierto que a Olivia no le gustaban mucho las obras nuevas de Lucas. Eran similares a las de Edward Hopper y solo habrían sido de tema más obvio si hubiera pintado la palabra «SOLEDAD» en rojo y por encima.

—Tienes razón —le dijo Olivia a Jonathan—, no me gustan especialmente las pinturas de tu hermano.

Jonathan frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué le ha dicho que le gustan?

—Solo trataba de ser cortés —explicó—. Si me disculpáis.

No entendía por qué se esforzaba Lucas, pero sí que podía ver su

destino, su rostro más ensombrecido de lo que había estado jamás, esa palidez aterradora, y no veía el beneficio en relacionarse seriamente con él. (Así pensaba cuando tenía veintitantos: «No veía el beneficio». Luego se avergonzaría de eso). La muerte ya estaba en él. Saltaba a la vista que estaba a punto de abandonar este mundo. Más tarde recordó que su hermano le había dado pena, porque pronto estaría solo en el mundo.

El funeral de Lucas fue una ceremonia pequeña y privada, cerca de la casa de su familia, en Greenburgh. No se enteró de que había muerto hasta al menos un mes después de que sucediera. Más tarde le pareció que incluso podría no haberlo recordado, otro gorrión caído en una década caótica y que se acortaba con rapidez, excepto que cuarenta años más tarde (cuarenta años sin dinero, sin ventas, de llamadas embarazosas en las que tenía que pedir dinero a su hermana Mónica para pagar el alquiler, cuarenta años de trabajos temporales en oficinas intercambiables y vendiendo joyas en las ferias para el negocio de importación de plata de su amigo Diego, cuarenta años de travesía en el desierto) se celebró una exposición retrospectiva de artistas urbanos de los años cincuenta, y entre ellos estuvo Olivia, y después de eso hubo un repentino interés por su obra, aunque breve y evanescente, durante el cual su pintura *Lucas con sombras* se vendió en una subasta por doscientos mil dólares, que era más dinero del que había imaginado poseer jamás.

—Deberías invertirlo —la aconsejó Mónica.

Era una tarde de verano y estaban sentadas en el patio trasero de la nueva casa de alquiler de Olivia en Monticello. No era el Monticello famoso de Virginia, sino el que estaba al norte de Nueva York, con la calle principal forrada de madera, el Walmart gigante, las oficinas de reclutamiento del Ejército, de la Armada y de los Marines, las tiendas que vendían miembros ortopédicos, el circuito de carreras. Olivia había alquilado una casita en las afueras. La casa había formado parte previamente de una colonia de chalets adosados. Era muy pequeña y necesitaba un tejado nuevo, pero era un placer abandonar la ciudad e instalarse ahí. El patio parecía un refugio tropical en el calor de agosto, el verde explotaba en medio de la humedad, y esa tarde en particular con Mónica casi se había quedado adormecida. No le diagnosticarían los problemas de azúcar en la sangre hasta un año después, pero se había fijado en que había

una correlación entre comer carbohidratos y la dificultad para permanecer despierta una o dos horas después. Había empezado a hacerlo aposta, por el placer de dejarse llevar por el sueño en una *chaise longue* durante el atardecer. En esa ocasión, sin embargo, se tomó un abundante sorbo de té cargado con hielo para tratar de despertarse gracias a la cafeína y al frío, porque Mónica le había dicho hacía algunos años que pensaba que Olivia no era buena escuchándola y que, como no la escuchaba, Mónica se sentía pequeña. Olivia lo recordó después de haberse tomado el *bagel* y se sintió mal por habérselo comido con el objetivo de dormirse.

—¿Cómo se hace…, cómo invierte alguien en algo?

El dinero era un elemento misterioso para Olivia, pero Mónica había sido abogada antes de retirarse y entendía mucho mejor la logística de la vida cotidiana.

—Bueno, hay muchas maneras de hacerlo —respondió Mónica —, pero hace poco invertí un poco de dinero con un tipo que mi amigo Gary conoció en su club.

Olivia no se habría descrito como una persona demasiado supersticiosa, pero siempre había creído en los mensajes del universo y le gustaba prestar atención a las pautas y a las señales. Sin duda, significaba algo que el hombre a quien Mónica había confiado sus ahorros fuera el hermano de Lucas.

—No te acordarás de mí —le dijo a Jonathan cuando lo llamó, y de inmediato deseó haber dicho algo distinto. El problema con esa frase era que funcionaba cuando era joven, porque cuando era joven era guapa y también fiera de una forma calculada que creía que era atractiva, y eso le otorgaba una cierta ironía a la sugerencia de que alguien fuera capaz de olvidarla («Ya sabes, otro talento joven y fresco y de un magnetismo maravilloso que tiene una galería que la representa»), pero últimamente había descubierto que después de decir esa frase solo se oía un silencio delicado y había comprendido que, de hecho, la gente a menudo no la recordaba. (Idea para un cuento de fantasmas: una mujer envejece, se cae del tiempo y comprende que se ha vuelto invisible).

—Nos conocimos en la galería con Lucas —recordó él con suavidad—. La noche en que nevó.

«La noche en que nevó», pensó Olivia, y, para su sorpresa, sus ojos se anegaron de lágrimas. No había llorado cuando Lucas había

muerto. Se había sentido un poco triste, por supuesto, porque no era ningún monstruo, solo era que estaba siempre distraída y que apenas se habían conocido. Pero, después de todas esas décadas, la pena la superó: en una versión de Nueva York tan distinta que podría haber sido una ciudad extranjera, había dejado la noche fría y había entrado en la brillante galería, que la memoria había transformado de una cueva de mezquinos celos y sórdida desesperación en un palacio de arte y de luz, puro resplandor en todos los sentidos de la palabra, las paredes vibrantes con colores, artistas que vibraban con genio y juventud, donde Lucas (tan joven, con tanto talento y tan condenado al fracaso) y el pequeño Jonathan (¿cuánto tendría?, ¿doce años?) esperaban su llegada.

—Tienes una memoria notable —lo alabó ella.

—Bueno, tú fuiste memorable. Eras la mujer guapa a la cual no le gustaban las pinturas de mi hermano.

—Ojalá no lo hubiera dicho. Debería haber sido más amable. —Y después, de manera impulsiva, aunque su intención solo era pedir unos minutos de su tiempo por teléfono, añadió—: ¿Querrías quedar para comer alguna vez? He heredado algo de dinero y no me iría mal algún consejo para invertirlo.

—Me encantaría —aseguró él.

Se vieron varias veces durante los años siguientes. A veces ella iba a visitarlo a su despacho y otras se encontraban para comer. A Olivia le gustaban mucho esas comidas, y las esperaba con anticipación; era una persona cálida y que se interesaba en ella, buen conversador, y siempre pagaba la cuenta. Le gustaba hablar de Lucas y quería saber todo lo que ella recordaba sobre su misteriosa vida en Nueva York.

—Mi hermano era diez años mayor que yo —le contó—. Le quería mucho, pero, cuando eres pequeño, una década de diferencia es como el espacio entre galaxias. Jamás sentí que lo conocía bien.

—¿Sabes que mi hermana y yo solo nos llevamos tres años? Y tampoco siento que la conozca demasiado bien.

—Siempre es posible no conocer bien a la gente que tenemos más cerca. Pero estoy bastante seguro de que conociste a mi hermano mucho mejor de lo que yo lo hice.

—Eso es muy triste —repuso Olivia—. Espero que tuviera gente en su vida que lo conociera de verdad.

—Yo también. Pero lo conociste lo bastante bien para pintarlo.

—Sí, posamos el uno para el otro, eso es cierto.

—Entonces, ¿él te pintó a ti? Me lo había preguntado.

—Lo hizo. —En un recuerdo lánguido, ella se sentó desnuda en su sofá amarillo en una tarde calurosa de julio—. ¿Sabes que no tengo ni idea de qué pasó con la pintura que hizo de mí?

Él sonrió.

—¿De verdad?

—De verdad. Terminó de pintarme en una sola tarde y la vendió a una exposición de grupo un par de meses más tarde. Era bastante pequeño, de menos de un metro cuadrado, así que no sacaría mucho por él. No sé quién lo compró.

—Eso significa que puedes imaginar que está donde te plazca —dijo—. Cualquier persona que se te ocurra podría tenerlo colgado en la pared de su casa.

—Mi actor de Hollywood favorito —imaginó ella, y disfrutó de la idea.

—Claro, ¿por qué no?

—Bueno, muchas gracias, Jonathan. Ahora disfrutaré de la visión de esa pintura expuesta en el salón de la casa de Angelina Jolie.

—Tengo que decirte algo —le confesó él.

—¿El qué?

—Compré tu pintura de Lucas —dijo.

Olivia estaba comiendo ensalada; dejó el tenedor en la mesa con cuidado, casi temerosa de que se le cayera.

—Ah, ¿sí?

—El mes pasado. Localicé al tipo que la había comprado en la subasta, y estaba dispuesto a vender. Fue un poco doloroso al principio —aseguró él—, ver su aspecto tan insano, esos morados en sus brazos. Pero me pasé un buen rato mirando la pintura y me di cuenta de que me encantaba. Capturaste algo de él que encaja con lo que yo recuerdo. Lo tengo en mi apartamento de Manhattan.

—Me alegro de que lo tengas tú —contestó Olivia.

No se habría imaginado que la confesión la conmoviera tanto. En algún momento de 2003, llegó a la comida sin anillo. Llevaba casado con Suzanne mucho tiempo, décadas, pero Olivia nunca la había conocido. Aunque ¿cuándo era la última vez que se habían

visto? Se dio cuenta de que casi había pasado un año desde su última comida.

—No llevas tu anillo —señaló.

—Oh. Sí. —Se quedó callado un instante—. Decidí que por fin había llegado el momento de quitármelo.

Había algo en su tono de voz, en la manera como miraba su mano desnuda, que hizo que Olivia comprendiera que Suzanne había muerto.

—Lo siento —dijo.

—Gracias. —Le lanzó una sonrisa breve y dolorosa y volvió a concentrarse en el menú—. Perdona, pero aún me resulta difícil hablar de ello. ¿Has probado el fletán en este restaurante?

Tres meses antes de que arrestaran a Jonathan Alkaitis, la invitó a un viaje en su yate. Fue en septiembre de 2008. Navegarían desde Nueva York hasta Charleston. Fue la primera vez que Olivia vio a la segunda mujer de Jonathan, Vincent, que resultó ser una persona elegante y amistosa, con talento para preparar cócteles.

—Es encantadora —le comentó Olivia a Jonathan cuando se quedaron solos en cubierta después de cenar. Vincent había entrado para preparar las bebidas. El crepúsculo empezaba a desvanecerse.

—¿Verdad que sí? Soy muy feliz.

—¿Dónde la conociste?

—En el bar de un hotel en la Columbia Británica —le contó—. Era la camarera.

—Supongo que eso explica por qué es tan buena preparando cócteles.

—Creo que es buena en todo lo que se propone hacer.

Olivia no estaba segura de cómo responder a eso, así que se limitó a asentir y por un instante se quedaron escuchando las olas o los motores. Estaban pasando por una parte muy tranquila de Carolina del Norte, apenas unas escasas luces en la orilla.

—Qué suerte tan grande —exclamó Olivia por fin—, ser bueno en todo.

Ella solo había sido buena en una cosa, y posiblemente ni siquiera en eso. Después de vender *Lucas con sombras*, había vendido muy pocos cuadros más. Nadie parecía interesado en nada de lo que había hecho después de los años cincuenta, y la verdad era que llevaba mucho tiempo sin pintar. La pintura era algo que la

había poseído durante un tiempo, durante décadas incluso, pero ahora la había soltado y ya no estaba interesada en ello, o la pintura ya no estaba interesada en ella. Todo se acaba, se dijo, siempre habría una última pintura, pero, si no era pintora, ¿qué era? La pregunta la perturbaba.

—Entré al bar y la vi —le explicaba Alkaitis—, y pensé: «Es muy bonita».

—Es preciosa.

—Y luego descubrí que disfrutaba hablando con ella y pensé: «¿Por qué no?». Ya sabes, si no tienes que estar solo, entonces es que quizá no deberías estarlo.

A Olivia, que casi siempre estaba sola, no se le ocurrió qué responder a eso.

—Es interesante —continuó él—, y tiene un don muy especial.

—¿Cuál?

—Se da cuenta de lo que requiere cualquier situación y se adapta en función de eso.

—Entonces, ¿es una actriz?

La conversación empezaba a resultarle un poco incómoda a Olivia. Le parecía que Jonathan estaba describiendo a una mujer que se había disuelto en su vida y se había convertido en lo que él quería. Es decir, un acto de desaparición, en esencia.

—No, no actúa exactamente. Es más bien un tipo de pragmatismo motivado por la fuerza de la voluntad. Decidió ser un tipo determinado de persona y lo logró.

—Interesante —respondió Olivia, que trataba de ser educada, aunque en realidad no se le ocurría nada menos interesante que un camaleón.

Vincent era encantadora, pero Olivia decidió que no era una persona seria. Desde que había salido de la adolescencia, había dividido mentalmente a la gente en dos categorías: estaban las personas que eran serias, como había decidido hacía tiempo, y las que no. Una de las dificultades de su vida actual era que ya no estaba segura de a qué categoría pertenecía ella. Vincent volvió con una ronda de cócteles. Dejaron atrás las luces de las Carolinas en la orilla.

Segunda parte

6. Una vida alternativa

2009

«Ninguna estrella arde para siempre». Las palabras están grabadas en la pared cerca de la litera de Alkaitis, inscritas con tanta delicadeza y de manera tan arabesca que desde cualquier distancia parecen una muesca o una grieta en la pintura, exactamente en el lugar correcto para que las vea cuando gira su rostro hacia la pared. Nunca se ha sentido muy interesado en las ciencias naturales, pero por supuesto sabe que el sol es una estrella, todo el mundo sabe eso, así que si el objetivo de la frase es sugerir que el mundo terminará en algún momento, ¿por qué no escribirlo? Alkaitis no tiene demasiada paciencia para la poesía.

—Oh, eso fue cosa de Roberts —le explica su compañero de celda—. El tipo que estuvo aquí antes que tú. —Hazelton tiene una condena de quince años por hurto mayor. Habla demasiado. Es nervioso e inquieto, pero parece bienintencionado. Tiene exactamente la mitad de años que Alkaitis y le gusta decir que tiene toda la vida por delante, que cuando salga de aquí todo será distinto, etcétera. Roberts ha vuelto a asomar a la conversación—. Lo trasladaron al hospital —añade Hazelton—. Tuvo algún tipo de problema con el corazón.

—¿Cómo era?

—¿Roberts? Un tipo mayor, quizá unos sesenta. Lo siento, no era mi intención ofender.

—No me has ofendido. —El tiempo se mueve de manera distinta en prisión que en Manhattan o en los suburbios residenciales de Connecticut. En la cárcel, sesenta es ser viejo.

—Un tipo razonable, nunca tuvo problemas con nadie. Lo llamábamos el Profesor. Llevaba gafas. Siempre estaba leyendo libros.

—¿Qué tipo de libros?

—El tipo que tiene tías marcianas y planetas que estallan en cubierta.

—Ya veo. —Alkaitis trata de imaginar la vida tal como transcurrió en esta celda antes de su llegada: Roberts leyendo ciencia ficción, serio y con sus gafas, huyendo en las historias sobre planetas alienígenas mientras Hazelton charlaba, hacía crujir sus nudillos y paseaba por la celda—. ¿Por qué estaba aquí?

—No quería hablar de ello. De hecho, no hablaba sobre casi nada. Era un tipo realmente callado, se quedaba mirando al infinito muchas veces.

Esto hace que Alkaitis recuerde de forma inesperada a su madre. Después de la muerte de Lucas, durante tres años Alkaitis solía llegar a casa al volver de la escuela y encontraba a su madre sentada, perfectamente inmóvil en el salón, mirando al vacío, como si viera una película que solo ella podía ver.

—¿Estaba deprimido? —pregunta Alkaitis.

—Tío, esto es una cárcel. Todo el mundo está deprimido.

¿Alkaitis está deprimido? Seguro que sí, en cierto modo, pero, después del *shock* inicial, su vida dentro no es tan mala como se había imaginado que sería. Lo arrestaron en diciembre de 2008 y seis meses después llegó a su nuevo hogar, en los alrededores del pueblo de Florence, en Carolina del Sur, una penitenciaría federal de seguridad media conocida oficialmente como FCI Florence Medium 1, para no confundirse con FCI Florence Medium 2, que técnicamente tiene el mismo nivel de seguridad, pero es mucho más dura. Medium 1 es para las inocentes damiselas, como dijo Tait de forma tan memorable. Tait está cumpliendo una condena de cincuenta años por pornografía infantil y, por lo tanto, su destino sería morir asesinado durante la primera semana que pasase en cualquier otra prisión. Medium 1 es para los prisioneros que se cree que son demasiado vulnerables para exponerlos a la población penitenciaria general: condenados por abusos a niños, policías corruptos, gente con la salud delicada, famosos, *hackers* frágiles que llevan gafas y espías. Hay una prisión de máxima seguridad en el mismo complejo y también un hospital. Este último le da miedo a Alkaitis, porque es el lugar donde desaparecen los viejos.

A veces, cuando sale al patio, piensa en Roberts. Lo más notable del

patio es su monotonía terminal. La hierba está entrecruzada con senderos de cemento diseñados para que los reclusos caminen de la manera más eficiente posible entre los edificios durante los periodos en que están en movimiento. Hay un patio de recreo separado, con un circuito para correr, con la misma estética empobrecida. Todo el mundo viste de color caqui y gris, excepto los guardas, que van de azul marino y negro. Los edificios son de color *beige* con tonos azules. En el exterior de la verja hay una franja de árboles lejana, todos ellos del mismo tono que la hierba. Simplemente no hay suficientes colores aquí, esa es su primera impresión. Es incomprensible que este lugar exista en el mismo mundo que, por ejemplo, Manhattan, así que cuando cruza el patio a veces finge que está en un planeta alienígena.

Los periodistas le escriben a veces. «¿Qué se siente al estar condenado a ciento setenta años?», preguntan.

No les contesta porque sabe que la respuesta les parecerá una locura: es como si delirase. Una mañana, cuando tenía veinticinco años, Alkaitis se despertó con fiebre muy alta. Por aquel entonces vivía solo en la calle Setenta y no tenía nada en su apartamento para la fiebre, así que tuvo que arrastrarse fuera, hasta el colmado más cercano. Allí compró aspirina con dificultad, enfebrecido, la acera inestable bajo sus pies, y regresó hasta su apartamento y ascendió trabajosamente las escaleras hasta el rellano, donde la mecánica de abrir la puerta de su apartamento lo dejó desconcertado. Tenía una llave en la mano y había una cerradura en la puerta, y comprendía de una manera abstracta que las dos encajaban, pero no se le ocurría cómo, y así se dio cuenta de que deliraba. ¿Cuánto tiempo se pasó allí? Cinco minutos, diez, media hora. Quién sabe. Al fin logró entrar.

En el tribunal de Manhattan, treinta y siete años más tarde, el juez dice el número, «ciento setenta años», y hay una sensación de movimiento vertiginosa, el tiempo que se aleja de él y huye hacia destinos imposibles, hacia el año 2179. Comprende que se pasará el resto de su vida en la cárcel, pero es la misma confusión que sintió en el momento de delirio cuando tenía veinte años: *el resto de su vida* y *prisión* son dos piezas que no encajan juntas, la cerradura y la llave, una ecuación incomprensible.

Jamás se había fijado en los dientes de león antes de llegar ahí, pero

en el vacío opresivo del patio esos pequeños estallidos de amarillo sobre la hierba son casi asombrosos. Y los pájaros igual. Son el tipo de pájaros que se confunden con el paisaje exterior, solo petirrojos, cuervos, pinzones y similares, pero aquí hay algo extraordinario en la manera en que aterrizan en la hierba y luego *se van volando*, en cómo entran y salen de los límites. Son emisarios de otro mundo. El manual de la prisión prohíbe alimentarlos, pero algunos presos dejan caer subrepticiamente pedacitos de migas en la hierba.

A algunos de los que han estado en prisiones de máxima seguridad les gusta proclamar que FCI Florence Medium 1 es como un club de campo, y no es exactamente eso, pero desde luego no es tan malo como Alkaitis había imaginado. Un número bastante elevado de los presos son ancianos y no tienen demasiada paciencia para los aspavientos dramáticos, y, además, nadie quiere ir al recinto de máxima seguridad. Nadie habla de pinchar a nadie ni tratan de acuchillarlo en el patio. Lo único siniestro son los nacionalistas blancos que practican ejercicio juntos mientras los demás los ignoran. Saben que, si son muy obvios o causan algún incidente, los trasladarán al sector de máxima seguridad, que es lo que les pasó durante una batida en todo el país de la Hermandad Aria hace unos años, así que se limitan a hacer flexiones sincronizadas y a parlotear con grandilocuencia de códigos de honor y solidaridad tribal. En otro lugar del patio, dos «hermanos» que colaboraron en un fraude de seguros que tuvo mucha publicidad esperan peticiones en su rincón favorito. Tienen empleados incluso en la cárcel, tipos que les traen cosas y les lavan la ropa a cambio de bienes. Siempre hay presos más jóvenes que corren en círculo, en el sentido de las agujas del reloj, y otros de más edad que andan por el mismo circuito. Los mafiosos más mayores cotillean al sol.

Alkaitis corre en círculos alrededor del patio y hace pesas y flexiones, y, al cabo de seis meses, está más en forma de lo que jamás en toda su vida había estado. No es uno de esos hombres que trata de convertir sus días en un desfile monótono y similar para que el tiempo parezca que se mueve más rápido. Respeta ese método de supervivencia, pero, por principio, trata de hacer algo distinto cada día. Solicita un trabajo, aunque no tiene por qué, dada su edad, y termina barriendo la cafetería. Deduce cómo funciona el sistema y le paga a otro preso diez dólares al mes para que se ocupe

de lavar su ropa. Jamás tuvo tiempo para leer cuando estaba fuera, pero aquí se une al club de lectura, donde hablan de *El gran Gatsby*, de *Hermosos y malditos* y de *Suave es la noche* con un joven profesor apasionado que parece ignorar que hay otros escritores que han escrito libros, además de F. Scott Fitzgerald. Aquí es posible descansar, en el orden, en la rutina, en el levantarse a las cinco para el recuento de presos y en el desayuno a las seis, y un día sigue al otro. En el mundo exterior solía permanecer despierto por la noche, preocupado por si lo mandarían a prisión, pero aquí, entre recuento y recuento, duerme bastante bien. Hay una exquisita ligereza en el hecho de despertarse cada mañana con la certeza que ya ha ocurrido lo peor.

—Hay algo que sigo preguntándome —dice uno de los periodistas. Se llama Julie Freeman. Está escribiendo un libro sobre él, cosa que le resulta tremendamente halagadora—. Vale. Mucho tiempo antes de que lo arrestaran, durante décadas, usted tuvo considerables recursos a su disposición.

—Así es —asiente Alkaitis—. Tenía cantidades enormes de dinero.

—Y hace un momento me dijo que esperaba que lo arrestaran desde hacía bastante tiempo. Sabía lo que iba a suceder. Entonces, ¿por qué no abandonó el país antes de que lo detuvieran?

—Para ser sinceros —responde—, jamás se me ocurrió huir.

Lo cual no quiere decir que no se arrepienta de cosas. Desearía haber mostrado más aprecio por la gente con la que se codeó antes de la cárcel. Durante su vida adulta, en realidad no tuvo amigos, solo inversores, pero algunos de ellos eran personas de cuya compañía disfrutaba de verdad. Siempre le había gustado mucho Olivia, cuya presencia le hacía sentir que, después de todo, su querido hermano perdido no estaba tan lejos, y Faisal, que era capaz de hablar de manera fascinante y extensa sobre temas como la poesía británica del siglo XX y la historia del *jazz*. (Ahora Faisal está muerto, pero no hay necesidad de pensar en ello). Incluso siente nostalgia de algunos inversores a los que conoció menos, a los que quizá solo vio una o dos veces. Leon Prevant, por ejemplo, el ejecutivo de una empresa de transporte con quien compartió unas copas en el hotel Caiette, y el placer de entablar una conversación acerca de un sector del cual lo ignoraba todo, o Terrence

Washington, un juez retirado que conoció en el club de Miami Beach y que parecía saberlo todo sobre la historia de Nueva York.

En su mayoría, las personas con las que se relaciona ahora no son gente a la que respete. Hay unas pocas excepciones (los mafiosos que gestionaban imperios criminales aterradores, el exespía que fue agente doble durante una década), pero por cada padrino y antiguo espía trilingüe hay diez tipos que solo son matones. Alkaitis es consciente de que hay un elemento de hipocresía en su esnobismo, pero hay una diferencia entre a) saber que eres un criminal como todos los demás y b) querer relacionarte con hombres adultos que no saben leer.

—Es como si hubiera dos juegos distintos, en lo del dinero —expone Nemirovsky en la mesa del desayuno. Lleva aquí dieciséis años por un atraco a un banco que salió mal. Solo estudió hasta cuarto grado y es un analfabeto funcional—. Está el juego que todo el mundo conoce, donde vas a tu trabajo de mierda, te pagan y nunca llegas a final de mes. —La gente sentada en la mesa asiente —. Pero entonces está el otro nivel, un nivel completamente diferente de dinero, algo diferente, como un juego secreto o algo que solo algunos saben cómo jugar…

Nemirovsky no se equivoca, piensa Alkaitis más tarde, mientras corre alrededor del patio de recreo. El dinero es un juego al que sabía jugar. No, el dinero era un país y él tenía las llaves del reino.

No se lo dice a Julie Freeman, pero, ahora que es demasiado tarde para huir, Alkaitis descubre que piensa en huir todo el tiempo. Le gusta dejarse llevar por ensoñaciones donde los acontecimientos son distintos, una versión paralela, una vida alternativa, por así decirlo, en los que huye a los Emiratos Árabes. ¿Por qué no? Le gustan mucho, y especialmente Dubái, la manera en que se puede vivir una vida entera sin salir al aire libre, excepto entrar en coches de tapicería suave y flotar de un interior hermoso a otro, con expertos conductores en medio. Estuvo allí por última vez en 2005, con Vincent. Parecía deslumbrada por la opulencia, aunque en retrospectiva ha empezado a ocurrírsele que quizá parte del tiempo actuaba, como si fuera un papel. Se jugaba bastante a nivel financiero, a cambio de mantener la apariencia de felicidad. En fin. En la vida alternativa, las horas que rodean la fiesta de vacaciones son muy distintas. Cuando Claire viene a verlo a su despacho, el día

de la fiesta, él evita el problema. Finge que no sabe de lo que habla, conserva el aire de educado asombro hasta que ella se da por vencida y se va. Es capaz de un poco de manipulación si con eso logra que no lo metan en la cárcel. En la vida alternativa no confiesa, no admite nada. No se derrumba. Esa noche va con Vincent a la fiesta y, cuando se marchan juntos, ambos regresan al apartamento de Columbus Circle. Le da un beso de buenas noches, como si todo fuera perfectamente normal, y no revela nada de sus planes. Se queda despierto cuando ella se va a dormir, bebe algo de café y se prepara, observa el océano oscuro de Central Park y las luces más allá, memoriza una vista que jamás volverá a ver. Espera durante toda la noche a que aparezcan los limpiadores de los ventanales, que ascienden por la pared de la torre en su plataforma suspendida al amanecer.

Las primeras luces del día caen sobre el parque y los limpiadores no lo reconocen. ¿Por qué deberían? Durante la noche se ha cortado el pelo y se lo ha dejado casi al cero, lleva gafas oscuras y una gorra de béisbol y, lo más importante de todo, va vestido de blanco de los pies a la cabeza, como ellos, con una bolsa de deporte al hombro. Abre la ventana y habla con ellos.

—¿Me dejáis en la calle, chicos? —pregunta.

Primero se niegan, por supuesto, pero tiene cinco mil dólares en efectivo en el apartamento y se los entrega y, además, les da dos botellas de un exquisito Grand Cru Classé de su *château* favorito en Burdeos, además del brazalete y los pendientes de diamantes de Vincent (ella está en el dormitorio, aún duerme), y los convence: solo quiere que lo lleven a la calle. Eso es todo. Terminarán en unos minutos y nadie lo sabrá. Es mucho dinero y es el mejor vino que van a beber jamás.

¿Quiénes son? No importa.

A y B.

Digamos que son jóvenes que no tienen dos dedos de frente, o que saben que están haciendo algo ilegal, pero que tienen críos a los que alimentar. Limpiar ventanas no es un trabajo muy bien pagado, es imposible que lo sea, ¿a menos que ascender por las fachadas acristaladas de los rascacielos sea uno de esos trabajos tan terroríficos que nadie quiera hacerlo? Y, de todos modos, ¿a quién le importa? De cualquier manera, es mucho dinero, así que digamos

que aceptan. Alkaitis sale al frío y, en el lento descenso hasta la acera,

A y B

están callados y son respetuosos, y se da cuenta de que admiran su previsión al vestirse como ellos, no *exactamente* igual, claro, porque los limpiacristales no suelen llevar camisas de vestir, pero lo suficiente para que desde la distancia solo parezcan tres obreros en una plataforma suspendida, una estampa cotidiana en la ciudad de cristal, y ahora el sol que amanece se refleja en la torre, así que de todos modos nadie puede mirarlos directamente, porque así de brillante es su plan; descienden contra el resplandor, salta de la plataforma y para un taxi para ir al aeropuerto. Unas horas más tarde está en un vuelo hacia Dubái, en primera clase, obviamente, en uno de esos asientos reclinados que en realidad parecen más bien cápsulas privadas con una cama y una televisión. En la vida alternativa, reclina el asiento hasta dejarlo completamente plano mientras sobrevuelan el Atlántico y cae en un sueño reparador y agradable.

En FCI Florence Medium 1 las luces se encienden, la alarma para el recuento de las tres de la mañana empieza a sonar, así que se levanta de la cama, ni despierto ni dormido, y se pone las zapatillas en un movimiento automático, aún a medio camino de otra parte, mientras Hazelton sale de la cama de enfrente, aturdido. En la vida alternativa no lo arrestan, tampoco lo condenan y, desde luego, no tiene que someterse a ningún recuento. (Los guardas gritan en el pasillo, «levantaos, levantaos, *levantaos*», entonces uno se para en el umbral con su pequeño contador y, al cabo de unos minutos, el recuento ha terminado y ya pueden volver a la cama). En la vida alternativa, transfiere todo su dinero a las cuentas secretas que tiene en paraísos fiscales, fuera del alcance del Gobierno norteamericano. Para cuando su hija llama al FBI, está fuera de su alcance. Dubái no tiene tratado de extradición con los Estados Unidos.

Tiene bastante dinero para quedarse de forma indefinida en Dubái, tranquilamente, en los interiores con aire acondicionado y fuera del calor brutal. ¿En un hotel o en una villa? En un hotel. Vivirá en un hotel y pedirá al servicio de habitaciones para siempre. Las villas son una pesadilla, hay que contratar personal. Y él ya ha tenido suficiente con el personal.

—Me gustaría preguntarle sobre su hija —dice Julie Freeman en su segunda entrevista.

—Lo siento —se excusa él—, pero prefiero no hablar de ella. Creo que Claire se merece su privacidad.

—De acuerdo. En ese caso, me gustaría preguntarle por su esposa.

—¿Se refiere a Suzanne o a Vincent?

—Pensaba empezar por Vincent. ¿Lo visita?

—No. De hecho, yo… —No está seguro de si es prudente continuar, pero ¿a quién se lo puede preguntar, si no? Sus únicos visitantes son periodistas—. ¿Le importaría dejar de tomar notas por un instante?

La periodista deja su bolígrafo encima de la mesa.

—Esto me da un poco de vergüenza —admite—, y le agradecería que quedara entre usted y yo, pero ¿sabe dónde está?

—La he estado buscando, de hecho. Me encantaría hablar con ella, pero, esté donde esté, no quiere llamar la atención.

Quizá lo del descenso de la torre de cristal con los limpiacristales es un poco exagerado. También podría haberse despedido con un beso de Vincent después de la fiesta, decirle que tenía que ir a tomar una copa con un inversor y que no lo esperara despierto; podría haberla enviado en coche a casa mientras él huía del país. No, habría tenido que volver a Greenwich a por su pasaporte. Bueno, si puede reescribir la historia para abandonar el país, sin duda lo del pasaporte no es más que un detalle. En la vida alternativa, quizá es el tipo de persona que lleva el pasaporte encima en todo momento. Le da un beso de buenas noches a Vincent, llama a un taxi y se va hacia el aeropuerto.

En la vida alternativa, Claire lo visita en Dubái. Está feliz de verlo. No aprueba sus acciones, pero al menos pueden reírse de ello. Sus conversaciones no son difíciles. En la vida alternativa, Claire no es quien lo denuncia al FBI.

Claire nunca lo ha visitado en la cárcel y no contesta sus llamadas.

Durante su primer mes en la cárcel le escribió una carta a Claire, pero ella le envió como respuesta dos páginas de la transcripción del juicio, de la vista inicial, cuando Alkaitis tuvo que repetir *culpable* una y otra vez. Recuerda estar de pie y repetir la palabra, mareado mientras el sudor se deslizaba por su espalda. En la página

se ve extraño y fragmentado, como si fuera mala poesía o un guion.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al primer cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: Señor Alkaitis, por favor, hable más alto para que pueda oírlo.

Acusado: Disculpe, señoría. Me declaro culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al segundo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al tercer cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al cuarto cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al quinto cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al sexto cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al séptimo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al octavo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al noveno cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al décimo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al undécimo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

Tribunal: ¿Cómo se declara con respecto al duodécimo cargo de la causa, culpable o no culpable?

Acusado: Culpable.

7. Marinera

2008-2013

El Neptune Cumberland

Vincent se embarcó un bonito día de cielos azules, con nubes como palomitas de maíz, en agosto de 2013. La primera vez que vio el *Neptune Cumberland* fue en Port Newark. La seguridad del puerto la escoltó hasta el barco, donde tuvo que esperar a que pusieran la pasarela durante lo que pareció una eternidad. Estaba nerviosa y animada. Había más gente a su alrededor, pero era como si estuvieran fuera de la imagen, o bien muy elevados, en las cabinas de las grúas o conduciendo camiones cargados de contenedores. Sabía dónde iba, había estudiado el manual y se había leído los libros, pero la escala de ese mundo aún la asombraba. El casco del *Neptune Cumberland* era una pura muralla de acero. Las grúas eran tan grandes como las torres en Manhattan. Sabía que los contenedores llegaban a pesar treinta mil kilos, pero las grúas los levantaban de los camiones con plataformas como si fueran plumas, y había una gracia improbable en esa ilusión de ligereza. Estaba inmersa en un paisaje de industria sin adulterar y enormes máquinas, un puerto donde no había lugar para los humanos, y se sentía cada vez más pequeña, hasta que llegó su escolta, dos hombres que bajaron los peldaños de hierro blanco desde la cubierta. Tardaron mucho en llegar donde ella estaba. Se presentaron cuando descendieron a tierra: Geoffrey Bell y Felix Mendoza, tercer oficial y sobrecargo, su compañero y su jefe, respectivamente.

—Bienvenida a bordo —la saludó Mendoza.

—Sí, bienvenida —añadió Bell. Se dieron la mano y el tipo de seguridad del puerto se metió en su coche y se alejó. Mendoza abría el camino y Bell lo seguía con la maleta de Vincent, aunque no le hubiera costado llevarla ella misma.

—Me alegro de que esté aquí —dijo Mendoza.

Siguió hablando en un monólogo mientras subían la escalera. Había solicitado específicamente a un ayudante de cocina con experiencia en más de un restaurante, explicó, porque llevaban demasiado tiempo en alta mar y, si era sincero, no les iría mal alguien que aportara ideas nuevas al menú. Esperaba que a Vincent no le importara empezar esa misma noche. (No le importaba). Se alegraba de que fuera canadiense porque muchos de sus colegas favoritos a lo largo de los años también lo habían sido. Lo dejó hablar, porque solo quería absorber el lugar, la cubierta elevada por encima del puerto, y seguía pensando: «Estoy aquí, de verdad estoy aquí», mientras Mendoza entraba en la zona de las cabinas del personal y avanzaba por un estrecho pasillo industrial que le recordó el interior de los transbordadores que iban desde Vancouver a la isla de Vancouver.

—Tómese su tiempo para deshacer la maleta —añadió Mendoza —, y vendré a buscarla en un par de horas.

Bell, que no había dicho nada desde que se había ofrecido a llevarle la maleta, la colocó en el umbral de la cabina con sorprendente suavidad y sonrió mientras cerraba la puerta.

La habitación era más o menos lo que Vincent esperaba, pequeña y utilitaria, sin gracia, con muebles que imitaban la madera y paredes blancas. Había un camastro, un armario, un escritorio y un sofá, todo empotrado a la pared o atornillado al suelo. Tenía su propio aseo, pequeño. Había una ventana, pero dejó la cortina cerrada porque lo primero que quería ver por ella era el océano. Desde el exterior se oía un constante chocar, chirriar y crujir de metales, las grúas que descargaban los contenedores en las bodegas y los apilaban encima de las cubiertas de carga. Deshizo la maleta donde guardaba sus posesiones (ropa, algunos libros, su cámara) y mientras lo hacía descubrió que pensaba en Bell. Jamás había creído en el amor a primera vista, pero sí que creía en el acto de *reconocer* a primera vista, creía en que uno podía comprender, al conocer a alguien por primera vez, que esa persona iba a ser

importante en su vida, una sensación parecida a reconocer una cara familiar en una antigua fotografía: en un mar de rostros que no significan nada, uno de ellos se perfila. *Tú*.

Cerró la maleta vacía, la guardó en el armarito y se volvió hacia la pila de sábanas y mantas y hacia la almohada gastada que había encima del colchón. Hizo la cama y se quedó sentada en ella un rato para aclimatarse a la habitación. Era imposible no pensar en ese momento en el dormitorio principal de la casa de Jonathan en Greenwich, en la extensión desperdiciada de moqueta y de espacio vacío. El lujo es una debilidad.

Había supuesto un esfuerzo muy grande llegar hasta ahí, toda la formación, los exámenes, las certificaciones y el papeleo, y, cuando Mendoza fue a buscarla, cuando le mostraron la cocina donde pasaría sus horas de trabajo, le parecía improbable estar de verdad allí, a bordo, haber dejado tierra atrás, y apenas podía contener la sonrisa idiota que se pintaba en su cara mientras él seguía con su monólogo sobre la planificación de los menús (patatas fritas con casi todas las comidas, casi como una cuestión normativa, en cuatro cenas de cada cinco, porque a los hombres les gustaban y las patatas eran baratas, lo que ayudaba a contener el gasto en el presupuesto; arroz biryani dos veces a la semana por la misma razón), y el primer turno fue una amalgama desenfocada de información y patatas fritas, tanto que no se dio cuenta de que el barco había zarpado de Newark hasta más tarde esa misma noche, después de recoger la cocina, cuando tropezó, sucia y exhausta, en la cubierta, con una constelación de pequeñas quemaduras en los antebrazos por culpa de la freidora, y descubrió que el aire había cambiado, que la humedad estaba rota por una brisa fresca que llegaba sin olor a tierra. Viajaban al sur, hacia Charleston, y la Costa Este de los Estados Unidos era una hilera de luces en el horizonte estrellado. Caminó hasta el otro lado del barco para contemplar el Atlántico, cuya oscuridad solo alteraban las luces distantes de un barco lejano, y los aviones que iniciaban su descenso en las ciudades del este, y en ese momento pensó que no quería volver a vivir en tierra nunca más.

—¿Por qué quisiste hacerte a la mar? —le preguntó Geoffrey Bell la primera vez que hablaron.

Entonces ya llevaba más o menos una semana en alta mar. El

barco acababa de dejar atrás las Bahamas y había empezado la larga travesía atlántica hacia Puerto Elizabeth, en Sudáfrica. Geoffrey había ido a la cocina al final de su turno y le había preguntado si quería dar un paseo con él. La había llevado a su lugar favorito en el barco, un rincón de la cubierta en el nivel C que le gustaba porque estaba fuera del alcance de las cámaras de seguridad.

—Y ya sé que eso suena siniestro —dijo—, ahora que lo digo en voz alta, pero el problema de estar en un barco es la falta de privacidad, ¿no te parece?

—No estoy en desacuerdo —respondió Vincent—. ¿Eso es una barbacoa?

Había un extraño objeto con forma de tubo con cuatro patas encadenado a la barandilla.

—Pues sí —afirmó él—, pero no he visto que la hayan usado en años.

Las barbacoas a bordo de un barco solían ser muy desangeladas. Imagínate a veinte hombres de pie que se pasean por una cubierta de hierro y tratan de charlar con el viento mientras comen perritos calientes y pollo con un muro de contenedores a sus espaldas. No, no lo está explicando bien. No son veinte hombres, sino veinte *compañeros*, veinte colegas que conviven en alta mar desde hace meses y que ya están bastante hartos el uno del otro, y que no tienen ni una mísera cerveza con la que lubricarse a causa de la prohibición de beber alcohol en el barco. Aun así, le gustaba esa cubierta, dijo.

A Vincent también le gustaba. Era tranquila, excepto por el sempiterno rumor de los motores. Se inclinó por la barandilla para mirar hacia abajo, al océano.

—Es un placer estar lejos de tierra y que no puedan vernos —aseguró. Por todos los lados, el horizonte era ininterrumpido.

—Me he fijado en que no has contestado a mi pregunta.

—Ya, me has preguntado por qué me hice a la mar.

—Como inicio de conversación, no es mi mejor frase —se excusó —. Quizá incluso es bastante obvia, porque estamos aquí, de pie en un barco. Pero hay que empezar por algún lugar.

—Es una historia extraña —contestó Vincent.

—Gracias a Dios. Llevo meses sin escuchar una buena historia.

—Bueno —empezó ella—, durante un tiempo estuve con un hombre. Terminó de una manera complicada.

—Ya veo —dijo él—. No es mi intención ser indiscreto, si prefieres no hablar de ello.

Vincent se dio cuenta de que percibía los contornos de la historia, agazapados bajo la superficie como un iceberg, y dos posibilidades se abrieron frente a ella: podía contarle que se había relacionado con un criminal y arriesgarse a que la despreciara o podía ser una de esas personas agotadoramente misteriosas con las que nadie quiere hablar porque son incapaces de abrir la boca sin sugerir que poseen oscuros secretos que no se deciden a revelar.

—No, no pasa nada. De hecho, no fue nada… No me fui por nada de lo que hizo él, en concreto —añadió ella—. Me fui porque no dejaba de encontrarme con las personas equivocadas.

—Ese es el problema de vivir en tierra —aseguró Geoffrey—. Hay demasiada gente.

Últimas tardes en tierra

Al principio, parecía que sería posible soportar el colapso del reino del dinero, permanecer en la ciudad que amaba y encontrar allí una nueva vida. La mañana después de la fiesta de vacaciones de Jonathan, la última, se había despertado sola y temblorosa en el apartamento de Manhattan. La manta se había deslizado al suelo. Se levantó, se duchó, se preparó un café y pasó unos minutos mirando las vistas de Central Park. Para entonces ya sabía que iban a arrestar a Jonathan, y sabía que era la última vez que contemplaría esas vistas. Jonathan había dejado en el apartamento una preciosa bolsa de color crema con detalles de cuero marrón. En su lado del armario había dos vestidos, que quizá podría revender por algún dinero, y también cinco mil dólares en efectivo y algunas joyas en la caja fuerte. Guardó el dinero y las joyas en la bolsa y en su chaqueta, enrolló los vestidos con cuidado y también los metió en la bolsa junto con un par de mudas.

Se llevó el café al baño, y alargó la mano hacia la cajita lacada en la que guardaba su maquillaje, pero se detuvo. Durante todo el tiempo que había pasado con Jonathan, siempre se había maquillado, cada día. Le parecía que su cara era extraña si no lo

hacía, pero ahora, en esa mañana en concreto, con su supuesto marido o bien a punto de ser arrestado o bien ya detenido, le sedujo la idea de no tener el mismo aspecto de siempre. Mientras se bebía el café, Vincent estudió su rostro en el espejo. Se dio cuenta de que en algún momento de su pasado había cruzado una frontera y había entrado en la etapa de su vida en que, cuando estaba cansada, no solo daba la sensación de estarlo, sino de ser un poco mayor. Tenía casi veintiocho años.

Encontró un par de tijeritas en un cajón y empezó a cortarse el pelo metódicamente. Al momento le pareció que su cabeza era más ligera y algo más fría. Media hora más tarde, cuando salió del edificio por última vez, en el vestíbulo el conserje la miró dos veces al pasar antes de recolocarse una sonrisa automática en la cara. Fue a la primera peluquería que encontró para que le arreglaran el corte («¿Le ha cortado el pelo su hijo mientras dormía?», le preguntó el peluquero, preocupado) y luego se detuvo en una tienda, donde compró un par de gafas para ver de cerca, aunque su vista era perfecta. Vincent se estudió en un espejo de la tienda. Con las gafas, sin maquillaje y el pelo corto, pensó que parecía una persona muy distinta.

Al cabo de una semana había encontrado un lugar en un pueblo satélite, a unas cuantas paradas de la línea Hudson desde Grand Central, una *suite* de *au pair* que en realidad era una habitación encima del garaje, con un baño en un rincón y una pequeña cocina en el otro. Dormía en un colchón en el suelo y tenía una cómoda que había comprado en una tienda de segunda mano por cuarenta dólares, una mesa plegable que le había dado su casero y una única silla que había encontrado en la calle el día en que se tiraban los trastos. Era suficiente. Al cabo de tres semanas de que detuvieran a Jonathan, había encontrado un trabajo como camarera en Chelsea. Como no ganaba lo bastante, también se metió de pinche en un restaurante en el Lower East Side. Prefería la cocina porque, en el fondo, el trabajo de camarera es una actuación. El público pasa por tu lugar de trabajo y observa todos tus movimientos. Cada vez que levantaba la vista y veía una cara nueva en el bar, sentía un momento de pánico cuando pensaba que quizá fuera un inversor.

Vio a Mirella de nuevo solo una vez, un año y medio después. En la primavera de 2010, Vincent trabajaba de camarera en un bar de

Chelsea cuando Mirella entró con un grupo de gente, unos seis o siete. Mirella lucía un magnífico peinado estilo afro. Llevaba pintalabios rojo fuego. Iba vestida con un conjunto de esos que parece informal a primera vista, pero que en realidad se componía de una serie de señales codificadas: la sudadera costaba setecientos dólares, los rotos de los tejanos eran obra de meticulosos artesanos de Detroit, las botas desgastadas se vendían a mil dólares, etcétera. Estaba espectacular.

—Son los de siempre —dijo Ned, que siguió la mirada de Vincent. Era su mejor amigo en el trabajo, una persona de carácter templado que estudiaba un máster de poesía sobre el que no quería hablar. Ambos trabajaban en el bar esa noche, aunque no había tanta gente para justificar dos camareros.

—¿De verdad? No los había visto nunca aquí.

La encargada estaba acompañando al grupo de Mirella a un reservado en la esquina del fondo.

—Solo porque no trabajas los jueves.

Un hombre con una chaqueta de color azul brillante tenía el brazo por encima del hombro de Mirella. Vincent deseaba a partes iguales que la viera y esconderse. Había tratado de llamar a Mirella tres veces: una el día después de que arrestaran a Jonathan y luego dos cuando se enteró de que Faisal había muerto. Las tres llamadas fueron directamente al contestador.

—¿Estás bien? —preguntó Ned.

—No, en absoluto —se sinceró Vincent—. ¿Te importa si me tomo cinco minutos?

—No, para nada.

Vincent se deslizó por la puerta de la cocina y fue a dar una vuelta por la manzana. De la noche a la mañana, habían aparecido flores de cerezo en los árboles al otro lado de la calle, y las flores parecían una explosión, como fuegos artificiales suspendidos en la oscuridad. El cigarrillo no duraría para siempre y, cuando volvió a entrar, Mirella y uno de sus amigos habían dejado el grupo en la mesa y estaban instalados en la barra. Fuera lo que fuera que Mirella tuviera que decirle, las acusaciones o condenas que habría ensayado durante esos últimos dos años, ahora podía decírselo todo, y Vincent le diría que las palabras no expresaban lo mucho que lo sentía y que, si lo hubiera sabido, si lo hubiera siquiera sospechado,

por supuesto que habría dicho algo, se lo habría contado todo a Mirella de inmediato, habría llamado al FBI ella misma. «No lo sabía —quería decirle Vincent—, no sabía nada, pero lo siento mucho». Y luego podrían seguir con sus vidas, con cargas nominalmente más ligeras, o algo parecido.

—Hola —saludó Mirella, y sonrió a Vincent con educación—. ¿Tenéis aperitivos?

—Oh, esa es la mejor idea del mundo mundial —dijo su amiga. Tenía más o menos la edad de Vincent y de Mirella, en algún punto indeterminado de la treintena, y llevaba el pelo agresivamente teñido de rubio y con un corte cuadrado como el de una *flapper* de los años veinte.

—Aperitivos —repitió Vincent—. Eh, sí, ¿un mézclum de frutos secos o *pretzels*?

—¡Frutos secos! —exclamó la *flapper*—. Dios, sí, es exactamente lo que necesito. Este martini está superdulce.

—De hecho —añadió Mirella mientras sostenía la mirada de Vincent—, ¿nos pones las dos cosas?

—Por supuesto. Frutos secos variados y *pretzels*, ahora mismo.

Era un sueño, ¿verdad?

—Hace un millón de años que no tomo frutos secos variados —le contó la *flapper* a Mirella.

—Pues te has perdido algo maravilloso —le dijo Mirella.

Vincent se sentía fuera de su propio cuerpo de una forma extraña. Observó su mano mientras mezclaba los frutos secos y los *pretzels* en pequeños cuencos de acero. «Soñé que venías a mi bar y que no me reconocías». Puso los cuencos con delicadeza en la barra frente a su antigua mejor amiga, que dio las gracias sin mirarla y volvió a su conversación.

—El problema de Nueva York —exponía la amiga de Mirella mientras Vincent les daba la espalda— es que todo el mundo se va. De verdad pensaba que yo sería la excepción.

—Todo el mundo cree que será la excepción.

—Probablemente tengas razón. Es solo que mis amigos empezaron a abandonar la ciudad hará unos diez años, se iban a Atlanta o a Mineápolis o donde fuera, y supongo que pensaba que yo sería la que me quedaría a vivir aquí.

—Pero en Milwaukee los trabajos son mejores, ¿no?

—Allí podría permitirme un apartamento enorme —aseguró la *flapper*—. Quizá incluso una casa entera. No lo sé, solo parece un cliché horrible: vivir en Nueva York cuando tienes veinte años y luego irte al hacerte mayor.

—Sí, pero la gente lo hace por ese motivo —convino Mirella—. ¿No te parece que da la sensación de que es mucho más fácil vivir en cualquier otra parte?

«Mírame —pensaba Vincent—, fíjate en mí, di mi nombre», pero Mirella ignoraba a Vincent total y absolutamente, como si fuera una desconocida.

—Disculpa —dijo Mirella.

Vincent se quitó las gafas antes de volverse a mirarla.

—Mirella —soltó.

—¿Puedes ponerme otro martini?

Como si no hubiera oído su nombre.

—Por supuesto. ¿Qué estabas bebiendo, Mirella, un Sunday Morning?

—No, un Cosmo sencillo.

—Pensaba que no te gustaba el Cosmos —repuso Vincent.

—Oh, ponme otro Medianoche en Saigón, por favor —pidió la *flapper*.

—Ahora mismo —respondió Vincent.

¿Era posible que realmente la que había sido su mejor amiga no la reconociera? Lo más probable era que se tratara de la venganza de Mirella, fingir que no conocía a Vincent, o quizá jugaba al mismo juego de Vincent, vivir disfrazada, excepto que el disfraz de Mirella era más completo e incluía expresamente no reconocer a nadie de su vida anterior, o, como alternativa, tal vez Vincent se estaba volviendo loca y ninguno de sus recuerdos era real.

—Un Cosmopolitan y un Medianoche en Saigón —dijo Vincent mientras colocaba las bebidas en la barra.

—Muchas gracias —respondió Mirella, y Vincent oyó el tintinear de las copas mientras se giraba.

Vació el jarrito de propinas en la barra.

—Un poco pronto para contar, ¿no? —inquirió Ned, que la miraba con curiosidad. No había nadie en el bar en ese momento, excepto Mirella y su amiga, enfrascadas en su conversación.

—Ned, lo siento, pero tendrás que cerrar tú solo esta noche —

dijo Vincent mientras dividía el dinero de las propinas en dos pilas. Se guardó su parte.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

—No, dejo el puesto. Lo siento.

—Vincent, no puedes…

—Sí que puedo —aseguró Vincent, y lo dejó con la palabra en la boca.

Después de Alkaitis, era mucho más despiadada que antes. Salió por la puerta de la cocina. Mirella no la buscó con la mirada cuando se fue. No habría imaginado que Mirella fuera capaz de ser tan fría, pero ¿qué eran, sino actrices? «Tu familia no tenía mucho dinero, ¿verdad?», le había dicho Mirella a Vincent una vez, en otra vida distinta e inimaginable. Si eran verosímiles en la era del dinero era porque eran capaces de disfrazar sus orígenes, así que ¿por qué debería ser sorprendente que Mirella fuera capaz de fingir que nunca se habían conocido? Fingir era su área de conocimiento compartido.

Esa noche caminó Manhattan abajo, hasta el Café Ruso, un lugar que había frecuentado durante sus años con Alkaitis, aunque, si alguien la reconoció de esa época, no lo dejaron traslucir. Su encargada favorita trabajaba esa noche, una mujer de unos treinta años que se llamaba Ilieva y que hablaba con un ligero acento ruso, y que una vez había dejado caer que había logrado su tarjeta de residente a cambio de su testimonio en un caso criminal.

—¿No llevas abrigo? —preguntó Ilieva cuando llegó a la mesa de Vincent—. Vas a helarte de frío.

—Acabo de dejar mi trabajo —respondió Vincent—. Me he olvidado el abrigo en el guardarropa.

—¿Acabas de dejar un trabajo ahora mismo?

—Sí.

—¿Quieres una copa de vino tinto, cortesía de la casa?

—Muchas gracias —dijo Vincent, aunque el vino que tenían allí era horrible. Pero lo importante de ese lugar no era el vino, sino la atmósfera. Ahí, entre las luces difusas y la calidez, con aromas de café y de pastel de queso, Nina Simone sonaba en el hilo musical y la opresión en su pecho empezaba a calmarse. Ese lugar era la única constante entre el reino del dinero y su vida actual.

—Entonces —empezó Ilieva cuando volvió con el vino—, ¿qué

piensas hacer ahora? ¿Otro trabajo de camarera?

—No, tengo un segundo trabajo, en otro sitio —respondió Vincent—. Intentaré echarle más horas.

—Es un trabajo de cocina, ¿no? ¿Quieres ser chef y abrir tu propio restaurante?

—No —negó Vincent—. Creo que me gustaría ir al mar.

La madre de Vincent se había hecho a la mar con veintipocos años. Vincent siempre le pedía que le contara historias de cuando era joven, porque los contornos de la vida del padre de Vincent eran bastante normales (una infancia sin dramas en la zona de los suburbios residenciales de Seattle y una breve intentona de estudiar filosofía antes de dejarlo y encontrar trabajo como plantador de árboles), pero el pasado de la madre de Vincent exudaba un cierto misterio. Su madre había sobrevivido a una infancia triste en un pueblito de las praderas canadienses (había tías y un tío e incluso un par de abuelos a quienes Vincent no conocería jamás, como se le había dado a entender) y se había ido al este a los diecisiete años, a Nueva Escocia, donde trabajó como camarera y escribió poesía, y luego, a los diecinueve años, encontró trabajo como camarera en un barco de la guardia costera canadiense que acompañaba a los buques y los ayudaba a mantenerse en las rutas de navegación. Le encantó y lo odió a partes iguales. Veía las luces del norte y navegaba al lado de los icebergs, pero también pasaba frío todo el rato y pensaba que iba a morir de claustrofobia, así que lo dejó después de dos turnos y condujo por todo el país con un nuevo novio. Era una persona inquieta. Al cabo de un año, el novio se quedó en la facultad de medicina de Vancouver y la madre de Vincent vivía de manera precaria en Caiette, donde escribía poesía que a veces algunas revistas literarias que nadie conocía aceptaban y publicaban, iba y venía en el barco del correo y hacía autoestop hasta Port Hardy para limpiar casas, hasta que se enamoró de un hombre casado que vivía cerca de allí, el padre de Vincent, y se quedó embarazada de Vincent. Solo tenía veintitrés años.

La madre de Vincent no quería hablar de su familia. «No son gente agradable —decía—. No vale la pena hablar de ellos, pequeña, así que no me preguntes». Pero, de las historias que sí que estaba dispuesta a contar, la que más le gustaba a Vincent era la de la época que había pasado en el barco de la guardia costera, y le

pedía a su madre que se la contara con tanta insistencia que esos recuerdos empezaban a parecerle suyos; jamás había estado en ese lado de la costa, pero tenía imágenes mentales de las luces del norte cambiantes sobre un cielo de invierno y de las silenciosas torres de icebergs en un mar de color gris oscuro. Y luego, cuando su madre ya no estaba, Vincent empezó a colocarla en la imagen (su madre contemplando un iceberg, el rostro de su madre ladeado hacia la aurora boreal), pero ¿quién era su madre a los veinte, a los veintiún años? Es muy difícil imaginarte a tus padres antes de que existieras. En sus recuerdos, su madre estaba para siempre anclada en los treinta y seis, la edad que tenía cuando entró en la habitación de Vincent, cuando esta tenía trece años, le besó la coronilla (porque Vincent apenas levantó la vista de su libro) y dijo:

—Voy a sacar la canoa un rato, pequeña. Te veré después.

Y bajó las escaleras por última vez.

El día después de ver a Mirella, Vincent tomó el tren de vuelta a la ciudad y luego hizo un transbordo en el metro en dirección al sur, hasta la terminal, para pasar un rato en la playa de arena blanca que había al borde de la urbe, donde filmó las olas. Era un día desangelado y gris, pero el frío era vigorizante. Pasó un barco de carga por el horizonte, a lo lejos. Pensaba en su madre y entonces, mientras contemplaba el barco, se descubrió pensando en una de sus últimas noches en el hotel Caiette, un día o dos después de conocer a Jonathan. Había cenado en el bar esa noche y estaba hablando con él cuando llegó otro cliente, un hombre que se alojaba en el hotel con su esposa. No recordaba su nombre, pero sí los detalles de la conversación: «Me dedico al transporte marítimo», le había contado a Jonathan cuando salió a relucir el tema de las profesiones de cada uno, y lo recordaba porque se trataba de alguien que claramente amaba su trabajo, eso saltaba a la vista, la manera en que se animaba cuando se tocaba el tema. Años más tarde, frente al océano un frío día de primavera, bajó la cámara para observar el barco mercante. ¿Sería muy difícil conseguir un trabajo en el mar?

Geoffrey

—Tailandia —repitió Geoffrey Bell a borde del *Neptune*

Cumberland en el otoño de 2013—. ¿Por qué te vas a Tailandia por tus vacaciones?

—Porque nunca he estado allí —respondió Vincent.

—Parece una buena razón. Es solo que la mayoría de la gente aprovecha sus días libres para irse a casa.

—Pero ¿dónde es eso? No quiero decir en un sentido trágico —añadió Vincent—, pero es que ahora mismo no siento que tenga ningún hogar en tierra.

—No me digas que piensas que el *Neptune Cumberland* es tu casa —dijo Geoffrey—. Llevas a bordo ¿qué? ¿Dos meses?

—Tres.

Tres meses de levantarse en su cabina para ducharse en mitad de la noche antes de preparar el desayuno para la tripulación, de largas horas cocinando en una sala sin ventanas que se agitaba cuando hacía mal tiempo, de paseos en la cubierta lloviera o hiciera sol, de acostarse con Geoffrey, horas extra, tres meses de trabajo duro y de dormir sin soñar mientras el barco se movía en un ciclo de sesenta y ocho días desde Newark hasta Baltimore y Charleston, desde Charleston hasta Freeport, en las Bahamas, desde Freeport hasta Puerto Elizabeth, en Sudáfrica, hasta Róterdam, en los Países Bajes, y Bremerhaven, en Alemania, y luego vuelta a cruzar el Atlántico hasta regresar a Newark. La mayoría de los hombres a bordo (ella era la única mujer) trabajaban seis meses seguidos y luego se tomaban tres meses de vacaciones, y ella había decidido hacer lo mismo.

Geoffrey sonrió, pero no levantó la vista. Doblaba un diminuto cisne de origami. Le había dicho que su cabina era muy triste, y él había estado de acuerdo con ella, así que ahora hacían pequeños cisnes y los colgaban de la barra de su cortina.

—Tenía una visión muy romántica del mar —contó él—, cuando era un crío, me refiero. Ya sabes, *ver mundo*, ese tipo de cosas. Resulta que casi todo lo que ves del mundo se parece mucho a una serie intercambiable de puertos mercantes.

—Y, sin embargo, sigues aquí.

—Sigo aquí. Uno termina atrapado. ¿Leíste el libro que te regalé para tu cumpleaños? —Levantó un cisne, lo giró en sus dedos y se lo entregó a Vincent.

—Voy por la mitad, casi. Me encanta. —Vincent perforó el cisne

con la aguja (el oficial de intendencia vendía kits de costura) y pasó un hilo de pescar a través.

—Me imaginaba que te gustaría. Si vas por la mitad, ya has llegado a la parte donde van a pescar pájaros, ¿no?

—Sí. Me encantó esa imagen.

El libro que le había regalado era una colección de diarios escrita por el capitán y la tripulación del *Columbia Rediviva*, un barco mercante norteamericano que circunnavegó el globo en la última década del siglo XVIII, y contenía una imagen que no la abandonaría: el último día de 1790, a doscientas millas de la costa de Argentina, el aire se llenó de albatros. La tripulación se reunió en cubierta y montaron cañas de pescar, en los anzuelos pusieron cerdo y trataron de capturar a los pájaros que se lanzaban a por el cebo, desde el cielo.

—A mí también me gustó. Leí el libro cuando tenía dieciséis años y, después de eso, hacerme a la mar se convirtió en una obsesión. —El último cisne de origami le estaba costando: frunció el ceño, alisó el papel y volvió a empezar—. ¿Te gustaría escuchar algo ligeramente devastador?

—Claro.

—Una vez mi padre me contó que había querido ser piloto. ¿Por qué, podrías preguntarme, descubrir eso es algo devastador?

—Porque me dijiste que era minero. —Vincent estaba de pie en la silla para colgar los cisnes en la barra de la cortina, que nunca se utilizaba porque la ventana de Geoffrey siempre estaba bloqueada por las pilas de contenedores—. Dios mío, Geoffrey, tienes razón, es horrible. Sueñas con volar, pero en lugar de eso…

—No quería lamentar no hacerme a la mar.

—Eso parece perfectamente lógico.

—¿Te gusta? —Sostenía otro cisne, de color naranja, un poco torcido.

—Que si me gusta qué, ¿el cisne?

—No, todo esto. Estar en el mar. Tu vida.

—Sí. —Se dio cuenta al responder de que decía la verdad—. Me gusta todo. Me encanta. Jamás he sido tan feliz.

8. La vida alternativa

2015

En su vida alternativa, Alkaitis pasea en un hotel sin nombre. Fuera, las vistas siguen cambiando, porque cambia de idea continuamente sobre en qué hotel se aloja. No recuerda el nombre de esos sitios, pero acuden a su memoria con detalles e impresiones concretas. Digamos que es el hotel con una enorme escalera blanca cerca del mostrador de recepción, la *suite* con el *jacuzzi* hundido al lado de los ventanales que van del suelo al techo. En ese caso, la vista es un mar azul pálido y sin sombras que se une con el cielo blanco en el horizonte cegador.

—Esos idiotas piensan que son monjes guerreros o algo parecido —asegura Churchwell mientras inclina la cabeza en dirección a los cinco hombres blancos más jóvenes que se ejercitan al unísono en el extremo del patio de recreo—. Con sus ideas idiotas acerca de los códigos de honor.

—Bueno, supongo que hay que tener un código de algún tipo —dice Alkaitis, un poco resentido porque lo hayan arrancado de su vida alternativa.

—Entiendo que necesiten una estructura —afirma Churchwell—. Pertenecer, un sentido de familia, claro que lo entiendo. Solo digo que no me hables de tu código de honor cuando estás cumpliendo cincuenta años de condena por pornografía infantil.

El pornógrafo infantil, Tait, no tenía tatuajes cuando llegó a Florence (era una persona pálida y blanda, con gafas y sin marcas en la piel), pero ahora tiene una pequeña esvástica grabada en la espalda. «Hay personas que tienen familias desde el principio —dice —. Otras tienen que esforzarse un poco más para encontrarlas». Están en la cafetería. Alkaitis, que se esfuerza mucho en tratar de no pensar en su familia, deja volar su imaginación. Una de las cosas

que le gustan de su vida alternativa es que Tait no está en ella. Digamos que es el otro hotel, no el que está en el continente con las vistas al horizonte, sino el de la isla construida por la mano del hombre cuyo nombre no recuerda pero que tiene forma de palmera. En ese caso, la vista es del agua atrapada y estancada entre las hojas de palmera, por así decirlo, una hilera de mal gusto de McMansiones que resplandecen bajo el calor en la orilla opuesta. Le gustaba esa *suite*. Era enorme. Vincent se pasaba mucho tiempo en el *jacuzzi*.

Pero no, eso son recuerdos, no la vida alternativa. Vincent no está en la vida alternativa. Está convencido de que es importante mantener las dos separadas, la memoria frente a la vida alternativa, pero le cuesta cada vez más respetar esa separación. Es una frontera permeable. En sus recuerdos el aire acondicionado estaba tan fuerte que a Vincent le costaba mantener su calor corporal y por eso se pasaba el rato en el *jacuzzi*, mientras que en la vida alternativa no está allí, en absoluto.

En su vida alternativa aparta la vista de la hilera de las McMansiones y sale de la habitación, al pasillo ancho con su moqueta de dibujos elaborados, hasta un ascensor hecho de superficies oscuras reflectantes que se abre de forma inesperada al vestíbulo del hotel Caiette, donde Vincent está sentada con Walter, el encargado del turno de noche, en dos sillones de cuero. Esto es un recuerdo: volvieron allí un año antes de su arresto. Se despertó solo en la cama a las cinco de la madrugada, se acuerda de eso, y fue en su búsqueda, y la encontró allí en el vestíbulo, con Walter.

El recuerdo sigue impreso en su mente porque, cuando ella levantó la vista, su máscara se quebró un poco y por un instante vio algo parecido a la decepción en su rostro. No estaba contenta de verlo. Pero aquí el recuerdo y la vida alternativa divergen, porque, mientras que en la vida real terminó enzarzado en una de esas conversaciones penosamente superficiales sobre el *jet lag*, en su vida alternativa su mirada se dirige a la ventana, donde todo el exterior parece demasiado iluminado para ser las cinco de la mañana en la Columbia Británica, una luz solar totalmente distinta, porque de nuevo vuelve a Dubái, a la isla en forma de palmera, donde mira a las casas en la bahía opuesta, y ahora el vestíbulo está vacío.

¿Los demás también tienen vidas alternativas? Alkaitis escudriña sus rostros en busca de pistas. Jamás hasta ahora había sentido curiosidad por los demás. No sabe cómo preguntar. Pero los ve mirando en la distancia y se pregunta dónde están.

—¿Alguna vez piensas en universos alternativos? —le pregunta a Churchwell hacia principios de 2015.

En algún momento de su vida de hombre libre se le ocurrió y lo dejó pasar porque le sonaba francamente ridículo, pero ahora le resulta cada vez más atractivo. Churchwell no es amigo suyo exactamente, pero a menudo comen en la misma mesa porque forman parte de una especie de club de personas que jamás volverán a ser libres y también forman parte de un club diferente de neoyorquinos. Estos clubes se llaman barcos, y eso a Alkaitis le gusta. «Estamos todos juntos en el mismo barco», piensa a veces, con una chispa de camaradería, cuando está con Churchwell o con otro de los condenados a cadena perpetua, aunque, por supuesto, jamás lo diría en voz alta y también es muy deprimente, si uno se para a pensarlo. («Estamos todos juntos en el mismo barco, que está embarrancado y que jamás irá a ninguna parte»). Churchwell seguro que ha oído hablar de la teoría de los multiversos o de cualquier otra cosa que la gente mencione, porque lo único que hace es leer libros y escribir cartas. Churchwell fue un agente doble, uno de verdad, CIA/KGB, y ahora aprovecha su cadena perpetua para leer.

—¿Y quién no? En un universo alternativo, me salí con la mía y tengo una dacha preciosa en Moscú —asegura Churchwell.

—Yo viviría en Dubái. Me gustaba ese sitio.

—Lo tengo todo pensado. Me habría casado con la hija de un oligarca, ¿quizá una supermodelo? Dos o tres críos, un golden retriever, una casa de veraneo en algún lugar cálido que no tenga tratado de extradición.

—Yo viviría en Dubái. —Ve que Churchwell lo mira y se da cuenta de que ya lo ha dicho.

—Señor Alkaitis, ¿cómo se encuentra esta tarde?

El médico parece demasiado joven para serlo.

—He tenido algunos problemas de memoria y de concentración.

No añade *alucinaciones* porque no quiere que le receten medicación antipsicótica, y los hombres que ingresan en el hospital

a veces no vuelven. Y, de todos modos, «alucinaciones» no es la palabra correcta, es más bien una paulatina sensación de irrealidad; como si las fronteras estuvieran desmoronándose, la realidad se filtra en la vida alternativa y la vida alternativa se filtra en sus recuerdos. Pero quizá se pueda hacer algo, quizá exista una medicación que no lo convierta en un zombi que arrastra los pies, solo algo que detenga o ralentice al menos el deterioro, si es que se enfrenta a un deterioro. Trata de ver las cosas con pragmatismo.

—De acuerdo. Voy a hacerle una serie de preguntas sencillas, y eso debería ayudarnos a ver dónde nos encontramos. ¿Puede decirme en qué año estamos?

—¿En serio? No estoy tan mal, espero.

—No digo que lo esté. Es la primera pregunta de una serie estándar para detectar posibles problemas de memoria. ¿En qué año estamos?

—En 2015 —responde Alkaitis.

¿Lleva aquí ya seis años? Parece imposible. Quizá no debería descartar las vistas desde el hotel de la isla artificial en forma de palmera, en realidad. Las playas de arena blanca, el mar azul hasta el horizonte bajo un cielo sin nubes; es una vista de dos colores, azul y blanco, tranquila, pero quizá la llevará a morir de aburrimiento. Pero el hotel de la isla en forma de palmera daba a una ensenada y a las enormes casas del otro lado, y había vida en eso. Una de las mansiones era rosa, la recordaba porque él y Vincent se habían reído de ella. No era de un rosa pálido y de buen gusto, sino de un rosa chicle chillón.

—¿En qué mes estamos?

—Diciembre —dice Alkaitis—. Estuvimos en los Emiratos para Navidad.

El rostro del médico no se altera un ápice mientras anota algo, y Alkaitis se da cuenta de que ha cometido un error.

—Disculpe, pensaba en otra cosa. Junio. Estamos en junio de 2015.

—Muy bien. ¿Recuerda qué día es hoy?

—Claro. Diecisiete. Diecisiete de junio.

—Voy a darle un nombre y una dirección —sigue el médico—, y le pediré que me los repita en unos minutos. ¿Está listo?

—Sí.

—Señor Jones, en el número 23 de Cecil Court, Londres.

—Vale. Lo tengo.

—¿Qué hora es, teniendo en cuenta cuál será la próxima hora?

Alkaitis mira a su alrededor, pero no hay ningún reloj en la sala.

—Teniendo en cuenta cuál será la próxima hora —repite el médico—. Trate de adivinarlo.

—Bueno, nuestra cita era a las diez y me ha hecho esperar un poco, así que diré las once.

—Cuente al revés, de veinte a uno.

Cuenta lentamente, de veinte a uno. Los detalles de esa extraña isla en forma de palmera son un poco difusos. ¿Es una única isla o una serie de islas que juntas conforman una palmera? Sea como fuere, era el hotel donde él y Suzanne se alojaron en su primera visita a los Emiratos, donde se cogieron las manos por encima de la mesa en un restaurante que tenía un acuario gigante con un tiburón dentro. Fue el último año antes de su diagnóstico, lo que significa que en ese hermoso recuerdo Suzanne ya está, en secreto, enferma de manera invisible y que las células malignas proliferan en silencio en su hígado y en su páncreas. Dios, era preciosa. Más mayor que Vincent, claro, pero, en realidad, no estaba nada mal tener a una compañera que no fuera tan joven como para ser tu hija, y también a alguien de quien no tienes que ocultarte. Recordaba cómo habían charlado de los inversores mientras seguían con las manos entrelazadas.

—Si crees que Lenny Xavier no sabe lo que hace —le dijo ella—, eres muy ingenuo.

—Diga los meses del año en orden inverso —intervino el médico.

—Diciembre, noviembre, octubre, septiembre, agosto, junio, julio… Mayo, abril, marzo. Febrero. Enero.

Pensó en la emoción de ese momento en el hotel, en lo delicioso que era tener a una cómplice en su conspiración.

—¿Crees que podremos seguir así? —le preguntó.

El postre acababa de llegar: pastel de chocolate con helado para Alkaitis, un plato de fruta fresca para Suzanne.

—Dígame el nombre y la dirección que le he dado antes —pide el médico.

—¿Cómo?

—¿La dirección?

—Era el Palm Jumeirah. —Alkaitis sonríe, complacido porque se ha acordado del nombre—. Definitivamente, el Palm Jumeirah, en Dubái. No recuerdo si tenía número.

Se va del despacho del médico intranquilo. Sabe que ha cometido un error en la última respuesta, pero no es culpa suya si la vida en prisión es tan aburrida que a veces tarda un minuto o dos en volver de la vida alternativa y de vuelta a la realidad, si es que es eso. «Estoy distraído, no loco», murmura para sí, lo bastante alto para que el guarda que lo escolta de regreso a las celdas lo mire de reojo. No es culpa suya si los días son tan parecidos que no deja de deslizarse por sus recuerdos, o por la vida alternativa, aunque le preocupa que hayan empezado a fundirse.

Se le ocurre algo perturbador mientras espera de pie frente al economato: cuando muera en prisión, ¿también morirá en su vida alternativa?

Cuando no está sumido en su vida alternativa, tiene sueños en los que nada sucede, excepto que le invade una creciente sensación de temor. En el sueño sabe que alguien se acerca, y entonces una noche está leyendo el periódico en la celda después de cenar (despierto, sin soñar) y oye que una voz dice claramente:

—Estoy aquí.

Mira hacia arriba. Hazelton lleva dando vueltas desde hace una hora, pero no ha sido él. Alkaitis guarda silencio largo rato antes de animarse a hablar.

—¿Crees en los fantasmas? —pregunta con el tono más despreocupado posible.

Hazelton sonríe, y parece encantado por la pregunta. Es una persona sin estímulos que ansía conversar.

—No lo sé, hermano, siempre *quise* creer en fantasmas, creo que sería fantástico que flotaran a nuestro alrededor, pero no estoy seguro de que sean reales.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que haya visto a uno?

Pero lo que no le dice a Hazelton es que Faisal está de pie en un rincón de la celda. Alkaitis trata de convencerse de que es una alucinación. Faisal no puede estar en la habitación porque a) es una celda de prisión y b) Faisal está muerto. Aun así, parece alarmantemente real. Lleva sus zapatillas favoritas, las de terciopelo

dorado. Está de pie bajo la ventana de la celda y estira el cuello para ver la luna.

—Conocí a un tipo que juraba que había visto a uno. Pero el fantasma que había visto era uno al que había matado por accidente, en un atraco.

—¿Y lo creíste?

—No. Bueno, más o menos. Quiero decir que no creo que fuera un fantasma de verdad, solo su conciencia culpable.

Faisal parpadea ligeramente, como un holograma defectuoso, y luego se apaga.

9. Un cuento de hadas

2008

El barco

El último septiembre que Alkaitis y Vincent pasaron juntos salieron a «navegar», como decían ellos, lo que parecía una manera extraña de describir unos días en los que holgazaneaban en un enorme barco sin velas. Invitó a su amiga Olivia, que Vincent dedujo que había conocido al hermano de Jonathan, y por la noche los tres cenaban y luego bebían mientras se dejaban mecer por la brisa de la cubierta. Vincent, que siempre trataba de permanecer alerta, era capaz de que un cóctel le durase horas, pero le gustaba preparar bebidas para los demás.

—Estábamos hablando de ti —dijo Olivia cuando Vincent volvió a cubierta con una nueva ronda de cócteles que había preparado dentro.

—Espero que al menos os hayáis inventado algunos rumores interesantes —bromeó Vincent.

—No nos ha hecho falta —agregó Jonathan—. Eres una persona interesante.

Aceptó su bebida de Vincent con una ligera inclinación de cabeza y le pasó la otra copa a Olivia.

—Me recuerdas tanto a mí a tu edad… —confesó Olivia, claramente con aire de estar brindando un cumplido.

—Oh —dijo Vincent—. Me siento halagada.

Y miró a Jonathan, que contenía una sonrisa. Olivia sorbió su cóctel y contempló el océano.

—Es delicioso —dijo—. Gracias.

—Me alegra que te guste.

A Vincent le encantaba Olivia, y sabía que a Jonathan también, pero algo de la mujer entristecía un poco a Vincent. El vestido de Olivia era demasiado formal, su pintalabios era un tono demasiado brillante, llevaba el pelo recién cortado y era demasiado atenta cuando miraba a Jonathan. El efecto combinado de todo ello exudaba un afán de gustar. «Estás revelando tu mano —quería decirle Vincent—, no dejes que nadie vea lo mucho que te esfuerzas», pero, por supuesto, no tenía manera de darle un consejo a una mujer que le doblaba o le triplicaba la edad.

—¿Alguna vez has ido a la Academia de Música de Brooklyn? —preguntó Olivia al cabo de un rato—. Mi hermana me habló el otro día de un espectáculo que había visto allí y se me ocurrió que llevo años sin ir.

—Ya sabes que trato de no cruzar el río si puedo evitarlo —respondió Jonathan.

—Esnob —soltó Olivia.

—Culpable. Aunque el otro día pensé en Brooklyn. Miraba una propiedad en venta, un *loft* que un amigo mío piensa comprar, y contemplaba el lujo, esos cuatrocientos metros cuadrados en un barrio precioso cerca del puente de Manhattan, y pensaba: «Esté como esté ahora, este Brooklyn no tiene nada que ver con el que yo conocía». Parecía una ciudad distinta.

—Y, además, está la Academia de Música —añadió Olivia—. Mi hermana Mónica me habló de ese espectáculo que había visto, y me di cuenta de que la última vez que fui debía ser ¿cuándo? ¿Dos mil cuatro, dos mil cinco?

—Deberíamos ir juntos —propuso Vincent despreocupadamente, pero un mes más tarde, cuando ya estaban en tierra, en casa y con dolor de cabeza, una tarde de octubre cubierta de niebla, se sorprendió preguntándose si debía proponerle a Jonathan algún tipo de actividad inesperada para el fin de semana, quizá una sorpresa, entradas para el teatro o algo así, y se acordó de la conversación de esa noche en el barco. Miró la página web de la Academia de Música de Brooklyn y encontró a su hermano.

Melissa en el agua

Parecía que Paul, contra todo pronóstico, había obtenido un cierto

éxito como compositor y artista. A principios de diciembre tenía tres actuaciones programadas en la Academia de Música de Brooklyn, en el marco de una serie de actos titulada *Distantes tierras del norte: sonidos para una cinematografía experimental*. Llevaba tres años sin verlo, desde el último turno en que habían coincidido en el hotel Caiette. En la imagen de la página web de la Academia parecía enloquecido: estaba en un escenario rodeado de unos aparatos que Vincent no comprendía, teclados y cajas inescrutables llenas de diales y botones, las manos borrosas de la emoción y por encima de él, proyectada en una pantalla, una imagen que pensó que reconocía, la costa de Caiette, una playa rocosa con oscuros árboles perennes bajo un cielo nublado.

> En *Distantes tierras del norte*, el compositor emergente Paul James Smith presenta una serie de misteriosas grabaciones caseras de vídeo, cada una de exactamente cinco minutos, que el compositor filmó durante su niñez en la zona rural occidental de Canadá, presentadas aquí como parte de una conmovedora composición que difumina la frontera entre géneros musicales y cuestiona nuestras nociones preconcebidas de lo que son las grabaciones caseras, lo salvaje y…

Vincent entrecerró los ojos. Jamás había sido muy cuidadosa con sus vídeos. Los hacía y grababa y regrababa encima, o los hacía y los abandonaba en cajas en su dormitorio de cuando era niña. ¿Con cuánta frecuencia habría visitado Paul a su padre sin que ella estuviera durante los años posteriores a que Vincent se fuera de Caiette? Suponía que bastante a menudo. Nada le impedía saquear sus cosas. Fue a sentarse fuera, en la piscina, y se quedó mirando el agua, aunque no recordaba haber salido de la casa.

Una tarde de finales de verano, en una infancia lejana, ella y su madre habían acompañado a Paul hasta el aeropuerto de Port Hardy, donde se subió a un avión de hélices en dirección a Vancouver para conectar con un vuelo hacia Toronto. Vincent tendría unos diez años. Paul se había comportado fatal ese día, se había reído de ella en cuanto abría la boca, y luego, en el aeropuerto, se había girado, se había despedido con un escueto

gesto de la mano y se había puesto en la fila de seguridad sin mirar atrás. Después, de vuelta a casa con su madre, Vincent estaba callada y un poco entristecida.

—Lo que le pasa a Paul —le contó su madre mientras esperaban el taxi náutico en el muelle de Grace Harbour— es que siempre parece pensar que le debes algo. —Vincent levantó la vista, alarmada—. Y no es verdad —añadió su madre—. Nada de lo que le ha pasado en la vida es culpa tuya.

En 2008, cerca de la piscina, Vincent oyó unos pasos y levantó la mirada. Anya se acercaba con una manta.

—He pensado que la necesitaría —dijo—. Hace frío aquí fuera.

—Gracias —agradeció Vincent.

Anya frunció el ceño.

—¿Está llorando?

En los dos meses siguientes le resultó difícil cumplir su contrato con Jonathan; fue difícil mantener un aire de ligereza, aunque él no pareció fijarse en ello. En los últimos meses de 2008, trabajaba todo el rato. Siempre estaba en la oficina o en el estudio con la puerta cerrada. Oía su voz hablando por teléfono cuando pasaba por el pasillo, pero nunca distinguía lo que decía. Cuando estaba con ella, parecía cansado y distraído.

A principios de diciembre tomó una serie de trenes que la llevaron finalmente frente a la Academia de Música de Brooklyn. La había preocupado el hecho de tener que explicarle a Jonathan su ausencia un jueves por la noche, pero él le había escrito un mensaje de texto para avisarla de que se quedaría a trabajar hasta tarde en la oficina y que pasaría la noche en el apartamento de Manhattan. Llegó pronto y paseó durante un rato mientras una muestra representativa de los pudientes de Brooklyn se reunía en la acera enfundados en sus uniformes: botas planas y fulares de nudos complicados para las mujeres y barbas y tejanos apretados y poco favorecedores para los hombres. Era un placer observar cómo se encontraban y se juntaban, pasaban a su lado en parejas de dos o grupos de tres o cuatro, y los rezagados se apresuraban tras la esquina con un torrente de disculpas y quejas sobre la lentitud del metro. Por fin Vincent se dejó arrastrar hacia el interior del teatro con los últimos, encontró su asiento en la fila delantera y se dedicó a cumplir con los rituales propios de los minutos previos a un

espectáculo teatral: se sonó la nariz, sacó un caramelo para la garganta y apagó su móvil, todo lo que fuera para no pensar en lo que estaba a punto de ver.

—¿Conoce al artista? —susurró la mujer que estaba sentada a su lado. Parecía tener unos ochenta años, con el pelo blanco cortado en punta. Vestía con elegancia, pero parecía enferma; estaba demacrada y sus manos temblaban.

—No. —Vincent sintió que, técnicamente, decía la verdad. *Había conocido* a su hermano, en pasado. Las luces se apagaron a su alrededor.

—Ayer por la noche también estuve aquí —confesó la mujer—. Me parece brillante.

—Oh —dijo Vincent—. Tengo aún más ganas de verlo, pues.

—¿Conoce al artista? —preguntó la mujer al cabo de un rato, y Vincent sintió una punzada de piedad.

—Sí —respondió Vincent.

La gente aplaudió y, cuando levantó la vista, su hermano salió al escenario. Paul estaba más delgado y notablemente más envejecido, y no sabía si el traje negro y la corbata negra y estrecha tenían intención irónica. Parecía un enterrador. Saludó a la audiencia, sonrió ante los aplausos con lo que a Vincent le pareció auténtico placer y se colocó detrás de un teclado. Entonces las luces del escenario también se suavizaron, hasta que quedó apenas iluminado. La pantalla encima de su cabeza se iluminó y apareció un campo en blanco con el título en negro, «Melissa en el agua», y luego el blanco se convirtió en una orilla. Vincent reconoció la playa cerca del muelle de Caiette, sobresaturada y granulosa, el agua y el cielo demasiado azules, las islas de la ensenada de un verde antinatural. La música de Paul parecía al principio ruido blanco, como una radio atrapada entre dos emisoras. Tocó una secuencia de notas en el teclado, y las notas emergieron unos segundos más tarde como música de violonchelo, a lo cual él añadió un piano tranquilo y vagabundo mientras se movía entre el teclado y un ordenador colgado en un atril, apretaba botones y presionaba pedales para crear bucles y distorsiones, como una banda de un solo hombre. La estática había adquirido una cualidad palpitante, como un latido regular. En el escenario, la pantalla explotó de vida cuando un grupo de niños cruzó la imagen. Vincent vio por sus

rostros que reían y gritaban, pero la cinta no tenía sonido. Recordaba ese vídeo. Fue el primer verano sin su madre. Había vivido en Vancouver unos diez u once meses, largas horas a solas en el sótano de su tía con la televisión, largos viajes en autobús hasta la escuela, pero había vuelto a casa para visitar a papá durante el verano. Se había quedado en la playa filmando a los nadadores, es decir, a toda la población menor de edad de Caiette hacia 1995: una niña pequeña cuyo nombre había olvidado (¿Amy? ¿Anna?) que se detuvo al borde del agua, riéndose pero asustada, incapaz de entrar; los gemelos, Carl y Gary, un poco mayores, que chapoteaban en un rincón del encuadre; la amiga de Vincent, Melissa, que tendría unos catorce años pero era bajita para su edad y parecía tener doce. El cabello pálido de Melissa y su bañador amarillo y la sobresaturación y el grano de la cinta le conferían un aire radiante. Daba volteretas en el agua y se reía cuando volvía a emerger. Al cabo de tres años se mudaría a Vancouver para ir a la Universidad de Columbia Británica y viviría con Vincent en aquel horrendo apartamento del sótano en el lado este del centro, iría a bailar con Vincent y Paul la última noche del siglo XX, a los diecinueve se volvería adicta a las drogas, dejaría la escuela y regresaría a Caiette para vivir con sus padres mientras trataba de recomponer su vida, y un año después la contratarían como conductora y asistente de jardinería en el hotel Caiette, pero en el vídeo todo eso pertenecía a un futuro inimaginable y ella solo era una cría que daba vueltas en el agua como un pez. La música poseía una cualidad cambiante e inestable que a Vincent le desagradaba, como la banda sonora de una de esas pesadillas en las que uno trata de huir, pero los pies siguen clavados en el suelo, y ahora había voces que se superponían en la estática.

En el escenario bajo el proyector, Paul se movía para ajustar los diales, seguía la proyección en su portátil y tocaba el teclado a ratos. Vincent notó un movimiento a su derecha y, cuando miró, vio que la mujer se había quedado dormida con el mentón sobre el pecho. Vincent se levantó y se deslizó al vestíbulo, donde las luces y la sólida realidad del mármol y los bancos le dieron ganas de sollozar, aliviada, y salió al exterior, al frío aire de invierno. Cruzó el puente de Manhattan y fue andando hasta la terminal de Grand Central para intentar calmar sus pensamientos. Se le ocurrió que podría demandarlo, pero ¿con qué pruebas? Paul había estado en

Caiette cada verano y cada segunda Navidad de su infancia. No había manera de demostrar que él no había filmado los vídeos. Y sería difícil o imposible ocultarle cualquier acción legal a Jonathan, para quien se suponía que debía ser un remanso de paz, sin dramas ni fricciones. En el tren de vuelta a Greenwich, vio su reflejo en la ventanilla y cerró los ojos. Había empezado a pagar su alquiler con diecisiete años. ¿Cómo había llegado a depender tanto de una sola persona? Por supuesto, la respuesta era de una obviedad deprimente: había aceptado caer en la dependencia porque era más fácil.

Una pesadilla

Durante la semana siguiente, Jonathan se quedó tantos días trabajando hasta tarde que Vincent apenas lo vio, gracias a Dios, así que solo tenía que fingir ligereza durante breves periodos de tiempo. Leía las noticias para distraerse, pero las noticias eran una letanía de colapso económico. Pensó en volver a Brooklyn y esperarlo en la puerta, en la salida de artistas, pero la idea de volver a ver a Paul se le hacía repulsiva.

El miércoles siguiente, Vincent se despertó por culpa de una pesadilla por tercera vez en tres noches. Llevaba más tiempo durmiendo mal, semanas, pero la pesadilla era un problema nuevo y perturbador. Estaba segura de que era el mismo sueño repetido, pero solo conservaba una vaga impresión de caerse, una sensación de catástrofe que persistía cuando se hacía de día. Miró el techo durante un rato, con Jonathan dormido a su lado, antes de levantarse por fin. Buscó su ropa deportiva, que siempre guardaba doblada en una silla cerca de la cama, se ató las zapatillas en la oscuridad y cogió las llaves del gancho de la puerta de la cocina. Le gustaba jugar a salir de la casa sin encender la luz. Hay un placer inherente en que no te vean.

En el reino del dinero era importante estar delgado, pero ella habría salido a correr de todas formas. Le encantaban los suburbios residenciales a esa hora, cuando aún había algo de misterio. Era principios de diciembre, pero el clima llevaba una semana helado. Caminó rápidamente por el largo camino que quedaba al lado de la casita de Gil y Anya, sin luces en las ventanas, hasta el callejón sin

salida, donde las casas igualmente excesivas de los dos vecinos resplandecían a través de los árboles, y luego echó a correr cuando llegó a la primera calle de verdad, la primera que iba a alguna parte. Le gustaba la calma de antes del amanecer en el barrio, los secretos de una calle en la que todos estaban aún dormidos, con las ventanas oscurecidas. A Jonathan no le habría gustado que estuviera sola en la oscuridad, pero esas calles jamás le habían parecido peligrosas y, además, llevaba gas pimienta en su llavero. Para cuando volvió a la casa, eran las cuatro de la mañana y aún estaba oscuro. Dejó una nota a Jonathan, que no se despertaría hasta las cinco y media de la mañana, y luego se duchó, se vistió y llamó a un taxi para tomar el tren de las cinco de la madrugada.

A esa hora, las demás personas que había en el tren eran sobre todo maníacos del sector financiero, con los ojos brillantes a la luz de sus pequeñas pantallas, que enviaban y recibían mensajes de otros continentes. Vincent disfrutó de una hilera de asientos para ella. Al cabo de un rato, la noche cedió a las sombras y a un oscuro amanecer y los pueblos cambiaban a colecciones de luces y siluetas de tejados. ¿Cómo pudo hacerlo?, se preguntó, ¿cómo pudo Paul robar su vida así?, pero estaba demasiado cansada para mantener un hilo de pensamientos y se quedó en un estado crepuscular que no era sueño y tampoco era conciencia mientras los pueblos reaparecían y parpadeaban entre intervalos de árboles. Se despertó sobresaltada cuando el tren llegó a Grand Central.

Fue la última mañana en el reino del dinero. Desayunó en el restaurante de un hotel cerca de Grand Central. Pasó una hora en una librería, luego un rato en varias tiendas y se tomó un descanso de periódicos y café en una cafetería en Chelsea. Un momento extraño: salió de la cafetería y se topó con un grupo de turistas, una manada que seguía a un líder que sostenía un paraguas rojo en el aire, y por un momento le pareció ver a su madre entre ellos. Fue solo una impresión, pero innegable (la larga trenza de pelo marrón, el jersey rojo que llevaba el día en que se ahogó), y luego el gentío mutó y su madre desapareció. Vincent se quedó largo rato en la acera, observó al grupo mientras se alejaba. ¿Estaba alucinando? Trató de detectar señales de locura mientras andaba hacia el centro a través de la ciudad gris, pero no vio nada que le pareciese obviamente irreal. Central Park era monocromo, árboles oscuros

que goteaban bajo un cielo sin color.

Estaba en la entrada del Met cuando Jonathan la llamó.

—Hoy celebramos la fiesta de Navidad —dijo—. ¿Quieres venir a la oficina hacia las siete y media y vamos juntos desde allí?

—Las siete y media es perfecto —respondió Vincent—. Qué ganas tengo.

De hecho, la fiesta se le había olvidado por completo. El vestido que planeaba ponerse estaba colgado en el armario de su habitación en Greenwich y no tenía nada a la altura en el apartamento de Manhattan. Pero la edad del dinero no terminaría aún hasta al cabo de unas horas, así que eso no constituía ninguna emergencia y todavía tenía tiempo de contemplar tranquila su obra favorita. Se había enamorado de *El pensador*, de Thomas Eakins, la imagen enorme de un hombre enfundado en un traje oscuro, quizá de unos treinta años, con las manos en los bolsillos, perdido en sus reflexiones. Había vuelto varias veces a la galería durante las últimas semanas y había observado la pintura, inexplicablemente conmovida. Pensó que a su madre le habría gustado.

Cuando se giró para irse, vio a un hombre que reconoció. También miraba la misma obra, un poco más retirado.

—Oskar —dijo—. Trabaja con mi marido, ¿verdad?

—En la unidad de gestión de activos. —Le dio la mano—. Qué bien verla de nuevo.

—No me malinterprete —se excusó Vincent—, pero ¿suele venir por aquí a menudo?

—No tanto como me gustaría. Cursé un par de asignaturas de historia del arte en la universidad —añadió, como si tuviera que justificar su presencia en el museo.

Se separaron después de una breve conversación ligera, «Espero que nos veamos en la fiesta de esta noche», y quizá no habría sido memorable excepto porque fue la primera vez que se puso a pensar en los límites de su acuerdo con Jonathan. Disfrutaba al estar con él, la mayor parte del tiempo no le importaba, pero últimamente pensaba que estaría bien enamorarse o, si no eso, al menos dormir con alguien por quien sintiera atracción de verdad o a quien no le debiera nada. Paró un taxi y fue a Saks, donde pasó un rato bajo las luces resplandecientes, y emergió al cabo de una hora con un vestido de terciopelo azul y zapatos de piel negra. Al día aún le

quedaban muchas horas. Mejor no pensar en Paul, que probablemente estaba en algún estudio componiendo música nueva para acompañar las grabaciones que le había robado. Paró otro taxi y fue del centro al distrito financiero, donde pasó un rato en una cafetería que siempre le había gustado. Se quedó en el Café Ruso durante dos horas, bebió capuchinos y leyó el *International Herald Tribune*.

Hacia las cinco ya estaba inquieta, así que recogió sus cosas y salió. Llovía. Tendría que encontrar otra cafetería. Subiría hasta Midtown y hallaría un lugar cerca de la oficina de Jonathan donde esperarlo para llegar puntual. Pero, a mitad de las escaleras de la estación de Bowling Green, la invadió la certidumbre de que, si se metía en el metro, moriría. Lo supo tan claramente como sabía su propio nombre. Vincent se giró y a trompicones subió corriendo las escaleras mientras empujaba al mar de personas que llegaba en dirección contraria, desesperada por alcanzar un banco antes de desmayarse. Jamás se había desmayado, pero estaba segura de que se sentía así, mareada, con la sensación de estar al borde de un abismo. «Debería preguntarle a mi madre», pensó, y el pensamiento igualmente irracional que siguió fue «Mi madre me espera en el metro».

Vincent llegó jadeante al banco más cercano, y hasta pasados unos minutos no tuvo la presencia de ánimo de abrir su paraguas. Se quedó allí sentada durante lo que pareció largo tiempo; sostenía el paraguas lo bastante bajo para ocultar su rostro de los paseantes mientras trataba de recuperar el aliento y de dejar de llorar. Si empezaba a sufrir ataques de pánico (aunque nunca había tenido uno, pero sin duda ese momento en las escaleras del metro lo había sido), entonces se perdería más allá de lo que pensaba, perdería esa cohesión que siempre la había enorgullecido, sus sistemas fallarían. Se quedó muy quieta hasta que su respiración se calmó, escuchó la lluvia que repiqueteaba contra su paraguas y observó los pies de los transeúntes.

Su teléfono sonó y vio el número de la recepcionista de Jonathan en la pantalla.

—Oh, estoy bien, muchas gracias —dijo en respuesta a una pregunta—. ¿Y usted?

—Bueno —dijo la recepcionista en lugar de contestarle—. El

señor Alkaitis se preguntaba si podría subir un poco antes a su despacho. Dice que es urgente.

—Por supuesto. —La idea de urgencia de Jonathan consistía en pedirle a Vincent consejo sobre qué corbata ponerse para la fiesta —. Por favor, dígale que estoy de camino.

Un coche es la peor manera de desplazarse durante la hora punta en Manhattan, pero Vincent no podía permitirse el riesgo de volver a bajar las escaleras de la estación de metro, así que paró a un taxi, que transitó lentamente por el denso tráfico, las calles oscuras pasaban a cámara lenta, hasta que a poco menos de un kilómetro de la oficina se bajó y se puso a andar.

«Solo estás muy cansada —se dijo—. No te pasa nada grave. Cualquiera tendría un ataque de pánico después de tres noches de dormir mal. Cualquiera estaría un poco afectado después de lo que ha hecho Paul». En el ascensor de espejos del edificio Gradia se hizo una coleta rápida para recogerse el pelo mojado y evitó mirar de cerca las ojeras que tenía. Las puertas se abrieron al esplendor corporativo del piso dieciocho.

—Señora Alkaitis, buenas tardes. Puede pasar —la saludó la recepcionista de Jonathan. Su nombre era Simone. En unos meses sería un testigo clave de la acusación.

Cuando Vincent entró en el despacho, encontró a Jonathan sentado en su mesa con las manos entrelazadas e inmediatamente le llamó la atención su inmovilidad. Parecía una estatua de sí mismo, un molde hecho de cera. No estaban solos. Su hija Claire estaba echada en el sofá con la cabeza entre las manos y al otro extremo del sofá había un hombre de unos cincuenta y muchos o sesenta años, corpulento y con barriga, con un traje caro y las sienes plateadas.

—Hola —saludó Vincent. No recordaba su nombre.

—Señora Alkaitis —dijo en un tono apagado—. Me llamo Harvey Alexander. Trabajo con su marido.

—Oh, sí, por supuesto, nos han presentado. —Vincent le dio la mano.

¿Qué le pasaba a todo el mundo? Harvey tenía aspecto de ir a un funeral. Las manos de Jonathan seguían entrelazadas, y Vincent se fijó en que sus nudillos estaban blancos. Vincent y Claire no se caían bien, pero siempre habían logrado mantener una apariencia de cortesía, y Claire jamás había dejado de levantar la mirada o de

saludar a Vincent cuando esta entraba en una habitación.

—¿Alguien quiere decirme qué pasa? —preguntó Vincent en el tono más ligero que pudo, porque entendía que la ligereza formaba parte de su trabajo.

—Por favor, cierra la puerta —pidió Jonathan.

Así lo hizo, pero él no dijo nada más, y nadie en la sala parecía capaz de mirarla, así que se refugió temporalmente en una serie de pequeños gestos. Colocó las bolsas de Saks cerca del perchero, se quitó el abrigo y lo colgó, se quitó los guantes y los depositó encima de la bolsa de Saks y, por último, sin nada más que hacer, se sentó en una de las sillas para las visitas, cruzó las piernas y esperó. Todos permanecieron en silencio. Era como estar en una obra de teatro donde nadie se sabía la siguiente línea.

—Alguien tiene que contárselo —soltó Claire, y Vincent se quedó de piedra al ver que Claire estaba llorando.

—¿Contarme qué?

—Vincent —empezó Jonathan, pero pareció que le fallaban las palabras y se apretó brevemente los ojos con las palmas de las manos. ¿También él estaba llorando? Vincent se aferró a los brazos de la silla.

—Dime.

—Vincent, escucha… Mi negocio, no todo mi negocio, no la empresa de inversiones, que es donde trabaja Claire, pero la de gestión de activos, es… —No parecía capaz de continuar.

—¿Estás arruinado? —Vincent había seguido las noticias con atención. Eran las últimas semanas de 2008, la era de la caída de los precios en bolsa y de los bancos que se hundían.

—¡Es mucho peor que eso! —La voz de Claire tenía una nota de histeria—. Jodidamente mucho peor que eso.

—Creo que todos deberíamos tener presente —apuntó Harvey— que existe una notable posibilidad de que cualquier cosa que digamos ahora en esta habitación tengamos que repetirla en un tribunal.

Lo dijo con mucha calma, mientras miraba la pintura del yate de Jonathan en la pared opuesta. Parecía curiosamente lejano de la escena.

—Díselo y basta —intervino Claire.

—Cuidado —advirtió Harvey con el mismo tono de desinterés.

Al cabo de un doloroso momento de silencio, Jonathan se decidió por una pregunta.

—Vincent —dijo—, ¿sabes qué es un esquema piramidal?

Tercera parte

10. El coro de la oficina

Diciembre de 2008

1

Habíamos cruzado una línea, eso era obvio, pero más tarde fue difícil decir con exactitud dónde había quedado esa línea. O quizá todos teníamos líneas distintas y cruzábamos la misma en momentos diferentes. Simone, la nueva recepcionista, ni siquiera sabía que la línea estaba allí hasta el día antes de que arrestaran a Alkaitis, es decir, el día de la fiesta de Navidad de 2008, cuando Enrico vino a nuestras mesas a última hora de la mañana y nos dijo que Alkaitis quería hablar con nosotros en la sala de conferencias de la planta diecisiete, a la una. Eso nunca había pasado. El Acuerdo era algo que hacíamos, pero no hablábamos de él.

Alkaitis llegó a la una y cuarto, se sentó en la cabecera de la mesa sin mirar a nadie a los ojos y dijo:

—Tenemos problemas de liquidez.

La sala se quedó sin aire.

—He organizado un préstamo de nuestra empresa de inversión —explicó—. Lo haremos vía Londres y registraremos las transferencias como ingresos por inversiones en Europa.

—¿Será suficiente? —preguntó Enrico en voz baja.

—Por el momento.

Justo entonces llamaron a la puerta y Simone entró con el café. Nadie supo dónde mirar. Simone solo llevaba tres semanas en la empresa y desconocía el Acuerdo, pero se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal. Había una cierta tensión en la atmósfera interna de la sala, como el aire antes de una tormenta eléctrica. Estuvo segura de que alguien había dicho algo terrible justo antes

de que ella entrara. Solo Ron le devolvió la sonrisa. Joelle la miró como si no estuviera allí. Oskar miraba fijamente el cuaderno de notas que tenía en la mesa y a Simone le pareció que tenía lágrimas en los ojos. Enrico y Harvey miraban al vacío. Alkaitis asintió cuando entró y la observó hasta que se fue. Simone terminó de servir el café y salió, cerró la puerta y, en lugar de alejarse, esperó en el pasillo. Le pareció que nadie habló durante un buen rato.

—Mirad —soltó Alkaitis por fin—. Todos sabemos lo que hacemos aquí.

Más tarde, algunos de nosotros fingimos que no lo oímos, pero el testimonio de Simone reflejó el relato de varios de los que *sí* que lo oyeron. Algunos de los que fingimos que no habíamos oído nada también tratamos de defender que no sabíamos que había una línea («Soy una víctima, igual que los inversores del señor Alkaitis», le dijo Joelle al juez, que no estuvo de acuerdo y la condenó a doce años de cárcel), pero en el extremo opuesto del abanico de reacciones estuvo Harvey Alexander, que se mostró totalmente de acuerdo con el testimonio de Simone y confesaría cosas de las que ni siquiera lo habían acusado, en una especie de éxtasis de culpa, admitiendo entre sollozos que había inflado sus gastos y robado material de oficina mientras los asombrados investigadores tomaban notas y trataban de reconducir con amabilidad el interrogatorio al delito en cuestión.

Pero para los que sí oímos lo que dijo Alkaitis en esa reunión, los que admitimos haberlo oído, esa declaración fue el Rubicón final, o quizá más precisamente el momento a partir del cual no fue posible ignorar la topografía y pretender que no habíamos cruzado la frontera. Por supuesto que todos sabíamos lo que hacíamos allí. No éramos idiotas, excepto Ron. Movimos nuestros papeles, los cambiamos de pila, miramos fijamente nuestras notas, o nos quedamos observando el vacío y nos imaginamos abandonando el país (Oskar) o miramos por la ventana y organizamos planes firmes y sólidos para irnos del país (Enrico) o miramos por la ventana y decidimos, fatalistas, que era demasiado tarde para irnos a ninguna parte (Harvey) o nos dejamos llevar por la fantasía de que, de algún modo, todo se arreglaría (Joelle).

Ron miró a su alrededor, confundido. A menudo parecía confundido, el resto ya nos habíamos fijado en ese rasgo de su

persona, y parecía como si de verdad no supiera qué hacíamos allí, lo cual, en retrospectiva, era sorprendente: ¿qué creía que hacíamos, si no era consciente de que habíamos montado un sistema piramidal? Cuando hablábamos entre nosotros del Acuerdo, cómo nos referíamos a ello, ¿de qué pensaba exactamente que hablábamos? Aun así, la cosa estaba clara. Miró a su alrededor en silencio, se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, de hecho, ya tenemos mucha actividad inversora con la oficina de Londres.

El silencio que siguió a esa frase fue, si eso fuera posible, aún peor que el silencio que lo había precedido. No habíamos realizado ninguna operación con la oficina de Londres, porque en la oficina de Londres solo había un empleado con cinco direcciones de correo electrónico cuya principal tarea consistía en enviar fondos a Nueva York para que pareciera que realizábamos muchas operaciones en Europa.

—Ese es un comentario excelente, Ron —opinó Harvey. Lo dijo con amabilidad y con una sombra de tristeza.

La reunión terminó unos minutos después. Alkaitis tenía oficinas en la planta diecisiete y en la dieciocho del edificio Gradia, y después de la reunión nos dejó en nuestro pequeño y humilde despacho en la *suite* del diecisiete y subió al dieciocho, que era un mundo distinto. Alkaitis disponía de toda la planta, y resplandecía. La gente en la dieciocho hacía lo que sus clientes creían que hacían, es decir, recomendar activos de bolsa y otros valores. En la dieciocho trabajaban unas cien personas, en una empresa de inversiones cuyas actividades, según concluyó el FBI, eran totalmente legítimas. En la planta diecisiete llevábamos a cabo una conspiración criminal en lugar de invertir el dinero de nuestros clientes, y este desorden fundamental se reflejaba también en nuestro espacio de oficinas. Mientras que la planta dieciocho era un mar de mesas de superficie de cristal alineadas con perfección simétrica en mullidas moquetas plateadas, la planta diecisiete tenía una moqueta de treinta años cuyo color ya era indeterminado, la pintura se caía de las paredes, el mobiliario era de segunda mano y había pilas y pilas de cajas de archivos.

Cuando Jonathan Alkaitis salió del ascensor a la planta dieciocho, encontró a Simone charlando con un inversor. La

mayoría de los inversores no podían presentarse sin cita, en especial gente como Olivia Collins, que había invertido menos de un millón de dólares, pero a Alkaitis siempre le había caído bien. Había conocido a su hermano Lucas, que había muerto hacía tiempo. Cuando Alkaitis vio en ese momento a Olivia, que tenía setenta y cuatro años y vestía de negro de los pies a la cabeza, excepto por un enorme fular de color turquesa, a Simone le pareció que hacía una mueca fugaz justo antes de que su rostro esbozara una sonrisa.

—Hola, querida —la saludó Alkaitis mientras le daba dos besos a la francesa.

—Pasaba por aquí —dijo Olivia.

—Me alegro de que vinieras a verme. ¿Quieres un café?

—No te diré que no.

Simone preparó el café y lo llevó al despacho de Alkaitis, donde Olivia estaba describiendo algún tipo de exposición, según refirió Simone a los investigadores más adelante, o al menos eso parecía. A Simone le gustaba espantar el aburrimiento mortal jugando con ella misma: cuando tenía que llevar café, a veces fingía que estaba enfrascada en alguna ceremonia arcana de café en la que se jugaba algo de misteriosa importancia, un ritual en el que la precisión de sus movimientos era, de algún modo, esencial. Estaba ocupada en eso, con el café de Alkaitis y Olivia, y dejó la bandeja en el preciso centro de la mesa, colocó las tazas de porcelana en el centro exacto de los posavasos, etcétera, y entonces (eso no había pasado nunca) Alkaitis levantó un dedo para interrumpir el monólogo de Olivia y se dirigió a Simone directamente:

—Simone (Olivia, lamento terriblemente interrumpirte, esto es fascinante y quiero que me lo cuentes todo), Simone, ¿te importaría quedarte hoy un poco tarde para ayudarnos en un proyecto?

—Por supuesto —respondió Simone, pero se sintió derrotada cuando regresó a su mesa, porque estaba bastante segura de que su trabajo como asalariada no comportaba horas extras, y eso significa que más allá de la franja horaria de nueve a cinco iba a trabajar sin cobrar. Olivia se fue unos minutos más tarde con expresión herida (porque solía visitar a Jonathan durante varias horas), y la puerta de su despacho se cerró tras ella.

Apenas media hora después de que hubiera terminado la reunión, pero en la planta diecisiete, todos estábamos atareados. Harvey se

fue al archivo en busca de una nueva libreta de notas, se la llevó a su mesa y empezó a escribir una confesión; Joelle salió a dar un paseo rápido por la manzana, que no sirvió para aliviar su pánico; Enrico se fue a su ordenador, compró un billete de ida a Ciudad de México, imprimió su tarjeta de embarque y se fue de la oficina por última vez sin mirar a nadie; Ron volvió a su mesa y se pasó un buen rato mirando vídeos de gatitos y poniendo me gustas en los *posts* de Facebook de la gente, confundido y tratando de espantar una persistente sensación de pavor. Oskar se pasó noventa minutos de reloj mirando precios de propiedades en Varsovia, luego siete investigando qué países tenían tratados de extradición con Estados Unidos y otros veintitrés mirando los precios de propiedades en Kazajistán, donde tenía un par de primos, antes de desconectar finalmente e irse de la oficina mientras pensaba en pasar unas horas en cualquier otro lugar antes de la fiesta. Solo era media tarde, pero pensó que no le importaría si lo echaban.

Mientras se dirigía al metro, incluso pensó en cómo lo plantearía: «Comprendí que se estaba llevando a cabo un fraude —imaginó que le diría a un futuro empleador que admiraría su temple—, y ese mismo día me fui. Jamás me habría imaginado que abandonaría un trabajo así, pero a veces hay que marcar una línea». Aunque la línea, para Oskar, era la que había cruzado hacía once años, cuando le habían pedido por primera vez que modificara retroactivamente la fecha de una transacción. «Es posible saber y no saber algo al mismo tiempo», diría después, cuando lo interrogaron, y el Estado lo destrozó por ello, pero hablaba por varios de nosotros, de hecho, varios que habíamos pensado mucho sobre la duplicidad, ese saber y no saber, ser honorable y no serlo, saber que no eres buena persona, pero tratar de serlo de todos modos, en los márgenes de las malas personas. Todos moriríamos por la verdad en nuestras vidas secretas o, si no morir exactamente, al menos quizá hacer un par de llamadas de teléfono confidenciales y fingir sorpresa cuando llegaran las autoridades, pero en nuestras vidas de verdad nos pagaban una cantidad exorbitante de dinero para mantener la boca cerrada, y no hace falta ser una persona terriblemente mala, no del todo, eso nos dijimos después, solo mirar al otro lado a veces, o incluso participar de forma activa en algunas cosas cuando no estás solo, ¿y quién de nosotros está realmente solo

en el mundo? Siempre hay más gente en la imagen. Nuestros salarios y nuestras primas nos daban un techo, galletas en forma de pececillos, gastos de escolarización y universidad, cuotas de residencias, la hipoteca del apartamento de la madre de Oskar en Varsovia, etcétera.

Y luego está la parte de la ecuación que de algún modo no se podía mencionar en el juicio, pero que parecía extremadamente relevante; la de que, cuando has trabajado con un grupo de personas durante algún tiempo, llamar a las autoridades significa destrozar las vidas de tus amigos. Nuestros abogados nos pidieron que no lo dijéramos cuando estuviéramos en el estrado, pero es una reacción genuina, la aversión a enviar a tus colegas a la cárcel. Habíamos trabajado juntos durante mucho tiempo.

Pero el día de la reunión también fue el día en que era demasiado tarde para evitar las detenciones; la trampa se cerró muy rápido para todos excepto para Enrico, solo porque él estaba dispuesto a hacer lo obvio e irse antes de que llegase la policía, y Simone, que no tenía ninguna culpa y no debería haber sabido nada, pero que por la noche estaba destruyendo documentos en una sala de reuniones en la planta dieciocho. Alkaitis había ido a hablar con ella cinco minutos después de que se fuera Olivia y le pidió que saliera a comprar algunas trituradoras de papel.

—¿Cuántas?

—Tres.

—Las pido ahora mismo —dijo ella.

—No, las necesitamos de inmediato. ¿Te importaría ir a buscarlas a la tienda de material de oficina?

—No hay problema, pero no creo que sea capaz de llevar tres trituradoras yo sola. ¿Puedo llevarme a alguien para que me ayude?

Alkaitis vaciló.

—Iré yo —respondió—. No me irá mal algo de aire fresco.

Fue algo raro, bajar en el ascensor y salir a la calle con el jefe al lado. Tenía la mitad de la edad de Jonathan; sus vidas y preocupaciones eran fundamentalmente distintas, e incluso transcurrían en dos ciudades diferentes. No tenían nada que decirse. Se preguntó si debía tratar de entablar conversación y estaba a punto de formular un comentario casual sobre el tiempo cuando él sacó su teléfono móvil, frunció el ceño y repasó su agenda de

contactos sin siquiera detenerse.

—Joelle —pidió—, lleva todas las cajas de archivos Xavier a la sala de reuniones pequeña del piso dieciocho, por favor. Sí, la sala B. Que te ayuden Oskar y Ron. Sí, recibos, correspondencia, memorándums, todo. Lleva cualquier caja que lleve su nombre. Gracias.

Guardó el teléfono en el bolsillo y unos minutos más tarde estaban en la tienda de materiales de oficina y parpadeaban bajo el brillo de las luces fluorescentes.

A Simone le pareció que Alkaitis tenía mal aspecto, aunque la verdad es que nadie está favorecido con esa luz. El aire estaba cargado. Los oficinistas cansados arrastraban los pies entre las estanterías metálicas. Alkaitis parecía extrañamente impotente, miraba a su alrededor como si jamás se le hubiera ocurrido de dónde salían los bolígrafos y lápices que había en su mesa, como si no se hubiera imaginado nunca que existieran depósitos tan enormes de pósits y archivadores en esta tierra. Simone lo acompañó hasta las trituradoras, donde se quedó mirando la selección.

—Esta parece buena —opinó Simone por fin mientras señalaba un modelo de precio medio.

—De acuerdo —convino él—. Sí.

—¿Tres de estas?

—Mejor cuatro —respondió él, y se concentró de nuevo.

Llevaron las trituradoras al mostrador, donde Alkaitis las pagó en efectivo, y salieron bajo la lluvia. Alkaitis caminaba a paso ligero y a Simone le costaba seguirlo. Llevaba tacones un centímetro más altos de lo habitual a causa de la fiesta navideña de esa noche, y empezaba a lamentarlo. En el ascensor, se quedaron en silencio.

—Gracias por quedarte hasta tarde hoy por la noche —agradeció cuando llegaron al piso dieciocho—. El viernes puedes irte antes.

—De acuerdo, gracias.

Simone lo siguió a la sala de reuniones, donde alguien (presumiblemente Joelle) había dejado una pila de cajas llenas de carpetas, todas con la etiqueta XAVIER. Alkaitis cobró su abrigo mojado en el colgador de la puerta, lo dejó allí con una de las trituradoras y regresó al cabo de unos minutos con una caja de bolsas de reciclaje. Para entonces Simone ya había conectado la

máquina y abría las cajas.

—Aquí tienes unas bolsas para el papel triturado —dijo él—. Pero deja las bolsas aquí cuando hayas terminado, los de la limpieza se ocuparán de ellas. Gracias de nuevo por quedarte.

Y se fue.

Al cabo de unos minutos, apareció Claire Alkaitis en el umbral. Simone aún no había hablado con Claire y, de hecho, se había enterado de quién era el día antes, cuando finalmente le había preguntado a alguien por la mujer que siempre entraba y salía como una princesa del despacho de Alkaitis sin cita previa y sin mirar a Simone.

—Hola, Simone —saludó Claire, y esta se sorprendió de que supiera su nombre—. Alguien me dijo que podía encontrar a mi padre aquí…

—Acaba de irse —dijo Simone—. Pero ha dejado su abrigo aquí, así que supongo que volverá.

Claire frunció el ceño al mirar las trituradoras de papel y las cajas con la etiqueta XAVIER.

—¿Puedo preguntar qué estás haciendo?

—Un proyecto para el señor Alkaitis. Quiere vaciar un poco los archivadores.

—Dios mío —murmuró Claire, y por un instante Simone pensó que lo decía como un insulto, pero, fuera cual fuera el motivo de esa reacción, no parecía que tuviera nada que ver con Simone, porque Claire se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. La planta dieciocho tenía el tipo de moqueta que silencia todos los pasos, pero a Simone le pareció que se movía muy deprisa. Simone miró el pedazo de papel que tenía en la mano. Un memorándum de Alkaitis a Joelle: «Re: Cuenta L. Xavier: necesito un rendimiento de capital a largo plazo de 561.000 dólares sobre una inversión de 241.000 dólares para una compra de 802.000 dólares», decía. Simone lo miró un instante, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

Claire encontró a su padre de nuevo en su despacho, sentado muy quieto en su mesa y con la cabeza entre las manos. Harvey estaba en el sofá con las manos entrelazadas y miraba el suelo con una sonrisita extraña. A esas alturas Harvey se sentía casi mareado, diría después. Había sido un día trascendental. Sabía que algunos inversores estaban retirando su dinero. Sabía que las peticiones de

retiradas de fondos superarían la cifra que había en sus balances contables. Obviamente, el fin estaba cerca. Seguía con los ojos llenos de lágrimas, pero había momentos de alegría casi maníaca. Su confesión escrita, una labor que aún no había terminado, estaba guardada bajo un expediente en el cajón superior de su mesa, y por primera vez en décadas se sentía libre. Sintió (y se disculpó frente al tribunal por utilizar ese cliché, pero quizá podemos aceptar, señoras y señores del jurado, que algunos clichés existen por algo) como si le hubieran quitado un peso de encima.

Ambos levantaron la mirada cuando Claire entró.

—Jonathan —dijo—, ¿qué hace tu recepcionista destruyendo documentos en la sala de reuniones?

—Estamos vaciando un poco los archivadores —respondió Alkaitis.

Harvey emitió un extraño sonido, como si hubiera querido reírse, pero, en cambio, se hubiera atragantado.

—Vale —afirmó Claire, que se aferraba a la normalidad como si fuera un chaleco salvavidas—. Es igual. Quería preguntarte por las transferencias que estuve repasando ayer. Los préstamos de la empresa de inversiones a la unidad de gestión de activos.

Alkaitis no dijo nada.

—Cuatro préstamos —prosiguió Claire para ayudarlo a recordar, pero el silencio persistió. Añadió—: Mira, que quede claro, no estoy insinuando nada. Solo es que fueron el octavo, el noveno, el décimo y el undécimo préstamo de este cuatrimestre financiero sin ninguna devolución, y es el tipo de cosa que… Por favor, entiéndeme. Solo digo que parece inapropiado, no que lo sea.

—Son transferencias bastante rutinarias, Claire. Estamos ampliando la unidad de Londres.

—¿Por qué?

—No estoy seguro de comprender la pregunta.

—Todo el mundo está reduciendo sus empresas —explicó ella—. Oí que hablabas con Enrico la semana pasada y le decías que estabas perdiendo inversores, no ganando clientes.

—Pareces cansada, Claire.

—Porque ayer por la noche no pude dormir pensando en esto.

—Claire, cariño, sé lo que hago.

—Lo sé, solo digo que la apariencia de lo que está pasando, en el

momento actual…

—Sí —la cortó—. La apariencia.

Parpadeó.

—Papá. —Hacía más de una década que no lo llamaba así.

—No puedo seguir —confesó él en voz baja—. Pensaba que podría *cubrir las pérdidas*.

—¿Qué quieres decir con cubrir las pérdidas?

2

¿Por qué estaba Simone destruyendo documentos? ¿Por qué Alkaitis dejaría a su recepcionista sola en una sala de reuniones con varias cajas de archivos llenas de pruebas incriminatorias? En su declaración, Alkaitis afirmó que no entendía la pregunta. Harvey, en su propia declaración, aventuró que Alkaitis, que en la mayoría de los asuntos tenía una capacidad impresionante para el autoengaño, finalmente había comprendido que era demasiado tarde para evitar que lo detuvieran, pero posiblemente esperaba proteger a Lenny Xavier, su inversor más importante, que había comprendido desde el principio que estaba inmerso en una estafa piramidal y que había aportado alguna que otra inyección de dinero. Quizá Simone estaba destruyendo papeles precisamente porque solo era una recepcionista y Alkaitis no pensó que fuera capaz de entender nada de lo que había en esos papeles. Era un hombre inteligente, pero sufría la misma tendencia de muchos ejecutivos séniores que llevan largo tiempo en sus negocios y que piensan que las recepcionistas son objetos decorativos de la oficina, no a la misma altura que los archivadores, pero bastante cerca. Quizá porque Simone no solo era nueva en la oficina, sino también en el mundo (educada, como toda joven de Midtown, pero al fin y al cabo tenía solo veintitrés años), Alkaitis contaba con su ingenuidad y pensaba que tal vez no era el tipo de persona que necesariamente entiende que, si tu jefe te pide quedarte hasta tarde y «vaciar los archivos», eso equivale a participar en el encubrimiento de un delito. O quizá la destrucción de documentos solo fue una pantomima y ya se había llegado al punto en que ya no importaba quién vio qué.

Después de que transcurriera una cantidad de tiempo

incalculable, Alkaitis regresó a la sala de reuniones B. Su actitud había cambiado de manera considerable desde que Simone lo había visto por última vez. ¿Tenía lágrimas en los ojos? Tenía el aspecto de un hombre al borde de un precipicio.

—Simone —le pidió—, me gustaría que llamaras a mi esposa, por favor. Dile que es urgente y que se reúna conmigo aquí lo antes posible.

—Claro, ahora mismo —respondió ella, y, para cuando llegó a su mesa, él ya había vuelto a su despacho y tenía la puerta firmemente cerrada. Simone llamó a Vincent, le dio el recado y regresó a la sala de reuniones B y a la trituradora de papel.

A Simone le sorprendió ver a Harvey entrar con una *pizza*. Eran más o menos las siete y media. Olió la *pizza* antes de que entrara en la sala.

—¡Mírate! —dijo animado—. Sigues ahí.

—Pensaba que ya se habría ido.

—Estaba en una reunión muy larga —explicó—. Luego fui a dar un paseo para airearme y volví con la *pizza*.

—¿Para supervisarme?

—Para darte el relevo. Llevas aquí horas y no te pagan las horas extra, lo cual, obviamente, no está bien, y, lo que es más importante, la fiesta de Navidad empieza en media hora. —Dejó la *pizza* en la mesa de reuniones—. ¿Tienes hambre? Supongo que habrá comida en la fiesta, pero los canapés pasados no son un sustituto de una buena cena.

Simone tenía hambre. Llevaba trabajando casi once horas seguidas y estaba cansada. Los ojos le picaban un poco a causa del aire climatizado. La sala de reuniones tenía forma de ele, con dos sofás en un rincón y una lamparita en una mesa auxiliar. En algún momento había apagado las luces fluorescentes y había encendido la lámpara, que iluminaba la sala con más suavidad e hizo que se sintiera un poco mejor. Si alguna vez llegaba a controlar su vida laboral, había decidido que no trabajaría con luces fluorescentes. ¿Había alguna manera de trabajar al aire libre? No se le ocurría cómo, porque sus competencias eran en trabajos de oficina, pero la idea le resultaba atrayente.

—Come tanto como quieras —ofreció Harvey—, y luego vete para la fiesta. Yo me quedaré para terminar esto.

—¿No va a la fiesta?

—Me gusta llegar un poco más tarde que los demás.

—¿Por qué estamos destruyendo todos estos archivos? —Iba por la mitad de su primer pedazo de *pizza*. Era de jamón y piña, y esta era dulce en extremo.

—Es una pregunta perfectamente razonable —concedió Harvey.

Ella lo miró, pero no parecía que él fuera a añadir nada más. Se limpió los dedos en una servilleta, reflexionó un momento y luego cogió un segundo pedazo.

—¿Va a contestar?

—No —respondió él—. No es nada personal.

—De acuerdo.

—Voy a ofrecer algo de *pizza* a los demás.

Se fue de la sala con dos de las cajas de *pizza*; Simone terminó su pedazo y también se fue. Recogió su abrigo y su bolso en la mesa de recepción y se marchó. Era extraño porque el día había sido largo y tedioso y tenía ganas de que llegara el momento de irse, pero, ahora que le habían dado permiso para ello, quería regresar. Sentía cada vez más curiosidad por la naturaleza de la bomba de relojería que había en la oficina, y quería estar allí cuando estallara.

3

La puerta del despacho de Alkaitis seguía cerrada cuando todos los de la planta dieciocho se fueron a la fiesta. En la diecisiete, nos quedamos procrastinando, excepto Enrico, que esperaba embarcar en su vuelo de Aeroméxico en el JFK, y Oskar, que se encontraba en ese momento en un bar cercano, mirando inmuebles en Astaná en su móvil. Harvey estaba en la sala de reuniones B, donde revisaba las carpetas Xavier. Ron trataba de quitarse una mancha de sopa de su corbata en el baño. Joelle navegaba por Facebook. Pero al final todos nos reunimos en un restaurante a unas manzanas de distancia y nos arremolinamos cerca de la estación de *fondue* de chocolate. Si se tratara solo de nosotros, de la unidad de gestión de activos, no tendríamos fiestas de Navidad, o eso nos dijimos más tarde (porque no éramos *tan* depravados), pero no estábamos solos; éramos tan solo una rama corrupta de una operación por lo demás

perfectamente legítima y mucha gente asistía a la fiesta de Navidad, tanto el grupo de gestión de activos como los de inversión, el centenar de personas o así que trabajaban en la planta dieciocho y que no sabían con exactitud quiénes éramos.

Más tarde todos recordaríamos la fiesta de manera distinta, ya fuera a causa de la barra libre o porque, por supuesto, los recuerdos siempre se modifican retrospectivamente para encajar en los relatos individuales que cada uno construye. Bebíamos y cotilleábamos cuando llegaron Alkaitis y su mujer, todos nosotros, excepto Ron, conscientes de nuestra caída inminente, tratábamos de distraernos con comentarios banales acerca de la comida que circulaba en pequeñas bandejas y examinábamos de manera subrepticia a las esposas de nuestros colegas, que resultaban deslumbrantemente exóticas solo porque eran personas que no veíamos cada día. La mujer de Ron, Sheila, tenía unos grandes ojos que parecían asustados, como los de un ciervo. El marido de Joelle, Gareth, era una persona letárgica, de movimientos lentos, llevaba un traje que le iba demasiado grande y tenía un rostro tan aburrido que casi ni se le veía. («Es como una especie de agujero negro —le comentó Oskar a Harvey, casi con un deje de admiración—. Sería un buen agente secreto»). La esposa de Harvey, Elaine, era una mujer bonita que irradiaba un resentimiento silencioso y se fue al cabo de cuarenta minutos, aparentemente porque le dolía la cabeza. Y entonces llegó Alkaitis con Vincent, que siempre desbancaba a cualquier esposa que estuviera en la sala. Los observamos entrar juntos, dos horas más tarde; Alkaitis, de unos sesenta años, y su esposa, que rozaba la treintena, como mucho, una mujer florero de pies a cabeza, de una belleza absurda, con un vestido azul. Se podían hacer un montón de bromas de mal gusto, pero nadie las hizo, aunque Oskar se acercó:

—¿Dónde creéis que quedan esos dos, en el abismo entre mayo y diciembre? —Había bebido dos copas más que el resto.

—¿El qué? —preguntó Gareth.

—Es la fórmula personal de Oskar —explicó Joelle, que tenía unas ojeras marcadas—. Piensa que una relación se puede calificar de babosa si la diferencia de edad supera la edad del miembro más joven de la pareja.

—Así que, si él tuviera, digamos que sesenta y tres —dijo Oskar

—, y ella tuviera, por ejemplo, veintisiete…

—Oh, no vayamos por ahí —pidió Harvey, despreocupado y evasivo. Su confesión escrita era de ocho páginas.

—Bueno, en cualquier caso, ella parece agradable —opinó Oskar, que se sentía un poco culpable—. Hablé con ella un rato en la barbacoa del verano pasado.

—Siempre me ha parecido que tiene un fondo duro —dijo Joelle, algo que Oskar reconoció como un eufemismo marca de la casa Joelle para decir que Vincent cobraba por horas, lo cual era una locura hasta que dejó de serlo, ¿no?

—Enrico no está —constató Oskar, que era obvio que esperaba cambiar de tema. La ausencia de Enrico fue una de las pocas cosas en las que más tarde todos estuvieron de acuerdo. En ese momento se encontraba en un avión con destino al sur.

Más tarde, Ron les dijo a los investigadores que Jonathan Alkaitis parecía perfectamente normal: cálido, escuchaba con atención a todo el mundo, hablaba sin problemas con su personal, recorría la sala como de costumbre. Pero Oskar recordó que había visto a Alkaitis sentado en el bar a solas durante varios minutos con expresión devastada; más tarde Oskar la describiría como una «especie de expresión vacía», pero esa descripción no le hacía justicia; era más bien como si la muerte hubiera entrado en Alkaitis, pensó Oskar en ese momento, como si hubiera entrado en él y mirara a través de sus ojos. Algunos de nosotros recordamos que Alkaitis se fue de la fiesta bastante pronto. «Creo que solo se quedaron una hora —recordó Joelle en su primera entrevista con el FBI—. No fue una noche feliz». Ella también se fue poco después, igual que Harvey, que adujo una emergencia inesperada en la oficina. También se habrían ido con Oskar (porque después de todo había cuatro trituradoras de papel), pero no lo encontraron por ninguna parte.

Oskar estaba de pie en la puerta cuando Jonathan y Vincent Alkaitis salieron de la fiesta. Se fijó en la forma en que Vincent se apartó un poco cuando su esposo le tocó la parte baja de la espalda, y era un gesto tan íntimo que le pareció mal mencionárselo a nadie después, incluso cuando iba por la segunda o tercera ronda de interrogatorios sobre esa triste fiesta. Desde luego no le dijo a nadie que salió justo detrás de ellos, en parte por curiosidad y en parte

porque estaba desesperado por huir. Cuando salió del ascensor al vestíbulo, Alkaitis y su esposa acababan de salir a la calle y estaban en la acera. Un coche negro los esperaba en la esquina. Alkaitis abrió la puerta del coche para que entrara su mujer. Ella sacudió la cabeza. Oskar los observó sin ser visto y sin poder distinguir lo que decían. Vincent no quería entrar en el coche. Oyó que Alkaitis decía, con un cansancio infinito: «Al menos, llámame cuando llegues, *por favor*», y Vincent se rio por toda respuesta. Se giró, le dio la espalda y empezó a caminar en dirección al norte, contra el viento helado. Alkaitis la miró un momento antes de subirse al coche e irse.

Oskar vaciló solo un instante antes de empezar a caminar, también en dirección al norte, siguiendo a Vincent.

4

En la oficina, Harvey llevó la trituradora y luego las cajas de archivos Xavier de la salita al despacho de Alkaitis. Como este ya no lo necesitaría, Harvey pensó que más valía que alguien disfrutara del espacio durante las últimas horas, antes del final. A Harvey le encantaba el despacho de Alkaitis. Los muebles eran de madera noble y cara y tenía una moqueta mullida y lámparas elegantes y discretas. En ese momento el despacho brillaba como un oasis, una piscina de luz cálida en el caos, y hacia las nueve y media Joelle había subido otra trituradora y unas cajas de expedientes para hacerle compañía. Harvey se instaló en la mesa y Joelle se sentó en el sofá y siguieron destruyendo documentos incriminatorios juntos. Fue casi agradable.

—¿Qué le has dicho a tu marido? —preguntó Harvey al cabo de un rato de trabajar. Él había tenido que intercambiar una serie de mensajes cada vez más escuetos con su mujer.

—¿Por lo de quedarme hasta tarde, quieres decir? Pues que ha habido una emergencia en el trabajo.

Joelle había estado llorado, pero ahora parecía distante, casi distraída. Harvey se preguntó si se habría tomado algo para calmar los nervios.

—Parece bastante general —comentó Harvey. Destruía documentos a un ritmo constante, pero se había colocado de

manera que Joelle no viera que se reservaba una hoja de cada tres. Había decidido conservar las páginas más incriminatorias, porque hacía poco se le había ocurrido de repente algo horrible, pero porque era completamente irracional: ¿y si confesaba y nadie le creía? ¿Y si pensaban que estaba loco?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joelle.

—Me refiero a que se trata de una excusa más bien vaga.

—Pero es que así es como la gente mete la pata cuando da una excusa —repuso Joelle—. Se ponen nerviosos y empiezan a dar un montón de detalles excesivos, y por eso se descubre que mienten.

¿Joelle también se estaba quedando algún documento? Harvey no lo sabía. De vez en cuando se detenía para mirar un papel u otro, pero daba la sensación de que lo destruía todo, a menos que hubiera dejado algunos archivos clave en la planta diecisiete.

—De todos modos, mi marido jamás pregunta ni pide detalles —explicó Joelle.

Harvey concluyó, por esa frase, que el marido de Joelle probablemente tenía una amante, pero decidió no compartir su opinión. Se dedicó a mover papeles de manera complicada, a identificar los más incriminatorios con una mirada casual y a deslizarlos en la bolsa de basura abierta que había detrás del escritorio de Alkaitis en lugar de meterlos en la trituradora.

—Mi esposa sí que me pedirá detalles —dijo Harvey al cabo de un rato—. Llegaré a casa y me dirá algo así como «¿Qué tipo de emergencia te obligó a volver a la oficina después de la fiesta de Navidad?». —Se quedó callado un momento mientras arreglaba un atasco de papel en la trituradora—. ¿Quieres una copa?

—¿Alkaitis guarda alcohol en su despacho?

—Sí —respondió Harvey mientras se levantaba con ciertas dificultades. Sus rodillas empezaban a molestarlo.

El mobiliario que rodeaba la mesa de trabajo de Alkaitis estaba lleno de discretos armarios, así que le llevó un rato localizar el *whisky*. Harvey le sirvió una copa a Joelle y utilizó la taza de café de Alkaitis para servirse él. Lo bueno de la taza era su opacidad. Joelle no podía ver que Harvey apenas se había puesto alcohol para conservar la sobriedad mientras guardaba las pruebas de sus delitos.

5

En ese momento, Oskar estaba de pie frente al ventanal del apartamento de Alkaitis en un rascacielos de Columbus Circle y bebía vino con Vincent. Esperó hasta que Alkaitis se fue antes de seguirla. Vincent caminaba lentamente, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo y la mirada clavada en el pavimento.

—Disculpa —había dicho Oskar.

Lo miró.

—Oskar. —Logró sonreír—. ¿Qué ha pasado con tu abrigo?

Se lo había olvidado en la fiesta.

—Lo he perdido. ¿Te importa si te acompaño?

—De acuerdo.

Caminaron en silencio un rato. La lluvia se había trocado en una llovizna que hacía resplandecer la acera y dejaba una niebla brillante en el abrigo de Vincent, en su pelo, en los brazos doblados de Oskar cuando se miraba. Caminó al lado de Vincent y obligó a su mente a no pensar en nada. «Solo existe este momento —se dijo—. No pienses en nada más, por ejemplo, en la prisión, solo camina por la calle al lado de esta mujer hermosa. No importa que no sea tuya».

—¿Hacia dónde vas? —le preguntó por fin.

—A Columbus Circle —respondió ella—. Tenemos… Jonathan tiene un apartamento cerca del parque. ¿Te gustaría subir a tomar algo?

—Me encantaría.

Columbus Circle aún quedaba a medio kilómetro de distancia, medio kilómetro medido en manzanas de la parte alta de Manhattan, diez manzanas de noche y de fría llovizna y de faros, de semáforos, de escaparates y de persianas opacas de los pequeños comercios que estaban cerrados de noche, del vapor que se elevaba de la chimenea de plástico en la calle, un vapor que se volvía luminoso bajo las farolas. En Columbus Circle, dos torres de cristal oscuras se elevaban por encima de un centro comercial en forma de media luna frente a la oscuridad del parque. Vincent se detuvo justo enfrente del centro comercial y se quedó mirando el centro de la rotonda, el anillo de bancos iluminados alrededor de la estatua de Colón.

—¿Todo bien?

Quería subir al apartamento antes de que Vincent cambiara de idea.

—¿Ves a la mujer que está sentada allí?

Señaló hacia un punto concreto y por un segundo Oskar pensó que había visto a alguien, una impresión de movimiento, pero era un truco de la luz, una sombra evanescente entre los rayos de los faros de los coches que entraban y salían de la rotonda. Los bancos estaban vacíos.

—Por un instante me ha parecido ver a alguien —dijo él—, pero creo que ha debido ser un reflejo o algo así.

—No dejo de pensar que veo a mi madre —confesó Vincent.

—Oh —exclamó él, porque no sabía qué contestar a eso.

¿Su madre vivía en Nueva York? ¿Tenía la costumbre de seguir a Vincent por la ciudad? El momento pasó. Vincent se quedó inmutable a la luz blanca del centro comercial, pero a Oskar le pareció que era alguien que estaba soportando algo, y no quería preguntarle, pero, por supuesto, debía saberlo, tenía que saberlo, ¿por qué, si no, habría pasado tanto tiempo encerrada en el despacho de Alkaitis antes de la fiesta?, ¿por qué se habría negado a subir con él en el coche? No pienses en ello, no pienses en ello. *Todos sabemos lo que hacemos aquí*. Subieron por las escaleras mecánicas al entresuelo, una elevación aún más exclusiva donde las tiendas eran más caras, y Vincent mantuvo la mirada fija en algún punto indeterminado de la distancia.

—Por aquí —indicó Vincent, y Oskar creyó entender parte del atractivo de ese lugar; si uno era una persona con una enorme cantidad de dinero que ansiaba privacidad, e iba ahí durante el horario normal del centro comercial, sería posible mezclarse con el gentío hasta el momento en que se deslizaba por una discreta puerta que llevaba al vestíbulo superior, una sala iluminada con buen gusto y cubierta de alfombras que amortiguaban el ruido, dos porteros y un conserje, que saludaron a Oskar con la cabeza y le desearon buenas noches a Vincent.

—Buenas noches —saludó ella.

¿Tenía un poco de acento? Jamás se había fijado en eso antes. No parecía de Nueva York. En el ascensor, Oskar la miró de reojo. El silencio entre los dos se convertía en una tercera presencia, como si otra persona se hubiera abierto paso a codazos entre los dos y

ocupara ese espacio. Vio que su mirada estaba clavada en la cámara que había encima de los botones del ascensor.

—¿Siempre está tan tranquilo? —preguntó Oskar cuando salieron al piso treinta y siete. Estaban en un pasillo silencioso con grandes puertas grises y luces atenuadas.

—Siempre. —Se detuvo frente a una de las puertas mientras buscaba en su cartera. Sacó una tarjeta y la puerta se abrió con un suave pitido—. El edificio está casi vacío. La gente compra estos sitios como inversión y luego solo aparecen una o dos veces al año como mucho.

—¿Por qué tú y tu marido comprasteis un piso aquí?

Lo guio por un apartamento agresivamente moderno, de líneas rectas y ángulos duros, con una cocina resplandeciente en la que sospechaba que nadie había cocinado jamás. Los ventanales, que iban del suelo al techo, daban a Central Park.

—No es mi marido —respondió ella mientras se quitaba los zapatos y entraba en la cocina con las medias—. Pero, para contestar a tu pregunta y ser del todo honesta, no tengo ni idea de por qué compró este apartamento ni lo demás.

—Porque podía —sugirió Oskar. Trató de procesar lo primero que había dicho y miró el anillo de matrimonio que llevaba en su dedo anular. Ella lo vio, se lo quitó y lo dejó caer con tranquilidad en la basura.

—Probablemente. Sí, esa debe ser la razón. —Su voz tenía un tono monótono—. Aquí solo tenemos vino. ¿Tinto o blanco?

—Tinto. Gracias.

Estaba de pie al lado del ventanal y le daba la espalda cuando ella apareció a su lado con dos copas, aunque había estado observando su reflejo mientras se acercaba.

—Salud —brindó ella—. Por sobrevivir hasta el final del día.

—¿Has tenido un día tan malo como el mío?

—Seguramente peor.

—Lo dudo.

Ella sonrió.

—Hoy Jonathan me ha dicho que es un criminal. ¿Qué tal tu día?

—Bueno… Eh…

¿Cómo era? *Todos sabemos lo que hacemos aquí.* Hoy me he

dado cuenta de que voy a ir a prisión, quiso decirle, pero, por supuesto, no tenía motivos para pensar que no colaboraba con el FBI. Quizá Oskar podría trabajar para el FBI, si tan solo pudiera dejar de preguntarse si todo el que lo rodeaba era un agente del FBI, esa paranoia que lo agotaba, pero, por supuesto, eso implicaría confesar y aceptar un castigo, y, si aún había una oportunidad, y si de algún modo pudiera perderse en la confusión, quizá los investigadores caerían sobre Alkaitis y sus manos derechas, Enrico y Harvey, y nos dejarían al resto en paz…

—¿Qué te parece —propuso— si hablamos de cualquier otra cosa que no sea de lo que ha pasado hoy?

Ella sonrió.

—No es la peor idea que he escuchado esta noche. Este vino no es gran cosa, ¿verdad?

—Pensaba que era yo —aseguró él—. No sé mucho de vinos.

—Yo sé demasiado de vinos, pero no puedo decir que me haya interesado jamás. —Dejó su copa en la mesita de café—. Bueno, pues aquí estamos.

—Aquí estamos. —Sintió un amago de vértigo. Vincent estaba muy cerca y su perfume se le estaba subiendo a la cabeza.

6

—En teoría —dijo Harvey después de largo rato destruyendo pruebas y sin hablar—, ¿no podría alguien huir del país y llevarse a sus hijos?

—¿Y separarlos de todo lo que conocen, de algún modo convencer a tu pareja para que no te acusen de secuestro, para llevarlos adónde, exactamente? —preguntó Joelle, que dejó de meter papeles en la trituradora un instante y tomó un sorbo de *whisky*.

—A algún lugar agradable —respondió Harvey—. Si vas a huir del país, más vale irse a un paraíso tropical, ¿no?

—No lo sé —dudó Joelle—. ¿Qué infancia tendrían esos niños?

—Una interesante. «¿Dónde creciste?». «Oh, era un prófugo de la justicia, en un paraíso tropical con mis padres». Hay infancias peores.

—Quizá sea mejor que dejemos de hablar de niños —pidió Joelle.

—Escucha —dijo Harvey para intentar distraerla de las visiones de las salas de visita de la prisión—, creo que tenemos muchas probabilidades de salir de esta con la condicional. En el peor de los casos, quizá una de esas pulseras de monitorización electrónica y unos meses de arresto domiciliario.

—Es parecido a una experiencia extracorporal, ¿no? —comentó Joelle un rato después.

—Jamás he tenido una —negó Harvey. Pero sabía a lo que se refería. El momento no parecía del todo real.

—Yo sí —aseguró ella—. Llevaba horas destruyendo papeles, cada vez más borracha, y luego lo siguiente era que me moría de aburrimiento y flotaba por encima de la escena, mirándome el pelo desde arriba…

En algún momento cerca de las once y media, Joelle metió la última página en la trituradora, se limpió las manos teatralmente y se levantó con cuidado.

—Voy a bajar a mi oficina un segundo —dijo, se giró y caminó de forma teatral en dirección a los ascensores.

Harvey la encontró en su despacho de la planta diecisiete, enroscada bajo la mesa. Roncaba suavemente. La tapó con su abrigo y regresó al despacho de Alkaitis. Harvey no estaba borracho en absoluto, pero, después de tantas horas, varias regiones de su cerebro parecían haberse apagado y le costaba cada vez más decidir qué documentos conservar y cuáles destruir. Las palabras en las páginas tenían cada vez menos significado y se convertían en números y letras que se retorcían y se le escapaban.

A medianoche en la ciudad de invierno, Harvey estaba solo en su despacho con diez cajas llenas de archivos de pruebas incriminatorias. Los había numerado. Más tarde los revisaría todos para asegurarse de lo que tenía, decidió, y quizá añadiría notas al pie en su confesión: «Ver memorándum del personal en la caja número 1», «Correspondencia relevante en la caja número 2», etcétera. Aunque ¿cuánto tiempo le llevaría cruzar las referencias? Probablemente demasiado. Seguro que más del que tenía. Estaba cansado, pero se sentía muy ligero. Quizá podía pedirle a Simone que lo ayudara. Harvey le daba vueltas a eso cuando salió del

edificio. Decidió que lo de Simone no era una buena idea, porque era muy nueva y no sentía lealtad hacia nada. No podía contar con que no llamara a la policía antes de que terminaran de indexar el material. Llamó a un taxi y observó cómo las calles desfilaban, las luces y los que sacaban a pasear a su perro a esas horas, las enormes paredes de rascacielos, los repartidores en bicicleta con comida caliente en las bolsas colgadas en sus manillares, los jóvenes que iban en manadas o en parejas y se agarraban de la mano. Esa noche sintió mucho amor por la ciudad, por su grandeza y su indiferencia. Se despertó sobresaltado cuando el taxista lo miró a través del plástico de separación:

—Despierte, amigo, despierte. Está en casa.

A las dos de la mañana:

Harvey daba vueltas por las habitaciones de su casa para tratar de memorizar cada detalle. Amaba su hogar y, cuando se fuera a la cárcel, quería poder regresar allí, pasar de una estancia a otra en su mente.

Simone bebía vino con sus compañeras de piso en Brooklyn. Tres muchachas compartían un piso de dos habitaciones, así que no tenían salón y se reunían alrededor de la mesa de la cocina cuando querían socializar. Se habían quedado hasta tarde porque a la más joven, Linette, la había manoseado el chef del restaurante donde trabajaba de camarera y había llegado llorando a casa, y luego la conversación había recorrido los trabajos de todas las demás y Simone se había convertido en el foco de atención a causa de las sospechas sobre lo que había pasado en la empresa de Alkaitis.

—Parece algo muy raro —opinaba Linette—. ¿Estás segura de que lo has oído bien?

—«Todos sabemos lo que hacemos aquí» —repitió Simone mientras les servía más vino a las demás—. Pero, ya os digo, no fueron solo esas palabras, era también la *atmósfera*, como si todo el mundo estuviera preocupado por algo que acababa de suceder justo antes de que yo entrara en la sala…

En el edificio Gradia, Joelle dormía debajo de su mesa.

Oskar también dormía, pero desnudo y al lado de Vincent.

Enrico estaba en un avión en dirección al sur. Miraba una película, pero no vio ni oyó nada. Trataba de imaginarse la vida hacia la cual volaba, pero seguía pensando en Lucía, la novia que

acababa de abandonar en Nueva York. Habría deseado darse cuenta de que la amaba antes de irse.

Jonathan Alkaitis estaba en el despacho de su casa y escribía una carta a su hija. «Querida Claire», empezaba, pero no estaba seguro de cómo continuar y llevaba un buen rato contemplando el vacío.

7

A las tres de la mañana, Oskar despertó en el apartamento de Alkaitis. Estaba sediento. Vincent dormía a su lado, respiraba tranquila, y su pelo era como una laguna de tinta a la luz mortecina de la habitación.

No estaba seguro de qué hacer. La idea de irse en plena oscuridad hacía que se sintiera como una sabandija, pero, por otro lado, ¿cómo sería la mañana si se quedaba? Había leído en algún lugar que al FBI le gustaba detener a la gente durante la madrugada, a las cuatro o a las cinco, con la teoría de que los sospechosos son menos peligrosos cuando están desorientados, recién despertados, sin saber qué se les viene encima. Tenía muchos motivos para pensar que el Acuerdo se estaba desmoronando y, en ese caso, su detención era inminente, y sin duda sería menos embarazoso para todos si no lo arrestaban en el apartamento de Alkaitis. Se levantó y se vistió lo más rápido que pudo.

Cuando salió al salón, quedó cegado por un momento. Oskar y Vincent se habían dejado todas las luces encendidas con las prisas de llegar a la habitación, y el apartamento estaba demasiado iluminado, una pesadilla de leds y superficies reflectantes. Se tapó los ojos con las manos durante un instante para ajustar su visión y, cuando por fin miró la habitación, lo primero que vio fue la pintura. No se había fijado en ella, pero era grande, de un metro y medio por dos metros, el retrato de un joven, y estaba colocado en una pared al lado de la cocina con un foco que lo iluminaba. El hombre estaba sentado en un sillón rojo y solo llevaba tejanos y botas militares. Parecía demasiado pálido y delgado. Había algo perturbador en el retrato, pero Oskar tardó un poco en fijarse en los sutiles morados en su brazo izquierdo, las sombras que corrían por sus venas. Oskar se acercó para ver si podía descifrar la firma en el

rincón inferior derecho de la pintura, y sí que pudo: «Olivia Collins».

Reconoció el nombre. Harvey le había pedido que le diera una tasa de retorno más alta de lo normal, porque le caía bien a Alkaitis, y era algo sobre lo que había evitado pensar hasta ese momento. Algunos de los inversores eran instituciones. Otros eran fondos inversores soberanos. Había beneficencias, fundaciones y fondos de pensiones, sindicatos y escuelas. Había individuos que vivían a un nivel de riqueza que Oskar apenas podía imaginar, incluso después de tantos años en la ciudad, incluso en ese momento en que estaba de pie en un apartamento en los cielos, en uno de los barrios más caros del mundo. Pero también había gente como Olivia Collins, que había conseguido ahorrar un poco de dinero después de toda una vida o que había recibido una pequeña herencia. Por supuesto que Jonathan Alkaitis tenía una de las pinturas de Olivia Collins en su apartamento. Era una vieja amiga, eso tenía entendido Oskar. No era que estuviera a punto de perderlo todo, sino que ya lo había perdido y aún no lo sabía. Oskar abandonó el apartamento con lágrimas en los ojos.

8

A las cuatro de la mañana, Joelle se despertó debajo de su mesa. Estaba a oscuras. «Me han abandonado», pensó, y supo que seguía borracha porque ese pensamiento la inundó del dolor más puro. Pero entonces se dio cuenta de que alguien la había tapado con su abrigo y eso la conmovió tanto que tuvo que parpadear para detener las lágrimas. Debajo de la mesa, bajo el abrigo cálido, se estaba bien, así que cerró los ojos y volvió a dormirse.

9

A las cuatro y media de la mañana, Alkaitis se despertó porque alguien llamaba a la puerta.

10

Oskar ya había llegado a casa para entonces y estaba despierto en su propia cama mientras miraba el complicado dibujo de sombras y luz que la ventana de ladrillos de vidrio arrojaba sobre la pared de su dormitorio. Pensaba en el principio, en una conversación con Harvey que era capaz de repetir de memoria, como si fuera una película. No exactamente el *principio* principio, la entrevista de trabajo en la que había tratado de explicar por qué Alkaitis debía contratarlo aunque había dejado sus estudios universitarios y no tenía demasiadas buenas notas y ni siquiera un historial de empleo notable, sino el otro principio, el momento en que había entendido su trabajo. Había pasado más de una década desde el día en que Harvey entró en su despacho para pedirle que cambiara la fecha de una inversión.

—¿Cambiarla? —se extrañó Oskar—. ¿Quieres decir falsificar la declaración de movimientos de la cuenta?

—Es nuestro principal inversor —dijo Harvey, como si eso explicara la petición.

—Lo sé —afirmó Oskar en un tono que dejaba claro que la explicación no era suficiente. El inversor, Lenny Xavier, tenía tres mil millones de dólares en depósitos con Alkaitis.

—Y nos ha pedido que no haya pérdidas en sus cuentas de ahora en adelante. —Harvey sonaba muy tranquilo, pero debía estar sudando—. Eres un chico inteligente, Oskar. Ya has visto algunas cosas.

—Yo… —Sí, había visto cosas. Algunas que no tenían sentido y otras que ignoraba, porque le pagaban muy por encima de lo que merecía y porque tenía despacho propio.

—Casi se me olvida —añadió Harvey—. Aquí tienes tu prima de Navidad.

¿Podía haber sido un soborno más obvio? Oskar sintió vergüenza por los dos. El sobre que Harvey depositó encima de la mesa contenía un cheque que hizo que Oskar se exclamara sin querer.

—Has entrado en un círculo de máxima confianza —dijo Harvey —, y eso significa que tus primas se incrementarán en proporción a eso. Mira las entradas y salidas de la cuenta de Xavier del último mes, revisa la correspondencia y luego cambia retrospectivamente la fecha del intercambio de valores y ve a comprarte un barco o

algo.

—Un barco —repitió Oskar distraído sin dejar de mirar el cheque.

—O vete de vacaciones. Te iría bien tomar un poco el sol.

Harvey se levantó con dificultades. Ya entonces, mucho antes del fin, tenía un aire pesado. Oskar lo miró salir de su despacho y luego se concentró en el expediente de Lenny Xavier.

En la cuenta: 2.920 millones de dólares.

La correspondencia: una carta de Xavier a Alkaitis en la que le pedía que retirara doscientos millones. Una carta de Alkaitis para confirmar que había retirado 126 millones. Una segunda carta de Xavier que confirmaba que los había recibido.

La confirmación, más o menos, de lo que Oskar había sospechado desde hacía un tiempo. Solo había dos explicaciones posibles: o bien Xavier y Alkaitis habían mantenido una conversación que no estaba registrada en la que acordaron que Xavier cambiaba de idea y, después de todo, solo quería 126 millones y procedieron en consecuencia, o bien Alkaitis le había pagado menos dinero *porque no había suficiente en las cuentas para pagarle a Xavier los doscientos millones que pedía* y, a cambio de la generosidad de Xavier de guardar silencio, de ahora en adelante las cuentas de Xavier no mostrarían ninguna pérdida, de ahí los cambios retroactivos en las operaciones, Dios mío, Dios mío, Dios mío.

En una versión fantasma de su vida, una versión de él sobre la que había pensado cada vez más últimamente, Oskar cerraba la puerta de su despacho y llamaba al FBI.

Pero en la vida real no llamó a nadie. Dejó su despacho con prisas, pero, para cuando llegó a la esquina, comprendió que no podía fingir sorpresa, y supo que iba a depositar el cheque, porque ya era un cómplice, ya estaba dentro y llevaba tiempo metido en el ajo. «Ya lo sabías —se oyó murmurando en voz alta—. No hay sorpresa que valga. Sabes lo que eres».

11. Invierno

1

El día después de la fiesta de Navidad el tiempo avanzó de manera desigual en el edificio Gradia.

Para Oskar, las horas del día se apelotonaban unas encima de otras con tanta rapidez que se sentía en perpetuo movimiento, vertiginoso sentado en la mesa de su despacho. ¿Quedarse o huir? Quizá aún hubiera tiempo de abandonar el país, pero cada hora que pasaba cimentaba su posición. El café no ayudó como Oskar había esperado y más tarde recordaría ese día como una serie de pantallazos desconectados. A primera hora de la tarde pasó frente al despacho de Harvey y vio que garabateaba frenéticamente algo en una libreta de notas. Oskar vio una maraña de letra manuscrita, sin espacio entre líneas.

—¿Qué escribes?

—Oh —dijo Harvey, que echó un vistazo a su escritura como si acabara de verla. ¿*Esta tontería*?—. Nada importante.

Siguió escribiendo y Oskar fue a la fotocopiadora, pero allí encontró a Joelle al lado de la máquina, perfectamente inmóvil, mirando a la nada. Oskar se alejó en silencio y fue hacia la fotocopiadora que había en la planta dieciocho. Como siempre, esa planta hervía de actividad. Allí arriba el mundo era más animado. No les pasaría nada a toda esa gente, ¿verdad? Si la empresa de inversión era legítima, que era lo que siempre había creído Oskar, no veía por qué iba a pasarles nada. Si fuera una persona más buena, se alegraría por ellos en lugar de sentir una punzada de resentimiento. La escala del Acuerdo le hacía perder el sentido a Oskar cuando se detenía a reflexionar. En secreto siempre le había gustado la intriga de la planta diecisiete, la sensación de pertenecer a un círculo selecto, de operar en los márgenes de la sociedad, quizá

incluso en los márgenes de la propia realidad. ¿Había alguna diferencia, en el gran esquema de las cosas, entre un intercambio de valores que había tenido lugar de verdad y otro que *parecía* haber tenido lugar, según los balances formateados de forma impecable por Oskar? Pero ahí, en la planta superior, la gente trabajaba en un estado de total inocencia, personas cuya idea de la transgresión consistía en cargar una cena con amigos a su tarjeta Amex de empresa, y sintió ganas de ser como ellos.

Cuando pasó cerca del despacho de Alkaitis, la puerta estaba abierta, pero él no estaba ahí. Dos hombres con trajes negros miraban algo en su mesa y habían dejado sus abrigos de manera descuidada en una de las sillas para las visitas. Uno de ellos hablaba por su teléfono móvil, aunque demasiado bajo para que Oskar lo oyera. Simone estaba sentada en su mesa frente al despacho y los observaba.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Oskar.

Le hizo una seña para que se acercara.

—Han detenido a Alkaitis esta mañana —susurró. Oskar olió el chicle de menta en su aliento.

Se agarró al borde de la mesa.

—¿Acusado de qué? —se obligó a preguntar.

—Dicen que de fraude de valores. ¿Sabías que —añadió ella— me hizo destruir documentación?

—¿Qué tipo de…? —A Oskar le costaba trabajo respirar, pero ella no pareció percatarse.

—Balances de cuentas —respondió—. Memorándums. Correspondencia. Ahora que la policía está aquí, todo tiene sentido. Espera —le pidió. Su teléfono estaba sonando—. Oficina de Jonathan Alkaitis. —Escuchó y frunció el ceño—. No, por supuesto que no. No tenía ni idea. —Inspiró profundamente y apartó el auricular de su rostro. Entraba una llamada y luego otra, y otra. Las luces de la centralita se encendían—. Me ha llamado zorra y ha colgado —le dijo a Oskar, y respondió a la siguiente llamada, que liberó la primera línea, que al momento empezó a sonar—. Oficina de Jonathan Alkaitis —respondió, y enseguida añadió—: Sé lo mismo que usted. Nosotros… Literalmente, me acabo de enterar. Lo sé. Yo… —Parpadeó y colocó el auricular en su sitio con suavidad. Las seis líneas estaban encendidas, una cacofonía de llamadas que

se superponían entre sí.

—No contestes más —sugirió Oskar—. No te lo mereces.

—Supongo que la noticia ya ha circulado. —Simone estiró la mano por detrás del teléfono y arrancó el cable, y los dos se miraron en silencio.

—Tengo que irme —se disculpó Oskar. Volvió a la planta diecisiete solo para coger su chaqueta. Estaba demasiado agitado para esperar al ascensor, así que optó por bajar por las escaleras. Se movía con rapidez. No era exactamente correr, pero sí más deprisa que caminar, y casi tropezó con Joelle, que estaba sentada en el rellano del piso doceavo con las piernas extendidas. Tenía los ojos cerrados.

—¿Estás muerta? —preguntó Oskar.

—Quizá —respondió Joelle con voz de plomo.

—¿Estás bien?

—¿Lo preguntas en serio?

—Te pregunto si te has sentado aquí para recuperar el aliento —dijo Oskar—, o si estás sufriendo un ataque al corazón o algo parecido.

—No creo que me esté dando un ataque.

—Si te dejo aquí y sigo andando, ¿te tirarás por un puente?

—Lo han arrestado —soltó Joelle.

—Sí.

—Mi marido va a enterarse, si es que no lo ha visto ya en las noticias, y luego me dirá: «Dios mío, ¿te lo puedes creer?» y o bien tendré que mentirle de forma descarada, lo que no será creíble porque no es tonto, o bien tendré que responderle: «Pues sí, cariño, sí que me lo puedo creer».

Oskar guardó silencio.

—¿Alguna vez te has parado a pensar por qué nos escogieron? —preguntó Joelle—. Para trabajar en la planta diecisiete, quiero decir.

Aún no había abierto los ojos. A Oskar se le ocurrió que quizá el FBI ya se había puesto en contacto con ella, incluso que tal vez estaba grabando esa conversación. ¿Qué no haría una madre con hijos pequeños por evitar ir a la cárcel?

—Quiero decir, esa es la cuestión —añadió Joelle—, y de verdad me gustaría saber qué piensas: ¿cómo sabía que lo haríamos? ¿Es

que cualquiera lo haría, a cambio de la suficiente cantidad de dinero, o es que hay algo especial en nosotros? ¿Me miró un día y pensó: «Esta mujer parece que carece de integridad, esa persona parece dispuesta a participar en…»?

—Tengo que irme —se disculpó Oskar—. La verdad es que no me encuentro nada bien.

Pasó por encima de las piernas de Joelle y corrió de rellano en rellano. Las escaleras de los rascacielos tienen algo de pesadilla, la repetitiva espiral descendente de puertas y rellanos. Cuando emergió por una puerta lateral que daba al vestíbulo, Oskar se encontró en mitad de un pequeño gentío, al menos dos docenas de personas que trataban de entrar. Su estómago dio un vuelco. Eran los inversores de Alkaitis. Varios estaban llorando. Otros discutían con los vigilantes de seguridad, que habían formado un pequeño grupo y tenían expresiones confusas y angustiadas.

—Mire —explicaba un vigilante—, créame que le entiendo, pero no podemos dejar entrar a cualquier…

—Usted. —Una mujer había visto a Oskar—. ¿Para qué empresa trabaja?

—Cantor Fitzgerald —mintió Oskar. Fue el primer nombre real que se le ocurrió.

—No sabía que Cantor Fitzgerald tenía oficina aquí —repuso alguien, pero Oskar ya estaba en la acera, donde había otra pequeña multitud: camionetas de canales de noticias estaban aparcadas y bloqueaban el tráfico, hombres con cámaras al hombro y focos deslumbrantes, periodistas que se abalanzaban sobre cualquiera que saliera del edificio.

—¿Trabajaba para Jonathan Alkaitis? —preguntó alguien.

—¿Quién? —dijo Oskar—. Dios, no, por supuesto que no.

2

Oskar se cruzó con Olivia Collins al irse, pero, como jamás había estado en la planta diecisiete porque Alkaitis tenía sus reuniones en la dieciocho, no lo reconoció. Estaba en el vestíbulo, entre los demás inversores, y trataba de comprender cómo había cambiado el mundo. Llevaba un buen rato allí, y la escena (los inversores que sollozaban, la gente con cámaras, las camionetas de los canales de

noticias fuera) parecía una pesadilla.

Unas horas antes, una llamada telefónica la había despertado.

—Lo siento, Monica —logró decir al cabo de unos instantes de confusión—. Ahora mismo estaba durmiendo y no estoy segura de… —Se quedó callada mientras trataba de comprender lo que su hermana le contaba—. Monica, ¿estás llorando?

Estaba sentada en el borde de la cama y miraba su querido y pequeño apartamento, que alquilaba gracias a los rendimientos de su inversión con Alkaitis, pero lo que Monica decía era que jamás había habido inversiones y, de alguna manera fundamental, nada cuadraba. Olivia se levantó lentamente, porque a veces hacerlo demasiado rápido la mareaba, y buscó en el desorden de su armario sus botas de agua, el bolso que siempre intentaba dejar colgado en su gancho, pero nunca se acordaba, y su abrigo de invierno.

—Monica —interrumpió a su hermana a mitad de frase—, voy a ir a su oficina y a ver qué averiguo. Te llamo después.

En el taxi se aplicó pintalabios y se ató un fular de seda por encima del pelo para dotarse de fortaleza. Esperaba ir a la oficina de Jonathan, hablar con alguien, con quien fuera, pero no era la primera que había tenido esa idea. Había gente agolpada en el vestíbulo del edificio Gradia.

—¡Son mis ahorros de toda la vida! —le gritaba un hombre a uno de los vigilantes de seguridad—. Tienen que dejarme pasar para al menos hablar con alguien; es toda mi vida… —Pero los vigilantes, los cuatro, estaban enrocados en los tornos y no parecían tener la intención de dejar pasar a nadie. Olivia se quedó cerca de la puerta, inquieta por la furia de la gente.

—¿No lo entiendes? —Un hombre hablaba con un vigilante que a Olivia le parecía muy joven, aunque la verdad era que la mayoría de la gente le parecía joven—. Han robado todo mi dinero.

—Lo entiendo, señor, pero…

—Tiene que calmarse —le pedía otro vigilante a una mujer que le hablaba a pocos centímetros de la cara.

—No pienso calmarme —se negaba la mujer—. No me diga que me calme.

—Señora, créame que lo siento, pero…

—Pero ¿qué? Pero ¿qué?

—¿Qué se supone que debo hacer, señora? ¿Dejar entrar a un

grupo de gente enfadada para que suban a la planta dieciocho y hagan lo que les venga en gana? —El vigilante estaba sudando—. Solo hago mi trabajo. Estoy haciendo mi trabajo. Por favor, apártese.

Olivia aprovechó que la otra mujer se retiraba para dar un paso hacia delante.

—Soy amiga personal del señor Alkaitis —dijo.

—Pues llame y consiga que alguien baje a buscarla —respondió el vigilante.

Llamó una y otra vez al número personal de Jonathan, pero nadie lo cogió. Qué cobardía. Los imaginaba escondidos en sus despachos mientras escuchaban el sonido de los teléfonos, sin hacer nada. No se sabía la extensión telefónica de nadie más. Se quedó en el vestíbulo durante bastante rato; recorría el espacio como los demás, entablaba conversaciones y luego se sumía en el silencio; al principio había cierto consuelo en el hecho de compartir ese momento con gente que también había sido víctima de la estafa, que también estaba en *shock*, pero al cabo de un rato el miasma de tristeza y de furia era demasiado, así que paró a un taxi, el último en el que se subiría durante un tiempo, comprendió al ver ascender los números en el taxímetro, y regresó a su pequeño apartamento en la parte alta.

Después del escándalo en el vestíbulo del edificio Gradia, su hogar estaba en calma y tranquilo. Olivia cerró la puerta tras de sí y se quedó un instante en silencio. Dejó las llaves encima de la mesa de la cocina y permaneció sentada un rato, bebió un vaso de agua y trató de adaptarse al mundo. Después de una búsqueda concienzuda, encontró su último recibo del banco y lo estudió con cuidado. Hasta ese día, tenía dos fuentes de ingresos: el fondo de inversión de Alkaitis y la Seguridad Social. Si tenía mucho cuidado, decidió mientras miraba las cifras, podía permitirse pagar el alquiler de su casa durante dos meses más.

3

La oscuridad había caído sobre Nueva York, pero en Las Vegas solo eran las tres. Allí, Leon Prevant, el ejecutivo de transporte marítimo y envíos que una vez había tenido la colosal desgracia de conocer a

Alkaitis en el bar del hotel Caiette, estaba atrapado en una reunión que había sobrevivido más allá de su esperanza de vida, pero que se negaba a morir. El móvil vibró en su bolsillo.

—Disculpen —se excusó Leon a los demás asistentes—, es urgente.

Aunque probablemente no lo era. Se dio cuenta de su error al abandonar la sala. Leon iba a ese congreso desde hacía quince años y su acreditación seguía llevando el nombre de la empresa, aunque estaba allí como consultor, y su actual contrato expiraba a finales del mes siguiente. Su jefe había recibido órdenes de suspender los contratos de consultoría, «hasta que el panorama se anime», pero ¿cuándo sería eso? Dos años antes lo habían despedido tras una fusión y en ese momento, a finales de 2008, los barcos se movían por los océanos con la mitad de su carga, o menos, y se podían alquilar por un tercio del coste del año anterior. El panorama, la vista desde el mar, estaba lleno de nubes. En otras palabras, no era el mejor momento para largarse de una reunión, incluso de una reunión zombi que debería haber terminado hacía veinte minutos. Era su contable quien llamaba. Fuera lo que fuese, seguro que podía esperar, así que dejó que la llamada fuera al buzón, contó lentamente hasta cinco y regresó a la sala con una disculpa por haberse marchado.

—¿Todo bien? —Su jefe,
D’Ambrosio,
aún fruncía el ceño ante el informe que Leon le había entregado.

—Perfectamente, gracias. Si habéis tenido ocasión de digerir estas cifras… —Había esperado que todos miraran rápidamente los números y acordaran hablar de ellos más tarde, pero, al parecer, la reunión era interminable.

—Pues sí, por desgracia —se lamentó
D’Ambrosio
—. Bastante desastroso, ¿no?

—Bueno. Como puede ver, nos enfrentamos a un problema de sobrecapacidad significativo.

—Eso es decirlo con mucha suavidad —apuntó alguien.

—Obviamente, no nos pasa solo a nosotros. Tuve una conversación muy interesante con un amigo que está en CMA. Tienen barcos anclados frente a la costa de Malasia.

—¿Sin transportar nada? —Miranda había sido la colega júnior de Leon en Toronto y luego en la oficina de Nueva York, años antes de que lo hubieran recolocado como consultor. Ahora tenía el cargo de Leon, su despacho y su extensión telefónica, aunque no su antiguo salario.

—Por el momento, sí. Están esperando.

—Una idea interesante —comentó D'Ambrosio—. Y, cuando digo «interesante», me refiero a que posiblemente sea el mal menor.

—Estaríamos creando una especie de flota fantasma, algo bastante raro. —Era Daniel Park quien hablaba, que había trabajado con Leon en la oficina de Toronto y en esos momentos era director de operaciones para Asia—. ¿Seguro que no es mejor prescindir de algunos de nuestros barcos más antiguos?

—Eso me parece una solución permanente para un problema temporal —opinó Miranda.

—Pero esta inflexión —dijo Park—, este caos, como quieras llamarlo…

—Este «período de incertidumbre sostenida» —interrumpió uno de los europeos en tono irónico al citar al orador principal, que había intervenido durante la conferencia de la mañana. Era alemán y relativamente nuevo. Leon no recordaba su nombre.

—Sí, bueno, sea cual sea el eufemismo que utilicemos, esto podría durar años. ¿Estamos listos para mantener la inversión de una flota de barcos sin utilizar y tenerlos parados en la costa de Malasia durante lo que pueden ser varios años?

—No se necesitaría demasiado personal —aseguró Leon—. Una tripulación básica, la mínima cantidad de hombres para mantenerlo a flote.

—Si lo hacemos, quizá sea bueno fijar un límite temporal —apuntó el alemán. Wilhelm, recordó Leon, se llamaba Wilhelm, pero ¿cuál era su apellido? Lo perturbaba no saberlo. En tiempos había conocido a todos los directivos—. Quizá podemos anclar los barcos ahora, nos comprometemos a revisar la cuestión en un año o dos y, si seguimos sin necesitarlos, nos deshacemos del exceso.

—Me parece una propuesta bastante razonable —convino D'Ambrosio

—. ¿Ideas, objeciones?

—Está la cuestión de los nuevos barcos Panamax —intervino Miranda.

Hubo un suspiro colectivo. La empresa había encargado dos barcos nuevos en el paraíso perdido de 2005, cuando la demanda parecía infinita y trataban de abarcar más volumen de negocio, y los barcos (que ya estaban encargados, pagados y que llevaban dos años y medio en construcción, y que en ese momento eran del todo innecesarios) llegarían desde los astilleros de Corea del Sur en unos seis meses.

—Pues los enviamos directamente a la flota fantasma. —D'Ambrosio miró su reloj—. Caballeros, Miranda. Me temo que no nos queda más tiempo. Sigamos mañana por la mañana. Wilhelm, si nos puedes preparar un análisis…

La reunión por fin terminó, la sala se dividió en pequeños grupos o en gente que se iba deprisa para asistir a una conferencia que ya había empezado. Leon salió junto a Daniel.

—¿Vas al panel sobre el panorama económico? —le preguntó Daniel.

—Creo que me lo saltaré. Estoy hasta el cuello de predicciones económicas, llevo los últimos cuatro meses sin ver nada más.

—Como todos. —El pasillo estaba varios grados más refrigerado que la sala de reuniones a causa del gélido aire acondicionado de Las Vegas. Dos jóvenes empleadas del hotel limpiaban las tazas sucias de los puestos de café y pastas—. Voy a llamar a mi mujer —dijo Daniel—. ¿Nos vemos en la cena?

—Encantado.

Por un instante era un placer alejarse de la gente, que nadie hiciera proclamas obvias sobre el colapso económico o lo arrastrara a conversaciones histéricas acerca del horizonte de los chárteres. Leon se sirvió un café con avellanas y salió al patio interior del hotel.

Miranda se había ido antes que él de la reunión y estaba sentada un poco más lejos, en un sofá de estilo industrial, y escribía algo en su libreta de notas. No, no escribía: dibujaba. La libreta estaba en un ángulo alejado, pero observó los movimientos de su muñeca con interés mientras se acercaba. Había empezado en la empresa como

su asistente administrativa, lo que al cabo de todos esos años no parecía más que un rumor difícil de creer. Se aclaró la garganta y Miranda pasó la página mientras dejaba la libreta de notas encima de la mesita de café para que no viera en qué había estado trabajando. La había visto hacer eso cientos de veces y, como siempre, procuró no preguntar. Leon tenía opiniones muy firmes acerca de la privacidad.

—Tú también te estás saltando la sesión sobre el panorama económico —observó ella.

—Todo este congreso es una sesión sobre el panorama económico. Decidí que el café era más importante.

—Me gustan tus prioridades. Es una idea interesante, por cierto, lo de dejar los barcos aparcados en la costa de Malasia.

—¿Te importa si hablamos, literalmente, de cualquier otra cosa que no sea la recesión? —preguntó él.

—Claro que no. Estoy pensando en buscarme una excusa e irme mañana a primera hora.

—¿Cómo, no disfrutas de la atmósfera de pánico apenas contenido?

—Hay algo casi tedioso en el desastre —comentó Miranda—. ¿No crees? Quiero decir que al principio todo es muy dramático, «Dios mío, la economía está colapsando, mi banco ha quebrado durante el fin de semana y se lo ha tragado JP Morgan Chase», pero luego sigue sucediendo, sigue colapsando, semana tras semana, hasta llegar a cierto punto…

—Sé a qué te refieres —dijo Leon—. Personalmente, es el factor sorpresa lo que me molesta, la manera en que todo el mundo con quien hablo está sorprendido por los malos resultados de la economía.

—Sí, mira, esto me ha pasado hoy, uno de nuestros colegas me hace un aparte (no te diré quién) y suelta: «No me creo lo que está pasando en nuestro sector, ¿y tú?». Yo trato de tener paciencia con esta gente, de verdad, pero tuve que decírselo, que qué parte le sorprendía. Veamos, en serio. ¿Qué es lo que le resulta increíble? ¿Que la gente no quiera comprar cuando hay una recesión o que la gente no quiera enviar productos que nadie va a comprar?

—Consecuencias predecibles y todo eso. —Leon recordó en ese momento que su contable lo había llamado antes y comprobó su

móvil, distraído. Acababa de volver a llamar, hacía diez minutos—. Disculpa, tengo que llamar a alguien.

—Si no me ves en la cena, quiere decir que habré logrado huir.

—Te estaré animando en silencio desde la banda —dijo mientras se levantaba, y se alejó unos pasos, hacia el patio interior de vidrio, hacia la llamada que partiría su vida en dos, en un antes y un después.

—Supongo que no te has enterado —comentó su contable—, o ya me habrías llamado.

—¿Enterado de qué? ¿Qué ha pasado?

—¿De verdad no lo sabes?

—Obviamente, no. Nunca le había gustado esa chica. «Un poco robótica —recordaba que le había dicho Miranda cuando le había pedido que le recomendase a un buen contable—, pero es la mejor con la que he trabajado. Es capaz de ver todos los ángulos de un problema». Aunque ¿qué sentido tenía contratar a la mejor contable del mundo si vas a ignorar sus consejos e invertir todo tu dinero en un único fondo de inversión?

—Leon. —En ese momento no sonaba como un robot, sino como un ser humano profundamente conmocionado; estaba transmitiendo información, lo comprendió justo antes de que se lo dijera, que no le gustaba nada transmitir—. Han detenido a Alkaitis esta mañana.

—¿Cómo? —Se dejó caer como un saco en el sofá más cercano y clavó los ojos en un terraplén al otro lado del cristal, gravilla roja salteada de cactus bajo un cielo azul estremecedor—. Lo siento, has dicho que…, ¿cómo?

—Está en todos los canales de noticias —contestó—. Era un estafador. Todo era un fraude.

—Todo…, ¿qué?

—Era una estafa —repitió la contable.

—¿Qué quieres decir? ¿Todo el dinero que he invertido, quieres decir que…?

—Leon —añadió—. Lo siento mucho, pero nadie invirtió tu dinero.

—Pero eso es imposible. Los rendimientos han sido excelentes, vivimos de eso, nosotros…

—Leon.

—No lo entiendo —dijo—. No entiendo lo que me estás

diciendo.

—Te estoy diciendo que Alkaitis tenía montada una estafa piramidal, un esquema Ponzi —explicó—. El dinero que le dabas no lo invertía. Se lo quedaba. Lo robaba. Tus balances, tu cuenta, todo era mentira.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, pero sabía a lo que se refería.

—No tienes dinero —respondió ella con suavidad.

—¿Nada?

—Leon, no era de verdad. Nada era cierto. Esos rendimientos… Se abstuvo de añadir: «Te dije que parecían demasiado buenos para ser verdad» porque no hacía falta. Ambos recordaban la conversación. ¿Cómo había sido tan estúpido? Miraba el cielo, inexplicablemente sin aliento. No recordaba haberle colgado a la contable, pero debió haberlo hecho, porque ya no hablaba con ella, ahora solo leía la noticia en su móvil sobre la detención de Jonathan Alkaitis en su hogar en Greenwich esa madrugada y sobre la estafa que se había venido abajo cuando demasiados inversores retiraron sus fondos, iban a arrestar a más gente, la Comisión de Valores y el FBI estaban investigando, y en algún lugar de esa ciénaga estaban enterrados los ahorros de Leon, o más bien el fantasma de sus planes de jubilación, porque el dinero ya no estaba.

—Esto no es un desastre —se susurró a sí mismo.

El tiempo había vuelto a detenerse; ya no miraba su móvil, sino que estaba de pie frente a una pared de cristal. El panel sobre el panorama económico ya había terminado, sus colegas se dispersaban por los pasillos y atacaban los puestos de café, una marea creciente de voces superpuestas. Tenía que salir de allí. Cruzó las llanuras de moqueta gris y flotó por las escaleras mecánicas, atravesó el vestíbulo inferior, dejó atrás el casino y salió al escaso aire del desierto en invierno. La acera estaba llena y los turistas caminaban a cámara lenta. ¿Por qué organizaban un congreso sobre transporte marítimo en una ciudad en mitad del desierto? Porque las habitaciones de hotel en Las Vegas eran baratas. Porque el desierto es un océano. «No es un desastre —se repitió—, no nos quedaremos en la calle». Podía afirmar que le habían robado, y no sería inexacto, pero, por otra parte, los hechos del caso eran como siguen: había conocido a Alkaitis en el bar de

un hotel, Alkaitis le había explicado la estrategia de inversión, *Leon no lo había entendido*, pero de todos modos le había entregado a Alkaitis sus ahorros. No había insistido en que le dieran más explicaciones. Uno de nuestros fracasos habituales como especie: nos arriesgaremos a casi todo para evitar parecer estúpidos. La estrategia parecía encuadrarse en una cierta lógica, incluso si la mecánica concreta (las opciones, *puts* y *calls*, las conversiones, la suspensión de los valores) quedaba fuera de su alcance. «Mira —le había explicado Alkaitis en un tono cálido y servicial—, podría detallártelo, pero creo que has entendido el concepto, y, al final, los rendimientos hablan por sí mismos». Y era cierto, Leon lo veía: una entrada constante en la columna de números que apelaba a su profunda ansia de orden en el universo.

Un par de coristas pasaron a su lado, no tendrían más de dieciocho o diecinueve años e iban conjuntadas, con sus pesados tocados de plumas en la mano, las caras endurecidas por el cansancio y el maquillaje. En realidad no eran coristas de verdad, solo chicas que obtenían propinas posando con los turistas en las aceras. Dejó atrás a hombres de mediana edad y a mujeres con camisetas rojas en las que ponía «UNA CHICA EN TU HABITACIÓN EN 20 MINUTOS» que repartían folletos que dirían lo mismo. Las personas que repartían los folletos tenían la mirada distante y estaban desgastadas de una manera que sugería que habían tenido una vida difícil, ¿o era Leon quien se lo imaginaba? No lo creía. Entró en el vestíbulo de un hotel, no se fijó en cuál, solo para salir de la calle. Pensó en las chicas: si podían estar en tu habitación en veinte minutos, probablemente estaban en algún lugar a la espera de la llamada. Imaginó la *suite* del hotel donde las chicas aguardaban, el aire cargado de humo de cigarrillo y del aroma de perfume, las muchachas mirando sus móviles, haciendo cola en el baño, hablando de lo que sea que hablan las chicas que vienen en veinte minutos a tu habitación, esperando, contando las horas, contando el dinero, con la esperanza de que su próxima cita no sea un psicópata. La visión lo entristeció profundamente. Podía vivir sin sus ahorros. No había nadie en ese país que llegara a morirse de hambre. Era solo un futuro que se desvanecía y que habría que reemplazar por otro. Estaba bien de salud. Podían vender la casa. Encontró un banco lejos de la gente, cerca de la entrada del casino,

y llamó a su mujer.

—He visto las noticias —dijo antes de que Leon pudiera saludarla. El miedo en su voz era insoportable—. ¿Es grave, L?

—Es un desastre, Marie. —Se dio cuenta de que estaba llorando por primera vez en más de una década—. Lo siento mucho, querida, lo siento muchísimo. Es un desastre absoluto.

4

Ella Kaspersky estaba en la CNN esa noche. Olivia y Leon la estuvieron mirando, Olivia en el apartamento de su hermana en Nueva York y Leon en una habitación de hotel en Las Vegas.

—Por supuesto que se me ocurrió que los rendimientos podían ser legítimos, Mark —le decía al entrevistador—, pero es que eso convertiría a ese fondo de inversión en el primero cuya gráfica de retornos formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados en línea recta, así que comprenderá mi escepticismo.

Oskar y Joelle también miraban la entrevista, en un bar en Midtown. Se habían consolado a lo largo de los años diciéndose que Kaspersky era una figura marginal, pero, por otra parte, por supuesto, siempre había tenido razón sobre la naturaleza de la unidad de gestión de activos de Alkaitis, y Oskar había leído su blog, lleno de entradas furiosas y de una precisión desconcertante.

—No siento ningún placer por haber tenido razón —añadía ahora, elegante e impecable en un estudio de la CNN.

Estaba contando su historia: cómo Alkaitis la había abordado en el vestíbulo de un hotel; sus investigaciones, que la habían llevado a la conclusión de que ese nivel de retornos era imposible; cómo había contactado con la Comisión de Valores, que había llevado las cosas con tanta torpeza que ahora se hablaba de una investigación en el Congreso; cómo había intentado durante años que se supiera la verdad y nadie le había hecho caso e, incluso aunque Oskar sabía que todo eso era correcto, y sabía que Kaspersky tenía razón, aún tenía ganas de arrojar su zapato contra la pantalla. ¿Por qué era tan irritante a menudo la gente honrada?

—Está encantada de la vida —comentó Joelle—. Disfruta al saber que tenía razón.

5

Por la mañana, los inversores regresaron al vestíbulo del edificio Gradia. Harvey, que había apagado su móvil y no había hablado con nadie, se sorprendió al ver que había gente en posición a las siete y media de la mañana, una docena en un nudo angustiado en el extremo de la acera, donde parecía que los vigilantes de seguridad los habían expulsado. Trató de deslizarse entre ellos sin establecer contacto visual con nadie, pero una mujer estiró la mano y le tocó el brazo.

—Harvey.

—Olivia.

Había visto a Olivia varias veces a lo largo de los años en el despacho de Alkaitis. Llevaba un abrigo blanco y un pañuelo amarillo y, en mitad del implacable gris de Manhattan en diciembre, parecía una flor de narciso.

—Trabajaba con él, ¿verdad? —Otro inversor se interpuso delante de él, un hombre con la cara roja y terror en los ojos—. ¿Con Alkaitis?

Harvey miró a Olivia y esta miró a Harvey. Deseó estar a solas con ella para confesárselo todo sin esos extraños que lo vigilaban.

—Harvey —dijo ella—. ¿Es cierto? ¿Lo sabías?

Otro inversor se había acercado, no, dos más, y todos estaban muy furiosos, y había más, Olivia radiante con su abrigo blanco y los demás con sus neoyorquinos trajes monocromos de invierno, negros y grises, demasiado cerca, con su miedo y su aliento que olía a café. Harvey temió por su vida. Sintió que sería plenamente justificable si lo agarraban y lo empujaban delante de un coche en marcha. Y parecía que tenían ganas de hacer eso. Era un hombre corpulento, pero, si seis se ponían de acuerdo, podían hacerlo. La calle estaba ahí mismo.

—Tengo que ir arriba y ver qué pasa —se disculpó.

—Oh, no va a ir a ninguna parte —intervino uno de ellos— hasta que nos diga…

Pero lo último que esperaban era que echara a correr como un caballo asustado, así que nadie pudo atraparlo antes de que desapareciera. ¿Cuándo había corrido por última vez? Hacía años. No era consciente de lo rápido que podía ser. Ya había cruzado el

vestíbulo. Deslizó su tarjeta por el torno y cruzó mientras ellos se quedaban clavados en la acera, asombrados. No estaba en buena forma, así que después de la carrera se quedó sin aliento. Se había hecho daño en el tobillo, no, en los dos tobillos. Harvey decidió que en prisión sería uno de esos hombres que se ejercita continuamente, haría flexiones en su celda, levantaría pesas y haría carreras por el patio. Cuando llegó a la planta diecisiete, descubrió que habían abierto la puerta de la oficina. Un oficial de policía montaba guardia. La gente que había en la oficina le pareció, al principio, una masa de sombras sin diferenciar: trajes oscuros, chaquetas oscuras en las que ponía FBI o POLICÍA en la espalda.

Hay momentos en la vida que exigen algo de valor. Harvey no se giró ni regresó a los ascensores ni tampoco tomó un taxi hacia el JFK para abandonar el país, aunque en ese momento aún estaba en posesión de su pasaporte. En lugar de eso, caminó hacia el centro del enjambre y se presentó.

El despacho de Harvey estaba lleno esa mañana de agentes del FBI y de la Comisión de Valores, varios muy interesados en hablar con él, «por qué no se toma un minuto para recomponerse y nos sentaremos en la sala de reuniones».

—Solo necesito algo de mi mesa —se excusó Harvey.

Se ofrecieron a ir a buscárselo, posiblemente porque temían que se tratara de una pistola que no hubieran detectado.

—Si miran en el cajón superior izquierdo —explicó Harvey—, bajo los archivos, encontrarán una libreta de notas con mi letra. Hay varias páginas con anotaciones. Creo que les resultará de interés. —Y caminó, casi flotó, delante de ellos hasta la sala de reuniones.

Oskar se cruzó con él.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con los labios blancos.

—Ya lo sabes —respondió Harvey.

Oskar parecía a punto de vomitar, pero lo raro era que Harvey no se sentía tan mal en realidad. Nada de todo eso le parecía real. Oskar le mandó un mensaje a Joelle para avisarla de que no fuera a la oficina. Esta fue a buscar a sus hijos a la escuela, los sacó a media mañana, los llevó a una juguetería y, sin dejar de sonreír, les dijo que podían comprar lo que quisieran, pero el más pequeño se echó a llorar porque, si podían pedir lo que quisieran, entonces es que

algo iba terriblemente mal. Más tarde los niños se acordarían de ese paseo como un desfile largo e incómodo por Manhattan, con mucho frío, en el que entraban y salían de tiendas de juguetes y de chocolaterías y del Museo de los Niños mientras su madre repetía: «¿A que es divertido?», pero también rompía a llorar y pasaba de cubrirlos de atenciones a estar colgada del móvil.

—Siempre recordaremos este día, ¿verdad? —dijo cuando ya estaban en el coche de regreso a Scarsdale. Se movían muy lentamente en el tráfico de última hora de la tarde.

—Sí —respondieron sus hijos, pero más tarde sus recuerdos quedaron desestabilizados por las cartas de Joelle desde la prisión: cuánto nos divertimos ese último día, escribía, en esa juguetería, con la jirafa gigante de peluche, mientras tomábamos chocolate caliente, me alegro tanto de que disfrutáramos de ese día juntos, os acordáis de la maravillosa exposición del museo, y los niños se preguntaban si se acordaban bien, porque para ellos el día había sido frío, tenían los pies mojados, la sensación de que algo iba mal, el gris de Manhattan contra la lluvia de invierno, la manera en que la jirafa se había empapado en un charco de camino al coche.

Para cuando los hijos de Joelle compraron la jirafa, Ron ya se había ido. Se fue a mediodía para reunirse con su abogado, que le aconsejó no volver. Aún estaban entrevistando a Harvey en la sala de reuniones. Oskar jugaba al solitario en su ordenador, que ya estaba desconectado de internet y del servidor interno y que ya habían vaciado mientras los investigadores registraban sus archivos. Enrico estaba en casa de su tía en Ciudad de México. Se había pasado varias horas buscando por los cajones el antiguo pasaporte de su primo muerto y, ahora que lo tenía, estaba sentado en el patio con ella, los dos fumaban un cigarrillo tras otro en silencio, Enrico miraba su móvil de vez en cuando, seguía las noticias sobre la detención de Alkaitis y reflexionaba sobre lo extraño que era que jamás se había sentido menos libre en toda su vida.

Oskar fue el último en irse esa noche. Se había pasado el día actuando de la manera lo más confusa posible, había indicado a los investigadores la localización de varios archivos mientras les preguntaba qué sucedía para tratar de ofrecer la ilusión de colaboración sin confesar nada. Había sido una actuación agotadora. El ascensor se abrió para revelar a Simone, que bajaba

de la planta dieciocho con una caja de cartón entre las manos.

—Qué locura de día —comentó Oskar mientras entraba en el ascensor.

La chica asintió.

—¿Qué hay en la caja?

—Algunos efectos personales de la mesa de Claire Alkaitis. Pidió que se los llevara.

Vio una figurita de cristal, una foto enmarcada de Claire y de su familia, algunos libros. Los niños de la foto parecían pequeños, de no más de seis o siete años. Oskar apartó la mirada. En la versión fantasma de su vida, en el universo paralelo en el que había ido al FBI hacía once o doce años, esos niños se habrían ahorrado todo eso; en esa vida, Claire Alkaitis habría sido una adolescente cuando hubieran arrestado a su padre y, obviamente, habría sido traumático, pero no del mismo modo que estar implicada, no como ser vicepresidenta de una de las empresas de tu padre y que arrastren tu apellido por el barro en la prensa; en esa vida fantasma, comprendió, Claire Alkaitis y sus hijos probablemente habrían acabado bien.

—¿Quieres ir a tomar algo? —le propuso a Simone.

—No —respondió ella.

—¿Seguro?

—Eres más o menos el último hombre sobre la Tierra con el que querría ir a tomar algo.

—Vale, vale. Podrías haber dicho simplemente que no.

—Es lo que he hecho.

Se abrieron las puertas del ascensor y ella se alejó. El grupo de inversores se había quedado en unas seis o siete personas en la acera; ya no lloraban, pero seguían en *shock*, miraban el edificio Gradia y escudriñaban a todos los que salían. Simone avanzó sin mirarlos y se metió en un coche negro que la esperaba en la esquina.

Claire Alkaitis estaba donde Simone la había dejado, en el asiento de atrás.

—Gracias —dijo—, te lo agradezco.

Su voz era apenas un susurro. Aceptó la caja de Simone, estudió la fotografía, un artefacto de una civilización que acababa de extinguirse, y miró los libros como si jamás los hubiera visto antes.

Bajó un poco la ventanilla para arrojar la figurita de cristal por la rendija. Al estrellarse contra el pavimento hizo un tintineo agradable.

—Un regalo de mi padre —se justificó. El conductor evitó con cuidado establecer contacto visual con ella desde el retrovisor—. ¿Dónde vives, Simone?

—Williamsburg este.

—De acuerdo. Aaron, ¿nos llevas a Williamsburg este?

—Claro, ¿alguna dirección en concreto?

Simone se la dio.

—¿No tiene que volver a su casa? —le preguntó a Claire, que había vuelto a cerrar los ojos.

—Mi casa es el último sitio donde quiero estar en este momento.

Hubo, pues, un interludio de silencio mientras el coche se movía hacia el sur, en dirección al puente de Williamsburg. Fuera empezaba a nevar. Simone llevaba ya seis meses en Nueva York y pensaba que empezaba a comprender que alguien se cansara de la ciudad. Los había visto en el metro, a esa gente agotada, que llevaba trabajando demasiado tiempo y demasiado duro, atrapados en la máquina, con los ojos cerrados en el último tren. Simone siempre los había considerado ciudadanos de una urbe distinta, pero la brecha entre su ciudad y la de ella empezaba a estrecharse.

—¿Cuánta gente lo sabía? —preguntó por fin Simone.

Estaban pasando por el East Village.

—Supongo que todo el mundo en la unidad de gestión de activos. Todos los que trabajaban en la planta diecisiete. —Claire no abrió los ojos. Simone se preguntó si estaba sedada.

—¿Todos? ¿Oskar, Enrico, Harvey…?

—Parece que es lo que literalmente hacían en esa planta, se encargaban de que la estafa funcionara.

—¿Alguien más lo sabía? ¿En la planta dieciocho?

—No lo sé. No lo creo. Las dos empresas siempre operaron por separado. Todo es muy confuso. —El coche traqueteaba por el puente de Williambsurg mientras la nieve caía sin cesar, y a Simone le pareció algo hipnótico—. Tienes mucha suerte —añadió Claire.

—No me siento afortunada.

—¿Sabes qué eres?

—¿Una persona sin trabajo?

—Eso es algo temporal. ¿Sabes lo que sí que es permanente? Eres una persona con una anécdota fantástica para la hora del cóctel. Dentro de diez o veinte años, cuando estés en una fiesta, tendrás un martini en la mano y un círculo de personas te escuchará mientras digas: «¿Alguna vez os he contado que trabajé para Jonathan Alkaitis?». —La voz de Claire se quebró cuando pronunció el nombre de su padre—. Puedes alejarte de todo esto sin mácula.

Simone no supo qué responderle.

—Avenida Graham, ciento setenta —anunció el conductor.

—Vale —dijo Simone—. Me bajo aquí. ¿Estará usted bien?

—No —contestó Claire, como si estuviera soñando.

Simone miró al conductor, que se encogió de hombros.

—Bueno, pues muchas gracias por acercarme. —Se bajó del coche de Claire y empujó la verja del edificio, luego la puerta principal y cruzó el vestíbulo, oscuro y que nadie limpiaba. Yasmin estaba en la cocina comiendo ramen y leyendo algo en su ordenador.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Yasmin.

—Acabo de compartir coche con Claire Alkaitis, y ha sido el viaje más extraño de mi vida.

—¿Es su mujer?

—La hija.

—¿Cómo estaba?

—Como si se hubiera tomado tres tranquilizantes de caballo —respondió Simone—. Y un poco hostil. Me ha dicho, literalmente, que saldré de esta con una anécdota para las fiestas. Que en veinte años estaré contándole a la gente que trabajé para Alkaitis mientras me tomo un martini.

—Bueno, tiene razón —convino Yasmin—. Quiero decir, objetivamente. Dentro de veinte años estarás contándolo en las fiestas.

Oskar salió del edificio Gradia y se metió en la incipiente tormenta de nieve justo cuando caían los primeros copos. No se fijó en los detectives hasta que lo alcanzaron, a una manzana de la oficina. Eran dos, un hombre y una mujer, y le mostraron sus placas mientras salían de un coche negro que se había detenido frente a una boca de incendio.

—¿Oskar Novak?

En una versión paralela de lo sucedido, quizá habría echado a correr, y en su vida fantasma, su vida honorable, la que no estaba regida por un esquema Ponzi, jamás había estado allí. Pero en este mundo Oskar se detuvo bruscamente y, de pie en la acera durante la primera nevada de ese invierno, a unos segundos de que le pusieran unas esposas por primera vez, le sorprendió darse cuenta de que se sentía aliviado.

—Somos del FBI —dijo la mujer—. Soy la detective Davis y este es el detective Ihara.

De una manera distante se dio cuenta de que habían sido compasivos; debieron haberlo seguido desde que había salido del edificio Gradia, pero habían esperado hasta que los inversores y los periodistas que se agolpaban frente a sus puertas quedaron más lejos.

—Está usted detenido —sentenció el detective Ihara con calma.

Las pocas personas que pasaban por la acera lo miraron suspicaces u observaron la escena sin disimulos, pero sin acercarse. Los detectives recitaban las frases de rigor, «Tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga puede utilizarse en su contra, tiene derecho a un abogado», y Oskar se quedó inmóvil mientras la nieve le caía por la cara, y aceptó las esposas sin protestar mientras por toda la ciudad y las zonas residenciales, aquí y allá, al resto también nos arrestaban.

6

En la vista para la sentencia, seis meses después, el abogado de Alkaitis apeló a la compasión del juez. «Si hemos de ser honestos con nosotros mismos —expuso—, ¿quién de entre los que estamos aquí no ha cometido nunca un error?». Pero Olivia se dio cuenta de inmediato de que la estrategia era errónea. El juez miraba al abogado con expresión incrédula porque, claro que la gente comete errores, pero son más bien olvidarse de pagar una factura de teléfono, dejarse el horno encendido después de la cena o introducir una cifra equivocada en un Excel. Perpetuar un fraude de miles de millones de dólares durante varias décadas es algo muy distinto.

¿Se dio cuenta del error el abogado? Era imposible saberlo. Veer Sethi era una persona elegante que vestía trajes caros, de sienes

plateadas y con talento para la actuación. El hombre que estaba sentado al lado de Olivia, un inversor también perjudicado, un dentista retirado que temblaba de rabia cuando hablaba del fraude, le había contado que el abogado de Alkaitis era uno de los más caros de la ciudad, especializado en la defensa criminal, pero a Olivia no le pareció que fuera nada formidable. Había cometido un error, pero siguió con su historia, como el niño que sigue el camino en el bosque en la oscuridad: érase una vez una familia, Jonathan, Suzanne y su hija Claire. (Por cierto, ¿dónde estaba Claire? Olivia había asistido a tres sesiones del juicio sin ver ni rastro de ella). Todos vivían en una casita en una zona normal y corriente, luego se compraron una casa un poco más grande; Jonathan se pasaba mucho tiempo trabajando hasta tarde y Suzanne también. Se iban de vacaciones por poco tiempo y a lugares baratos, donde se podía ir en coche, pasaban la Navidad con la familia de ella en Virginia o con la de él en Westchester County. Luego llegó el esfuerzo de montar un negocio cada vez más exitoso, enviaron a Claire a Columbia y esta luego empezó a trabajar en la empresa de inversiones de su padre (la parte legítima, Sethi se ocupó de dejarlo muy claro, la empresa que no tenía nada que ver con el crimen), y entonces a Suzanne le diagnosticaron un cáncer agresivo.

—No estoy sugiriendo que nada de esto sea una excusa que explique los actos de mi cliente —dijo el abogado—. Pero llevo casado con mi mujer treinta y cinco años y, como marido, solo puedo imaginar lo que debieron ser aquellos días tan duros para esa familia.

Vincent había aparecido, y Olivia pensó que eso había exigido bastante valor por su parte. Estaba unas filas más atrás, al otro lado del jurado, muy quieta y con un traje gris.

—Y, aunque no hay dolor que justifique sus actos —prosiguió el abogado—, fue durante ese periodo cuando empezó el fraude.

Parecía tratar de transmitir la sensación de que el esquema Ponzi era algo que había sucedido, igual que la meteorología, y que no había sido un crimen premeditado a sangre fría y disimulado con la ayuda de un equipo dedicado a ello. (¡Si sus empleados estuvieran ahí! Olivia tenía ganas de matarlos a todos personalmente. Empezaría con Harvey Alexander. Lo haría suplicar, y ella no tendría piedad). El juez anotaba algo. Sethi seguía

hablando de hospitales, de operaciones, de cirugía y de rondas de quimioterapia durante las cuales Alkaitis se veía obligado a desaparecer de su oficina para cuidar de su mujer, y se distraía y no prestaba la debida atención a sus asuntos. Había invertido mucho en varias empresas tecnológicas que se desmoronaron y lo dejaron al descubierto. Había señales de que la burbuja tecnológica iba a estallar, pero, como la enfermedad y la muerte de su esposa lo habían tenido absorto, no se había dado cuenta hasta que había sido demasiado tarde.

—Y en ese momento —siguió el abogado—, mi cliente cometió su error más grave. —Pero ¿cuántas veces iba a pronunciar la palabra «error» en su discurso? ¿Su estrategia eran tan transparente para el juez como lo era para Olivia? No lo sabía. El juez se mostraba impasible—. Mi cliente perdió mucho dinero y pensó: «¿Sabes qué? Puedo cubrir estas pérdidas». Y cometió un error terrible, un error de juicio, un error muy grave. Decidió cubrir esas pérdidas con los ingresos de nuevos inversores. Estaba avergonzado. Pensó que podría recuperar el dinero en un mes o dos y que nadie se enteraría. ¿Por qué haría algo así? ¿Por qué iba a cometer un error tan enorme? —Hizo una pausa dramática. A Veer Sethi le habían encargado una misión imposible. Y actuaba lo mejor que podía—. Lo que yo creo, señoría, es que la cuestión se reduce a algo muy sencillo: miedo. Cada vida contiene varios momentos terroríficos. Mi cliente había perdido a su mujer. Estaba desolado. Solo le quedaban su empresa y su trabajo. Y el fraude empezó, este terrible error, porque no podía soportar perder su trabajo, que en ese momento era lo único que tenía.

Olivia pensó que eso no era muy halagador para Claire. Quizá debería haber cursado derecho, igual que su hermana Monica. Podría haberlo hecho mejor que ese tipo. En la sala hacía demasiado calor. Olivia se distrajo un momento pensando en una tarde concreta en el Soho, sentada en el sofá con Renata durante una violenta tormenta de agosto, mientras hacían una pausa durante una sesión de pintura, escuchaban la lluvia y bebían vino, y Renata decía: «No podría trabajar aunque quisiera», pero lo decía como si tratara de convencerse de ello, y Olivia sospechó que por eso recordaba ese instante. Renata había sobrevivido hasta 1972 antes de sucumbir a su hábito. ¿O hasta 1973? No, definitivamente

1972, porque Olivia recordaba ver los informativos sobre el Watergate y preguntarse qué habría pensado Renata si hubiera estado viva. Renata, que había dejado a su padre político y a su madre, alcohólica en secreto, en la zona residencial de Maryland para ir ahí, Renata, que afirmaba que no le importaba ese mundo, pero que había seguido la actualidad política con atención durante toda su vida.

De vuelta en el tribunal, Veer Sethi seguía hablando.

—Cuando miren a mi cliente —decía—, no vean a un hombre malvado. Sepan que miran a un hombre con flaquezas, a alguien que, en el momento clave, cuando comprendió que sus pérdidas eran mayores que sus bienes, no encontró el valor suficiente. Están mirando a un hombre decente que cometió un error.

Era imposible no fijarse, mientras Sethi daba las gracias al juez por su consideración y se sentaba en su mesa, en que los fiscales sacudían la cabeza con una sonrisa irónica. Alkaitis tomaba notas con cuidado en una libreta. Sethi y sus dos asistentes consultaban y movían papeles para evitar mirar a nadie, sobre todo al fiscal del Estado. Este se levantó de su mesa, se abotonó la chaqueta del traje y empezó, con un desdén apenas encubierto, a perforar la línea de flotación temporal que la defensa había esbozado. Era curioso, dijo el fiscal, que el esquema Ponzi supuestamente hubiera empezado después del estallido de la burbuja tecnológica cuando uno de los empleados de Alkaitis, un tal Harvey Alexander, había confesado que había participado en la estafa desde finales de los años setenta. La mente de Olivia se distrajo. Dormía mal desde hacía tiempo. Había abandonado su apartamento y se había mudado con su hermana Monica, y la cama en la habitación de invitados no era demasiado cómoda. ¿Tenía sentido, de hecho, quedarse a escuchar aquello?

Pero Olivia se quedó hasta el final. La sentencia, cuando la dictaron, fue algo de cuento de hadas: había una vez un hombre al que encerraron en un castillo durante ciento setenta años.

La exclamación de los asistentes fue palpable. «Ciento setenta años», repitió alguien cercano. Un suave silbido. Algunos vivas apagados. Olivia se quedó muy quieta y no sintió absolutamente nada.

Había salido antes del amanecer con la sensación de embarcarse en

una misión, pero, una vez que dictaron sentencia, casi deseó haberse quedado en casa. No podía esperar una condena más larga y, sin embargo, era un curioso anticlímax. Tardó en abandonar el tribunal y nadie se fijó en ella cuando por fin emergió al exterior. En este caso, no le importaba su capa de invisibilidad. No se sentía bien. Hubo un tiempo en que el calor de Nueva York no la habría molestado, pero eso ya había pasado. Los medios de comunicación se arracimaban alrededor de los demás inversores. «Mire, es que esto no cambia nada», oyó que decía el dentista. Suponía que tenía razón. Jonathan pasaría el resto de su vida en la cárcel, pero Olivia aún vivía en la habitación de prestado de su hermana. Subió por la ciudad a través del horno del metro y observó la manera en que la vida de la ciudad seguía a su alrededor, indiferente e ininterrumpida. Cuando se había subido al vagón esa mañana había pensado que sería testigo de algo histórico, pero ¿realmente la historia recordaría a Jonathan Alkaitis? Solo era un traje más en una era de colapso y disipación, el arquitecto de un fraude vergonzosamente poco sofisticado que había funcionado durante un tiempo y que había acabado por implosionar. El calor era excesivo. El metro estaba atestado. Cuando por fin emergió en el Upper East Side, a unas manzanas del apartamento de su hermana, tuvo que caminar muy lentamente para no desmayarse. Un hombre que iba en dirección opuesta casi se dio de bruces contra ella; frunció el ceño cuando se apartó en el último minuto, como si la culpa fuera de ella.

—Es una cuestión técnica —explicó el juez—, pero estoy obligado a dictar un periodo de libertad condicional supervisada después del cumplimiento de su sentencia.

Idea para una historia de fantasmas: hubo una vez un hombre condenado a ciento setenta años en la cárcel que permaneció en libertad condicional durante tres años al término de su condena. Idea para una historia de fantasmas: había una vez una mujer que paseó sin ser vista a través de la ciudad de Nueva York hasta que se fundió con el gentío y el calor.

12. La vida alternativa

Una mañana en FCI Florence Medium 1 en que Alkaitis sale al patio y ve una nota de color en la gente. Es rojo, pero eso es imposible, porque aquí el rojo no está permitido. No solo rojo: un traje de mujer rojo, como los que no ha visto desde principios de los noventa, o mediados como mínimo, rojo bombero con hombreras pronunciadas. La mujer que lo lleva puesto parece moverse demasiado deprisa; en pocos pasos ha cruzado el patio y está de pie a su lado, mirándolo.

—*Madame* Bertolli —dice él en voz baja para tratar de calmarse.

—¿Has dicho algo? —pregunta el tipo que tiene al lado.

—No, nada.

Obviamente, Yvette Bertolli no está aquí, porque eso sería imposible y nadie parece haberla visto. Pero, aun así, está. Empieza a recorrer lentamente el patio, en un círculo, y a veces parpadea como si fuera una llama. Tiene un aspecto mucho más joven que la última vez que la vio. Quizá sea el mismo traje que llevaba cuando la conoció, que debió ser alrededor de 1986 o 1987. Una comida en París. Yvette había fundado su propia empresa de inversiones y tenía algunos clientes italianos y franceses con mucho dinero para invertir, y se los presentó. La mañana en que arrestaron a Alkaitis, sus clientes habían invertido 320 millones de dólares en el esquema Ponzi de Alkaitis. Yvette Bertolli murió de un ataque al corazón esa tarde.

Ahora recorre el patio en círculos y mira de vez en cuando a Alkaitis. Él cierra los ojos y se pellizca, usa todos los trucos que se le ocurren, pero sigue allí cuando vuelve a entrar en el edificio una hora más tarde; charla con Faisal debajo de un árbol.

—Me gustaría preguntarle por sus empleados —le dice la periodista Julie Freeman en una de sus visitas.

—Eran buena gente —asegura—. Leales.

—Es interesante que piense en ellos como buena gente teniendo en cuenta que estaban implicados en el delito.

—No, lo hice todo solo. —Ha decidido sostener esta versión hasta el fin de sus días, aunque tres de sus cuatro empleados de la rama de gestión de activos ya han sido condenados a penas de prisión. Nota un gesto irritado en la periodista mientras esta anota algo.

—Supongo que ya sabe que Lenny Xavier perdió su apelación —le dice—. Culpable de todos los cargos relacionados con el esquema Ponzi.

—Preferiría no hablar de él —le pide Alkaitis.

—Cambiemos de tema, pues. Me gustaría preguntarle algo sobre lo que afirmó uno de sus empleados cuando declaró como testigo —comenta—. Cuando interrogaron a Oskar Novak, le preguntaron por el historial de búsqueda de su ordenador y respondió, y cito: «Es posible saber y no saber algo al mismo tiempo».

—¿Por qué?, ¿qué había en su historial de búsqueda? —De hecho, Alkaitis no ha pensado demasiado en Oskar ni en ninguno de los demás. Los mantuvo en plantilla durante años. Podían irse en cualquier momento.

—Se pasó un total de nueve horas y media buscando los requisitos de residencia de países que no tienen tratados de extradición con Estados Unidos —le cuenta Freeman.

—Uf. Pobre muchacho. —En su mente, Oskar sigue siendo el crío de diecinueve años sin formación universitaria que se presentó a una entrevista de trabajo con un traje que le iba grande—. Eso seguro que no lo ayudó.

—Así fue. —Espera un par de segundos, pero él no le pregunta nada. La verdad es que no le importa realmente qué le sucedió a Oskar, en qué prisión está o cuán larga es su sentencia—. En cualquier caso —prosigue ella—, siento curiosidad por saber si esa idea es relevante para usted, eso de que una persona pueda saber y no saber algo al mismo tiempo.

—Me parece una idea interesante, Julie. Pensaré en ello.

Hay algo de verdad en eso, piensa luego, mientras espera en la cola para la cena. Es posible saber que eres un criminal, un mentiroso, un hombre de moral débil, y, sin embargo, *no* saberlo, sentir que tu

castigo es inmerecido, que, a pesar de los hechos puros y duros, deberían tratarte con más calidez, de una manera especial. Es posible saber que eres culpable de cometer un crimen enorme, saber que robaste una gran cantidad de dinero de múltiples personas y que las dejaste en la pobreza, y que algunas incluso se suicidaron, puedes saber todo esto y, sin embargo, cuando llega tu juicio, sentir que de algún modo has sido víctima de una injusticia.

Entre las visitas de Freeman, Alkaitis reflexiona sobre el historial de búsqueda de Oskar. Es casi conmovedor, de hecho, pensar en ese muchacho documentándose sobre qué países no tienen extradición con los Estados Unidos, investigando un plan que no tiene el valor de llevar a cabo. No como Enrico, que sigue en busca y captura.

Está haciendo cola para el economato cuando ve a Olivia. Está paseando y toca varios productos en las estanterías, sin mirarlo. Lleva el vestido azul que recuerda del último verano antes de que lo encarcelaran; lo llevó en el yate. Se aparta y se va sin comprar nada, profundamente conmocionado. Regresa a su celda y se echa con un brazo por encima de los ojos. Gracias a Dios, Hazelton se encuentra en alguna otra parte. Está desesperado por quedarse a solas, pero el problema es que ya no se siente seguro de si está solo cuando se halla en una estancia. Algunas fronteras se disuelven.

—¿Puedo pedirle que busque información sobre alguien para mí? —le pregunta a Julia Freeman en su siguiente visita. Han pasado dos días desde que vio a Olivia en el economato—. Uno de los inversores era una vieja amiga mía, una pintora que también había conocido a mi hermano. Se llama Olivia Collins. Me preguntaba si podía averiguar qué ha sido de ella.

Cuando vuelve a ver a Freeman, dos semanas más tarde, sabe lo que va a decir antes de que hable.

—Tengo malas noticias —le dice cuando se sienta—. Esa mujer sobre la que me pidió que buscara información, Olivia Collins, murió el mes pasado.

—Oh —murmura, pero comprende que ya lo sabía. Ha visto a Olivia dos veces ya, una en el economato y otra en el patio, donde hablaba con Yvette Bertolli.

—Lo siento —se disculpa Freeman, y se lanza a hacerle una batería de preguntas.

—¿Puedo preguntarle algo? —le dice él un poco más tarde, e

interrumpe un aburrido interrogatorio sobre balances contables.

—Adelante.

—¿Por qué quiere escribir sobre todo esto?

—Siempre me han interesado los engaños masivos —explica—. Mi tesis fue sobre una secta en Texas.

—No la entiendo.

—Bueno, mírelo así. Creo que estamos de acuerdo en que para cualquier inversor sofisticado debería haber sido obvio que usted había organizado una estafa piramidal.

—Es lo que siempre he dicho —coincide Alkaitis.

—Así que, para que la estafa funcionara durante tanto tiempo como lo hizo, mucha gente tuvo que tragarse algo que en realidad no tenía ni pies ni cabeza. Pero todo el mundo ganaba dinero, así que a nadie le importaba la verdad, excepto a Ella Kaspersky.

—La gente cree en todo tipo de cosas —asegura él—. Solo porque es una ilusión no quiere decir que no ganen dinero. Si quiere hablar de engaños masivos, conozco a un montón de tipos que se hicieron ricos con las hipotecas basura.

—¿Cree que es justo considerarlo la encarnación de una era?

—Eso me parece un poco duro, Julie. Yo no soy el responsable de la crisis económica mundial. Soy una víctima del colapso financiero, igual que todo el mundo. Cuando Lehman Brothers se hundió, supe que yo no podría seguir durante demasiado tiempo.

—Me gustaría preguntarle sobre Ella Kaspersky —dice Freeman.

—No es mi persona favorita en el mundo.

—¿Recuerda la primera vez que se reunió con ella?

Conoció a Kaspersky en 1999, en el hotel Caiette. El viaje empezó con mal pie. Suzanne ya estaba enferma y se había quedado en casa, en Nueva York, y, para cuando él llegó al hotel, ya lamentaba haber ido y pensaba en regresar antes de lo previsto. Pero necesitaba inversores, así que se había pasado una semana de cada mes viajando lejos de Nueva York, en la que se paseó por los salones de los clubes privados y los bares de hoteles. Le gustaba en especial el hotel Caiette porque el hecho de ser su dueño le otorgaba una instantánea credibilidad: «Mira, estamos charlando bajo un techo de mi propiedad». No es que desempeñara ningún papel en la gestión del hotel, pero eso no era lo importante.

En esa visita al hotel Caiette bajó durante su segunda noche y

ahí estaba Ella Kaspersky, una mujer elegante de mediana edad que bebía *whisky* en un sillón y contemplaba la luminiscencia crepuscular de la ensenada mientras el reflejo del vestíbulo ascendía por la superficie de cristal. Alkaitis se situó cerca y la saludó con una inclinación de cabeza cuando ella lo miró. ¿De qué hablaron? De Italia, si sus recuerdos no le fallan. Era una coleccionista de arte. No trabajaba. Viajaba, estudiaba idiomas, iba a subastas y a ferias. Acababa de pasar tres meses estudiando italiano en Roma, así que se fueron por las ramas y hablaron de los placeres de Italia antes de centrarse en cómo él se ganaba la vida. Se interesó por su fondo de inversión. Quedó claro, de una forma natural, que Ella disponía de dinero para invertir; su padre, que había muerto hacía unos meses, había legado la mayor parte de su fortuna a la fundación benéfica de la familia y Ella participaba en las decisiones de inversión de la fundación.

—Háblame de su estrategia de inversión —le pidió ella.

Se extendió y le dio bastantes detalles. Le dijo que utilizaba la estrategia de conversión de huelga dividida, que implicaba comprar una serie de valores junto con los contratos de opciones para vender esos valores a un precio fijo más tarde, de modo que se minimizaba así el riego. Le contó que calendarizaba esas adquisiciones según las fluctuaciones del mercado y que a veces salía totalmente de un mercado para invertir el dinero de sus clientes en valores del Estado, bonos del Tesoro y cosas así y volvía a entrar en un sector determinado cuando le parecía que era el momento adecuado. Le dio la impresión de que ella lo escuchaba con atención, pero para entonces ya llevaba tres copas y Alkaitis no se imaginaba que Ella recordaría todo lo que le había explicado hasta que varias semanas después llegó una carta a su despacho de Nueva York. Había investigado su estrategia y sus métodos de inversión. Había analizado el rendimiento de un fondo que él gestionaba. Había hablado con dos expertos acerca de la estrategia de inversión que le había contado que utilizaba y ninguno de los dos le había podido explicar por qué los rendimientos del fondo de Alkaitis eran tan elevados y sostenidos; sabía que había dos otros fondos de inversión que empleaban esa estrategia, pero sus resultados eran mucho más volátiles que el suyo. Le sorprendía su capacidad para adquirir valores en cantidades tan grandes sin que eso afectara a su precio.

Sus resultados parecían el fruto de algún poder psíquico, como si supiera cuándo el mercado iba a caer. «No es mi intención sugerir —proseguía—, que no estoy abierta a la posibilidad del misterio en el universo o que no estoy dispuesta a aceptar la existencia de un talento desproporcionado, incluso de puro genio, a la hora de predecir los movimientos de los mercados, pero no puedo ignorar su estrategia de inversión, en la escala en la que parece que la practica, requeriría más opciones OEX de las que existen en toda la bolsa de valores de Chicago». A nivel personal, quizá Alkaitis entendía el horror que Ella había sentido al averiguar que la fundación privada de su familia (que, no estaba segura de si se lo había mencionado en Caiette, se había fundado para financiar la investigación médica sobre el cáncer de colon, que había matado a su madre hacía una década) ya había invertido mucho dinero en el fondo de Alkaitis. «Naturalmente —escribía—, le planteé el tema al director de la fundación, que comparte mi alarma, y procedió a enviarle una petición de retirada de fondos. Así que hemos evitado el desastre, pero me resulta abrumador darme cuenta de lo cerca que ha estado la fundación de mi familia de desaparecer. Lo terrible que es pensar en el riesgo que ha corrido el legado de mis padres». Se había tomado la libertad de enviar una copia de esa carta a la Comisión del Mercado de Valores.

Alkaitis llamó a Enrico a su despacho. Fue interesante observar a Enrico mientras leía la carta de Kaspersky; su rostro no cambió, pero sus manos empezaron a temblar levemente. Suspiró al devolvérsela.

—No puede demostrar nada —dijo Enrico—. Son especulaciones e insinuaciones.

—Pero se lo ha enviado todo a la Comisión. Podrían intervenir en cualquier momento.

—Saltaremos ese puente cuando llegue el momento, jefe.

Algo que se le ocurre a Alkaitis muchos años después, cuando ya lleva bastantes en su nueva vida en FCI Florence Medium 1: ¿por qué no se fue entonces Enrico? ¿En el invierno de 1999, cuando Ella Kaspersky ya había averiguado la verdad del fondo de inversión?

En cualquier caso, en la versión de la historia que le da a Julie Freeman durante su entrevista en la cárcel no le muestra la carta de Kaspersky a nadie.

—¿Qué pasó después? —pregunta Freeman.

—La Comisión nos envió una carta. Iban a abrir una investigación.

—¿Por qué no detectaron el fraude entonces?

—La verdad es que no lo sé. O eran incompetentes o no les importaba, o las dos cosas. Supuse que nos descubrirían. Solo habría hecho falta una llamada telefónica. Literalmente, una llamada y habrían confirmado que no se producía ningún intercambio de valores.

—Cuando dice «descubrirían», ¿se refiere a usted y a su equipo?

—¿Cómo?

—«Supuse que nos descubrirían», acaba de decir.

—Me he equivocado. Me refería solo a mí.

—Ya veo. Debió ser una sorpresa agradable cuando cerraron la investigación sin detenerlo.

—Pues sí.

—¿Volvió a verla?

—¿A Kaspersky? No.

Sí, pero no le gusta pensar en esa noche. Suzanne y él cenaban en Le Veau
d'Or,
un restaurante que les gustaba mucho a los dos. Bueno, él cenaba. Suzanne sorbía caldo de pollo. Acababan de ver al oncólogo y era como si hubieran entrado en un túnel que terminaba en la oscuridad. Viajaban a toda velocidad hacia la noche. Alkaitis intentaba mantener la conversación, pero Suzanne estaba en un túnel distinto, uno mucho más oscuro, y solo contestaba con monosílabos, y él ya veía cómo se dividirían a partir de ahora, cómo Suzanne se alejaría más y más rápido de él. Pensaba que la noche no podía ir a peor, pero cualquier día puede torcerse aún más. A unas mesas de distancia oyó un ruido de cristal que se rompía y, cuando se giró para mirar, vio a Ella Kaspersky. Estaba cenando sola. A un camarero se le había caído la copa y se había roto contra el platillo del pan.

—¿La conoces? —preguntó Suzanne, que notó su expresión.

—No te lo vas a creer, pero es Ella Kaspersky.

(Una diferencia entre la vida con Suzanne y la vida con Vincent, una de tantas: a Suzanne se lo contaba todo).

—No pensaba que fuera tan elegante. —Kaspersky no miró en su dirección. Estaba ocupada limpiando el vino blanco de su chaqueta —. Todo este tiempo me la había imaginado como una loca con el pelo desordenado.

—¿Vas a comer algo más? Quería que comiera algo, que recuperara fuerzas, y también que dejara de mirar a Kaspersky.

—No, pide la cuenta.

Así lo hizo, y pagó mientras su esposa observaba a Kaspersky, que prescindió de las disculpas del camarero y se concentró en la lectura de algún documento, un fajo de papeles recogido en un clip. No le gustaba la manera en que Suzanne la miraba.

—Vámonos —dijo con suavidad cuando se llevaron la cuenta, pero Kaspersky estaba sentada en el punto más estrecho del restaurante, y tenían que pasar bastante cerca de su mesa para llegar a la salida. A medida que se acercaban, el rostro de Suzanne se pintó con una sonrisa terrorífica. Kaspersky finalmente levantó la mirada cuando ya casi estaban frente a su mesa. Tenía una excelente cara de póker, pero sus ojos se estrecharon un poco al reconocerlo.

—Buenas noches, Ella —la saludó Alkaitis.

La Comisión había dado carpetazo a su investigación esa misma semana. No había motivo para no ser generoso en la victoria.

Ella se reclinó en la silla y lo contempló mientras tomaba un sorbo de vino. Tardó tanto en hablar que pensó que no iba a decir nada, y se disponía a irse cuando soltó:

—No merece mi desprecio.

Alkaitis se quedó paralizado. No se le ocurría qué contestarle.

—Oh, Ella —dijo Suzanne.

El camarero se había dejado un pedacito de la copa rota en el fondo del platillo del pan. Suzanne lo tomó entre el índice y el pulgar y lo dejó caer con delicadeza en el vaso de agua de Ella. Los tres lo miraron hundirse hasta el fondo.

Suzanne se inclinó y añadió en voz baja:

—¿Por qué no bebes un poco?

Por un instante nadie pronunció ni una palabra.

—Seguro que deben decíroslo todo el tiempo —arremetió Ella Kaspersky—, pero sois tal para cual.

Alkaitis tomó el brazo de su esposa y la condujo rápidamente

hacia el exterior, a la calle y al frío, donde los esperaba el coche. La metió dentro y se sentó a su lado.

—A casa, por favor —le pidió al chófer.

Miró a su mujer y vio que Suzanne lloraba en silencio y se cubría la cara con las manos. La abrazó durante largo rato, mientras sus lágrimas caían sobre el abrigo, y se quedaron así, sin hablar, durante todo el trayecto de vuelta a Connecticut.

En una vida diferente, en la biblioteca del FCI Medium 1, el profesor visitante se aleja de F. Scott Fitzgerald, algo muy poco habitual.

—Hoy quiero hablar de una alegoría —empieza—. ¿Alguno de vosotros conoce la historia del cisne en el estanque helado?

—Sí, creo que me sé esa historia —responde Jeffries. Era policía hasta que intentó contratar a un asesino a sueldo para matar a su mujer—. Es la que dice que el cisne no se escapa volando a tiempo, ¿verdad?

Alkaitis se pone a pensar en la historia del cisne un poco más tarde, mientras hace cola para las patatas y la carne del día. Era uno de los cuentos favoritos de su madre, y se lo repitió a menudo durante la infancia y la adolescencia. El otoño avanza y en un lago hay una bandada de cisnes. A medida que las noches son más frías, todos se alejan volando. Todos excepto uno, por razones que Alkaitis no alcanza a recordar: un cisne solitario que no percibe el peligro que lo acecha o que ama demasiado el lago para abandonarlo, aunque claramente ha llegado la hora de irse, o que es presa de la soberbia (los motivos del cisne eran difusos y Alkaitis sospecha que intercambiables en función del mensaje que su madre intentaba inculcarle en cada momento), y, cuando llega el invierno, el cisne queda atrapado en el hielo porque no salió del agua a tiempo.

—Pensaba que podría escapar —le confiesa a Freeman cuando esta va a verlo de nuevo—. Estaba avergonzado. No quería decepcionar a nadie. Solo es que eran muy codiciosos… Lo que esperaban de sus rendimientos…

—Piensa que fueron los inversores los que lo empujaron a cometer el fraude —afirma ella con suavidad.

—Bueno, eso no es exactamente lo que he dicho. Acepto la plena responsabilidad de mis delitos.

—Pero parece pensar que los inversores tuvieron parte de culpa.

—Esperaban un determinado nivel de rendimiento a cambio de su dinero. Me sentí obligado a cumplir con sus expectativas. De hecho, fue una pesadilla.

—¿Quiere decir para usted?

—Sí, por supuesto. Imagínese el estrés —responde—, la presión constante, saber que en algún momento todo se vendría abajo, pero tratar de mantenerlo en marcha de todos modos. Ojalá me hubieran pillado antes. Desearía que me hubieran detenido en 1999, durante esa primera investigación de la Comisión de Valores.

—Y sostiene que nadie más sabía de la estafa. —La voz de Freeman se mantiene cuidadosamente neutral—. Los balances falseados, el engaño, las transferencias, todo lo hacía usted.

—Todo —dice—. Jamás se lo conté a nadie.

Un día distinto, Yvette Bertolli recorre en círculo el patio de recreo, camina un poco por detrás y a la derecha de un mafioso de avanzada edad cuyo nombre solía inspirar terror en el Lower East Side, pero que ahora avanza con torpeza en un intento lento de replicar a un corredor. En otra parte, Olivia y Faisal hablan con un hombre al que Alkaitis no reconoce, pero que no es un preso y quizá tampoco está vivo, un hombre de mediana edad en un elegante traje de lana gris.

Alkaitis sabe de cuatro suicidios relacionados con el esquema Ponzi, cuatro hombres que perdieron más de lo que podían soportar. Faisal fue uno de ellos; ¿será este hombre otro de ellos? Había un empresario australiano y, si a Alkaitis no le falla la memoria, otro belga. ¿Se acercan más fantasmas al FCI Florence Medium 1? Mira a Olivia y la ira se apodera de él. ¿Qué derecho tiene a perseguirlo más allá de la muerte? ¿Qué derecho tiene ninguno de ellos a atormentarlo? No es culpa suya que Faisal optara por hacer lo que hizo. Si es sincero consigo mismo, supone que tal vez el ataque al corazón de Yvette Bertolli se produjera a raíz de la estafa, pero ella debería haberse dado cuenta de lo que sucedía, y, al fin y al cabo, podría haber salido del fondo cuando hubiera querido, como todos los demás, y lo que le pasara a Olivia no es culpa suya; lleva años en la cárcel y ella murió hace un mes. Cuando Alkaitis piensa en el dinero que ha repartido, en todos los cheques que ha emitido a lo largo de los años, siente una furia

vacía.

—No digo que lo que yo hice estuviera bien, pero, tras un análisis racional, está claro que hice cosas buenas —le escribe a Julie Freeman—. Quiero decir que hice ganar mucho dinero a mucha gente durante varias décadas, a muchas beneficencias y fundaciones, a muchos fondos soberanos y de pensiones, etcétera, y sé que eso puede sonar como si me justificara, pero las cifras están ahí y, si analiza las inversiones y los rendimientos, la mayor parte de esas personas y entidades se llevaron mucho más dinero del que invirtieron, más que si lo hubiera invertido en el mercado de valores, y, por lo tanto, sugeriría que no es exacto referirse a ellos como «víctimas».

—Bueno —le comentó a Suzanne en el hospital—. Al menos no tendrás que ir a la cárcel cuando la estafa se venga abajo.

—Lo que me voy a ahorrar en abogados —aseguró ella.

Así estuvieron durante los últimos meses, intercambiaban fanfarronadas competitivas y bravatas estúpidas hasta que ella dejó de hablar y él también, y se limitó a quedarse en silencio al lado de la cama, hora tras hora, sosteniendo su mano.

Cuando por fin todo estalló, cuando lo atraparon, tenía a su lado a la mujer equivocada. Aunque al final Vincent lo impresionó, a pesar de no ser Suzanne. La escena: su despacho en Midtown, la última vez que estuvo allí. Estaba sentado en su escritorio, Claire lloraba en el sofá y Harvey miraba al vacío mientras Vincent no paraba de moverse con un abrigo y las bolsas de compras en la mano hasta que se sentó; al final, lo miró y le dijo:

—Vincent, ¿sabes qué es un esquema Ponzi?

—Sí —respondió ella.

Claire, desde el sofá, sin dejar de llorar:

—¿Cómo sabes qué es un esquema Ponzi, Vincent? ¿Te lo había contado? ¿Lo sabías? Te juro que, si lo sabías, si te lo había contado…

—Por supuesto que no me lo había contado —replicó Vincent—. Sé lo que es un esquema Ponzi porque no soy una jodida idiota.

«Esa es mi chica», pensó él.

En su vida alternativa, camina por el pasillo de un hotel (amplio y silencioso y con apliques modernistas, el pasillo del hotel del Palm Jumeirah), y esta vez sube por la escalera y camina lentamente a

través del aire fresco. Hay una maceta con una palmera en cada rellano. En el vestíbulo no hay nadie excepto Vincent. Está de pie al lado de una fuente y mira el agua. Levanta la vista cuando él se acerca; lo estaba esperando. Esta vez es distinto, está seguro de que no es posible que sea un recuerdo, porque tarda un instante en reconocerla. Está más mayor y lleva ropa extraña: una camiseta gris, pantalones de uniforme grises y un delantal de cocinero. Lleva un pañuelo atado como una diadema sobre el pelo, pero se nota que lo lleva muy corto, no como cuando estaban juntos, y tampoco va maquillada. Se ha convertido en una persona completamente distinta desde que la vio por última vez.

—Hola, Jonathan. —Su voz parece llegar desde un punto muy lejano, como si hablara por teléfono desde un submarino.

—¿Vincent? No te he reconocido.

Lo mira y no dice nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Solo estoy de visita.

—¿Visita desde dónde?

Pero mira más allá, distraída, y, cuando se gira, ve a Yvette y Faisal, que pasean cerca de uno de los ventanales del vestíbulo. Yvette se ríe por algo que le ha dicho Faisal.

—No deberían estar aquí —dice alarmado de verdad—. Jamás los había visto aquí antes.

Pero, cuando se vuelve a mirar, Vincent ya no está.

Más tarde, despierto en su incómodo camastro en la vida que no es alternativa, en su no vida, se sorprende por lo injusto que es. Si tiene que ver fantasmas, ¿por qué no a su verdadera esposa, a su primera compañera en lugar de a la segunda, la que fue su cómplice, su querida Suzanne? ¿O por qué no a Lucas? No se encuentra bien. Pasa más tiempo en la vida alternativa que en la prisión y es consciente de que la realidad se aleja de él. Tiene miedo de olvidar su propio nombre y, si se olvida de él, por supuesto también habrá olvidado a su hermano. Eso lo perturba, así que se graba una diminuta L en la mano izquierda con la pluma de Churchwell. Cada vez que vea la L, decide, hará un esfuerzo consciente por pensar en Lucas, y así pensar en Lucas se convertirá en un hábito. Una vez oyó que lo último que se pierde son los hábitos.

—Un hábito como lavarte los dientes —asegura Churchwell.

—Sí, exacto.

—Ya, pero he aquí la diferencia. Cada vez que te limpias los dientes, estos no se degradan de forma progresiva.

—¿Qué quieres decir?

—No soy ningún experto, pero recuerdo haber leído en alguna parte que, cada vez que tratas de recordar algo, el propio acto corrompe el recuerdo un poco más. Lo cambia un poco, quizá.

—Bueno —dice Alkaitis—, supongo que tendré que arriesgarme.

Le preocupa esta nueva información, pero ¿es nueva información de verdad? Le parece algo conocido, porque últimamente solo se concentra en un recuerdo de Lucas, el mismo una y otra vez, y es terrible pensar que está mellándolo a cada instante que lo recuerda, que incluso ahora puede estar transformándose de maneras aún imperceptibles. Cuando no está en la vida alternativa, le gusta pensar en un prado verde en su ciudad natal, en el crepúsculo que sigue a un pícnic familiar. Fue el último verano de Lucas. Jonathan tenía catorce años. Lucas llegó a media tarde, cuatro trenes después de lo previsto. Jonathan recuerda que esperó en la estación a que llegara un tren, luego el otro, el tercero y, por fin, en el cuarto, Lucas apareció en el andén, a la luz del sol, más delgado de lo que Jonathan recordaba, un espectro con gafas de sol.

—Lo siento —se disculpó—. Debo haber perdido la noción del tiempo esta mañana.

—¡Empezábamos a preocuparnos! —dijo su madre con una risita nerviosa que Jonathan apenas había detectado. Se había pasado la última hora llorando en el coche mientras su padre daba vueltas y fumaba cigarrillos—. Pensábamos que no vendrías.

El pícnic había sido idea suya, por supuesto.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —añadió Lucas, y su padre apretó la mandíbula.

Como siempre, Jonathan no sabía si Lucas era sincero o no. No era justo que Jonathan fuera mucho más joven. Jamás estaría a su altura.

—¿Cómo van tus pinturas? —le preguntó cuando los dos estuvieron en el asiento de atrás, y décadas más tarde, en el FCI Florence Medium 1, aún siente el placer de ese momento, de que se

le ocurriera una pregunta tan adulta.

—Va muy bien, amigo, gracias por preguntar. Bien de verdad.

—¿Aún te gusta la ciudad? —Mamá siempre decía «la ciudad» como un predicador pronunciaría la palabra «Gomorra».

—Me encanta. —Sin embargo, el tono de Lucas era apagado; incluso Jonathan, a sus catorce años, se dio cuenta. Sus padres intercambiaron una mirada.

—Si te apetece volver a casa a pasar una temporada… —sugirió su padre—. Para tomarte un respiro, aunque solo sea una semana o dos, para que te dé un poco de aire fresco…

—El aire fresco está sobrevalorado.

Más tarde, al pensar en ese recuerdo desde la distancia, desde FCI Florence Medium 1, Alkaitis no recuerda demasiados detalles del pícnic. Lo que sí que recuerda es después: una sensación de calma al final de un día largo y extraño, una tregua, sentado a la sombra con toda su familia, y luego una hora más tarde, cuando el sol se pone y sus padres empiezan a hablar de acompañar a Lucas a la estación («A menos que te apetezca quedarte a pasar la noche, querido, sabes que hay espacio…»), una última hora hermosa durante la cual jugó al frisbi con su hermano en el crepúsculo creciente, corriendo y arrojándose sobre la hierba, y el pálido disco surcaba la oscuridad.

13. País de sombras

Diciembre de 2018

1

En diciembre de 2018, Leon Prevant trabajaba en un Marriott en el sur de Colorado, no muy lejos de la frontera con Nuevo México. No era una ciudad grande, pero de algún modo había dos Marriotts que se reflejaban a través de la amplia calle y del aparcamiento. Los Marriotts estaban a las afueras, pero el centro también parecía parte de un espejismo. En su primer día, Leon caminó hasta allí, dejó atrás un mural enorme y luego una calle donde encontró la mejor cafetería que había visto en bastante tiempo, un lugar grande y a la sombra, junto a una tienda que vendía café tostado. Compró un café para llevar y paseó por la calle. Había un enorme almacén de ropa militar que parecía ocupar otros tres edificios adjuntos, pero la gran mayoría de las demás tiendas estaban vacías. No pasaban coches. Se encontraba en una esquina con vistas a dos calles y solo vio a otra persona, un hombre con una camiseta naranja chillón sentado en un banco a una manzana de distancia que miraba a la nada. Las mesas de la cafetería estaban vacías. Leon caminó rápido para volver al Marriott, fichó y volvió a trabajar; recibió un nuevo envío de artículos de aseo personal que guardó en el almacén de material y luego retiró bichos muertos y hojas del agua de la piscina.

—¿Ves?, por eso se nota que vienes de la costa —comentó más tarde Navarro, su compañero de trabajo, cuando Leon le mencionó lo vacío que estaba el centro—. Pensáis que un lugar debe tener un centro para ser de verdad.

—¿No crees que en el centro tiene que haber gente?

—Creo que un lugar no debe tener centro —respondió Navarro.

Llevaba trabajando allí seis meses cuando Miranda lo llamó. Estaba en la autocaravana, después de finalizar su turno, y hacía un crucigrama con bolsas de hielo en la rodilla y el tobillo izquierdos. Estaba solo porque Marie había encontrado un trabajo de reponedora de noche en el Walmart del otro lado de la autopista; la llamada fue tan inesperada que, cuando Miranda dijo su nombre, casi no lo entendió. Hubo un extraño medio segundo de silencio mientras se recuperaba.

—¿Leon?

—Hola, sí, lo siento. Qué sorpresa más inesperada —consiguió articular, y se sintió como un idiota porque, obviamente, «sorpresa» e «inesperada» eran palabras redundantes en ese contexto, pero ¿quién iba a reprochárselo?

—Es agradable oír tu voz —respondió ella— después de todos estos años. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto.

El corazón le latía rápido. ¿Durante cuántos años había ansiado esa llamada? Diez. Una década en el desierto, pensó. Diez años en los que había viajado más allá de las fronteras del mundo corporativo con el deseo de que le permitieran volver. Las bolsas de hielo se deslizaron al suelo mientras estiraba la mano para coger lápiz y papel.

—Me temo que no llamo por una razón agradable —continuó Miranda—, pero déjame que te pregunte primero, antes de empezar, si estarías dispuesto a regresar como consultor. Sería durante muy poco tiempo, solo unos días.

—Me encantaría. —Quería llorar—. Sí. Sería… Sí.

—De acuerdo. Bueno, estupendo. —Sonó un poco sorprendida al notar su fervor—. Ha habido… —Se aclaró la garganta—. Iba a decir que «ha habido un accidente», pero en realidad no sabemos si ha sido un accidente o no. Ha habido un incidente. Una mujer ha desaparecido de un

Neptune-Avramidis.

Era una cocinera.

—Eso es terrible. ¿En qué barco ha sido?

—Sí, lo es. En el *Neptune Cumberland*. —El nombre no le decía nada a Leon. Miranda seguía hablando—. Voy a convocar un comité para analizar la seguridad de la tripulación en los barcos

en general y la muerte de Vincent Smith en particular. Si te interesa, me iría bien tu ayuda.

—Espera —la interrumpió él—, ¿se llamaba Vincent?

—Sí, ¿por qué?

—¿De dónde era?

—Ciudadana canadiense, sin dirección fija. Su familiar más directo era una tía en Vancouver. ¿Por qué?

—Por nada. Hace mucho tiempo conocí a una mujer llamada Vincent. Bueno, más bien supe de ella, supongo. No es un nombre muy habitual para una mujer.

—Cierto. Lo importante aquí es que no hace falta que te diga que será la única investigación que se llevará a cabo sobre su muerte. Para ser sinceros, si tuviera suficiente presupuesto, encargaría una investigación a una firma de abogados externa.

—Eso parece caro.

—Mucho. Así que esto es lo único que tendrá, una investigación interna de la empresa para la que trabajaba. Y las empresas siempre encuentran el modo de exonerarse, ¿no crees?

—Quieres a alguien de fuera —apuntó él.

—Confío en ti. ¿Cuándo podrías estar en Nueva York?

—Pronto —respondió él—. Tengo que solucionar unas cosas aquí.

Calculó cuánto tardaría por carretera desde el sur de Colorado hasta Nueva York. Hablaron de los detalles del viaje y, cuando colgó, se quedó un buen rato sentado mientras parpadeaba. Comprobó el registro de llamadas en su móvil para asegurarse de que no lo había soñado.

«NEPTUNE-AVRA,

prefijo 212, duración de 21 minutos». El nombre parecía acertado; había sido como recibir una llamada de otro planeta.

2

Después de Alkaitis, la vida fue diferente. Leon y Marie aguantaron medio año en su casa después del colapso de la estafa, seis meses sin pagar la hipoteca y un estrés fatídico. Leon había invertido tanto

la indemnización que había cobrado cuando lo despidieron como todos sus ahorros en el fondo de Alkaitis y, aunque los rendimientos no los hicieron ricos, tampoco se necesita mucho para vivir bien en el sur de Florida. Habían comprado la autocaravana justo antes de que detuvieran a Alkaitis. En los meses siguientes, mientras Leon intentaba conseguir más trabajo como consultor para
Neptune-Avramidis,
que pasaba por una crisis de despidos y había tenido que reducir sus gastos de consultoría, y Marie era incapaz de trabajar por la ansiedad y la depresión que sufría, la autocaravana aparcada frente a su casa le había parecido malvada, una especie de broma de mal gusto, como si sus errores financieros se hubieran encarnado y aparcado delante de su puerta.

Pero a principios de verano, mientras cenaban tortilla a la luz de una vela —no tanto como un gesto romántico, sino como una forma de ahorrar electricidad—, Marie dijo:

—Me he escrito con Clarissa últimamente.

—¿Clarissa? —El nombre le resultaba familiar, pero tardó un momento en recordarlo—. Ah, tu amiga de la universidad, ¿no? ¿La que es vidente?

—Sí, esa Clarissa. Cenamos juntas en Toronto hace muchos años.

—Me acuerdo de ella. ¿Cómo le va la vida?

—Perdió su casa, así que ahora vive en una furgoneta.

Leon dejó el tenedor y alargó la mano para beber agua y deshacer el nudo de su garganta. Se habían retrasado dos meses en el pago de la hipoteca.

—Mala suerte —comentó.

—Dice que, de hecho, le gusta.

—Al menos debió de verlo venir —dijo él—, ya que es vidente.

—Se lo pregunté —repuso Marie—. Me contó que había tenido visiones de autopistas, pero que imaginaba que se trataba de un viaje por carretera.

—Una camioneta —repitió Leon—. Debe de ser una vida difícil.

—¿Sabes que hay trabajos que se pueden conseguir si vives de forma ambulante?

—¿Qué tipo de trabajos?

—Encargado de la caja en una feria. Trabajos en grandes almacenes durante la campaña de Navidad. Tareas agrícolas.

Clarissa me dijo que le habían dado un trabajo que le gustaba en un *camping*, de encargada de la limpieza y gestión de los clientes.

—Interesante. —Tenía que contestar algo.

—Leon —dijo ella—, ¿y si nos fuéramos en la caravana?

Lo primero que pensó era que se trataba de una idea ridícula, pero, como cortesía, esperó un instante antes de preguntar:

—¿Y a dónde iríamos, querida?

—Donde quisiéramos. Podríamos marcharnos a cualquier parte.

—Pensemos en ello —dijo él.

La idea le pareció una locura durante poco más de unas horas, quizá menos. Se quedó despierto esa noche, entre sudores y pegado a las sábanas, porque resultaba difícil dormir sin aire acondicionado, pero estaban controlando mucho los gastos y Marie había calculado que si encendían el aire esa semana, no podrían pagar el mínimo de las tarjetas de crédito, y comprendió lo brillante del plan: podían irse sin más. La casa que lo mantenía despierto por la noche se convertiría en el problema de otra persona.

—He pensado en lo que comentaste —le dijo a Marie a la hora del desayuno—. Hagámoslo.

—Disculpa, ¿hacer qué? —Por las mañanas, siempre estaba cansada y lenta.

—Subámonos a la autocaravana y vayámonos —propuso, y la sonrisa de ella fue un bálsamo. En cuanto tomaron la decisión, sintió una urgencia peculiar. En retrospectiva, no había prisa, pero se fueron al cabo de solo cuatro días.

Cuando recorrió las estancias de la casa por última vez, Leon se dio cuenta de que el edificio también había terminado con ellos; una sensación de vacío flotaba en el aire. La mayor parte de los muebles seguían allí, así como sus pertenencias, un calendario clavado en la pared de la cocina, tazas de café en los armarios, libros en las estanterías, pero las habitaciones ya exudaban una sensación de abandono. Leon no habría adivinado que él y su esposa serían de esas personas que abandonarían una casa. Habría imaginado que un acto así enterraría a cualquiera bajo toneladas de vergüenza, pero en la autovía, a primera hora de la mañana, abandonar su hogar le hizo sentir un triunfo inesperado. Leon condujo hacia la calle, giró un par de veces y se lanzaron a la carretera para marcharse para siempre.

—Leon —dijo Marie, como si se dispusiera a confesar un secreto delicioso—, ¿te has fijado que he dejado la puerta de la casa sin cerrar?

Cuando lo dijo, él sintió auténtica alegría. ¿Por qué no? No había ninguna posibilidad de venderla. Todo el estado de Colorado estaba plagado de casas más nuevas y más bonitas, urbanizaciones enteras que no se habían vendido en las zonas residenciales más alejadas. La deuda de la hipoteca superaba el valor de la casa. Sintió un placer indescriptible al imaginar el edificio, sin cerrar, al sucumbir a la anarquía. Sabía que jamás regresarían allí, y había cierta belleza en esa idea. Ya no tendría que cortar el césped ni recortar el seto. El moho en el baño del piso de arriba ya no lo preocuparía. No habría más vecinos. (Y aquí se presentaron las primeras dudas acerca del plan, que, objetivamente, no era un gran plan, pero que le parecía la mejor de todas las opciones terribles. Miró de reojo a Marie en el asiento del pasajero y pensó: «Ahora estamos los dos solos. La casa era nuestro enemigo, pero nos ataba al mundo. Ahora estamos a la deriva»).

Durante los primeros días, mientras salían de Florida y se dirigían al sur, Marie pareció un poco distante, pero él sabía que era su manera de gestionar el estrés: se evadía, lo evitaba, se apartaba de la realidad, y hacia finales de la semana regresaba y volvía a acercarse a él. Cocinaban casi siempre en la pequeña cocina de la autocaravana, se acostumbraron a ello, pero cuando se cumplió una semana del inicio de su viaje, entraron en un restaurante de carretera. Se sentaron a comer una comida que ni él ni Marie habían preparado nunca, y les pareció algo salvaje y extravagante. Brindaron con *ginger ale* por su aniversario de una semana, porque Leon conducía y uno de los medicamentos que se tomaba Marie no permitía el consumo de alcohol.

—¿En qué piensas? —preguntó él, mientras comían pollo asado con salsa.

—En la oficina —respondió ella—. Cuando trabajaba en la empresa de seguros.

—Yo también pienso en mi trabajo, aunque me parece otra vida, para ser sincero.

Cuando trabajaba en el transporte de mercancías se sentía como si estuviera conectado a una red eléctrica que encendía el mundo.

Era la sensación opuesta de los días que pasaba en la autocaravana y conducía sin rumbo alguno.

Ese primer verano lo pasaron en su mayor parte en un *camping* de California, cerca del pueblo de Océano, en la costa central. Al sur de la carretera que servía de acceso a la playa, la gente conducía *quads* por las dunas, y el motor de los vehículos sonaba como insectos en la distancia, un zumbido quejumbroso y alto. Las ambulancias se acercaban a la playa para recoger a conductores de *quads* tres o cuatro veces al día. Pero, al norte de la carretera, la playa era tranquila. A Leon le gustaba caminar en dirección norte. No había gran cosa entre Océano y Pismo Beach, el siguiente pueblo que se encontraba subiendo por la costa. Era un tramo solitario de California, una costa olvidada, de arena teñida de negro. Aquí la tierra estaba oscura a causa de la brea. Por las noches, había bandas de zarapitos que corrían sobre la arena tan rápido que daban la sensación de flotar a un centímetro por encima del suelo, con las patas borrosas como los animales de unos dibujos animados, cómicos, pero también conmovedores por cómo todos sabían de repente que tenían que cambiar de dirección simultáneamente.

Leon y Marie cenaban en la playa casi cada noche. A Leon también le gustaba ese sitio. Trataba de que pasaran el mayor tiempo posible en la playa, donde el horizonte era infinito y los pájaros corrían como dibujos animados. No quería que Marie sintiera que sus vidas eran pequeñas. En el horizonte lejano, los barcos mercantes pasaban y a Leon le gustaba imaginar sus rutas. Le gustaba el sinfín del Pacífico desde ese lugar, no había nada excepto barcos y agua entre Leon y Japón. ¿Podrían llegar allí de algún modo? Por supuesto que no, pero le gustaba la idea. En su vida anterior, había viajado algunas veces a Japón por trabajo.

—¿En qué piensas? —le preguntó una vez Marie una tarde despejada en la playa. Entonces ya llevaban dos meses en Océano.

—En Japón.

—Debería haber ido contigo —comentó ella—. Al menos una vez.

—Objetivamente, eran viajes aburridos. Solo hacíamos reuniones. Jamás vi demasiado del país. —Pero sí había visto un poco. Le gustó mucho. En una ocasión había ampliado el viaje dos días para visitar Kyoto y ver los cerezos en flor.

—Aunque solo fuera para ir y verlo.

Un acuerdo tácito: ninguno de los dos abandonaría este continente nunca más.

Un barco lleno de contenedores pasaba a lo lejos, un rectángulo oscuro en el atardecer.

—No es lo que había imaginado para nuestra jubilación —dijo Leon—, pero podría ser peor, ¿no?

—Mucho peor. Fue mucho peor antes de irnos de la casa.

Esperaba que alguien le hubiera hecho el favor de quemar la casa hasta los cimientos. La escala de la catástrofe era objetivamente enorme («éramos dueños de una casa y luego la perdimos») pero se sentía aliviado porque ya no tenía que pensar en la casa, en los vertiginosos pagos de la hipoteca y los constantes gastos del mantenimiento. Había momentos de verdadera alegría, de hecho, en esta vida pasajera. Le encantaba sentarse en la playa junto a Marie. A pesar de lo que habían perdido, a menudo se sentía afortunado por compartir estos momentos con ella, en esta vida.

Pero eran ciudadanos de un país de sombras que en su vida anterior apenas había percibido, un país situado en el borde de un precipicio. Por supuesto que siempre había sido consciente de que existía ese país de sombras. Había visto sus ciudades más obvias: refugios construidos con cartones debajo de los puentes, tiendas que vislumbraba entre los setos que rodeaban las autopistas, casas con puertas tapiadas, pero con luces en las ventanas del piso de arriba. Siempre había sabido, vagamente, de la existencia de sus ciudadanos, la gente que se había deslizado por debajo de la superficie de la sociedad, en un territorio sin consuelo o espacio para el error; recorrían las carreteras haciendo autoestop con sus pertenencias en mochilas, coleccionaban latas en las calles, permanecían en el paseo del Strip de Las Vegas con camisetas que rezaban CHICAS EN TU HABITACIÓN EN 20 MINUTOS, y eran las chicas en la habitación. Había visto el país de sombras, sus alrededores y señales, pero jamás se le había ocurrido que tendría algo que ver con él.

En el país de sombras era necesario tenderse a dormir cada noche con un miedo tan poderoso que a Leon le parecía una presencia física, una bestia malévola que absorbía la luz. Yacía al lado de Marie y recordaba que en esta vida no había espacio para

cometer errores ni para las desgracias. ¿Qué le pasaría a ella si le sucedía algo a él? Marie no se encontraba bien desde hacía bastante tiempo. Su miedo era un peso que le oprimía el pecho en la oscuridad.

3

—¿Cómo va la jubilación? —preguntó Miranda.

Estaban sentados en su oficina, que había sido el despacho del jefe de Leon. Era más grande de lo que recordaba. Habían pasado varios días desde su llamada y, desde entonces, él había dejado su empleo en el Marriott (le había dicho a su jefe que se trataba de un asunto familiar urgente, con la esperanza de que lo contrataran de nuevo más adelante) y había conducido la autocaravana hasta Connecticut, donde aparcaron frente a la casa de una de las amigas de la universidad de Marie.

—No me puedo quejar —dijo Leon.

Miranda no parecía saber que había sido uno de los inversores estafados por Alkaitis, aunque la información no era ningún secreto. Había una página web con una relación de las víctimas, algo que no lamentaba en concreto, aunque probablemente no habría suscrito de haber sabido que aparecería en los resultados cada vez que alguien buscara su nombre en Google.

—¿Por nada?

Leon sonrió.

—¿Te pareció que tenía muchas ganas de volver cuando hablamos por teléfono?

—Digamos que no me dio la sensación de que fuera a costarte abandonar tu vida de ocio para dedicarte a un trabajo puntual.

—Bueno —repuso Leon—, la verdad es que a uno la jubilación se le puede hacer cuesta arriba, si te soy sincero.

—Hay una buena razón por la cual no planeo jubilarme —contestó Miranda mientras revisaba la documentación de un expediente.

«Yo tampoco planeaba hacerlo», se abstuvo de responder Leon, porque se había prometido a sí mismo que no se desesperaría ni demostraría amargura, que si alguien le preguntaba, se había pasado la última década viviendo en una autocaravana porque él y

Marie ya se habían cansado de tener una casa y siempre habían querido explorar el país.

Miranda le entregó un archivo con una etiqueta donde ponía VINCENT SMITH. ¿De verdad Miranda había sido su asistente o era una ilusión? Recordaba vagamente una etapa en la que se pasaba la vida viajando y Miranda organizaba su agenda, pero era difícil reconciliar aquella joven tranquila con la ejecutiva que tenía delante, impecable y enfundada en un traje gris acero, y que tomaba una taza de té que otra persona le había traído.

—Tómate tu tiempo con los materiales —dijo ella—. Obviamente esto es confidencial, pero puedes llevártelo a casa para leerlo con calma esta noche. Sé que hace tiempo que no estás metido en esto, así que avísame si tienes alguna duda. Imagino que algunos de nuestros procedimientos habrán cambiado desde que te fuiste.

¿Hace tiempo que no estoy metido en esto? «Sí», pensó él, «es una manera de decirlo». Se sentía desorientado al volver después de tantos años. Había pasado la última hora recorriendo pasillos que le resultaban familiares de una manera inquietante y saludando a personas que no tenían ni idea de lo afortunados que eran.

Se aclaró la garganta.

—Por teléfono dijiste que alguien de la oficina de seguridad interna realizará las entrevistas —dijo—. ¿Cuál es mi papel en todo esto?

—Sí, Michael Saparelli será el encargado de llevar a cabo las entrevistas —confirmó Miranda—. Fue él quien habló con el capitán por teléfono la semana pasada y preparó estas notas preliminares para nosotros. Que quede claro, lo respeto totalmente. Es un expolicía de Nueva York. No es que piense que no hará un buen trabajo, simplemente creo que, con un tema tan sensible, debería haber más de un testigo en estas entrevistas.

—¿Te preocupa que alguien trate de ocultar algo?

—Me gustaría evitar que alguien tuviera esa tentación. —Miranda sorbió su té—. No es que sospeche que Saparelli sea deshonesto, en absoluto. Pero las empresas son como los Estados nación. Todos tienen su propia cultura. —Leon contuvo un gesto de enojo, «¿En serio mi antigua asistente me está dando lecciones sobre cultura corporativa?», pero lo cierto es que no se equivocaba

—. He dedicado mi vida profesional a este lugar —prosiguió Miranda—, pero si me obligaran a señalar un defecto en nuestra cultura, diría que me llama la atención la reticencia a aceptar la responsabilidad. Para ser justos, quizá eso sea válido para gran parte del mundo empresarial, pero aun así es frustrante.

—Por tanto, si lo que le pasó a la señorita Smith fue algo que la empresa pudo haber evitado…

—Entonces quiero saberlo —lo interrumpió Miranda—. Este es el tipo de lugar en el que si solicito un informe sobre nuestros problemas de exceso de capacidad, estoy segura de que me llegará un documento de unas veinte páginas sobre el contexto económico y ni una palabra que apunte a cómo podríamos haber gestionado nuestra flota de forma distinta.

—Seré tus ojos y oídos —dijo él.

—Gracias, Leon. ¿Te va bien viajar mañana?

—Por supuesto. Será un placer salir del país otra vez.

Aunque más tarde, cuando se acordó, se avergonzó un poco de haber utilizado esa palabra. Leyó los detalles del caso esa noche. Vincent Smith: treinta y siete años de edad, canadiense. Empleada en la cocina del *Neptune Cumberland*, un barco de transporte de la clase Neopanamax de 370 metros de eslora, que hacía la ruta
Newark-Ciudad
del
Cabo-Rotterdam.
Vincent se hacía a la mar durante nueve meses al año y luego se tomaba otros tres de pausa. No tenía dirección fija, lo cual no era extraño entre el personal que hacía este tipo de trabajo. Durante cinco años, vivió en un ir y venir entre la tierra y el mar, hasta que desapareció una noche frente a la costa de Mauritania.

Había un sospechoso de su desaparición: Geoffrey Bell. Notas sobre Geoffrey Bell: de Newcastle, un nombre que la mente de Leon Prevant ubicó en el continente erróneo y a un tipo de buques de manera automática, el Newcastlemax, de 50 metros de manga por 300 de eslora, los barcos más grandes que había en el puerto de Newcastle, Australia, pero el Newcastle de Bell era el original, *Newcastle upon Tyne*. Hijo de un minero jubilado y de una dependienta, se sacó el título de marinero y pasó unos años trabajando en Maersk, luego cambió de compañía dos veces antes

de llegar a
Neptune-Avramidis.
Cuando se embarcó en el *Neptune Cumberland*, ya tenía el rango de oficial de tercera. Su carrera no destacaba por nada en especial, y habría pasado sin pena ni gloria de no ser porque mantenía una relación con Vincent cuando ella murió.
Dos personas le contaron al capitán que habían oído una discusión en la cabina de ella durante la última noche que pasó en el barco. Poco después de la discusión, las cámaras de seguridad captaron sus movimientos cuando se iba de su camarote y cruzaba varios pasillos y una escalera, para reaparecer en el exterior de la cubierta C, a pesar de que la tripulación había recibido órdenes de permanecer en las cabinas hasta que el tiempo mejorase. Había un punto ciego en el barco, una esquina de la cubierta C fuera del alcance de las cámaras. En las grabaciones de seguridad, se ve a Vincent girar por la esquina y desaparecer. Las mismas cámaras captaron la ruta de Geoffrey Bell, treinta y cinco minutos más tarde, mientras recorría esos mismos pasillos hasta llegar a la misma esquina de la cubierta C en dirección al punto ciego. Permaneció cinco minutos oculto antes de que las cámaras captaran su regreso, pero Vincent no volvió a aparecer en ninguna grabación, ni en el barco ni en cualquier otro lugar. Bell le dijo al capitán que había ido en su busca, pero que no la había localizado. El capitán informó de que no le convencía la versión de Bell, pero que no había testigos, cuerpo o indicios de criminalidad. La primera escala después de su desaparición fue Rotterdam, y Bell se bajó del barco.

—No hace falta decirlo —había comentado Miranda, en su primera llamada telefónica—, pero por supuesto no hay ninguna investigación en marcha por parte de la policía de ningún país.

El estado más cercano al lugar de la desaparición era Mauritania, pero Vincent había desaparecido en aguas internacionales, así que en realidad no era problema de Mauritania. Vincent era canadiense, el capitán del barco era australiano, Geoffrey Bell era inglés y el resto de la tripulación eran alemanes, letones y filipinos. El barco navegaba bajo bandera panameña, lo que significaba que, legalmente, era un pedazo flotante de territorio de Panamá, pero, por supuesto, ese país no tenía ni incentivos ni recursos para investigar una desaparición frente a la costa oeste de

África. Es posible desaparecer en el espacio que hay entre los países. Leon no conoció a Michael Saparelli hasta que estuvo en el avión en dirección a Alemania. Dos minutos antes de que cerraran el embarque, un hombre sin aliento y con la cara roja que ya había dejado atrás la juventud apareció junto a un puñado de pasajeros rezagados y se dejó caer en el asiento que había junto al suyo.

—Pasar el control de seguridad ha sido una locura —le dijo a Leon—. No quiero decir que haya sido exageradamente riguroso, sino una locura sin sentido. Se dedicaban a inspeccionar los bocadillos uno a uno. —Le tendió la mano—. Lo siento. Hola, soy Michael Saparelli.

—Un placer conocerlo. Leon Prevant.

—Usted era uno de los que no paraba, ¿verdad?

—Sí, pero antes. —«Ni siquiera me daba cuenta de que había cruzado un océano».

—Yo no podría hacerlo, al menos de forma habitual. Mi idea de un fin de semana perfecto es no salir de casa. Bueno, ¿cómo ve su papel en todo esto?

Una azafata apareció para preguntarles qué querían tomar, así que hubo una pausa mientras Saparelli pedía un café y Leon un *ginger ale* con hielo.

—Como un mero observador, en respuesta a su pregunta. Usted está al frente de las entrevistas, yo me limitaré a estar sentado y observar.

—Respuesta correcta —respondió Saparelli—. El único socio que puedo tolerar es un socio silencioso.

—Lo entiendo —dijo Leon de forma afable.

Saparelli rebuscaba en su bolsa. Llevaba una bandolera de tipo mensajero que Leon asociaba con jóvenes de veintitantos años con zapatillas Converse en el metro en dirección a Brooklyn, pero cayó en la cuenta de que llevaba tanto tiempo lejos de Nueva York que probablemente los *hipsters* de veintitantos que recordaba ahora serían hombres de mediana edad. Se giró hacia Saparelli.

—He investigado a Geoffrey Bell —informó Saparelli. Sacó una libreta llena de una minúscula letra manuscrita—. Parece que nadie comprobó sus antecedentes cuando lo contrataron.

—¿No es un procedimiento habitual?

—Sí, se supone. Pero alguien cometió un error. Bueno, pues le

pedí a un contacto que sacara su expediente y hubo un incidente violento en Newcastle. Nada siniestro, pero lo arrestaron dos veces en peleas de bar el año antes de hacerse a la mar.

—Eso es algo que deberíamos haber detectado —dijo Leon.

—Idealmente sí, ¿verdad? Esperemos que sea lo peor que descubramos.

Después de eso, no hablaron mucho. Leon se pasó el vuelo releyendo el expediente una y otra vez, como si no se lo supiera de memoria.

Estudió la fotografía de la tarjeta de seguridad de Vincent Smith. No estaba seguro del todo. Parecía verosímil que Vincent Alkaitis y Vincent Smith fueran la misma persona, pero la joven y glamurosa mujer que acompañaba a Jonathan Alkaitis en las fotografías que había en internet solo se parecía ligeramente a la treintañera adusta de pelo corto que salía en la tarjeta de identificación. No tenía sentido que hubiera pasado de ser la esposa de Alkaitis a cocinera en un buque mercante, aunque si realmente se trataba de la misma persona, quizá lo que buscaba era falta de sentido. Leon pensó que si él hubiera estado casado con Alkaitis, también habría tenido ganas de largarse al mar. Habría tenido ganas de largarse del planeta. Cuando terminó de leer el expediente, echó un vistazo a las revistas que había comprado en el aeropuerto, en parte porque le parecían interesantes, pero también porque quería que Saparelli pensara que era una persona seria que leía *The Economist* y *Foreign Policy*. Se podía decir que estaba actuando o que trataba de presentarse de la mejor manera posible, algo no muy distinto a ponerse un traje y peinarse. Saparelli se pasó el vuelo tecleando en su móvil y leyendo a Nietzsche.

Un coche negro recibió en el aeropuerto de Bremen a Leon y Saparelli y los llevó dirección norte, bajo cielos grises llenos de nubes bajas, a través de los bonitos distritos de casas de ladrillos rojos de Bremerhaven, propios del lugar del que todo el mundo hablaba en el sector del transporte marítimo cuando se refería a esa ciudad: una enorme terminal entre la ciudad y el mar, no exactamente en Alemania, pero tampoco en ninguna otra parte, uno de esos espacios limítrofes que han proliferado sobre la tierra. Cuando era más joven, Leon pasaba mucho tiempo en lugares como este, y ahora, al caminar con Saparelli y el vigilante de seguridad

hacia el *Neptune Cumberland*, tuvo una extraña sensación, como si persiguiera una versión anterior de su vida. Se sintió un impostor.
Ver el barco después de haber pasado una semana hablando y leyendo de él fue estremecedor. En lo alto, las grúas cumplían con su cometido al elevar contenedores del tamaño de habitaciones desde los puentes y las plataformas de carga. El barco estaba pintado del mismo rojo monótono que todos los barcos de la flota Neptune-Avramidis,
y ahora que se había vaciado la mitad de su cargamento en el puerto, se elevaba sobre el agua. Un par de marineros de aspecto triste recibieron a Leon y a Saparelli y los acompañaron hasta el puente del barco.

El capitán confirmó que la tripulación estaba desmoralizada. Él era un australiano de unos sesenta años y se mostraba profundamente conmocionado por el incidente. Compartía la sospecha generalizada de que Geoffrey Bell había tenido algo que ver con la desaparición de Vincent.

—¿Alguna vez le causó problemas? —preguntó Saparelli.

Los tres estaban sentados en la mesa del camarote del capitán mientras observaban el movimiento de grúas y contenedores por las ventanas y establecían la pauta de todas las entrevistas posteriores: Saparelli hablaba con el entrevistado mientras Leon tomaba notas y se sentía ajeno a la escena.

—No, nunca me causó problemas, pero era un tipo raro. Un poco antisocial. No se le daba bien la gente. Hacía bien su trabajo, pero no hablaba con nadie. Mi sensación es que no caía muy bien a sus compañeros.

—Ya veo. Creo que la noche en que desapareció hacía mal tiempo.

—Sí, hubo tormenta —confirmó el capitán—. Nadie debía estar en cubierta.

En otras entrevistas:

—Los vi cogidos de la mano paseando por cubierta en una ocasión —declaró el primer oficial—. Pero nunca se iban juntos cuando tenían vacaciones. A Smith le gustaba marcharse sola durante los tres meses. Tenía la impresión de que a veces estaban juntos y a veces, no.

—Eran bastante discretos —dijo el ingeniero jefe—. Es decir,

todo el mundo sabía que se veían, porque cuando estás en un barco se sabe todo, pero no se dejaban ver en público.

—¿Sabía que era una artista? —preguntó el otro marinero de tercera, el que no era Geoffrey Bell—. No sé si esa es la palabra correcta. Hacía cosas de arte con vídeos y pensé que molaba bastante.

—Era competente —comentó el sobrecargo, el antiguo jefe de Vincent. Se apellidaba Mendoza—. Más que eso, de hecho. Le gustaba su trabajo. Y a mí me gustaba trabajar con ella. Jamás se quejaba, lo hacía bien, se llevaba bien con todo el mundo. Quizá era un poco excéntrica. Le gustaba grabar vídeos de nada.

—¿De nada? —preguntó Saparelli, con el bolígrafo inmóvil sobre su cuaderno.

Mendoza asintió.

—Como por ejemplo…

—Por ejemplo, se quedaba quieta en cubierta y filmaba el jodido océano —explicó el sobrecargo—. Disculpe. Nunca había visto nada igual en mi vida. La pillé haciéndolo una vez, le pregunté qué hacía, pero…

—¿Pero?

—Se limitó a encogerse de hombros y siguió en ello. —Se quedó callado durante un momento, con la vista clavada en el suelo—. De hecho, la respetaba. Hacía algo extraño, y pensaba que no me debía ninguna explicación.

—¿Alguna vez le pareció que estaba deprimida? —preguntó Saparelli. Leon le había oído formular la misma pregunta en todas las entrevistas y sabía cuál sería la respuesta—. Es difícil saber cómo reaccionará una persona ante el estrés, pero si alguien le dijera que abandonó el barco por voluntad propia, que saltó, ¿le parecería verosímil esta idea, en base a lo que observó de ella y su comportamiento?

—No, era una persona feliz —contestó Mendoza—. Trabajaba nueve meses, se tomaba los otros tres de vacaciones y cuando volvía, siempre contaba historias fantásticas. El resto de la tripulación volvemos a casa esperando que nuestros hijos se acuerden de nosotros, pero ella no tenía familia, así que se dedicaba a viajar. Volvía, le preguntaba dónde había estado y resultaba que se había ido a hacer senderismo a Islandia, o kayak en Tailandia, o

había aprendido cerámica en Italia o algo parecido. Bromeábamos acerca de ello. Le decía «¿cuándo te vas a casar y a sentar la cabeza?». Y ella se reía y contestaba que en la próxima vida. —Se hizo el silencio en la mesa. Mendoza se limpió las lágrimas de los ojos—. ¿He dicho que me gustaba trabajar con ella? Me encantaba hacerlo. La consideraba una amiga. ¿Sabe lo excepcional que es trabajar con alguien que ama su vida?

—Sí —dijo Saparelli en voz baja—. Lo sé.

La cabina de Vincent estaba tal y como la había dejado. La cama sin hacer. Sus efectos personales eran muy escasos: algunos artículos de aseo personal, ropa, un ordenador portátil, algunos libros. Casi todos los libros tenían que ver con un barco llamado *Columbia (Hail, Columbia: los viajes del Columbia a la costa del noroeste,* etc). Saparelli guardó rápidamente sus enseres en la maleta y en una bolsa de viaje mientras Leon revisaba los libros y los sacudía encima de la cama. No cayó nada. Leon no estaba seguro de qué buscaba. ¿Cartas incriminatorias escritas por Geoffrey Bell? ¿Notas al margen amenazadoras?

—Si se lleva la bolsa de mano —dijo Saparelli—, yo me ocupo de la maleta.

Leon cogió la bolsa y salieron a la cubierta superior. Las grúas depositaban nuevos contenedores encima de las plataformas del puerto. Recordaba haber leído acerca del *Columbia*, ahora que pensaba en ello. Era un barco de Boston, del siglo XVIII o XIX. Lo buscaría después. Ya atardecía, y las grúas arrojaban una sombra intrincada sobre la cubierta. En la memoria, esos últimos minutos a bordo cobraron una inmerecida vividez y peso, porque también eran los últimos minutos antes de que Mendoza apareciera de nuevo. En medio de todo el ruido, de los crujidos, del rechinar, las cajas y la constante vibración del motor, Leon no se fijó en el sobrecargo hasta que estuvo junto a él.

—Los acompaño abajo —dijo. Estaban cerca de las escaleras de la pasarela.

—No es necesario —repuso Saparelli, pero había algo extraño en cómo los miraba el sobrecargo, así que Leon asintió y permitió que Mendoza encabezara el desfile hacia la salida. Saparelli miró a Leon irritado.

Mendoza habló en voz baja por encima del hombro mientras

bajaban.

—Una vez lo vi golpear a una mujer.

Saparelli parpadeó.

—¿A quién? ¿A Bell?

—Fue hace varios años, cuando estábamos los dos en rotación en otro barco. Había una mujer a bordo, una ingeniera. Ella y Bell mantuvieron relaciones. Una noche celebramos una barbacoa en la cubierta y oí que ella y Bell discutían, así que les di la espalda, ya sabe, para concederles algo de privacidad…

—Espere —lo interrumpió Leon—, ¿estaban todos juntos en la cubierta?

—Sí, fue antes de que prohibieran el alcohol en los barcos. Entonces se podía beber con los colegas después del turno de trabajo de la noche, como cualquier adulto normal. De todas formas, me giré, fingí que estaba muy interesado en el horizonte y luego oí un bofetón.

—Pero no lo vio —dijo Saparelli.

—Sé cómo suena una bofetada. Me giré rápidamente y era obvio que él acababa de pegarle. Ella estaba de pie, tocándose la cara, lloró un poco y los dos se miraron como si estuvieran en *shock* o algo así. Y yo le dije: «¿Qué demonios ha pasado, qué pasa aquí?», y ella me miró y respondió: «Nada. Estoy bien». Le pregunté a Bell: «¿La has pegado?», y ella contestó: «No, no me ha pegado». Y lo dijo mientras todavía tenía la huella de los dedos de una mano en la cara, una marca roja muy evidente en su piel.

—Vale —dijo Saparelli, con una exhalación—. ¿Qué respondió Bell?

—Me dijo que me metiera en mis asuntos. Yo estaba allí, pensando qué hacer, pero si ella insistió en que no había pasado nada, ¿quién soy yo para afirmar lo contrario? No vi nada, en realidad. —Mendoza bajaba las escaleras muy lentamente, así que Leon y Saparelli también avanzaban con lentitud y se esforzaban por oírlo—. Me miró —prosiguió Mendoza, hablando por encima del hombro—, me miró y me dijo: «Nadie me ha pegado. ¿Crees que dejaría que alguien me pegara?». Yo estaba un poco exasperado; es obvio, joder, pero ¿qué podía decir? Así que los dejé y me alejé caminando, y oí que ella le decía: «Si vuelves a hacer eso, te tiro por la borda».

—¿Y entonces qué pasó? ¿Qué dijo él? —preguntó Saparelli de forma monótona.

—Respondió: «No si te tiro yo primero».

Por fin llegaron al pie de las escaleras. El corazón de Leon latía demasiado deprisa y Saparelli parecía tener ganas de vomitar. Leon imaginaba el informe: «A resultas de las investigaciones, descubrimos que Geoffrey Bell había amenazado previamente a una mujer con arrojarla por la borda».

—¿Cuándo sucedió? —preguntó Saparelli.

—Hará unos ocho años, tal vez nueve.

—¿Hubo incidentes similares desde entonces?

—No —respondió Mendoza—, pero ¿no le parece que con un incidente ya es suficiente?

—¿Informó del problema al capitán?

—Hablé con él al día siguiente. Me dijo que vigilaría a Bell, pero que si la mujer insistía en que no había pasado nada, entonces ¿qué podíamos hacer? Eran rumores, mi palabra contra la suya, y eso teniendo en cuenta que ni siquiera vi nada.

—Ya —dijo Saparelli—. ¿Dónde está esa mujer ahora? La ingeniera que mantuvo relaciones con Bell.

—Lo último que sé es que está criando a sus hijos en las Filipinas. —Mendoza apartó la mirada—. No me cite, por favor. Cuando lo ponga en el informe.

—No se preocupe —lo tranquilizó Saparelli—, pero ¿por qué no me lo ha dicho antes en la entrevista?

—Porque Geoffrey me caía bien. Esto que le cuento no quiere decir que Geoffrey tenga nada que ver con lo que le ha pasado a Vincent. Pero después de hablar con usted esta mañana, no he podido dejar de pensar en ello. Y creía que debía contárselo.

—Gracias. Le agradezco que me lo haya dicho.

Leon y Saparelli no se miraron al entrar en el coche, pero ambos tomaron notas en sus cuadernos. Leon trataba de recordar la conversación palabra por palabra, y supuso que Saparelli hacía lo mismo. Se instalaron en el hotel cerca del aeropuerto y Saparelli se llevó la bolsa de mano de Vincent.

—Buenas noches —se despidió cuando les dieron las llaves de sus habitaciones. Fue la primera vez que le habló a Leon desde que habían salido del puerto.

—Buenas noches.

En lugar de subir a la habitación, Leon se fue al bar un rato, porque tenía cerca de setenta años y no tenía dinero para viajar, y quizá esa sería la última vez que bebería en un bar en Alemania, pero la influencia aplastante del aeropuerto cercano significaba que casi todo el mundo hablaba en inglés. Deseó que Marie estuviera allí. Terminó su bebida y se fue arriba, planchó su otra camisa de botones y miró la tele durante un rato. Trató de imaginar cómo quedaría esa última conversación en el informe: «Un entrevistado informó que en una ocasión Geoffrey Bell amenazó con arrojar a una compañera por la borda. La mujer y él mantenían en ese momento una relación sentimental. El entrevistado informó del incidente al capitán. Sin embargo, no aparece ninguna mención de dicho incidente en el historial laboral de Bell, lo que nos lleva a la conclusión de que la empresa no tomó ninguna medida». Se quedó despierto toda la noche, se levantó a las cuatro y media de la madrugada y se bebió cuatro tazas de café antes de bajar para reunirse con Saparelli y tomar el coche que los llevaría al aeropuerto.

—¿Lleva el mismo traje que ayer? —preguntó Saparelli.

Viajaban juntos en clase *business* y llevaban una hora de vuelo. Saparelli tenía un aspecto terrible, y Leon se sentía igual de terrible. Quería preguntarle si él también había pasado la noche en vela, pero le pareció demasiado intrusivo.

—Es un viaje corto —dijo Leon—. No pensaba usar dos trajes.

—¿Sabe en qué pensaba? —Saparelli miraba al frente—. Cómo un mal mensaje tiñe de sombras al mensajero.

—¿Es una cita de Nietzsche?

—No, es mía. ¿Me dejaría ver su cuaderno?

—¿Mi cuaderno de notas?

—El que usó ayer en el coche —indicó Saparelli.

Leon lo sacó del bolsillo frontal de su bolsa de viaje y observó mientras Saparelli pasaba las hojas hasta la última página, leía las notas rápidamente, arrancaba las dos últimas páginas y las doblaba para guardárselas en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué hace?

—Tenemos intereses similares —respondió Saparelli—. Pensaba en ello la noche anterior.

—¿Y qué utilidad tiene para sus intereses arrancar páginas de mi cuaderno de notas?

Leon pensó que debería estar furioso por lo que acababa de hacer Saparelli, pero estaba tan cansado que solo sentía una ligera preocupación.

—Sé que no está jubilado —comentó Saparelli.

—¿Disculpe?

—Sé que vive en *campings* y que trabaja en grandes almacenes durante las campañas de Navidad. Sé que se pasó el último verano trabajando en un parque de atracciones llamado Aventurilandia. ¿Dónde estaba, en Indiana? —Miraba al frente.

Leon se quedó callado unos instantes.

—Iowa —respondió con suavidad.

—Y el verano anterior, sé que usted y su esposa fueron los encargados de un *camping* en el norte de California. Sé que fue encargado de mantenimiento en un Marriott de Colorado. Sé que ese es el único traje que tiene. —Se volvió para mirar a Leon—. No digo que sea culpa suya. Leí lo del esquema Ponzi cuando encontré su testimonio en calidad de víctima. Obviamente, mucha gente inteligente se vio afectada por esa estafa.

—Entonces, ¿qué está diciendo, exactamente? No sé qué tiene que ver mi historial laboral con…

—Digo que usted quiere más contratos de consultoría y yo quiero cruzar el vestíbulo sin que todo el mundo piense «Oh, ahí va el tipo que escribió ese informe abyecto que se filtró a la prensa e hizo que despidieran a un montón de gente». Por cierto, a usted también le interesa que cuando lo vean pasar, la gente no lo mire como si fuera usted un heraldo del averno o algo parecido.

—Está pensando en no incluir esa última conversación en su informe.

—Todo lo que está fuera de las entrevistas oficiales, en fin, es básicamente cuestión de memoria, ¿no? He grabado las entrevistas, pero nada más allá de eso.

Leon se frotó la frente.

—Es posible o no que hayamos oído una anécdota inquietante —dijo Saparelli suavemente—. Una anécdota inquietante que no demuestra nada. Los hechos del caso siguen siendo los mismos. El hecho es que jamás sabremos lo que sucedió porque nadie más

estuvo allí.

—Geoffrey Bell estuvo allí.

—Geoffrey Bell desapareció en Rotterdam. No podemos localizarlo.

—¿Y no le parece sospechoso que se bajara del barco a la primera después de que ella…?

—No tengo manera de saber por qué se bajó del barco, Leon, y ambos sabemos que ninguna policía de ningún país lo interrogará jamás al respecto. Mírelo de esta forma —añadió Saparelli—, no importa lo que yo escriba en el informe. Vincent Smith seguirá muerta. Incluir la última conversación no conllevará ningún resultado positivo, solo causaríamos daño.

—Pero necesitamos un informe veraz.

Todo estaba mal. El sol que se filtraba por las ventanillas era demasiado fuerte, el aire era demasiado cálido, Saparelli estaba demasiado cerca. A Leon le dolían los ojos por falta de sueño.

—Digamos que, en teoría, el informe incluye todas las conversaciones que hemos mantenido en el barco. ¿Hará eso que la novia de Jonathan Alkaitis vuelva a la vida?

Leon lo miró. Tras observarlo con atención, estuvo seguro de que Saparelli tampoco había dormido por la noche. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—No estaba seguro —repuso Leon—. No estaba seguro de que fuera la misma mujer.

—¿A cuántas mujeres conoce que se llamen Vincent? Mire, fui detective —dijo Saparelli—. Investigo a todos y a todo, deformación profesional. Así que me parece que aquí hay un conflicto de interés, ¿no cree? Que haya aceptado este contrato como consultor, un caso que implica a la antigua compañera de un hombre que le robó todo su dinero… ¿Lo sabe Miranda?

—Jamás he ocultado nada —respondió Leon—. Todo es público y está disponible…

—Que sea público y esté disponible no es lo mismo que rechazar la oferta por conflicto de interés. No se lo dijo, ¿verdad?

—Podría haber investigado. Si hubiera buscado mi nombre en Google…

—¿Por qué debería haberlo hecho? Usted es un antiguo compañero de trabajo en quien confiaba. ¿Cuándo fue la última vez

que buscó el nombre de alguien en quien confiaba en Google?

—Caballeros —intervino la azafata—, ¿les puedo ofrecer algo para beber?

—Café —contestó Leon—. Con leche y azúcar, por favor.

—Tomaré lo mismo, gracias. —Saparelli se reclinó en su asiento —. Si piensa en ello un momento, verá que llevo razón.

Leon tenía el asiento junto a la ventanilla; contempló la mañana del Atlántico, profundamente perturbado. No había barcos a la vista, pero divisó un avión a lo lejos. Llegó el café. Pasó un buen rato antes de que Saparelli hablara de nuevo.

—Le diré a Miranda que ha sido extremadamente útil para mi investigación y que me ha gustado tenerlo conmigo, y recomendaré que lo contraten para futuras colaboraciones puntuales.

—Gracias —dijo Leon.

Fue así de fácil.

4

Tras volver de Alemania, Leon empezó a ver el país de sombras de nuevo y lo hizo por primera vez en mucho tiempo. Durante los últimos años, apenas se había fijado; después del *shock* inicial de los primeros meses en la carretera, en el trasfondo de sus pensamientos se había disuelto. Pero unos días después de regresar de Alemania, en un aparcamiento de camiones en Georgia, Leon miraba distraídamente por la ventana cuando una chica se bajó de un camión de mercancías. Vestía ropa informal, tejanos y una camiseta, pero comprendió lo que era justo cuando se percató de que era muy joven. Desapareció entre los camiones.

Esa noche, en una gasolinera, vio a otra chica bajarse de un camión, era una autoestopista esta vez, con una mochila a la espalda. ¿Cuántos años tendría? Diecisiete. Dieciséis. Tal vez veinte pero con apariencia de ser más joven. No lo sabía. Tenía ojeras que se marcaban bajo la dura luz azul. Se dio cuenta de que la observaba, lo miró fijamente y lo evaluó sin emoción alguna en el rostro. Miras a la carretera y la carretera te devuelve la mirada. Leon sabía que él y Marie tenían más suerte que muchos ciudadanos del país de sombras, porque se tenían el uno al otro, la autocaravana y el dinero suficiente (el justo) para sobrevivir, pero

el rasgo esencial de ciudadanía era el mismo para todo el mundo: todos habían cortado sus amarras, todos se habían deslizado bajo la superficie de Estados Unidos e iban a la deriva.

Te pasas la vida moviéndote entre países, o eso le parecía a Leon. Desde el colapso del esquema Ponzi, a menudo pensaba en un ensayo que había leído tiempo atrás; el autor era un enfermo terminal, un hombre que escribía con gratitud acerca de los servicios de urgencias que habían llegado una mañana en que estaba demasiado enfermo como para funcionar, hombres amables que lo condujeron con amabilidad hacia el país de los enfermos. A Leon le había impresionado la idea, y después de regresar de Alemania, durante las largas y tranquilas horas que había pasado conduciendo la autocaravana, había empezado a formular una filosofía acerca de los países que se superponían, y las capas de cada uno de ellos. Si una desgracia médica te enviaba al país de los enfermos, que tenía sus propios rituales, costumbres, tradiciones y reglas, entonces un Alkaitis te enviaba a un territorio inestable, el país de los engañados. Cosas que eran imposibles después de Alkaitis: jubilarse, una casa sin ruedas, confiar en los demás, aparte de en Marie. Cosas que eran imposibles después de viajar a Alemania con Michael Saparelli: ninguna certeza sobre su propia moralidad, conservar su anterior convicción de que era, en esencia, incorruptible, llamar a Miranda para pedirle más colaboraciones.

Una semana después de regresar de Alemania, llegó un correo electrónico de Saparelli con un enlace a un vídeo protegido con una contraseña. El correo decía: «Hemos examinado el ordenador portátil de la señora Smith y revisado horas de grabación. Varios vídeos como este, algunos grabados en condiciones climatológicas muy adversas. He pensado que debía verlo; confirma nuestra conclusión de que su muerte fue, probablemente, accidental. Recuerde que la noche en que desapareció hubo tormenta».

Era un vídeo muy corto, de apenas unos cinco minutos, grabado desde la cubierta de popa, de noche. Vincent había grabado durante varios minutos el océano, la estela del barco iluminada a la luz de la luna, y luego el ángulo de la cámara cambió de repente: dio un paso adelante y se inclinó por la barandilla, que en esa cubierta en concreto no era demasiado alta. Se inclinó de forma alarmante e hizo un plano cenital para captar directamente el océano que tenía

a sus pies.

Leon lo reprodujo dos veces más y luego cerró el portátil. Comprendió que Saparelli trataba de ser amable, que le enviaba pruebas para tranquilizar su conciencia y confirmar el relato del informe. Leon y Marie estaban en Washington esa noche, en un *camping* privado prácticamente desierto porque era temporada baja. La noche empezaba a caer, las ramas de los abetos y de los cedros se recortaban contra el cielo que se desvanecía. El vídeo no demostraba nada, excepto tal vez cierta imprudencia, pero también era fácil construir la narrativa gracias a él: el mar agitado, una tempestad de viento, una mujer distraída en una cubierta resbaladiza, una barandilla demasiado baja. Quizá Bell había huido del barco porque había matado a su novia, pero, por otra parte, quizá se había marchado porque la mujer que amaba había desaparecido.

—Este lugar es hermoso —dijo Marie una noche, un año después de que Leon regresara de Alemania. No había hecho más colaboraciones puntuales. Acababan de pasar la campaña de Navidad en un almacén de Arizona, haciendo jornadas de diez horas en las que debían caminar a paso ligero por suelos de cemento con un escáner en la mano, inclinarse y levantarse continuamente, y se habían retirado a un *camping* a las afueras de Santa Fe para recuperarse. El trabajo era difícil y cada año se volvía más duro, pero habían ganado suficiente dinero para reparar el motor y añadir una cantidad a su fondo de emergencia; ahora descansaban en el desierto. Al otro lado de la carretera, había un cementerio diminuto lleno de cruces de cemento y madera, y unos postes blancos delimitaban el perímetro.

—Nos podría ir mucho peor —comentó Leon.

Estaban sentados en un banco de pícnic cerca de la autocaravana y miraban hacia las lejanas montañas que se teñían de violeta con el crepúsculo, y en ese momento sintió que todo iba bien en el mundo.

—Nos movemos por este mundo muy ligeros —dijo Marie, que citó de forma errónea una de las canciones favoritas de Leon y, durante un cálido momento, él pensó que se refería a todo en general, a la humanidad en conjunto, a las vidas individuales que pasaban por la superficie del mundo sin dejar apenas huella, pero

luego comprendió que se refería a ellos dos en concreto, a Leon y Marie, y no pudo culpar a la noche que se cernía sobre ellos del estremecimiento que sintió. Cuando tenían unos treinta y tantos, decidieron no tener hijos, algo que en aquel momento parecía una forma sensata de evitar complicaciones y penas innecesarias, y esta decisión había dotado a sus vidas de una cierta facilidad que él siempre había apreciado, una especie de feliz irresponsabilidad. Pero uno podía pensar que la responsabilidad también era un ancla y, últimamente, reflexionaba sobre que no le importaría estar más anclado a la tierra.

Se quedaron sentados y contemplaron la puesta de sol, que desaparecía tras las montañas. Estuvieron allí hasta después del anochecer, cuando el cielo estaba plagado de estrellas, pero tenían que volver a la autocaravana en algún momento, así que se levantaron con el cuerpo rígido y se refugiaron en la calidez del vehículo, realizaron todas las tareas necesarias para preparar la cama y acostarse, y se dieron un beso de buenas noches. Marie apagó la luz y se durmió a los pocos minutos. Leon permaneció despierto en la oscuridad.

14. El coro de la oficina

Diciembre de 2029

—¿Mi trabajo más memorable? —dice Simone en un cóctel en Atlanta, donde vive con su marido y sus tres hijos y trabaja para una empresa que vende ropa por internet—. Oh, eso es muy fácil. —Está rodeada de un grupo de compañeros que la escuchan sin perder detalle—. ¿Alguien se acuerda de Jonathan Alkaitis? ¿El responsable del fraude de Ponzi, allá por el 2008?

—No —contesta su asistente. Se llama Keisha; tenía tres años cuando Alkaitis fue a prisión.

—¿Ese Jonathan Alkaitis? —pregunta un compañero mayor—. Le robó los ahorros de la pensión a mi abuelo.

—Oh, vaya, eso es terrible —declara Keisha—. ¿Qué hizo?

—¿Mi abuelo? Se pasó la última década de su vida metido en la habitación de invitados de mi madre. No existía un hombre más amargado en el mundo. Simone, ¿tuviste relación con ese Alkaitis?

—Fui su última secretaria antes de que lo detuvieran y lo mandaran a la cárcel.

—Es increíble.

—Dios mío —añade Keisha, que mira a su jefa como hacen las administrativas cuando de repente comprenden que sus jefes también fueron administrativos alguna vez.

—Acababa de mudarme a Nueva York —relata Simone—, así que tenía unos veintitantos, y la ciudad brillaba con una chispa especial. Conseguí trabajo bastante rápido en una empresa financiera en Midtown; hacía de recepcionista y también tareas de secretaria. A las tres semanas me aburría mortalmente y, de repente, un día entro en una reunión con una bandeja de café…

—¿Tenías que llevar el café? —Keisha se encarga de preparar el café dos veces al día.

—Y ni siquiera era lo más aburrido que tenía que hacer —contesta Simone, que opta por ignorar el tono de Keisha—. Pues resulta que Alkaitis estaba reunido con todo el personal y pidió café, así que lo llevé en la bandeja. Y cuando entré en la sala de reuniones, había una atmósfera cargada. Como si todo el mundo tuviera miedo. No sé si podré explicarlo bien, fue como… Ayúdame, Keisha, tú has estudiado poesía.

—¿Una atmósfera de temor?

—Gracias, pues sí, exactamente eso. Una atmósfera de temor, como si alguien acabara de decir algo terrible o algo así. Salí de la sala con la bandeja y, justo cuando cerré la puerta, oí que Alkaitis decía: «Mirad, todos sabemos lo que hacemos aquí».

—Uau. ¿Y eso fue justo antes de que lo detuvieran?

—El día antes, para ser exactos. Luego se presentó en la recepción una hora más tarde y me pidió que comprara trituradoras de papel. —Ha perfilado la historia a lo largo de los años, la hace más divertida y más incisiva, y ahora, como siempre, elimina la visión de Claire en la parte posterior de su coche negro, cuando la acompañó a casa la noche siguiente. ¿Qué habrá sido de Claire? No quiere saberlo.

—Pero ¿qué eras? —pregunta Keisha hacia el final de la anécdota—. ¿Su secretaria o su recepcionista?

—Un poco de las dos cosas —contesta Simone—. Más de lo segundo. ¿Qué más da?

—Bueno, probablemente solo importa desde un punto de vista etimológico —dice Keisha, con la vacilación propia de la gente que sabe que casi nadie está interesado en los mismos temas que ellos, y la conversación cambia de rumbo. Simone se olvida de preguntar qué quiere decir, pero después, en el silencio de su habitación, busca el término en el diccionario mientras su marido duerme junto a ella. Entonces comprende, al buscar la palabra, que nunca fue la secretaria de Alkaitis. Porque una secretaria es una guardiana de secretos.

Para entonces, cuando Simone tiene unos cuarenta y tantos, el resto de nosotros hemos cumplido nuestras penas de prisión, cuatro, ocho, diez años, y nos han soltado, aunque Oskar salió de la cárcel y luego volvió a entrar por un delito distinto. Nos dejan salir de la cárcel en años diferentes y de prisiones diferentes. Aparecemos en

un mundo alterado en distintos estados de desarreglo, aferrados a nuestras pertenencias. Harvey es el primero porque, gracias a su valiosa ayuda para la fiscalía, lo sentenciaron a cumplir los años que ya había pasado en prisión provisional, cuatro años de vaivén desde el infierno ordenado del Centro Correccional Metropolitano del bajo Manhattan y los opulentos despachos del administrador designado por el tribunal en la parte alta de la ciudad, cuatro años ejerciendo de guía turístico del esquema Ponzi de día y yaciendo solo en su celda de noche y durante los fines de semana; después de la sentencia, obtiene permiso de su agente de la condicional para abandonar el estado y mudarse a Nueva Jersey, donde su hermana tiene una tienda de helados. Ahora sirve helados cerca de la playa y vive en el sótano de ella.

Ron evita la condena, pero no el divorcio. Vive con sus padres en Rochester, en el estado de Nueva York, y trabaja como encargado en un cine.

A Oskar y Joelle los dejan en estaciones de autobús, en años y estados distintos: Joelle va de Florida a Charlotte, Carolina del Norte, donde permanece durante tiempo en la sala de espera de los autobuses Greyhound mientras observa a las madres con sus hijos, hasta que por fin llega su hermana, tarde, como siempre, que charla sobre el tráfico, el clima y la habitación de invitados donde Joelle puede quedarse hasta que rehaga su vida, sea de la manera que sea. Oskar permanece durante un rato frente a un panel de información en la estación de autobuses de Indianápolis y al final se sube a un autobús en dirección a Lexington, un destino que escoge porque el autobús está a punto de salir y porque puede permitirse ese billete. Dormita y se despierta cuando están en medio de las montañas, bajo cielos nublados, con pinos que se elevan por encima de la niebla en empinadas colinas, y la pura belleza del mundo anega sus ojos de lágrimas. Es el paisaje al que se aferra cuando lo detienen un año después y lo acusan de tráfico de drogas, lo esposan en una acera a las dos de la mañana y lo meten en el coche de policía, donde cierra los ojos de camino a la comisaría y se obliga a recordar ese momento en el autobús camino a Kentucky, una visión de colinas abruptas, pinos y niebla.

Enrico tiene dos hijas pequeñas y una esposa que cree que se llama José. No es un matrimonio especialmente feliz, pero tienen

una casa bonita cerca de la playa. El resto de nosotros nos mantenemos unidos por nuestra obsesión con Enrico. En nuestras imaginaciones, se ha convertido en una figura heroica, lleva una vida impetuosa y llena de misterio más allá de la frontera del sur, pero en su vida actual contempla a sus hijas y a su esposa, que juegan en la playa al atardecer, y piensa en cómo les irá si (no *si*, sino *cuando*, sin duda) al final lo detienen y se lo llevan. No puede escapar a ese temor. Antes estaba orgulloso porque había evadido su destino, pero siente cada vez más que ese destino avanza hacia él, que lo persigue desde hace tiempo. Siempre espera ver un coche que avanza poco a poco con los cristales tintados, que alguien le dé un golpecito en el hombro o que llamen a su puerta.

15. El hotel

1

En una noche de finales de primavera en el hotel Caiette, en el 2005, el encargado de noche barría el vestíbulo cuando una cliente se dirigió a él.

—Se le ha pasado una mancha —indicó ella. Paul se obligó a esbozar una sonrisa y odió su vida—. Es broma. Lo siento, ha sido una broma terrible. Pero, en serio, ¿puede acercarse un momento?

La mujer estaba de pie al lado del ventanal, con un *whisky* en la mano. Era mayor, o eso le pareció a Paul entonces, aunque, en retrospectiva, lo más seguro era que tuviera unos cuarenta años, pero había algo llamativo en ella. Transmitía la impresión general de que tenía su vida bajo control, algo a lo que Paul solo podía aspirar. Cogió la escoba con torpeza y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Le complació haber pensado en la pregunta. Parecía muy propio de un mayordomo, que era más o menos el modelo que perseguía. De vez en cuando, vislumbraba si no los placeres de la industria hotelera, al menos el placer de la competencia profesional. Entendía que uno sintiera cierta satisfacción al hacer bien su trabajo, igual que Vincent lo hacía bien. Siempre había sido un empleado indiferente. En ese momento, Vincent estaba en el otro extremo del vestíbulo y se reía con un cliente que le contaba la historia de un viaje de pesca que había terminado de una forma desastrosa e hilarante.

—Me preguntaba si puedo hablar con usted en privado —dijo la mujer. Paul miró por encima del hombro hacia la recepción, donde Walter trataba de poner paz con una pareja norteamericana que estaba furiosa porque la habitación con *jacuzzi* que habían pagado

era una habitación con *jacuzzi*, y no una *suite* con bañera—. Me llamo Ella Kaspersky, ¿cómo se llama?

—Paul. Un placer conocerla.

—Paul, ¿cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—No mucho. Unos meses.

—¿Cree que se quedará mucho más tiempo?

—No.

No lo había pensado antes de decirlo, pero la respuesta era sincera. Por supuesto que Paul no pensaba quedarse allí. Había venido desde Vancouver para huir de sus amigos, que eran malas compañías, y porque Vincent ya estaba allí y le había dicho que se trabajaba bien, pero al terminar la primera semana supo que había sido un error. Odiaba haber vuelto a Caiette. Odiaba vivir en el mismo edificio que sus compañeros de trabajo, le causaba claustrofobia. El camarero que vivía en la habitación contigua mantenía relaciones con el segundo chef cada noche, y Paul, que estaba soltero, oía todos los jadeos que emitían durante el coito. No le gustaba su jefe, Walter, ni el jefe de Walter, Raphael. Echaba de menos a su padre, que había muerto hacía meses pero a quien, de algún modo, Paul siempre esperaba ver cada vez que iba al pueblo.

—De hecho —añadió—, pensaba irme pronto. Quizá muy pronto.

—¿Qué quiere hacer en lugar de esto?

—Soy compositor.

Había pensado que decirlo en voz alta lo haría más real, pero le hizo sentir como un fraude. Componía música que no enseñaba a nadie. Había caído en un territorio entre la música clásica y la electrónica, y no tenía la menor confianza en su trabajo.

—Imagino que debe de ser una carrera difícil.

—Mucho —contestó él—. Seguiré trabajando en hoteles mientras me concentro en mi música, pero quiero volver a la ciudad.

—Una cosa es descansar y recargar las pilas en mitad de la nada —comentó Ella—, pero otra muy distinta, supongo, será vivir aquí siempre.

—Sí, exacto. Lo odio. —Se le ocurrió que quizá no debería hablarle así a una clienta del hotel. Walter estaría furioso, pero se iría de todos modos, ¿qué importaba?

—Me gustaría contarle una historia —dijo Ella— y terminaré haciéndole una propuesta de trabajo, algo que le ayudaría a ganar un poco de dinero. ¿Le interesa?

—Sí.

—Quédese aquí, miraremos juntos por el ventanal juntos y si ese encargado tan severo le pregunta, le dice que le estaba pidiendo información sobre la geografía local y lugares donde pescar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —La intriga era maravillosa y reforzó su deseo de marcharse, porque incluso si ella dejaba de hablar en ese momento y ya no decía nada más, eso era lo más interesante que le había pasado en varias semanas.

—Hay un hombre llamado Jonathan Alkaitis que vive en Nueva York —prosiguió ella—. Tenemos una cosa en común: los dos nos alojamos habitualmente en este hotel. Llegará aquí en un par de días.

—¿Es usted una especie de detective o algo así?

—No. Simplemente me gusta dar propinas extravagantes a empleados de hotel que están hartos de su trabajo. Bueno, a lo que iba. Cuando llegue, quiero que le dé un mensaje.

—¿Quiere que le entregue una nota?

—Algo parecido. Pero no se trata de pasar un sobre por debajo de una puerta. Me gustaría que recibiera el mensaje de una forma inolvidable. Impactante. —Sus ojos brillaban. Paul se dio cuenta por primera vez de que estaba un poco bebida.

—Conocí a una chica que escribió un grafiti en la ventana de la escuela con un rotulador de ácido —dijo—. ¿Algo así?

—Es usted perfecto —dijo ella.

Cuando Paul escribió el mensaje, sintió como si estallaran estrellas en su pecho. Como si corriese bajo una tormenta de verano. La noche acordada se marchó a cenar durante su descanso y se deslizó por el lateral del edificio, donde ya había ocultado una sudadera grande con un rotulador de ácido en el bolsillo, y luego se colocó en posición cerca de la terraza delantera, justo frente al charco de luz que arrojaba el hotel. Esa noche había brisa, y era más fácil moverse sin ser detectado, porque sus pasos quedaban ocultos por los pequeños sonidos del bosque, el crujido de las ramas y el rumor del viento. Durante un buen rato, el vigilante nocturno se quedó

cerca de la puerta, demasiado cerca, y Paul estuvo a punto de descartar la misión, pero entonces Larry miró su reloj y se retiró, y desapareció en el vestíbulo mientras caminaba hacia la sala del personal. Era su pausa para el café. Una nube pasó frente a la luna y pareció una señal; la noche conspiraba para esconderlo. Destapó el rotulador y saltó a la terraza con un movimiento rápido, con el corazón latiendo con fuerza y la cabeza gacha. «Por qué no os tragáis cristales rotos». Escribió el mensaje al revés, como había practicado en su habitación, y se deslizó de nuevo hacia el bosque. Como si la escena estuviera coreografiada, la nube se apartó de la luna y el mensaje se iluminó. Se arrastró por el lateral del hotel para regresar a la residencia del personal. Era imposible moverse sin hacer absolutamente ningún ruido, pero, de todos modos, por la noche el bosque estaba lleno de sonidos. En la residencia del personal se estaba celebrando algo, la luz y la música se derramaban de una *suite* del segundo piso, donde los trabajadores se emborrachaban para apagar la sorda agonía de la atención al cliente.

Se quitó la sudadera y los guantes, los enrolló en una bola y los arrojó hacia los setos que había en la base del tocón. Salió al sendero que conectaba el edificio del personal con el hotel y emergió desde el bosque hacia el resplandor luminoso del edificio principal. Si alguien lo veía por casualidad desde el hotel, parecería que acababa de regresar de su habitación. Miró el reloj y optó por caminar lentamente y entrar por el lateral, como si no pasara nada, como si simplemente hubiera disfrutado de un poco de aire fresco, ebrio del placer de la acción y el secreto, y la euforia duró hasta que entró en el vestíbulo y vio la escena: el cliente petrificado en mitad del espacio; el encargado de recepción del turno de noche, que salía de detrás del mostrador; su hermana, que levantaba la mirada del vaso que estaba limpiando detrás de la barra; y todos contemplaban las palabras en el ventanal. La expresión del rostro de Vincent era insoportable, una mirada de tristeza desnuda y de horror. El cliente se giró y Vincent apartó la mirada mientras Walter avanzaba como una oleada de eficacia y consuelo: «¿Podemos ofrecerle otra bebida? Cortesía de la casa, por supuesto, siento mucho que haya tenido que ver esto», mientras Vincent miraba fijamente el vaso que estaba limpiando y Paul permanecía justo al lado de la puerta lateral sin

que nadie lo viera. De algún modo, no se le había ocurrido que el mensaje lo verían más personas. Salió de nuevo al frío aire nocturno y permaneció un rato fuera con los ojos cerrados mientras trataba de recuperar el control antes de entrar por segunda vez, ahora de manera más obvia, cerrando la puerta con estruendo tras él e intentando actuar con normalidad, pero su mirada cayó de inmediato sobre el filodendro que alguien, tal vez Larry, había empujado frente al ventanal.

Walter lo observaba desde detrás del mostrador.

—¿Le ha pasado algo a la ventana? —preguntó Paul. Su voz sonó mal en sus propios oídos, demasiado atiplada, falsa.

—Me temo que sí —respondió Walter—. Un grafiti extremadamente desagradable.

«Piensa que he sido yo», pensó Paul y se sintió inexplicablemente ofendido.

—¿El señor Alkaitis lo ha visto?

—¿Quién?

—Ya sabe —dijo Paul, y señaló hacia el cliente, el hombre de unos cincuenta años que miraba su bebida.

—Ese no es Alkaitis —contestó Walter.

Dios. Paul encontró una excusa para salir de allí y se fue al bar, donde Vincent había dejado de limpiar los vasos y ahora se dedicaba a quitar el polvo imaginario que cubría las botellas.

—Eh —dijo él, y cuando ella lo miró, le asombró ver lágrimas en sus ojos—. ¿Estás bien?

—El mensaje en el ventanal —susurró.

Ahora Paul tuvo ganas de alejarse, de dejarlo todo atrás, llamar a una lancha taxi desde el vestíbulo, caminar hacia el muelle, embarcarse en un viaje hacia Grace Harbour y seguir desde allí.

—Quizá lo haya hecho algún chaval borracho.

Ella se limpiaba los ojos con disimulo con una servilleta de papel.

—Disculpa, estoy demasiado alterada como para hablar ahora.

—Claro —respondió, hundido en un pozo de odio hacia sí mismo de miles de kilómetros de profundidad, como del que le habían advertido durante la rehabilitación.

Notó que en el vestíbulo se formaba una nube de atención: Walter salió de detrás del mostrador y Larry retiró un

portaequipajes del discreto armario de consignas detrás del piano. Vincent se tomó un *espresso* rápido. En la pared de cristal del hotel, el vestíbulo se reflejaba con la fidelidad casi propia de un espejo, pero ahora una luz blanca procedente del agua lo perforaba: era un bote que se acercaba. Jonathan Alkaitis estaba a punto de llegar.

2

Tres años después, en diciembre del 2008, Walter leyó en la recepción la noticia de la detención de Alkaitis, y la sangre abandonó su cabeza. Khalil, el camarero que estaba de servicio esa noche, lo vio desmayarse y llegó hasta él en segundos con un vaso de agua fría.

—Walter, tome, espere, respire hondo…

Walter intentó respirar, beber el agua y no perder el conocimiento mientras las estrellas nadaban frente a sus ojos. Los colegas de Walter se arrodillaron a su lado y le preguntaron qué le pasaba. Pidieron que alguien llamara a un taxi para llevarlo al hospital. Entonces, Larry vio la página del *New York Times* en su ordenador y dijo:

—Oh.

—Soy un inversor —aclaró Walter, tratando de explicar lo sucedido.

—¿De Alkaitis? —preguntó Larry.

—Estuvo aquí el pasado verano, ¿recuerdas? —Walter tuvo náuseas otra vez—. Él y Vincent. Charlé con él una noche, empezamos a hablar de inversiones. Le dije que tenía unos ahorros.

—Oh, Dios mío —respondió Larry—. Walter, lo siento.

—Actuó como si me hiciera un favor —explicó Walter—. Al permitirme invertir en su fondo.

Larry se arrodilló y le puso la mano en el hombro.

—No puede haber desaparecido —repuso Walter—. No puede ser. Eran los ahorros de toda mi vida.

Y aquí, un agujero en su memoria: ¿cómo volvió Walter a su apartamento? En retrospectiva, no lo sabe, pero poco después ya estaba en su cama y miraba al techo, vestido aún, pero sin los zapatos y con un vaso de agua en la mesita de noche.

De algún modo, ya eran las ocho de la mañana, así que Walter fue a ver a Raphael a su oficina.

—No sé nada —dijo Raphael. Utilizaba los nudillos de la mano izquierda para dar vueltas a un bolígrafo, un movimiento nervioso y rápido cuya mecánica Walter no entendía. ¿Cómo era posible que el boli no se cayera?—. Tenemos que esperar noticias de Estados Unidos.

—¿Noticias de qué? —Walter no podía despegar la vista del bolígrafo.

—Bueno, noticias acerca de nuestro destino, a riesgo de sonar melodramático. Acabo de hablar con las oficinas centrales y, al parecer, hay un administrador de activos en Nueva York, un abogado designado por el juez para gestionar todo el lío de Alkaitis, así que supongo que el administrador decidirá lo que le pasará al hotel.

Al final, el suspense no duró mucho. Hacia finales de la semana siguiente, llegaron noticias al hotel de que el administrador había decidido vender la propiedad para recuperar el mayor capital posible para los inversores en poco tiempo. Hubo rumores acerca de la posible entrada de un grupo hotelero, pero Raphael era escéptico.

—Déjame que te cuente un secreto —le dijo Raphael a Walter—. Este lugar no ha dado beneficios en cuatro años. Si hay un comprador, no será un grupo hotelero.

—¿Quién más querría comprarlo?

—Exacto —contestó Raphael.

Cuando su destino se aclaró (la propiedad no encontraba compradores a corto plazo, el hotel cerraría en tres semanas), una extraña idea se apoderó de Walter. Todo el mundo se iba, pero eso no significaba necesariamente que Walter tuviera que irse, ¿verdad? En una de sus mañanas tranquilas en recepción, justo antes del cambio de turno, intentó contactar por teléfono por cuarta vez con el administrador de los activos y, finalmente, logró que la secretaria le pasara con Alfred Selwyn.

—Selwyn al habla.

—Señor Selwyn, soy Walter Lee. Espero que disculpe mi persistencia —dijo Walter—, pero esperaba hablar con usted de un asunto urgente, al menos para mí…

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Lee?

Walter no estaba seguro de lo que esperaba. Algo salido de un programa de televisión de abogados, una persona tiburonesca y mentirosa con un acento insultantemente norteamericano, pero Alfred Selwyn hablaba con suavidad y era amable, y transmitía la sensación de que escuchaba atentamente mientras Walter formulaba su propuesta.

—Por lo que entiendo —dijo Selwyn—, la propiedad está en un lugar bastante remoto, ¿verdad?

—No es imposible llegar —repuso Walter—. Puedo llegar a Grace Harvour en una hora con una lancha taxi.

—¿Y Grace Harbour es una población de tamaño medio? Discúlpeme un segundo… —Hubo una ligera conmoción mientras Selwyn tapaba el auricular con una mano. Walter oyó que decía, con el auricular a medio tapar—: Señor Alexander. Por favor, tome asiento, estaré con usted en un momento. Lorraine, por favor, tráenos un café a Harvey y a mí. —Más susurros y luego la voz de Selwyn recuperó su volumen normal—. Lo siento. Lo que trato de entender, y discúlpeme si soy demasiado brusco, es si usted se volverá loco al vivir solo en un hotel vacío en medio de un bosque.

—Comprendo su preocupación —respondió Walter—, pero la verdad es que me encanta vivir aquí. —Se oyó hablando del placer de residir en un lugar tranquilo con una inmensa belleza natural, lo amistosos que eran los lugareños en el pueblo cercano de Caiette (una exageración, pues la mayoría odiaba a los forasteros) y solo podía pensar en «Por favor, por favor, por favor, deje que me quede». Hubo un silencio al final del monólogo.

—Bueno —dijo Selwyn—, la verdad es que resulta convincente. ¿Podría enviarme algunas referencias a finales de esta semana? Incluidas las de su actual supervisor, si es posible.

—Por supuesto —respondió Walter—. Muchas gracias por considerar mi propuesta.

Cuando colgó, se sintió más ligero de lo que se había sentido en mucho tiempo, desde la noche en que se había enterado de la detención. Miró a su alrededor, en el vestíbulo, y se lo imaginó vacío.

—¿Que quieres hacer qué? —preguntó Raphael cuando Walter fue a verlo. Tenía un archivador abierto sobre su escritorio. Walter vio un gráfico titulado *IngPHD*

2007-2008
, de dos páginas de largo. Ingresos por habitación disponible. Raphael iba a trabajar en un hotel de Edmonton y se pasaba los días documentándose sobre su nuevo puesto.

—El hotel necesita que haya alguien que se ocupe del mantenimiento de las instalaciones —dijo Walter—. Selwyn estuvo de acuerdo en que a nadie le interesa que esto quede abandonado.

—Mira, no tengo ningún problema en escribir una carta de recomendación excelente, Walter, pero no creo que quieras quedarte aquí solo. ¿Has pensado cuándo te irías?

—Oh, por supuesto que no me quedaría para siempre —respondió Walter, que intentaba tranquilizar al otro.

Pero eso no sería lo peor, pensó mientras regresaba a la residencia del personal. Caiette era el primer lugar que había amado de verdad. No quería ir a ninguna otra parte. «Dame paz», pensó, «dame bosques y océanos y ninguna carretera. Dame el paseo hacia el pueblo a través de los árboles en verano, dame el sonido del viento entre las ramas de los cedros, dame la niebla que se eleva por encima del agua, dame la vista de las ramas verdes desde mi bañera por las mañanas. Dame un lugar sin gente, porque nunca volveré a confiar plenamente en nadie más».

3

Una década más tarde, en Edimburgo, Paul aceptó una copa de vino del camarero y se giró para deslizarse entre la muchedumbre, y allí estaba ella, frente a él.

—Usted —dijo, porque no recordaba su nombre.

—Hola, Paul. —Estaba exactamente igual que la recordaba.

Era una persona menuda, pero de aspecto pulcro, con un corte de pelo precioso, y esa noche vestía un traje elegante con un collar que parecía incluir un mosquito atrapado en una pieza de ámbar del tamaño de una nuez, pero ¿quién era? Estaba agotado después de un vuelo largo, y ligeramente bebido, y no se le daba nada bien recordar nombres y caras, tanto era así que últimamente se preguntaba si implicaba algo, una sociopatía fronteriza («¿Soy tan narcisista que no puedo ver a los demás?») o una variante menor de ceguera facial, esa situación neurológica en la que uno no reconoce

a su esposa si esta se corta el pelo; pero bueno, él no estaba casado. Repasó todas las opciones mientras la mujer misteriosa esperaba paciente, con un *whisky* en la mano.

—No es por meterle prisa —dijo finalmente—, pero estaba a punto de subir a la terraza para fumarme un cigarrillo. ¿Quiere venir mientras piensa en ello?

Tenía acento americano, pero eso no lo ayudó ni un ápice a situarla. La fiesta había atraído a parte del festival de Edimburgo, y bastantes invitados tenían ese mismo acento. Murmuró algo poco elocuente y la siguió a través del gentío, pero su identidad no se le reveló hasta que estuvieron solos un momento en la terraza y ella se encendió un cigarrillo.

—Ella —dijo Paul—. Ella Kaspersky. Lo siento muchísimo, tengo un poco de *jet lag*.

Se encogió de hombros.

—Cuando uno ve a alguien fuera de contexto… —Dejó la frase sin terminar—. Y ha pasado mucho tiempo.

—¿Trece años?

—Sí.

En la terraza hacía frío, y él tenía ganas de volver. No a la fiesta, no, sino a su hotel. El frío no era el problema, en realidad. Para ser prácticos, volar en turista desde Toronto a Edimburgo le había mantenido despierto dos días seguidos, lo cual entraba en la cada vez mayor categoría de cosas que podía hacer cuando tenía dieciocho años, pero mucho menos a medida que su edad avanzaba. Ver a Ella Kaspersky solo le hizo sentir peor. Algo de eso se reflejó en su cara porque Ella pareció ablandarse, solo un poco, y le tocó ligeramente el brazo.

—He querido disculparme con usted desde hace trece años —dijo—. En Caiette estaba furiosa, había bebido demasiado y me dejé llevar. No debería haberle pedido que hiciera eso.

—Podría haber dicho que no.

—Debería haberse negado. Pero yo no tendría que habérselo pedido, de entrada.

—Bueno —repuso—, al menos tenía razón acerca de Alkaitis.

Jamás le habían interesado las noticias, pero había leído un libro acerca del esquema Ponzi que se publicó unos años después, cuando buscaba noticias de su hermana. En el libro, Vincent era una figura

al margen y, cuando aparecía, era porque citaban extractos de la transcripción de su declaración. Era evidente que el autor del libro no había logrado entrevistarla, aunque se especulaba mucho acerca del nivel de opulencia material de su vida con Alkaitis.

—Sí. Tenía razón.

—¿Sabía que vivía con mi hermana? —Estaba fumando un cigarrillo, aunque no recordaba si Kaspersky se lo había dado. Últimamente, el tiempo parecía fragmentado.

—¿En serio?

—Era camarera en el bar del hotel Caiette —dijo él—. Un hombre entra en un bar y una cosa lleva a la otra…

—Extraordinario. Vi fotografías de él con una mujer más joven, pero no pensé en el hotel.

—¿Recuerda a una camarera atractiva, con el pelo negro y oscuro?

Frunció el ceño.

—Tal vez. No, no. Si le soy sincera, no me acuerdo de ella en absoluto. ¿Qué le pasó?

—Ya no estamos en contacto —dijo Paul.

Para Paul, Vincent existía en una especie de animación suspendida. La primera noche de sus conciertos en la Academia de Brooklyn de Música, en el 2008, salió al escenario y la vio. Estaba en primera fila, en un extremo; sus ojos se posaron sobre ella y su corazón se aceleró. Logró ejecutar la apertura como pudo, y cuando volvió a mirar, no más de diez minutos más tarde, ella ya se había ido, y un asiento vacío bostezaba en las sombras. Esa noche procrastinó durante dos horas antes de irse del teatro, pero ella no lo esperaba en la salida de los artistas. No estuvo allí ni la noche siguiente, ni la otra; esperaba verla cada noche cuando salía del teatro, y ella jamás estaba allí, pero imaginó la confrontación tantas veces que empezó a tener la sensación de que había sucedido de verdad. «Mira, todos esos años que viviste en Vancouver, dejaste las cintas de vídeo guardadas en tu habitación», le diría. «Era obvio que no ibas a hacer nada con ellas. Ni siquiera te fijaste en que ya no estaban». «¿Y pensaste que por eso podías llevártelas?», le diría ella. «Al menos yo las usé», sería su respuesta, y después de imaginar esta conversación durante días, casi empezó a desearla. Resultó que no tener esa discusión con Vincent lo condenó de algún modo a

mantener la conversación eternamente.

Habían pasado diez años desde los conciertos en la Academia de Brooklyn y seguía hablando con ella, la Vincent imaginaria que jamás se había materializado en la puerta del teatro. «¿Me estás diciendo», le diría ella, «que has construido toda una carrera aprovechándote de mis vídeos?». «No, toda una carrera no, Vincent, pero componer la banda sonora de esos vídeos me llevó a colaborar con otros videoartistas, acudí a conciertos en las ferias de arte de Basilea y Miami, me otorgaron la beca en la Academia de Brooklyn, me hice con el puesto de profesor… todo el éxito que he podido tener en esta vida». «¿Y eso lo justifica?», preguntaría ella. «No lo sé, Vincent. Jamás he sabido qué era razonable y qué no. Pero, por si te sirve de algo, después de los conciertos en Brooklyn nunca he vuelto a actuar en público con tus cintas». «¿Crees que eso te redime?». «No, sé que no lo hace. Sé que soy un ladrón».

—¿Sigue aquí? —preguntó Ella, y él cayó en la cuenta de que quizá llevaba demasiado tiempo mirando al vacío.

—Sí, perdón. Estoy un poco cansado después de haber viajado toda la noche.

—Las fiestas se hacen cuesta arriba en esas condiciones —comentó Ella—. Vayámonos, le invito a tomar una copa en otro sitio.

Diez minutos más tarde, estaban en un bar cerca de allí, uno de esos lugares anticuados con una puerta roja y brillante donde medio bosque forraba las paredes.

—Bueno —dijo Ella, cuando se hubieron instalado en un asiento —. Lo siento, pero tiene un aspecto terrible.

—Llevo dos días despierto.

—Supongo que será eso.

Pero lo miraba con una expresión singular. Le costaba reconocer caras y nombres, pero no tenía la menor dificultad en reconocer la pregunta que Ella no le hacía. La había visto más y más a menudo últimamente.

—¿Cómo acabó en esa fiesta? —preguntó él para distraerla. Era muy consciente de la pequeña bolsita que tenía en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Mi marido es director de teatro.

—El mundo es un pañuelo.

—Es algo que jamás deja de asombrarme.

Una camarera tomó nota de lo que querían tomar y Paul se disculpó para ir a colocarse al baño de los hombres, no mucho, lo justo para evadirse un poco del caos del mundo. Se quedó muy quieto en la cabina y respiró profundamente cinco veces antes de regresar a la mesa. Ahora estaba más tranquilo; había logrado apaciguar el agotamiento del viaje. Todo iba bien. Nadie tenía que dormir todas las noches. Podría ahorrarse mucho tiempo a partir de ahora si dormía solo una noche de cada dos.

—Así que ha estado ocupado desde la última vez que nos vimos —dijo ella.

—Mucho. Ha sido extraordinario. —No había esperado tener éxito y eso aún lo desorientaba—. Crucé el espejo y llegué a un nuevo y extraño mundo donde gente de verdad escuchaba mi música.

«No me imaginaba que fuera a pasar esto», le dijo a Vincent en su cabeza, «simplemente aproveché las oportunidades que surgieron, yo trataba de abrirme paso como todos los demás…». Las oportunidades que surgieron, ¿como si no tuvieras elección? «No podía imaginar que tendría esta vida», le diría, y, de hecho, ¿por qué no trató de ponerse en contacto con ella después de que los dos se marcharan del hotel? ¿Fue por su sensación de culpa por haberla alterado con lo del grafiti y el robo de sus vídeos, obviamente, pero quizá debería tratar de encontrarla ahora? ¿Quizá había pasado suficiente tiempo? Tal vez ella sabría algo de lo que sucede cuando uno aterriza en una vida inesperada.

—Se le ocurrió un enfoque muy interesante —dijo Ella. Mientras aseguraba que le gustaba mucho su trabajo, él la escuchaba a medias—. Se ve mucho arte en formato vídeo, pero esa colaboración que hizo, la consola de banda sonora programable, eso fue una innovación maravillosa.

Para dos obras de arte en vídeo distintas, Paul había compuesto veinticuatro horas de música, arreglada como una colección de piezas de treinta minutos que se podían programar para que se reprodujeran en el orden que el comprador deseara: un ave nocturna quizá requería algo más rápido e intenso a las tres de la mañana, por ejemplo, y luego llegar a un ritmo más calmado hacia las cinco de la mañana, mientras que los madrugadores tal vez

optasen por caminar hacia su salón y escuchar algo tranquilo mientras amanecía.

—Algunos de esos proyecto de arte en vídeo necesitan una banda sonora para ser de cierto interés, la verdad —respondió Paul. La cerveza que tenía frente a él era una idea terrible. Si se la bebía, dejaría caer la cabeza sobre la mesa y se quedaría dormido.

—Siento curiosidad por sus influencias musicales —dijo ella.

—Baltica —respondió—. Todo lo que hago suena como un grupo de música electrónica que se llamaba Baltica, que tocaban en Toronto a finales de los noventa.

—Oh, no sabía que había estado en una banda.

—Trato de componer música que suene distinta —añadió él—. Quiero decir que trato de hacerlo de verdad, y cuando llego al final y lo escucho de nuevo, de algún modo siempre suena como… —Se calló y miró por encima del hombro para disimular su incomodidad —. ¿Cree que tendrán café aquí?

Estaba profundamente alterado. No le había hablado a nadie de Baltica, y ahora acababa de soltárselo todo a esta mujer sin pensárselo dos veces.

—Supongo que sí —dijo, y agitó la mano. La camarera apareció.

—Un café, por favor.

—Nuestro café es horrendo —repuso la camarera—. Solo aviso.

—Creo que tomaré uno, de todos modos.

—De verdad, preferiría convencerlo de que no lo haga —insistió ella—. Si de verdad lo quiere, se lo preparo. Pero lo devolverá, ya verá.

—¿Tiene té negro?

—Estamos en Escocia.

—Algo extrafuerte —pidió Paul—. El té más fuerte que tenga. Mucho. Cuanta más cafeína, mejor.

—Le traeré una tetera llena —indicó la camarera—, así puede dejar que repose todo el tiempo que quiera.

Paul tuvo la misma impresión que solía tener en el Reino Unido: que, de algún modo, lo habían insultado con sutileza, que requeriría demasiada energía diseccionarlo, y, como siempre, no sabía si el insulto era real o un caso típico canadiense de inseguridad poscolonial. «Maldita sea, ya sé cómo se hace el té», quiso decir, pero era demasiado tarde, la camarera se había ido y volvía a estar

solo con Ella, que lo miraba de nuevo con una expresión singular.

—¿Aún toca con esa banda? ¿Baltica, ha dicho que se llamaba?

No lo había entendido bien, pero no se lo podía explicar.

—Nuestros caminos se separaron —dijo—. Ya solo los veo por Facebook. Annika siempre está de gira, con cinco bandas diferentes. Theo tiene familia. ¿El hotel sigue allí? —se oyó preguntar, desesperado por cambiar de tema.

—Lo cerraron después de que detuvieran a Alkaitis —respondió ella.

4

Ocho husos horarios al oeste, Walter estaba en pie frente a la ventana de su habitación en la antigua residencia de personal del antiguo hotel Caiette. Aún no había cobertura de móvil, pero hacía unos años se había permitido el lujo de poner un teléfono inalámbrico para poder pasear por el apartamento mientras se comunicaba con el mundo exterior.

—No puedo creer que ya hayan pasado diez años —dijo su hermana—. Dios mío, ¿sigues sin sentirte solo?

—No estoy seguro de que la palabra «solo» sea la adecuada. No, no diría que me siento solo.

El último cliente se fue del hotel Caiette a principios del 2009, dos meses después de la detención de Jonathan Alkaitis, y el resto del personal se marchó poco más tarde. ¿Un hotel sigue siendo un hotel si no se alojan huéspedes en él? Walter estaba en el muelle cuando Raphael se fue. «Mantengamos el contacto», le dijo a Walter, y los dos se estrecharon la mano sabedores de que jamás volverían a hablar. Raphael se subió al ferri con su bolsa de viaje (había enviado sus pertenencias por adelantado a Edmonton) y la conductora, Melissa, encendió el motor. Le pagaban el día completo, pero no se había preocupado de ponerse el uniforme. Dejaría el ferri en Grace Harbour y volvería a casa con un taxi náutico.

—Pasaré la semana que viene para ver cómo estás —le dijo a Walter.

—Gracias —respondió él, conmovido y un poco sorprendido por el gesto. Partió del muelle y el ferri se adentró en el agua, dio una

vuelta alrededor de la península y desapareció. Era un día apagado, el mar reflejaba un cielo gris pálido, el bosque estaba oscuro y goteaba a causa del rocío de la mañana. Walter se quedó en el muelle hasta que ya no oyó el motor del transbordador y luego se volvió para contemplar el hotel vacío. Ascendió por el sendero, abrió las puertas de cristal del vestíbulo y las cerró tras de sí. Al marcharse, Raphael había apagado con aire ceremonial las luces, pero ahora Walter las encendió de nuevo. La madera oscura de la barra del bar resplandecía con suavidad. Oía el eco de sus pasos. Todo el mobiliario se había vendido, excepto el piano, cuyo traslado era demasiado costoso. Walter tocó algunas notas, que sonaron con una intensidad antinatural en el silencio. Comprendió que era un silencio de verdad, muy distinto a estar en el bosque, que incluso en los momentos más tranquilos palpitaba con pequeños sonidos. Dejó atrás la recepción y el bar, y se dirigió a la escalera.

La *suite* más grande, la Costa Real, era donde se alojaba Jonathan Alkaitis cada vez que venía. Walter había pensado instalarse allí, porque tenía un esplendor del que la residencia de los trabajadores carecía, pero la idea de dormir en la misma cama en la que había dormido Alkaitis le resultaba repugnante, y a Walter le gustaba su apartamento. Paseó por todas las habitaciones del hotel y dejó las puertas abiertas a su paso.

Lo más extraño era que no se sentía solo en absoluto en todo ese espacio, en los pasillos y las habitaciones vacías. Era como si el hotel estuviera encantado, pero en el sentido más benigno de la palabra: las habitaciones aún contenían el aire de la presencia, una sensación de estar listas para que las ocupen, como si en cualquier momento pudiera llegar un barco lleno de nuevos clientes y Raphael saliera de su oficina quejándose del último problema que le había causado el personal. Khalil y Larry llegarían para el turno de noche. Salió a la terraza. Le ofrecía una vista del muelle vacío, ensombrecida por el crepúsculo del invierno temprano. Se quedó allí un buen rato antes de comprender que esperaba, como de costumbre, pero ahora sin ninguna lógica, a que llegara un barco.

—Aún no me lo creo —le dijo a su hermana por teléfono en el 2018 —, pero al despertar esta mañana, me he dado cuenta de que en febrero hará diez años que soy el cuidador de este sitio.

Costaba de creer, pero era la verdad: había vivido solo durante

los últimos diez años en la residencia del personal, un tiempo en el que había hecho de guía para los infrecuentes compradores potenciales que llegaban con el taxi náutico, una década de viajes semanales a Port Hardy para comprar provisiones, limpiar el hotel, cortar el césped, reunirse con el personal de mantenimiento cuando era necesario para hacer reparaciones, diez años leyendo por las tardes, aprendiendo a tocar el piano en el Steinway abandonado del vestíbulo, caminando al pueblo de Caiette para tomarse un café con Melissa; diez años vagando por el bosque, observando las primeras flores pálidas abrirse paso a través de la tierra oscura en primavera, nadando por el muelle en los días más calurosos de verano y leyendo en un balcón envuelto en mantas a la clara luz del otoño, y de estar sentado a solas en el vestíbulo con las luces apagadas para contemplar emocionado las tormentas de invierno.

—Pero parece que aún te gusta —comentó ella.

—Sí, mucho.

—¿Solitario, pero no solo?

—Es una buena forma de resumirlo. No habría imaginado —repuso— que, después de trabajar en hoteles durante toda la vida, lo que me haría más feliz sería estar lejos de la gente.

Cuando colgó, salió del apartamento y siguió el corto camino a través del bosque por la hierba crecida detrás del hotel. Entró por la puerta de atrás y tomó nota mental de que hoy tenía que barrer y fregar el vestíbulo. Sin muebles ni sillones, era como una sala de baile en sombras, un enorme espacio vacío con un panorama salvaje más allá del cristal: aguas de la península, orillas verdes, un muelle sin embarcaciones.

5

En el bar de Edimburgo, el té de Paul no funcionaba.

—Siempre fui ambicioso —se oyó decir—, pero jamás pensé que lograría nada. —Ella asintió mientras lo observaba. ¿Cuánto tiempo llevaba hablando de sí mismo? ¿Acababa de quedarse dormido un instante? No estaba seguro. Era difícil mantenerse despierto—. Todos los vídeos son o bien hermosos o bien interesantes, pero no lo bastante, no sin música.

¿Lo había dicho ya?

—Parece cansado —dijo Ella—. ¿Le parece bien si nos retiramos?

Paul miró el reloj y le sorprendió ver que era casi la una de la madrugada. Ella estaba pagando la cuenta.

—Bueno, pues buenas noches —se despidió—, y buena suerte, Paul.

—¿Tengo aspecto de necesitarla? —Lo preguntó con curiosidad genuina, pero ella se limitó a sonreír y le deseó de nuevo buenas noches. En ese momento la odió, cuando se levantó y lo dejó solo en el bar, esa insoportable superioridad de los que no son adictos, pero por supuesto que no estaba equivocada, sabía que necesitaba suerte, porque hacía un mes había tenido una sobredosis y se había despertado en el hospital. («Bienvenido, Lázaro», le había dicho el médico). Durante una década, había sido perfectamente funcional con heroína, y no solo funcional, sino también de una productividad milagrosa, solo era cuestión de conocer el límite y no ser idiota, pero el problema ahora era que a veces la heroína no era solo heroína, era fentanilo, que se filtraba en el mercado por correo y por barco, y era cincuenta veces más fuerte que la heroína y más barata de producir. Últimamente, había oído rumores de carfentanilo en la cadena de producción que lo aterrorizaban: cien veces más fuerte que el fentanilo, aprobada solo para tranquilizar elefantes. La otra noche había leído acerca de una nueva unidad de rehabilitación en Utah y había navegado por su página web y observado las fotografías de los edificios blancos y bajos contra un cielo desértico. De una manera distante y lógica, sabía que meterse en una clínica de rehabilitación no era mala idea. Hacerlo y terminar de una vez. En la calle, la lluvia tenía esa cualidad difusa que Paul asociaba tanto con el Reino Unido como con la Columbia británica, una cierta amabilidad que venía de todas direcciones.

Estaba casi seguro de que su hotel estaba en dirección a la Milla Real, y estaba casi seguro de que solo tenía que girar a la izquierda al final de la próxima calle. Pensaba de nuevo en el hotel Caiette, y eso lo llevó a pensar en Vincent. La calle donde estaba le resultaba vagamente familiar, pero no estaba seguro de si era porque estaba cerca del hotel o porque estaba recorriendo la misma zona en círculos. Se detuvo y se sentó en unas escaleras, porque estaba cansado y porque en su actual estado la lluvia no era un problema,

así que se sentó allí y descansó la cabeza sobre sus brazos. ¿Debía encontrar a Vincent, contactar con ella de algún modo, ofrecerle que compartiera parte de su buena suerte? No, necesitaba el dinero. Todo el dinero. «Jamás he sido capaz de comprender en qué consisten mis responsabilidades», le dijo. A veces, cuando hablaba con Vincent como hacía ahora, era el único que hablaba, y ella se limitaba a observar y escuchar. Las escaleras en las que se había sentado eran de una comodidad sorprendente. Dormiría un poco, solo un minuto de descanso, y luego buscaría su hotel y allí descansaría.

Pero no estaba solo. Notó que alguien lo miraba. Cuando levantó la vista, vio a una mujer al otro lado de la estrecha calle. Llevaba una especie de uniforme, un delantal blanco y largo y recogía su pelo con un pañuelo. Debía de ser una cocinera de un restaurante local, pensó, tal vez alguien que había salido a descansar cinco minutos durante el turno de noche, pero si estaba en su pausa, pasaba el tiempo de manera muy extraña, mirándolo fijamente en lugar de comer algo o fumarse un cigarrillo. Le resultaba familiar, era imposible que fuera Vincent, pero…

—¿Vincent? —la llamó, y quizá la había imaginado.

En cualquier caso, ya no estaba allí, pero durante el resto de su vida contaría la historia como si de verdad hubiera estado, la sacaba como un truco de magia siempre que salía el tema de los fantasmas «Estaba sentado en unos peldaños en Edimburgo, y vi a mi media hermana al otro lado de la calle, y de repente ya no estaba, como si hubiera parpadeado y desaparecido. Empecé a buscarla, y semanas después descubrí que había muerto precisamente esa noche, quizá incluso en ese mismo instante, a miles de quilómetros de distancia…», y siempre lo contaba como si fuera verdad, no como si hubiera alucinado y la mujer que vio fuera Vincent y esta fuese un fantasma que estaba allí, en la calle, con él, significara lo que significara. ¿Qué quiere decir ser un fantasma, y no digamos estar *allí* o *aquí*? Hay tantas maneras de perseguir a una persona, o una vida, pero la incertidumbre siempre se apoderaba de él y no podía estar seguro; más tarde, se preguntaría si de verdad la había visto de pie en la calle con un delantal o si había añadido ese detalle al saber que trabajaba de cocinera; y siempre se repetía la pregunta que lo acosaba incluso en ese

momento, sentado en unos peldaños bajo la lluvia, al borde del sueño: ¿la había visto realmente, en aquella calle? ¿O simplemente estaba borracho y drogado, perdido en una ciudad extranjera lejos de casa, delirante y exhausto y veía sombras en la oscuridad?

16. Vincent en el océano

1

Empezar por el final:

Desplomarse por el lado del barco.

El horizonte gira una, dos veces, la cámara salta por los aires.

Sentir como si me sumergiera en esquirlas de hielo.

2

No, empezar veinte minutos antes:

—¿Dónde estabas ayer por la noche? —pregunta Geoffrey—. Te busqué al acabar el turno.

Es diciembre del 2018 y llevamos años juntos, nos separamos y nos juntamos, siempre de acuerdo tanto en una cosa como en la otra. Hay ciertas fricciones: una vez quiso casarse conmigo, pero hace tiempo decidí que no me casaría con nadie y jamás volvería a depender de otro ser humano; él habla de abandonar el océano e instalarnos juntos en alguna parte, pero no deseo volver a tierra. Esta noche estamos juntos, aunque antes hemos discutido, y ahora está a mi lado en la cama. Observamos mi maleta deslizarse por el camarote, siguiendo el vaivén de las olas. Es la tercera noche seguida de mal tiempo.

—Fui a dar una vuelta.

—¿A dónde? ¿A la sala de los motores?

—A la cubierta.

—No está permitido que vayamos a la cubierta —dice—, ya lo sabes. Tenemos que confinarnos en el interior hasta que el tiempo mejore.

—¿Se lo dirás al capitán? —Sonrío, pero me doy cuenta de que

está enfadado.

—Es peligroso —comenta—. Por favor, no vuelvas a hacerlo.

—Solo quería filmar el mar.

—¿Qué? Vincent, por favor, no me digas que estabas colgada de la barandilla filmando cosas durante la tormenta.

—¿Puedes hablar más flojo, Geoffrey? Las paredes son de papel. Sé que salir a la cubierta es cuestionable, pero valió la pena. Fue hermoso. —En la cubierta me sentí inmortal. Había un poder y magnificencia deslumbrantes en la tormenta. Solo durante la convergencia de la tormenta y las olas del mar, un barco como el *Neptune Cumberland* podía parecer frágil.

Se sienta en la cama, busca su ropa, habla en voz demasiado alta.

—Cuestionable no es exactamente la palabra que yo utilizaría para esto, Vincent. Por el amor de Dios, no vuelvas a hacerlo.

Lo que más odio en mi vida, de una larga lista de cosas, es que me digan lo que debo hacer. Puedo tolerarlo en la cocina, pero no en el dormitorio, y se lo explico.

—No te digo lo que tienes que hacer porque sí. Te digo que no salgas en plena tormenta porque no quiero que mueras.

—No voy a morir. No seas melodramático.

—No, soy sensato, y me gustaría que tú te comportaras igual, joder —responde, y se marcha de la habitación dando un portazo.

Me quedo allí durante un rato, furiosa, y observo cómo se mueve mi maleta siguiendo el balanceo del barco. El problema con los temporales es que no se puede dormir, o al menos eso me pasa a mí, porque no puedes quedarte inmóvil en la cama; cuando el barco se balancea, yo también, y eso hace que sea imposible descansar. Al fin, me levanto y me visto, tomo la cámara, me deslizo al pasillo y me dirijo a la cubierta C al encuentro de la tormenta.

El aire frío es un bálsamo, incluso la lluvia es maravillosa después de todo un día encerrada en interiores industriales con la atmósfera viciada. Cae un relámpago y el barco se ilumina. Es difícil caminar, tropiezo contra la barandilla, pero siento la vieja aceleración que siempre se apodera de mí cuando presiento que estoy a punto de hacer un encuadre fantástico. Filmaré solo unos minutos, decido, y luego volveré a entrar. Avanzo hacia la esquina del fondo de la cubierta C, donde la barbacoa repiquetea contra las cadenas que la

sujetan. Enciendo la cámara mientras se oye el rugido del trueno, y grabo la escena más hermosa que he visto jamás, el relámpago que se estremece sobre un océano agitado. En una tormenta, las olas son como montañas. La lluvia fría golpea mi cara y sé que da en la lente, pero eso también será hermoso, las gotas de lluvia lo difuminarán todo. Permanezco cerca de la barandilla, agarrada con una mano. No puedo mantener la cámara quieta, así que me suelto, solo un momento, y en un instante de calma entre las olas que ascienden como torres me inclino hacia delante para que la toma dibuje un arco de cielo a agua, apuntando directamente al océano.

La luz en la pared detrás de mí empieza a parpadear. Cuando miro por encima del hombro, veo que hay alguien ahí, al otro extremo de la cubierta.

—¡Hola! —grito, pero no hay respuesta.

No, me equivoco. Estoy sola. Debo de estar sola, porque pensaba que había una mujer, pero soy la única mujer a bordo.

No, sigue ahí. Casi la veo. La luz parpadea, la cubierta está iluminada con intermitencia. El horror es que esa otra persona también es intermitente, de algún modo, no tanto una figura humana y más bien una perturbación del aire, una sombra que aparece en la barandilla y luego se desvanece, una presencia que se acerca. Está muy cerca. Hay una impresión de mano en la barandilla, una silueta, y luego Olivia Collins está a mi lado y mira hacia el agua. Parece mucho más joven que la última vez que la vi, casi menos sustancial. La lluvia cae a través de su cuerpo. Todavía sujeto mi cámara por encima de la barandilla. No puedo respirar. Se gira como si fuera a decirme algo y la cámara se me cae; trato de alcanzarla sin pensar, me inclino demasiado, el barco se balancea.

«Estoy al otro lado».

No peso nada.

La cámara vuela por la lluvia.

El rectángulo azul del encuadre gira en la oscuridad.

3

El frío es aniquilador.

4

Agarro las manos de mi madre. Soy muy pequeña. Estamos en Caiette y cogemos setas en el bosque. Un recuerdo, pero tan vívido que siento como si viajara en el tiempo, visitando el momento de verdad. ¡Qué placer volver a estar ahí! «Oh, mira, querida», dice ella, que se detiene a arrancar una forma aflautada y naranja de la tierra oscura, «esta se llama chantarela».

5

Es como el instante antes de quedarte dormido, cuando no estás del todo inconsciente, pero sí lo bastante despierto como para darte cuenta de que te estás durmiendo, y tus pensamientos y recuerdos empiezan a deshilacharse en un relato y comprendes que ya has empezado a soñar: un último momento de consciencia, toser por el agua de mar, reemerger un instante en un valle entre las olas, sin aire, sin tiempo, el barco es tan solo una masa indistinta de sombras y luces, y luego Olivia me aparta para disculparse. Estaba pensando en mí, me dice, como suele hacer, y también en el océano, en aquel viaje en el yate de Jonathan, así que me buscó y me encontró en este barco mientras filmaba la tormenta. No pensaba que fuera a verla. Me apartó para decírmelo, pero ¿de dónde? Estamos en un espacio intermedio, o eso me parece, entre el océano y algo en lo que no quiero pensar.

6

«Bórrame»: palabras garabateadas en la ventana de la escuela cuando tenía trece años, las letras pálidas sobre el cristal…

7

Un recuerdo en el que desearía haberme quedado más tiempo: besando a Geoffrey en la cubierta C, al lado de una pared de contenedores en la parte trasera del barco. Su mano sobre mi

mejilla.

—Te quiero —susurró, y yo le susurré lo mismo. Lo había dicho antes, pero creo que nunca llegué a saber lo que esas palabras significaban hasta ese momento.

8

Pero ahora Geoffrey Bell y Felix Mendoza están en la cubierta, cerca de las escaleras de la pasarela, bajo una lluvia fina, con las grúas naranjas del puerto de Rotterdam sobre sus cabezas. Geoffrey no se ha afeitado y tiene ojeras. Esto no es un recuerdo.

—Sabes que si lo haces parecerás culpable —dice Felix.

—Te juro por Dios que no sé lo que le pasó. —La voz de Geoffrey se quiebra; traga saliva y cierra los ojos un segundo mientras Felix lo mira fijamente—. Pero tengo miedo de que si me quedo, me acusen de asesinato.

Felix asiente, se dan la mano, y luego Geoffrey se gira y baja las escaleras con los hombros erguidos bajo la lluvia. Parece tan solo y desamparado, desearía poder acercarme y tocarle el brazo, decirle que estoy bien, que ahora estoy a salvo y nada puede hacerme daño, pero hay una confusión, distancia, se aleja…

9

Estoy en un hotel que reconozco. Creo que es Dubái, pero este no es como los demás lugares y recuerdos que estoy visitando. Hay algo irreal en ello. Estoy cerca de una fuente en el vestíbulo.

Oigo pasos y, cuando levanto la vista, veo a Jonathan. Estamos en un no lugar, un lugar de sueños, un lugar cuyos detalles siguen cambiando. No hay nadie más. Me siento más sólida aquí que en cualquier otro sitio; Jonathan puede verme, lo sé por su expresión sorprendida, y podemos hablar.

—Hola, Jonathan.

—¿Vincent? No te había reconocido. ¿Qué haces aquí?

—Solo estoy de visita.

—¿Visita desde dónde?

Desde el océano, casi digo, pero me distraigo porque justo

entonces veo a Faisal pasar junto a la ventana con una mujer que me resulta vagamente familiar (¿es Yvette Bertolli?) y, en cualquier caso, el océano no es exactamente el lugar donde estoy, o si estoy ahí también estoy en otro sitio.

10

Ha pasado tiempo. Estoy navegando por los recuerdos. Visito una calle en una ciudad distante donde mi hermano está sentado en los peldaños de una casa. Lo oigo hablarme, pero, cuando me mira y me ve, no tiene nada que decir. Me muevo un rato por Vancouver, paseo por el barrio donde vivía cuando tenía diecisiete años, aunque *pasear* no es la palabra exacta para describir cómo viajo ahora. Busco a Mirella y la encuentro sentada sola y pensativa en un apartamento precioso, una especie de *loft*, mientras mira su teléfono, levanta la vista y frunce el ceño, pero no parece que me vea.

11

En mis recuerdos, estoy de vuelta en el Veau
d'Oir,
en su interior de rojo y oro, mientras escucho al inversor de Jonathan que menos me gusta hablando sobre una cantante. No, no habla de una cantante, sino de un esquema Ponzi.

—No supo reconocer la oportunidad —decía Lenny Xavier, que hablaba de la cantante—. Mientras que yo, ¿en el momento en que conocí a tu marido? ¿En cuanto comprendí cómo funcionaba su fondo? Eso fue una oportunidad, y no la dejé pasar.

Me fijé en la mirada alarmada de Jonathan, en cómo se inclinó hacia delante al hablar, lo desesperado que estaba por impedir que Lenny hablase:

—No vayamos a aburrir a nuestras esposas hablando de dinero.

Y la sonrisa irónica de Lenny al levantar su copa:

—Solo digo que mi inversión ha funcionado mucho mejor de lo que habría imaginado.

Lo sabía, y, por supuesto, yo también, aunque ignoraba los

detalles de la estafa, pero sabía que era una estafa, porque para entonces llevaba meses fingiendo ser la esposa de Jonathan, solo que había optado por hacerme la tonta y no comprender…

12

Vuelvo a buscar a Paul y lo encuentro en el desierto, en el exterior de un edificio blanco y bajo que parece resplandecer con el crepúsculo. Acaba de salir por la puerta y enciende un cigarrillo con manos temblorosas. Levanta la vista y me ve, se le cae el cigarrillo y lo recoge.

—Tú —dice—. ¿Eres tú, verdad? ¿Estás aquí?

—No sé cómo contestar a ninguna de esas preguntas —le digo.

—Precisamente hablaba de ti —contesta— en mi sesión de ahora. Le he contado al psicólogo todo lo que no le he dicho a nadie jamás. —A la luz crepuscular, no veo su rostro con claridad, pero suena como si hubiera llorado—. Vincent, antes de que te vayas otra vez, ¿puedo decirte algo?

—¿Decirme qué?

—Lo siento. Decirte que siento todo lo que pasó.

—Yo también fui una ladrona —contesto—. Los dos terminamos corrompidos.

Y sé que no me entiende, pero no quiero quedarme aquí y explicárselo, hay otro lugar al que deseo ir, así que me alejo del desierto y de Paul, y me voy a Caiette.

Estoy en la playa, no muy lejos del muelle donde llega el barco del correo, y mi madre está ahí. Está sentada un poco lejos, encima de un tronco de madera que la marea ha depositado en la playa, con las manos sobre su regazo, con aire de esperar una cita con calma. Lleva el pelo trenzado, aún tiene treinta y seis años, todavía lleva la chaqueta de punto rojo que vestía el día que desapareció. Fue un accidente, claro, ella no me habría dejado intencionadamente. Ha esperado mucho tiempo por mí. Siempre ha estado aquí. Esto ha sido mi hogar, siempre. Mira el océano, las olas contra el puerto, y levanta la vista asombrada cuando pronuncio su nombre.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a la gente de
Lloyd's
Llist por obsequiarme con una suscripción de prueba para leer sobre transporte marítimo, y también me gustaría agradecer a Rose George su fascinante libro sobre esa industria, *Ninety Percent of Everything*. Aunque todos los personajes de este libro son puramente ficticios, el delito financiero que vertebra esta historia sigue el modelo del esquema Ponzi de Bernard L. Madoff, que colapsó en diciembre de 2008. Estoy en deuda con dos libros excelentes sobre el tema: *Too Good To Be True* de Erin Arvedlund y *The Wizard of Lies* de Diana B. Henrique.

Quiero dar las gracias a mi maravillosa agente, Katherine Fausset, y sus colegas en Curtis Brown en Nueva York; a mis editoras, Jennifer Jackson, Sophie Jonathan y Jennifer Lambert y a sus colegas en Knopf de Nueva York, Picador en Londres y HarperCollins Canadá en Toronto; a Anna Weber y a sus colegas en United Agents en el Reino Unido; a Lauren Cerand y Kevin Mandel por leer las primeras versiones de este manuscrito; y a Michelle Jones, la antigua niñera de mi hija, por cuidar maravillosamente bien de ella durante el tiempo que pasé escribiendo *El hotel de cristal*.

EMILY SAINT JOHN MANDEL (Comox, Canadá, 1979) es una novelista canadiense que reside en Estados Unidos.

Con 18 años dejó la escuela para estudiar danza contemporánea en The School of Toronto Dance Theatre y vivió poco tiempo en Montreal antes de trasladarse a Nueva York.

Su novela *Estación Once*, fue finalista del Premio National Book Award y del PEN/Faulkner, y ganó en 2015 el Premio Arthur C. Clark, además del Toronto Book Award, y el Morning News Tournament of Books, y ha sido traducido a 27 idiomas. Una novela anterior, *The Gun*
Singer's
, fue la ganadora en 2014 del Premio Mystere de la Critique en Francia. Sus relatos cortos de ficción y ensayos han sido incluidos en varias antologías, como la *Best American Mystery Stories 2013*.